



MIGUEL CONDE
**LOS LOBOS
NO PIDEN
PERDÓN**

B

D.J.57

LOS LOBOS
NO PIDEN PERDÓN

Miguel Conde-Lobato



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@AdictosAlCrimen



@megustaleer



@adictosalcrimen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A José Miguel Conde Vázquez
In memoriam*

PRIMERA PARTE

LA LLAMADA

«Solo un montón de imbéciles, oprimidos y débiles puede dejarse matar así. El mundo está dividido entre quienes matan y quienes se dejan matar, entre lobos y ovejas. Me repugna ver a toda esa gente que critica la fuerza, la capacidad y el orgullo mientras se convence de que sus limitaciones son virtudes. La caridad es la debilidad disfrazada de buena intención.

»Somos depredadores y lo vamos a seguir siendo. Seguiré matando, ¿saben por qué? Porque ustedes van a permitírmelo gracias a unas normas que hemos hecho gente como yo para protegernos. Hice todo lo que hice porque sé que en unos años estaré fuera de la cárcel. ¿Diez? ¿Doce? Quizá alguno más. Pero después seguiré con mi vida y sí, volveré a matar.»

Estas fueron las primeras palabras que Onofre Castro me dirigió y que publiqué el 14 de octubre de 2012, en el diario *Crónica*. Dejaron sin aliento a millones de españoles. Son, letra a letra, cada una de las frases con las que concluyó la primera charla que tuvimos en una pequeña y fría sala de visitas en la cárcel de Teixeiro. Aquellas repentinas ganas de hablar contrastaban con el silencio absoluto que había guardado desde su detención. Hasta que decidió llamarme, citarme y contarme todo lo que hasta ese momento se había negado a contar a nadie, no había pronunciado palabra alguna sobre sus delitos, sobre los siete asesinatos de los que era sospechoso. Pero ¿por qué a mí? No lo sabía. Lo cierto es que aquella llamada cambió por completo mi vida y, posiblemente, también la suya. He intentado ser fiel a la historia, pero nunca se es fiel del todo a ninguna historia.

Cada mañana el cielo nos propone algo.

*Escribe sobre nuestra mirada lo más
apropiado para vivir ese día...*

*A veces son algodonosas pinceladas
en un mar azul,
luminoso,
ese que nos gusta ver
cuando hace días que llueve...*

*A veces son oscuros tubos
en los que rebotan las notas
de las más dramáticas sinfonías.*

*Cielos de recogimiento,
de tener presente lo amenazador,
lo que nos puede hacer sufrir.*

*Solo habremos aprendido a vivir si se nos
concede la dicha de ver al menos
treinta mil cielos.*

*Alguno de ellos nos anunciará el día más feliz
de nuestras vidas.*

Otro el de decir adiós para siempre.

A veces esos cielos nos empujan a pensar.

A veces a rezar.

A veces a pecar...

Cuesta creer cómo conmovió aquel suceso a toda una sociedad. Pero es necesario que reconstruyan aquel momento, que intenten imaginar lo que supuso para todo un país aquella detención. Las cosas existen cuando las percibimos, cuando tomamos conciencia de ellas. Siempre consideré que fue ese el instante en que aquella pesadilla comenzó a existir.

Era un martes por la tarde. Un día lluvioso, triste. Llevaba tiempo queriendo entrevistar al agente que efectuó el arresto, pero yo mismo lo había ido posponiendo. Quizá quería saber el final antes de conocer el principio.

Francisco era un tipo sencillo. Siempre tuvo claro que quería ser policía, «porque mi padre también lo había sido», afirmaba orgulloso. Había llegado a ser inspector, y de los de homicidios, que a los que no sabemos nada del escalafón policial nos parecen los auténticos policías.

Cuando charlé con él noté que había contado aquella detención una y otra vez. Lo tenía automatizado, guionizado. Fue como darle al botón del *play*.

—Cuénteme, Francisco, por favor, ¿cómo fue aquel momento?

—Nuestro superior nos ordenó acudir a la cuesta de Moyano, por donde, según informó un compañero que estaba fuera de servicio, subía el sospechoso con un arma blanca en la mano. Habíamos recibido la orden de busca y captura el día anterior. Todo parecía indicar que se trataba de él. Y así fue. Cuando leí su nombre, creí que era una simple coincidencia.

—Onofre es un nombre muy singular.

—¡No sabe usted la de coincidencias que se dan entre casi cincuenta millones

de personas!

—Seguramente. Perdona, le he interrumpido.

Francisco tenía ganas de seguir.

—Nos dirigimos al lugar. Y lo encontramos allí, con un enorme cuchillo en la mano. Mirando al cielo. Como si nos estuviese esperando. Le dimos el alto mientras le apuntábamos, dejó caer el arma y no opuso resistencia cuando le esposamos. Recuerdo la incredulidad de mi compañero y la mía. Mirábamos su cara y, en efecto, era él. El sospechoso de siete asesinatos. No nos lo podíamos creer.

—¿Qué hicieron después?

—Nos metimos en el coche patrulla. Llamé a la central. «¿Qué desea, inspector?», me respondió Carmen desde la centralita. Yo informé sobre la detención: «Acabamos de detener a Onofre Castro y regresamos a comisaría». Recuerdo el silencio. El silencio en la emisora que se comunica con todos los coches de la policía se parece a una especie de crujido sostenido. Detrás de ese crujido estaba Carmen, seguro que boquiabierta, hasta que un clac la devolvió a la conversación.

»“Repita nombre”, me solicitó. Yo insistí: “Carmen, has oído bien. Onofre Castro, el secretario de Estado de Justicia”. Lo llevamos a comisaría. Se mantuvo en silencio. Pasó a disposición judicial y, para sorpresa de todos, la jueza ordenó su traslado a la cárcel de Teixeiro. Había pasado el tiempo suficiente para que se filtrase a la prensa y que estuviesen esperando a la salida del coche patrulla a la caza de unas imágenes que encenderían un reguero de pólvora que se extendería, en cuestión de minutos, por todo el país.

No exageraba. Así fue. Recuerdo que yo mismo no me lo creía. Nadie creía lo que estábamos viendo. La imagen que todas las televisiones, todos los periódicos online y radios estaban emitiendo: «Onofre Castro detenido, esposado dentro de un coche policial, camino de la cárcel en prisión preventiva». Los compañeros

de los medios hablaban de «el político estrella», «el hombre con la carrera más sólida de la política española», «el carismático», «el justo», «sorprendido en un callejón con un arma blanca de grandes dimensiones en su mano».

—Se le imputaban hasta siete crímenes —me recordó Francisco antes de que me despidiese de él y centrarse mi atención en su compañero. Tampoco hacía falta aplicar técnicas de interrogatorio para que hablase.

—Tuve una sensación de irrealidad durante todo el tiempo —me contó, todavía impresionado por aquella situación, Alejandro, un novato de segundo año en el Cuerpo, de los que aún olían a academia.

Me relató cada paso con la misma minuciosidad con la que había leído sus derechos al detenido.

—No siempre se les leen —me reconoció—, o al menos no de forma tan extensa.

Seguramente estaba impactado. Al fin y al cabo, el sospechoso era quien era, un brillante jurista, un personaje famoso. Me llamó la atención su descripción del silencio con el que Onofre les respondió durante todo el proceso. Silencio al entrar en el coche. Silencio al oír cómo le hablaban. Silencio.

—Yo cogí mi ficha lentamente y fui poco a poco leyendo ante su rostro impasible: «Queda usted detenido como sospechoso de los asesinatos de Anastasia Aguirre, Pam Méndez, Antonia Garrigosa, Matea-Zhin García, Sasha Ivanova, Purificación Ildefonso y Ruth Williges. Tiene usted derecho a guardar silencio, a no contestar a nuestras preguntas y a manifestar que solo declarará ante el juez. Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Derecho a acceder a los elementos de las actuaciones que sean esenciales para impugnar la legalidad de la detención y privación de libertad. Derecho a comunicarse telefónicamente con un tercero de su elección».

—Le leyó el Código Penal entero —bromeó Francisco, recalcando la falta de experiencia de su compañero.

Continuó detallándome cómo le habían hablado a un hombre de cera, inmóvil, que miraba fijamente hacia el horizonte, quizá sabiendo que se le mostraría cada

vez más oscuro. Cómo observaban su concentración, que era máxima, su contención, y la sorpresa por aquel gesto amigable que mantenía, a pesar de la situación, de la incomodidad de llevar las manos esposadas y haberse sentado de cualquier manera sobre su elegante abrigo.

Me describió su silencio en el calabozo de la comisaría. Su silencio mientras se oía el revuelo, los comentarios, los timbres telefónicos, las miradas furtivas de los agentes que pasaban junto a su celda. Su silencio mientras lo trasladaban ante el juez.

Un silencio que solo rompió en presencia de su señoría.

La entrevista a la jueza Lagar se hizo esperar. No le gustaba recordar el caso. Cuando finalmente conseguí que accediera a hablar sobre él, me sorprendió lo grabado que había quedado en su memoria cada detalle, cada frase.

—Para mí fue un caso tormentoso. Me cuesta volver sobre el tema. Tan pronto lo vi, supe que todo aquello iba a suponer un dolor de cabeza permanente. Onofre Castro era un hombre educado, pero su sequedad y su autosuficiencia rozaban la impertinencia. Se sentó ante mí y me dijo: «Señoría, quiero un pacto».

La jueza me miraba como si esperara alguna reacción por mi parte; que entendiese, en suma, lo farragoso del asunto desde el principio.

—Yo continué con el protocolo, le recordé que tenía derecho a asistencia jurídica... y él me interrumpió. «Se lo agradezco, señoría, pero conozco bien mis derechos. Le informo de que me representaré a mí mismo durante toda la instrucción y en el posterior proceso. Y quiero un pacto.»

—¿Es normal encontrarse sospechosos así?

—Por supuesto que no. Él era una estrella del derecho. Un hombre de mundo con aplomo y carisma. Sabía lo que hacía.

—La escucho.

—Ese hombre me miró fríamente y me dijo: «A partir de ahora solo hablaré con una persona. El interlocutor de mi elección tendrá tres meses para visitarme al menos una vez por semana. Estas conversaciones no podrán ser interrumpidas. Si aceptan, tendrán mi confesión. De lo contrario, lo negaré todo y demostraré que la prueba principal, la única que tienen contra mí, ha sido obtenida de forma ilícita. No tengo que recordarle que las más frecuentes vulneraciones de

derechos están relacionadas con la intervención de las comunicaciones. Y un hacker hurgando en mi teléfono... No creo que me resulte muy difícil conseguir la nulidad del proceso. Y ya sabe lo que eso supone: que tendría que ponerme en libertad. Estoy seguro de que obrará en consecuencia, señoría».

Realmente la jueza tenía aquel momento grabado en su alma. Parecía imitar el tono prepotente con el que había escuchado lo que para ella había representado toda una provocación.

—Y ¿qué pasó después?

—Exigió que lo enviase en prisión preventiva a la cárcel de Teixeiro, en su Galicia natal. «Por motivos familiares», dijo. No me pareció mal. Alejarlo ayudaría a rebajar el circo mediático que se aproximaba. Luego volvió a sumergirse en su silencio, así que pedí que se lo llevaran.

Los días siguientes, mientras la jueza comprobaba contrariada que no le iba a quedar otro remedio que aceptar sus condiciones, Castro esperó en su celda. Si quería fundamentar mejor la instrucción del juicio le vendría bien obtener una confesión. Solo tenía a su favor una prueba que, aunque concluyente, podría ser motivo de anulación, con lo que el caso quedaría alarmanamente en el aire. Habían hackeado el móvil del secretario de Estado sin la orden correspondiente y como se llevó a cabo antes de la intervención judicial, la posición de la acusación era débil, difícil de justificar. Tenía mala pinta, había que pactar. Sabía que darle la oportunidad de hablar entrañaba riesgos como filtraciones de información y el consiguiente circo mediático, pero veía que aquellas siete mujeres que habían perdido la vida reclamaban justicia. Un poco de ruido era un precio que se podía pagar.

—Un día mandé traer a mi presencia al acusado y le dije que aceptaría sus condiciones siempre y cuando me facilitara información cada semana. «Yo misma le visitaré para tomarle declaración. Si no, señor Onofre Castro, el grifo se cerrará», esas fueron mis palabras, y así empezó todo. —Apretó los labios nada más acabar, arrepintiéndose una vez más de haber tomado aquella decisión.

Seguramente Onofre asintió en silencio. Firmó el pacto en silencio. Y lo

trasladaron de nuevo a su prisión preventiva, también en silencio.

Decir de mí, a estas alturas, que tan solo era un periodista joven que quería triunfar podría parecer un tanto reduccionista. Pero con el tiempo me he dado cuenta de que, en aquellos momentos, mi profesión y mi ambición eran lo que mejor me definían, y lo que más les ayudará a conocerme, más que mi compromiso político e ideológico. Una mezcla que explicaba en gran medida mi indignación y mi habitual mal carácter al sumergirme con demasiada facilidad en acaloradas conversaciones criticando el poder, el modelo de organización social, el sistema, el planeta...

Un apasionamiento que me hacía perder parte de mi encanto ante el sexo opuesto, aunque en alguna ocasión, quizá la más importante de mi vida, me ayudó. Les avanzo que ya no pienso igual. ¿Uno se acostumbra a la imperfección del mundo o el mío era otro caso más de coherencia que se evapora a medida que uno alcanza la madurez? Es posible. Pero lo quieras o no, la vida te enseña, y como van a ver, a mí me enseñó mucho y en muy poco tiempo.

Me llamo Carlos, Carlos Wolverine, y no, mi padre no era extranjero. Mi apellido original es Lobato. Lo de Wolverine empezó siendo un mote en el colegio, una especie de broma con mi apellido porque, como saben los fans de los cómics de Marvel, Wolverine es el nombre original del personaje de Lobezno. Con el tiempo me acostumbré y lo adopté como firma, como nombre profesional. Y ahí quedó. Soy un Wolverine de los Lobato de toda la vida.

Mi historia no habría sido muy diferente a la de casi todos mis excompañeros de carrera, incluso de generación, de no haber sido por aquella llamada. Frustrado, enfadado con el mundo, con la sensación de querer arreglarlo todo porque todo estaba mal hecho, y a la vez lleno de ambición, de ganas de ser el

Gay Talese español, de ser carismático, refinado, de conducir descapotables clásicos y poseer una biblioteca enorme y perfectamente ordenada fabricada con maderas nobles... Así imaginaba la vida de mi escritor fetiche bajo sus elegantes sombreros. Además, compartía con él cierto parecido físico. Mi pelo negro, que estaba dejando paso a unas canas incipientes, y mi rostro afilado podrían haberme hecho pasar por una versión joven del maestro. Un parecido que se incrementaba cuando, en privado, me ponía un sombrero clásico, como los suyos. En fin, sueños ambiciosos en cualquier joven, pero que eran más llamativos en mí, si tienen en cuenta que hasta entonces me definía como neocomunista, que todo mi entorno era de la izquierda demócrata radical y que lo de tomar unas cervezas y acabar citando a Laclau se habían convertido en una costumbre desde la época universitaria. Había en mí tantas contradicciones como las que he encontrado en casi todas las personas que he tenido ocasión de conocer a fondo a lo largo de mi vida, por lo que aprendí a disculparme ante mí mismo refugiándome en el sinsentido de «la condición humana».

Todos deseamos logros inmateriales y logros materiales, y yo no era una excepción. Aunque miraba al futuro con ganas, veía cómo en vez de acercarse, aquellas ilusiones se iban alejando cada vez más. Solía acudir los jueves por la tarde a una cancha de baloncesto de un centro deportivo municipal de la calle Osiris, donde jugábamos un partido antes de acabar en un pequeño gimnasio donde completábamos la jornada levantando algunas pesas y haciendo estiramientos antes de ducharnos. Esas pachangas nos ayudaban a mantenernos en forma, relajarnos un rato y reírnos antes de acabar picados y con conatos de discusiones y de enfados. Por adultos que fuésemos, nunca dejaríamos de tener ese espíritu competitivo y ese grado de infantilidad que nos acompañaría toda la vida desde el patio del colegio.

Nunca jugué bien. Demasiado bajo para ser un gran pivó, demasiado alto y lento para ser un buen base y con un tiro mediocre. Pero siempre disfruté en la

cancha, sudando la camiseta, compitiendo y sintiendo la placentera sensación que se te queda después. Endorfinas, amigos. Endorfinas de primera calidad.

Habitualmente, para poder jugar tranquilos durante un rato, dejábamos los móviles en silencio y bien guardados en las bolsas. Pero aquel día lo había olvidado. Cuando el destino quiere llamar a tu puerta, sabe cómo hacerlo. Y eligió aquella tarde, en pleno partidillo.

El timbre interrumpió una entrada mía a canasta, que acabó con una sonrojante pérdida de balón. Sin dudarlo, eché la culpa al puto móvil. ¿Cómo sabía que era el mío? Pues porque no todo el mundo pone *Lust for Life*, de Iggy Pop, como tono de llamada.

—Carlos, te paso. Creo que es importante, por eso te la reenvío al móvil. Es una llamada de la cárcel de Teixeira... —me dijo Sonia, la administrativa que estaba de guardia ese día en la redacción.

—Pásamela. Muchas gracias, Sonia.

—De nada. Ya me contarás...

Entonces escuché una voz seca, mecánica, que parecía una grabación.

—Le llamamos de la cárcel de Teixeira. Un preso, haciendo uso del derecho de comunicación telefónica con un tercero de su elección, quiere hablar con usted. Le informamos de que está presente un funcionario designado por el fiscal según lo dispuesto en el artículo 527 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. La llamada es del señor Onofre Castro, ¿la acepta?

—Sí, claro.

—Buenas tardes, Carlos. —Me habló con familiaridad, como si me conociese. Tardó unos segundos en coger aire y volver a hablar—. Soy Onofre Castro. Imagino que sabrás quién soy. Si no tienes inconveniente, querría hablar contigo. Si estás interesado, ven a verme el próximo miércoles a las diez de la mañana.

—Sí, claro que me interesa —dije rápidamente, intentando aparentar calma y contener el entusiasmo.

—Bien, entonces nos vemos el miércoles.

Tan pronto acabó la llamada y acerté con la tecla para colgar, se apoderaron de

mí unas ganas enormes de contárselo a todo habitante del planeta que hablase mi lengua. Decidí empezar por mis compañeros de trabajo. Caminé rápido. Corrí. Camine más lento. Volví a correr. Otra vez caminé rápido. La cancha estaba relativamente cerca del periódico. Cuando llegué, parecía que el corazón se me iba a salir por la boca. Seguía sudando, y las pulsaciones me subían cada vez más.

Solo en mi profesión uno se alegra tanto si te llama el criminal más odiado de Occidente. Es una de sus peculiaridades. Nos encanta la chusma. Y, muy en especial, la chusma con ganas de hablar. Aquel personaje era, en aquel momento, el bien más deseado por la práctica totalidad del gremio periodístico. Imagino que si le ocurre esto a una persona cualquiera sería una situación insólita, probablemente incómoda, y que a buen seguro acabaría poniendo en conocimiento de la policía. Si le pasa a un periodista es como si eres futbolista y te quiere fichar el Real Madrid. Mi euforia se aproximaba bastante a lo que podríamos llamar felicidad.

Pero ¿por qué me había llamado a mí? ¿Qué se ocultaba detrás de aquel interés?

¿Debía preocuparme? ¡Al diablo!

Si algo tenía claro es que no iba a dejar escapar aquella oportunidad.

Llegué a la redacción. A pesar de no tener una relación estable con el periódico, ya que la mayoría éramos freelance, teníamos mesa de trabajo y nos gustaba formar parte de aquello. Pasábamos allí más tiempo que muchos de los veteranos, en aquel caos ordenado de mesas en las que, a pesar de vivir en la época digital, se agolpaban los papeles y carpetas como si por allí no hubiese pasado el tiempo. Un enorme espacio central permitía observar de un vistazo prácticamente toda la redacción, excepto los despachos de los jefes, que solo alcanzabas a verlos a través de las paredes de cristal.

En efecto, como esperaba, estaban todos allí. Mi círculo. Y sin dejar de caminar, lo solté como quien comunica que le acaba de tocar la lotería.

—¿Que te llamó quién? —gritó Fernando al oírlo, gesticulando incrédulo en medio de todo el grupo, mientras se recostaba en su silla con los ojos fatigados de mirar a la pantalla, apurado porque se acercaba la hora del cierre.

—¡Onofre Castro!

—No me lo creo. —Tony se sumaba a la incredulidad, mientras el resto seguía la conversación con los ojos más abiertos que nunca.

—Os doy mi palabra. No sé por qué, ni exactamente para qué, pero me ha llamado. He hablado con él y he quedado la semana que viene en la cárcel de Teixeiro, adonde lo han trasladado y mantienen en prisión preventiva. —Yo seguía hablando en voz muy alta, exultante y con ganas de que todos me oyeran.

Ángeles sonreía mirándome fijamente, como si pensase «este cabrón es capaz de haber tenido la suerte de que le toque el gordo de la lotería». Era mi chica, mi «amiga fuerte»; bueno, todos esos títulos que ponemos para decir que estábamos saliendo juntos y dejar claro que era una relación moderna. Yo tenía ganas de

abrazarla. Tenía ganas de abrazarlos a todos. Pero me parecía precipitado. En realidad, todavía no había pasado nada. Estaba nervioso. Sentía una extraña sensación, una mezcla de angustia e incertidumbre, ganas de saber lo que pasaría a partir de ahora y lo que me propondría la vida en los días siguientes. Pero la sonrisa no se me borraba de la cara. Me sentía muy motivado y con ganas de empezar. Y más después de que Antón me llamase a su despacho al ver todo aquel revuelo.

Antón González Piñeiro era el jefe de redacción de Nacional y el que podría ser considerado «mi jefe». Recuerden que era un freelance habitual que hacía méritos para conseguir lo que iba a tener lugar en unos instantes.

—Carlos, he escuchado lo que estabas contando.

—La verdad es que era difícil no hacerlo. Pero es que estoy tan sorprendido...

—No me extraña. ¿Lo conocías de antes?

—¡No!

—Pues el destino te ha brindado el reportaje del año.

—Bueno, todavía no sé lo que quiere. —Intenté ser prudente.

—Vamos a hacer una cosa. Te vamos a contratar, Carlos. Llevabas tiempo deseando formar parte estable del equipo. Pues ya está. Lo has conseguido.

—Muchas gracias.

—No me las des. En realidad, estoy siendo egoísta. Sé que esto te va a poner en primera línea, que tendrás ofertas, que oirás cantos de sirena. No queremos perderte y quiero «atarte» antes de que todo eso pase. Y también, regularizar una situación que nos puede dejar en mal lugar. Sabes que me parece una mierda todo lo que tenemos que hacer con vuestros contratos mercantiles, los salarios de risa, el puteo al que os tenemos que someter. Pero eres consciente de que no tengo otro remedio. La crisis nos ha jodido bien.

—Antón, este periódico lo llevo en la sangre. Son mis colores. Y si tengo la oportunidad de jugar en el equipo de toda mi vida, no la voy a desaprovechar.

—Pásate por el departamento de personal. Yo les mandaré ahora mismo un

mail informando de la incorporación de nuestro nuevo redactor. ¡Con contrato fijo! —enfaticó muy sonriente.

Subí a pie al piso de arriba. ¿Por qué siempre los departamentos de administración de los periódicos están una planta por encima de la redacción? Oía más fuerte mis latidos que mis pasos sobre las baldosas de mármol del pasillo. Es posible que flotase un poco, que dos querubines rechonchos y bondadosos me estuviesen acompañando durante todo el tiempo llevándome en volandas. Una racha tan buena así, de repente, tenía que tener una explicación, aunque fuese divina. Llegué sonriente y comprobé que me estaban esperando. Al cabo de unos minutos pude ver que se materializaba uno de mis sueños de los últimos años.

«Uno menos», pensé.

Muchas noches, después del cierre de la edición, tomábamos unas cervezas en el Nuevo Café, un lugar acogedor que regentaban una pareja de barbudos con los brazos llenos de tatuajes y que le daban a aquel bar una atmósfera de complicidad y modernidad que hacía que lo sintiéramos como nuestro. Bien decorado, con antigüedades restauradas, guiños culturales, libros, y una exposición y venta de alguna escultura y algunos cuadros que se apoyaban en las estanterías originales del viejo local. A la decoración se unía la sensación de estar al margen del sistema y a salvo de que entrase por la puerta cualquier directivo con Visa Oro. Me fui hacia el bar nada más firmar mi nuevo contrato, aquel día fui el primero en aterrizar en la mesa de siempre. Por unos instantes pensé que no vendrían los demás, porque eran ya las once y media y no había llegado nadie. Pero antes de que acabase mi primera cerveza aparecieron todos, abalanzándose sobre mí, haciéndome cosquillas, despeinándome.

—¡Cabronazo! Qué suerte tienes.

—¡Dime un número de lotería para comprarlo mañana!

Las risas hicieron esperar a Jo, uno de los camareros *hipster* que pacientemente aguardó el momento para tomar nota. Aunque Jaime resolvió con una orden: «¡1906 para todos!». Jo se fue para volver cargado de la mejor y más

rica cerveza que he tomado nunca. Ya es buena de por sí, pero aquel día todo multiplicaba su sabor.

—Ya vi que te llamó Antón. ¿Qué quería ese mariconazo? —me interrogó Fernando.

—¡Hala! Habló el homófobo. Te recuerdo que estás en un local de una pareja gay —le recriminó inmediatamente Ángeles.

—No me refería a eso. Mariconazo, cabronazo, hijo de puta... elegid vosotros el calificativo que queráis. Todos le quedan bien.

—Antón no es mal tipo —dije con ganas de no continuar por ese camino. Realmente lo admiraba.

—No me digas más, te ha contratado.

—¡Sí! —celebré de inmediato.

—Claro, por eso esa comprensión con el capullo de Antón...

—¿Y por cuánto tiempo te contratan? —se interesó Jaime.

—Fijo. —Empecé a notar que mi euforia no estaba siendo contagiosa.

—¿Fijo? —Si no fuese porque Fernando era mi amigo, hubiese creído que el comentario rezumaba disconformidad y enfado.

—Sí. Estoy muy contento.

—Y todo por una llamada. —Tony alucinaba.

—Eso digo yo —atajé nervioso—. En realidad todavía no ha sucedido nada.

—Ya era hora. Nos llevan años chuleando. Lo que me extraña es que estéis celebrando como niños agradecidos lo que no deja de ser un derecho de cualquier trabajador y que estos estaban incumpliendo desde hacía ya mucho tiempo —insistió Fernando, el jefe de la brigada de demolición de momentos eufóricos.

—La crisis ha hecho mucho daño y les ha hecho mucho daño. Antes eran modélicos y un punto de referencia no solo en lo periodístico, sino también en lo relativo a las buenas prácticas empresariales —dije desde el corazón. Hubiese dicho lo mismo dos días antes.

—Son empresas, todas buscan lo mismo.

—Poder y dinero.

—Y por eso están donde están: al borde de la quiebra.

—Y nosotros jodidos.

—Menos Carlitos, el Fijo —bromearon.

—¡Qué morro!

La envidia es una energía que produce extrañas consecuencias. En este caso había producido en Fernando una inspiración mezclada con la audacia de decir cosas sin mucho sentido, pero con la fortuna de contar con el don de la oportunidad: el momento justo en el lugar adecuado. Y estropearme el alegrón era, para Fernando, el momento más adecuado.

—Es curioso que lo primero que hagas después de una buena noticia sea acercarte al poder y hablar como uno de ellos. La llamada tiene algo de hecho fortuito. Ha caído en uno de los miembros del grupo pero, tú mismo lo decías, Carlos, podía haber recaído en cualquiera de nosotros. —No recordaba muy bien cuándo había dicho yo eso—. La verdad es que de la misma manera que le has sacado rendimiento egoístamente, también podrías compartir, incluso «colectivizar» este éxito —añadió Fernando en voz baja, como se dan las malas noticias—. ¿Os lo imagináis? —dijo, intentando persuadir al resto del grupo para que ellos multiplicasen su veneno—. Daríamos la campanada.

Yo sonreí, esperando que aquella absurda sugerencia no fuese tenida en cuenta. Él continuó argumentando.

—Compartirlo sería casi un momento fundacional —subrayó Fernando como si estuviese dictando sentencia—. Sería una enorme oportunidad para lanzar la idea de sociedad de la que tanto hemos hablado.

La palabra «pendejada» vino a mi mente. No sé por qué, ni cómo. No era habitual en nuestro lenguaje y era un modismo latinoamericano. Quizá porque el desatino tomaba elementos de los orígenes románticos de la revolución cubana. No lo sé. Pero «pendejada» era la única palabra que resumía lo que quería expresar en aquel momento. Sin embargo, el grupo estaba extasiado, siguiendo

con ilusión aquel plan que se construía ante mi perplejidad. Cuando empezaron a sumar argumentos a la propuesta, me di cuenta de que la cosa se ponía fea.

—Sería la campaña perfecta: un paso definitivo para construir bases de régimen comunitario, el triunfo de lo común sobre lo privado. —Jaime saboreaba aquella idea como el preludio de una transformación social que había sido protagonista de tantas y tantas charlas en el bar.

—¿Qué dices, Carlos? ¿Lo colectivizamos, compartes con tus compañeros y cambiamos este puto país de una vez? —La envidia destructiva de Fernando lo hacía buscar el aplauso en un día en que debería estar reservado para mí. Y especialmente el de una persona, la única que era mi novia y que él deseaba que fuese la suya.

—Lo hemos dicho muchas veces: los males de este mundo egoísta empiezan siempre por la avaricia y la codicia que trae consigo la propiedad privada —se apuntó Tony, con un incómodo aire de solemnidad.

—Reconozco que es algo extraño que alguien renuncie así a un golpe de fortuna en su vida. Es algo excepcional que solo haría alguien excepcional... —Era Ángeles la que acababa de hablar y me lanzaba el guante para que fuese una especie de héroe ante sus ojos.

No podía creer lo que estaba sucediendo, pero hasta la 1906 me estaba sabiendo mal. Me estaban planteando colectivizar algo que el destino había puesto a mis pies. Aquellas opiniones sobre lo colectivo, sobre lo común, que tantas veces había compartido, se volvían contra mí delante de todos ellos. Era como si pasasen ante mis ojos las veces que había apoyado ideas sobre una especie de comunismo primitivo y natural, que asegurase la prosperidad y la justicia. Que las grandes fortunas pagasen un noventa por ciento de impuestos, que se primase lo colectivo sobre lo individual en todas las esferas de la vida. Que no fuesen heredables los bienes para no perpetuar la desigualdad. Hasta me había parecido razonable que los hijos se educasen todos juntos sin estar directamente en contacto con sus padres, aquella vez que Jaime lo sugirió en una de nuestras reuniones para repensar el mundo. Todas aquellas cosas se agolpaban

en el nudo en la garganta en el que se había convertido la cerveza, el trago más amargo que había probado en toda mi vida. Al menos hasta ese momento. Después tuve ocasión de saborear otros con un sabor mucho peor.

—¿Estáis de broma? —Me reí y golpeé a Fernando en el hombro.

Pero era tarde. Lo absurdo se había convertido en maravilloso romanticismo de soñadores con causa, luchadores por una sociedad más justa. Varias miradas parecían querer decirme firmemente que no. Que aquello que había empezado como un juego en una celebración iba a ser el detonante de algo desagradable e incómodo. Volví a la carga:

—Disolvamos la manifestación. Me tengo que ir. Mañana tengo que madrugar mucho.

—¿Quedaste con tu amigo Onofre? —Aunque todavía había malas vibraciones, volvieron las sonrisas—. ¡Llévale churros!

—Quedé con mi madre. Tengo que acompañarla al médico. —Me lo inventé sobre la marcha para salir cuanto antes de aquello, y funcionó.

—¡Ah! Perdona.

—¿Te vienes? —le dije a Ángeles.

Recogió las cosas y se vino conmigo. Mientras caminábamos hacia casa empezó a hablarme con esa voz dulce que me encantaba.

—Carlos, creo que solo alguien como tú puede hacer algo tan insólito y tan grande. Y si te paras a pensarlo, lo que decían tiene sentido. ¿Cuántas veces hemos hablado de que una de las cosas que destroza la sociedad es la propiedad privada? ¿Cuántas veces hemos dicho que hasta que demos pasos en la dirección adecuada el mundo no tendrá solución? ¿No crees que la fortuna te ha brindado la oportunidad de hacer algo tremendamente importante?

—¿Bromeas?

—No. Sería como dar un golpe de efecto. Sería un altavoz para nuestro pensamiento.

—Ángeles, sabes cómo pienso. Pero una cosa es querer ajustarle las cuentas a

un ricachón que paga menos impuestos que su secretaria y otra que me toque la primitiva y la reparta con todo el planeta...

—Es con tu grupo. Son tus amigos y colegas.

—Es mi oportunidad. Cuando contrataron a Fernando por un año no lo compartió conmigo. Y te recuerdo que la única fija del grupo hasta la fecha eras tú.

—Pero eso son cosas menores. No saldrían en las noticias. Lo tuyo sí, puede convertirse en algo determinante. Tendrá recorrido. La gente lo sabrá. Sería un acto fundacional. ¿Te imaginas el titular? «Comparte con sus compañeros el éxito y el dinero para dar ejemplo a una sociedad agotada.»

—Un titular muy largo.

—Pero espectacular. Y tú lo tienes en tu mano.

—No me lo puedo creer. Toda mi vida luchando por que me suceda algo así y ahora que me pasa estamos teniendo esta conversación. Ángeles, sabes que quiero triunfar.

—Entonces ¿todas las charlas que hemos tenido? ¿Todas las críticas que salían de tu boca al *establishment*?

—¡Eran ciertas! Pero esto es distinto.

—¿Distinto? ¿Distinto porque te sucede a ti?

—Distinto porque no tiene nada que ver. Por favor, cambiemos de tema. Quiero celebrar con mi chica lo que puede ser uno de los días más importantes de mi vida.

Caminamos en silencio durante varios minutos. Llegamos a mi portal e intenté besarla. Me abrazó. La tormenta había amainado. Por fin pudimos empezar a celebrar.

En octubre de 2012 me topé por primera vez con el gigantesco muro de ladrillo rojo de la entrada de la cárcel de Teixeiro y con un letrero enorme que dejaba claro que te encontrabas en un centro penitenciario. Es posible que fuese necesaria tanta claridad, porque salvo por las grandes dimensiones del inmueble y la presencia de una torreta a todas luces destinada a controlar visualmente el entorno desde las alturas, se podría pensar que te encontrabas ante un instituto de tamaño monumental donde las altas rejas que rodeaban los patios solo querían impedir que se escapase el balón en los partidos del recreo. Obviamente, no era así. Incluso después de los esfuerzos por dulcificar la severidad de aquel recinto destinado a privar al ser humano de su segundo bien máspreciado, la libertad, el edificio conseguía helarte la sangre. Y más si ibas a ver a alguien que había atentado contra el primero de los bienes máspreciados: la vida.

La acumulación consigue siempre efectos estéticos tanto para producir belleza como fealdad. Saber que allí había un gran número de personas que habían hecho cosas malas, algunas terribles, y que estaban en gran cantidad y adecuadamente ordenadas te ofrecía una sensación grotesca y un estado de ánimo que tenía un pie en la intimidación y otro en la curiosidad.

Entrar en estos lugares lleva aparejado un buen número de trámites burocráticos, pero si lo comparamos con todo lo que tuve que hacer para coger el avión hasta llegar a Santiago de Compostela, no me parecían tantos. A todos los visitantes se les hace una reseña fotográfica y otra dactilar y se les solicita una prueba que acredite el parentesco o lazo de afectividad con el interno, cosa que yo no poseía. Afortunadamente, cuando Onofre llegó al pacto con la jueza lo había previsto todo, ¡hasta que yo pudiese entrar con una grabadora!

En poco más de quince minutos había franqueado todos los obstáculos y alcanzado el locutorio en el que nos íbamos a ver. «Locutorio» sé que suena más a coger un teléfono y hablar a través de un cristal, pero no. Era el nombre que allí daban a las pequeñas salas de reuniones donde poder ver a los presos de régimen ordinario. Se trataba de un lugar austero, con una ventana que proyectaba la luz sobre la mesita central blanca y unas sillas que ya las querrían para sí muchas salas de espera de dentistas. Eso sí, ni una sola revista, ni un solo papel.

Mi espera fue muy breve. A los pocos segundos entró él. Enseguida empezamos a charlar, con todas las normas de cortesía que uno presupone de los más altos niveles de educación. A pesar de haberme recibido con una cara y unos modales más propios del anfitrión de un gran caserón rural que del habitante único y exclusivo de los escasos ocho metros cuadrados de su celda, enseguida detecté que había en su actitud cierta agresividad tensa y un poco despreciativa conmigo. Y lo curioso es que, como supe después, aquella especie de sutil desprecio me lo dedicaba solo a mí. Con el resto del personal del presidio era en extremo cuidadoso, paternal, paciente y solícito.

Aquella era mi primera visita y, a pesar de la frialdad del lugar, sentía como si hubiese entrado en el infierno, o a lo mejor precisamente por eso.

El uso de la vestimenta que ofrece Instituciones Penitenciarias es opcional, pero él había decidido utilizarla, dejando claro desde el principio que era un reo. De no haber sido por esa ropa, se diría que Onofre Castro era un alto cargo que inspeccionaba con amabilidad el buen hacer de uno de los centros penitenciarios bajo su responsabilidad. Se dirigió a mí con parsimonia, analizándome. Durante un tiempo pensé sí era yo y mis complejos los que me hacían valorar de una forma un tanto victimista aquella barrera que había interpuesto entre nosotros. Entre él y yo. La única persona del mundo a la que había decidido conceder el privilegio de escuchar su historia. Seguramente tendría su precio. Pero era mi privilegio y tenía que sacarle todo el partido.

—¿Por qué yo? —Me vi en la obligación de empezar con esa pregunta.

—Alguien tenía que ser —contestó esquivo.

—¿El azar?

—¿Crees en el azar?

—Todos sabemos que existe. La suerte, la casualidad...

—¿Sabes que hay quien piensa que es un comodín, que llamamos azar a todo aquello que sucede sin que conozcamos sus causas?

—Sé que la mala suerte existe. En mi vida lo he comprobado un buen número de veces. Por lo tanto, también existirá la buena...

—¿Qué estudiaste?

Aquello sonó a reproche intelectual. Me apeteció contestar «física nuclear» para poner en su sitio a aquel tipo que empezaba a mostrarse faltón.

—Periodismo, obviamente...

—¿Acabaste tus estudios?

De alguna manera había leído en mi rostro una historia de dificultades para terminar la carrera. Lo que seguramente no supuso es que no fue por problemas intelectuales o de capacidad, en contra de lo que parecía estar pensando.

—Con un par de años de retraso, pero los acabé. La economía saneada es un buen abono para el talento. —Fue mi forma de dejar constancia de su impertinencia y del hecho de haber tenido que trabajar para costearme parte de los gastos de mi época estudiantil.

—¿Eres de los que solo piensan en el dinero? ¿De los que calibran las cosas en términos monetarios?

—No sé muy bien a qué se refiere. Si se está preguntando si trabajo solo por dinero, la respuesta es no. Pero si lo que quiere saber es si creo que el dinero es importante en mi vida, la respuesta es sí, como en la de todo el mundo.

—¿Te gustan las cosas caras?

—Me gusta vivir y poder pagarme mis facturas. Y todos tenemos algún capricho, algún objeto de deseo.

—Me gustaría conocer, si no es indiscreción, alguno de esos objetos...

—Posiblemente sea una indiscreción, ¿no le parece?

—Posiblemente —aceptó calmado—. Vamos a hablar muchas horas, es bueno que nos conozcamos un poco.

—Creo que ya le voy conociendo y sé que enseguida intentará darme una primera lección, la de que «el dinero no da la felicidad». Pero me va a perdonar, esa ya me la sé.

—¿Te he ofendido?

—¿Pretendía hacerlo?

—Ni por asomo.

—Entonces no.

—¿Eres feliz?

—No concedo entrevistas...

—¿Eres feliz? Miras como si no hubieses empezado a serlo aún.

—Lo soy. ¿Y usted?

—Bastante —dijo, adoptando por primera vez un gesto que en posteriores entrevistas vería repetirse con frecuencia: se recostaba sobre el respaldo, intentando relajarse, miraba hacia otro lado, hacia la ventana, hacia el suelo, y comenzaba a hablar lentamente, como si estuviese solo—. A lo largo de mi vida he experimentado muchos tipos de felicidad. La felicidad que te hace reír, reír tanto y con tantas ganas que te resulta imposible pensar en otra cosa. Cuando te ríes así y sientes ese júbilo, hace que todo sea leve. Ingrávido. Por eso, esos momentos son casi imposibles de recordar en su totalidad. He sentido la felicidad del amor correspondido, la que hace pequeñas las distancias y eternos los tiempos. Que multiplica tu espacio en el espacio, te hace más grande, mejor... He sentido la felicidad del logro, de cruzar una meta, el estallido de alcanzar un reto. ¿Si soy feliz? Sí, en estos momentos puedo decir que me invade una clase muy especial de felicidad. La felicidad del deber cumplido.

Mi silencio era como uno de esos emoticonos de ojos grandes. ¿El deber? ¿Estaba ante un psicópata que liquidaba chicas porque ese era su deber? ¿Un pirado que cumplía una misión, que oía voces?

—¿Qué pasó exactamente? —le exigí con torpeza.

Él, impertérrito, obvió mi pregunta y continuó.

—El tipo de felicidad que tú buscas es la de tener. Tener, tener y tener... no te niego que también puede llegar a ofrecer un sabor agradable. Pero es decepcionantemente efímera. Y algo vulgar. No se diferencia mucho de la alegría que siente un mono ante un buen bocado, o un perro con su hueso...

—Eso lo dice porque a lo mejor usted ha tenido mucho —afirmé, cambiando de estrategia y dejando que mi grabadora siguiese recogiendo material.

—Eso lo digo porque lo pienso —me corrigió—. Carlos, yo te hago feliz. Mi historia te hace feliz. A pesar de estar llena de sangre, de dolor y muerte, te hace feliz. Haberla conseguido da sentido a todos aquellos sacrificios y sinsabores. ¡Puedo ser la persona más importante de tu vida, Carlos! Serás feliz. Tendrás. Y todo gracias...

—¿A usted?

—¿Lo ves? En el fondo tú crees que sí, que soy tu premio especial y la causa por la que tu vida cambiará: por eso crees en la suerte. Pero no, Carlos. Son las personas que te enseñaron a perseverar, a no tirar la toalla, a seguir luchando por lo que crees, las que han hecho posible que te asomes a este desafío en tu vida. Todo efecto, como ves, tiene una causa. El azar es para mentes débiles o gente tan joven que no ha tenido tiempo de observar cómo todo lo que sucede es causado por algo, y causará a su vez algo más. Pero tú no eres tan joven, Carlos. Abandona la simpleza del azar.

No puedo negar que aquella parsimonia, aquella cascada de argumentos ante cada cosa iba consiguiendo que mi interés y mi sorpresa fuesen en aumento y que asumiese que el ritmo de aquello iba a ser lento. Por momentos estaba más ante un buen conversador que ante un repugnante asesino.

Reconozco que siempre he sentido debilidad por esas personalidades que parecen haber encontrado fuentes de sabiduría que pasan desapercibidas al resto de los mortales. Esos tipos cultos que emanan tranquilidad. Casi era como me veía yo, idílicamente, de mayor, de muy mayor. Pero, por otro lado, me rebelaba ante el hecho de que encontrase interesantes sus argumentos.

—Onofre, usted no tiene cara de ser feliz. —Acababa de apuntarme al reparto de golpes.

—No hay un sol lleno de felicidad. Solo destellos. Fíjate en mi cara y verás cómo débiles chispas arrojan algo de luz en este rostro grisáceo que no para de observar el mundo.

—¿Aquí encerrado?

—¡Más que nunca! Desde que estoy aquí he logrado ver con claridad cómo serán mis últimos diez mil cielos.

Me dio a conocer su forma de contar la existencia por el número de cielos que te eran dados vivir. Y cómo, aunque le aterraba el futuro, aceptaba con resignación las órdenes que esos cielos le daban. Su buen carácter y el exquisito trato con los funcionarios de la prisión le habían granjeado pronto algunos pequeños privilegios, entre los que destacaba la autorización a pegar en las sólidas paredes de su habitación una colección de folios con fotos impresas. Cuando, con posterioridad, pude hablar con aquellos funcionarios, me confirmaron que eran fotos de cielos. Solo cielos. Todos diferentes. Todos sin nada más que la luz o la oscuridad de la bóveda celeste al atardecer. Nubes, luz, cielos azules, rojizos... distintos espectáculos, diferentes texturas en las que el blanco y negro, los colores vivos, o los tonos apagados quedaban en un segundo plano ante el mensaje de grandeza que enviaban aquellos ocasos en los que el planeta se despedía de ti, quién sabe si para siempre.

Eran sus cielos. El decorado de su vida, que hacía que aquella pequeña celda tuviese mucho de templo y en el que se respiraba cierta atmósfera mística que tanto impresionaba a los funcionarios de la prisión: «Eran su última gran pasión y los cuidaba con esmero».

—De cada uno de ellos se extrae una enseñanza, una instrucción, un mandato. Marcará cómo será el próximo día. La verdad está en los cielos, Carlos. En todos y cada uno de ellos.

No podía seguirlo. Con el tiempo fui acostumbrándome a sus idas y venidas,

sus inflexiones y sus reflexiones, pero era el primer día y estaba siendo abducido por un platillo volante que se sentaba delante de mí.

—¿Recuerdas cuando viajas en avión en días nublados? Esos días en los que miras y no se ve nada, y de repente cruzas todas aquellas nubes y te encuentras con que el sol resplandece sobre ellas, como sugiriéndonos que es mentira todo lo que percibimos cuando tenemos los pies en la tierra, a pesar de la certidumbre con la que lo sentimos. Volar ofrece la perspectiva necesaria para ver la verdad sobre aquel manto de nubes. Una verdad que no es otra cosa que luz, color, belleza.

—¿Y la libertad? —dije, queriendo volver a la cárcel donde estábamos.

—A veces, en mi celda, las nubes también se quedan abajo mientras las sobrevuelo sintiendo el frescor de una brisa soleada y seca. No es libre el que no quiere, Carlos.

Yo me dejaba mecer por el vuelo parsimonioso de su conversación, de su pequeña alfombra mágica. Pero me vi obligado a insistir.

—¿La libertad?

—La libertad. —Lo pronunció con tal fuerza y nitidez que parecía que era la resolución a un enigma, el tema propuesto a una sala de alumnos, el plato único del menú—. Te oigo hablar de la libertad... ¿Me preguntas por mi falta de libertad? O ¿realmente quieres hablar de la libertad?

Lo vi venir, y quise decir «nooo».

—Quiero que me cuente punto por punto, paso por paso, qué se torció en su vida para protagonizar esos macabros y horrendos sucesos.

Volvió a su conversación y siguió hablando como si no me hubiese oído. Me iba dando cuenta de que era de ese tipo de personas que utilizaba una fórmula para cada cosa. La que usaba para conversar era, básicamente, hablar sin tener demasiado en cuenta al interlocutor. Y conseguía llevarse el gato al agua. Tenía la fortuna de sentir plenamente lo que decía. Revivía lo que hablaba. Era su viaje. Su recreo. Su vida. Aunque mi tesón consiguió meterlo de nuevo en mi planificado interrogatorio.

—¿Te parece el sitio más apropiado para hablar de libertad? —me recriminó.

—No se me ocurre otro.

—¿En lo alto de una montaña? ¿En la arena de una playa solitaria? ¿Y en una biblioteca?

—No creo que fuese posible...

—Pues consideremos este edificio como una inmensa biblioteca. Cada recluso es, como mínimo, un libro lleno de páginas estimulantes.

—Conozco su trabajo. Conozco su esfuerzo por plantear una sociedad más justa. Que se tratase más de reinsertar y menos de castigar...

—Has hecho los deberes. Veo que no me he equivocado al elegirte. Y quieres saber qué es lo que me ha llevado a hacer lo que hice. Eso no va a ser tan fácil. Tendrás que poner de tu parte. Y leer entre líneas, Carlos, siempre hay que leer entre líneas.

Se colocó perpendicular a la mesa, con los dos brazos apoyados mirando hacia mí, y empezó a hablar como si me dictase.

—Comencemos. ¿Sigues grabando?

—Por supuesto.

Y fue entonces cuando me dictó el texto que ustedes ya conocen y que publiqué íntegramente en mi periódico:

—Solo un montón de imbéciles, oprimidos y débiles puede dejarse matar así. El mundo está dividido entre quienes matan y quienes se dejan matar, entre lobos y ovejas. Me repugna ver a toda esa gente que critica la fuerza, la capacidad y el orgullo mientras se convence de que sus limitaciones son virtudes. La caridad es la debilidad disfrazada de buena intención.

»Somos depredadores y lo vamos a seguir siendo. Seguiré matando, ¿saben por qué? Porque ustedes van a permitírmelo gracias a unas normas que hemos hecho gente como yo para protegernos. Hice todo lo que hice porque sé que en unos años estaré fuera de la cárcel. ¿Diez? ¿Doce? Quizá alguno más. Pero después seguiré con mi vida y sí, volveré a matar.

Aquello no iba dirigido a mí, o al menos, no solo a mí. El hijo de puta hablaba

en plural. Estaba intentando utilizarme. Quería mandar sus mensajes. Quería seguir haciendo daño y pretendía que yo le sirviese de ayuda. Había elegido a un novato para usarlo como a una marioneta. ¿Qué se había creído? Cuando salí de la reunión solo pude dar unos cuantos pasos antes de entrar apresuradamente en unos aseos y vomitar, de los nervios, del asco, de reprimir las ganas de echarle las manos al cuello y callar aquel cinismo. No podía dejar de vomitar mientras pensaba que aquel hombre malvado tenía el propósito de utilizarme para ofender, para herir a toda una sociedad...

Y lo iba a conseguir, porque yo lo iba a publicar.

Lo que había sucedido entre mis amigos, mi chica y yo por mi negativa a colectivizar mi entrevista y su eventual éxito, había enfriado mi vida. Había salido publicada la primera entrega de mi artículo sobre Onofre Castro, ¡un domingo, a doble página y con mi firma! Y eran más de las once y apenas si había recibido mensajes ni comentarios. Por supuesto, mi madre y mi padre me habían transmitido todo el orgullo que sentían, pero, para qué voy a negarlo, con eso ya contaba. Cuando sale publicado algo en papel, esperas a que todo el mundo lo vea, lo lea y lo comente. A mediodía mi teléfono seguía en silencio, como si estuviese apagado. Decidí regar las plantas. Mi apartamento era pequeño y no muy lujoso, pero tenía la belleza de disponer de un salón de tamaño medio lleno de plantas. Yo era uno de esos «dedos verdes» que tenían buena mano con el reino vegetal: me daban un esqueje o una semilla y al poco tiempo había una planta adulta radiante en mi saloncito. Antes de que llegase con mi regadera a las crasas, las que menos agua necesitaban, recibí la primera llamada del día.

—¿Carlos?

—Buenos días —dije sonriente.

—Tienes que llamar a Ángeles. —Era Tony.

—¿Ha pasado algo?

—Está enfadada. Supongo que esperaba haber visto el artículo antes de que saliese publicado. Que la hubieses tenido más en cuenta. No has dejado ninguna opción para volver a comentar lo de la colectivización...

—¿Seguís con esa absurda idea en la cabeza?

—Todos esperábamos al menos seguir hablándolo. Y ella esperaba, además, tu

complicidad. Que sepas que te entiendo. Sabes que no soy tan fanático como ellos. Pero Fernando está aprovechando para meter el dedo en la llaga... Llámala.

Por lo visto tenía mejor mano con las plantas que con mis amistades. Cuando me disponía a llamarla, algo me dijo que no lo hiciese. Si no tenía la delicadeza de felicitar me en un día tan crucial para mí, es que a lo mejor no le importaba demasiado, ni yo ni mucho menos mi carrera.

Leí varias veces el artículo, una y otra vez. Y a pesar de ser la chulesca provocación de un peligroso hijo de puta, me sentía orgulloso. Todo el mundo se enteraría de quién era gracias a mi labor periodística. Era mi primer gran trabajo. Era ese asunto con el que todos soñamos durante la carrera. Lo miraba una y otra vez. Era mi criatura.

Cuando uno es periodista de raza, y yo me consideraba uno de ellos, es muy difícil que descanses cuando tienes delante un rastro que olisquear. En pocos minutos pasé de lamentarme de la mala uva de mis amigos y especialmente de mi amiga, a estar con mi Mac y seguir buscando información sobre Onofre Castro. Sus apariciones en prensa como asesino ocupaban las setenta primeras páginas del buscador. Pero luego aparecían entrevistas, declaraciones y fotos de su pasado más reciente: como secretario de Estado de Justicia, como diputado, en campaña electoral. Si continuabas y te ibas unas cuantas páginas más allá, podías ver su época de fiscal, sus aportaciones como jurista, las defensas de un nuevo y «más humano» Código Penal. Casi todo eran noticias, artículos, textos sobre su persona, pero pocos testimonios directos y aún menos en soporte audiovisual. Más allá del vídeo de su detención repetido una y otra vez había pocas cosas acerca de él en YouTube. Los materiales informativos antiguos, sobre todo si no eres extraordinariamente famoso, son de ese tipo de cosas que no se cuelgan en la red por carecer de interés para el gran público. Sí, aunque no lo crean, todavía la inmensa mayoría del material audiovisual histórico no está en YouTube.

Así que me metí en la web de RTVE y solicité información sobre cómo acceder al archivo de imágenes. Envié también un email similar a Telecinco,

Antena 3 y Canal+, así como a la Cadena Ser, Onda Cero, la COPE y Radio Nacional... Las que pensé que podrían tener material interesante para mi trabajo.

Cuando me di cuenta el domingo había terminado como amenazó al empezar: solitario, frío y un tanto decepcionante. ¡Menos mal que mañana era lunes!

Los correos electrónicos surtieron efecto. En menos de veinticuatro horas había recibido una amable respuesta automática de las fuentes consultadas dándome las instrucciones para acceder a sus archivos. Me puse manos a la obra y al día siguiente ya tenía las primeras copias de las grabaciones: en este caso valiosos documentos que me había cedido RTVE, facilitados en formato U-MATIC: unas cintas gruesas que en el Pleistoceno eran un soporte profesional. Yo tenía a mi disposición un magnetoscopio plenamente operativo que había comprado por una miseria en eBay, «por si las moscas», y porque molaba mucho siendo periodista tener este tipo de material clásico en casa. Nada se degrada tanto como la tecnología y nada mola más que usar una tecnología obsoleta.

Encontré en la primera cinta un material interesante. Se trataba de un debate en el Congreso y debía de ser un bruto o un material sin demasiada edición, puesto que estaba prácticamente completo.

—Usted considera que tienen que prevalecer los derechos de un asesino, sobre la justicia que merece la víctima. Y eso es, simplemente, síntoma de debilidad y de ignorancia.

Desde lo alto de la tribuna bramaba aquel orador, que parecía un rival político del ala más dura y conservadora del Congreso. Poco importa su nombre. Solo su presencia en el hemiciclo, su vehemencia, su encendida defensa de una justicia más dura y su contundencia a la hora de insultar al recién nombrado secretario de Estado de Justicia: Onofre Castro. Cuando llegó su turno de réplica tardó en subir al estrado más de lo habitual. No parecía temer la confrontación. Más bien parecía uno de esos futbolistas que entra con lentitud al campo sabiendo que le favorece el resultado.

—Señorías, es posible que intervenciones como las que acabamos de oír llenen el ánimo de cualquier persona que no tenga la preparación y el conocimiento suficiente del tema que estamos hablando.

Susurros de incomodidad en el hemiciclo. En la bancada de la oposición, claro.

—... podría haberse dado hace un par de siglos, quizá más... basa toda su argumentación en reparar el dolor, vengar lo irreparable. La venganza es también violencia. Y la madurez de una sociedad se mide por la templanza con la que trata a los que se desvían, la fuerza que muestra en atraerlos hacia el buen camino. La violencia no solo engendra violencia, sino que es inútil. ¿Debemos de tirar a la basura esas vidas y olvidarnos de nuestra responsabilidad como sociedad? Los hay que creemos que no, señorías. Que sabemos que hay mucha culpa en las condiciones sociales en las que se desarrollan los delincuentes y por lo tanto que todos, en alguna medida, somos corresponsables de muchos de los delitos que se cometen.

»... por no hablar de condicionamientos físicos y genéticos. ¿Conoce usted, señoría, lo que es la monoamina oxidasa A? ¿Sabía que está presente en el cromosoma X, y que este causa hiperagresividad y aumenta la propensión al delito? ¿Sabe que hay individuos condicionados por trastornos médicos y genéticos? Las conductas determinadas no son libres, señorías, y por lo tanto, no son plenamente responsables. ¿Puede juzgarse a un cocodrilo por hacer cosas de cocodrilo? ¿Y a un lobo por hacer cosas que los lobos hacen? No seré yo el que diga que un delincuente deba quedar impune. Pero entre la impunidad y el ensañamiento cruel hay un término medio, ponderado y proporcional. Una pena, una condena que tenga como fin último la rehabilitación y reinserción social del delincuente.

»Le recuerdo, por último, el artículo 24 de nuestra Constitución: “Las penas privativas de libertad estarán orientadas hacia la reeducación y reinserción social”. Por eso proponemos esta revisión del Código Penal, esta humanización

de las penas, y estos presupuestos para invertir en recuperar a miembros reales y con derechos de nuestra sociedad...

Joder, ¡cómo hablaba Onofre! El vídeo no era muy bueno, la imagen estaba un poco degradada, llena de grano. Pero no paraba de oír el chillido que hacía la cinta yendo hacia atrás para ver volver a ver sus gestos, oír sus frases, una y otra vez. Era increíble. Todavía hoy, sabiendo todo lo que sabía de lo que había hecho, me parecía difícil de creer. La bonhomía que transmitía. La verdad de sus palabras. No podía dejar de preguntarme cómo era posible que aquel hombre íntegro, avanzado, un auténtico líder social, fuese el mismo con el que iba a charlar de nuevo días más tarde por haber liquidado a siete mujeres inocentes... ¿Las circunstancias? Aplicando sus tesis, él debería ser un caso prioritario en esa reinserción que pretendía potenciar. Y a lo mejor encontraban algún problema médico. Porque claramente en ese cuerpo habitaban dos personas distintas: el secretario de Estado, ilusionado, comprometido y brillante, y el que había cometido aquellas ejecuciones frías y despiadadas.

Estábamos a martes. Y los martes venía mi amigo Jesús a cenar. Algunas veces seguíamos la noche tomando una copa y otras nos quedábamos dormidos viendo películas. Normalmente se quedaba a dormir. Ese era uno de los motivos por los que tenía aquella pequeña habitación de invitados.

—Vas a alucinar con este vino. Mencía. Seis meses de bodega de roble —me dijo mientras entraba.

—Me alegro de que estés aquí.

—Pero ¿qué haces en pijama? ¿Pasa algo?

—¡No! Estaba trabajando. Este reportaje... me tiene absorbido. Oye, y esto no es un pijama. Es una sudadera normal y corriente.

—Que usas para dormir, ¿no? O sea, un pijama. Bueno, ahora a desconectar... que he traído los champiñones ya limpios... ¿Te has acordado del jamón?

—¡La leche! Me olvidé. No he salido en todo el día.

—¿Tienes ajo en polvo?

—Mira tú en la cocina, a ver.

—Los hacemos al ajillo... Están buenísimos también. Lo importante es el vino.

Jesús era de esas personas que siempre encuentran el lado positivo de las cosas, de las que hacen que tu vida sea mejor. Era un Lee Marvin castizo, grande en todos los sentidos, llevaba la sonrisa por bandera y siempre, siempre, estaba por la labor de disfrutar, de reír, de vivir. Siempre he sido una persona familiar y aquí, en Madrid, Jesús era mi familia. Tenía ganas de verlo. Y de tomar aquel Mencía.

—Me parece que tendrías que estar contento... Tienes el reportaje del año.

—Sí. Es lo que he esperado toda mi vida. Tengo una sensación de vértigo, de miedo, de ganas, de preocupación, de respeto... todas malas...

—Es normal. Mucho tomate.

—Es difícil ser periodista hoy en día.

—Hoy todo es difícil... pero comparado con mis bisabuelos que trabajaban por un poco de leña todo un día de sol a sol... yo creo que estamos de maravilla.

Era terrenal, positivo, despachaba las cosas con simpleza, pero a su vez con la sabiduría del que conoce el poder destructivo de la autocompasión y de la queja permanente.

—Es cierto, Jesús. Comparado con aquellos tiempos. Pero ¿y si no gusta mi reportaje? ¿Y si desaprovecho mi oportunidad?

—Gustará. No tengo ni puta idea de qué va. Pero sé el talento que tienes. Túúúú eres bueno, muy bueno —dijo mientras me señalaba con el dedo índice insistentemente, imitando a Robert De Niro en su papel de Paul Vitti en *Una terapia peligrosa*.

—Hoy si fallas estás muerto. No hay segundas oportunidades. Las redes te machacan y no puedes hacer nada. ¡Esta mierda de internet! Estudié periodismo para ser el Talese español; ser divertido, sesudo, importante y carismático, llevar

sombreros, fumar puros... ¿Fumar puros? Cualquiera se atreve. Te linchan en la redacción del periódico. ¡Todos hacen *running*!

—Veo que el vino te va soltando....

—Trabajamos para adelantarnos a cualquier cabrón que escribe un tuit... ¡un tuit! ¿Te has fijado qué mierda de nombre para dar una noticia? Pío, pío... todas estas gentuzas de internet creen que somos gilipollas del todo: *cookies*, tuits, galletitas y pío, pío... *twit* quiere decir gilipollas en inglés.

—No me lo creo.

—Míralo. Es verdad. Es un juego de palabras: *tweet* = *tuit* = gilipollasquenodicenipío... En eso nos hemos convertido los periodistas, en estafermos, monigotes zarandeados por lo que llamamos redes sociales, que no te permiten profundizar, matizar, oponerte al pensamiento masivo. ¿Dónde está el compromiso con la verdad? El cinismo está tan metido dentro que ya no lo notamos. Nos quejamos de las *fake news*, de la posverdad, y cuando escribimos citamos a las redes sociales como si fuesen millones y a veces son cien o doscientos pringados...

—Siento interrumpir, pero se está acabando el vino.

—¡¡¡Se está acabando el mundo!!! —Me puse de pie y su mirada atenta me hizo recordar lo verdaderamente importante en aquel momento—. Jamón no he comprado. Pero vino sí.

—Cojonudo.

No es fácil enfrentarte a tus propias contradicciones. Menos cuando ibas a tener delante tantas horas el rostro de la maldad, la frialdad y el engaño. Tocaba seguir disfrutando del Mencía. Aunque estas botellas eran de otro tipo: de las que recordarías al día siguiente, con resaca y dolor de cabeza, y que clasificarías en ese grupo de «las que no deberías haber abierto...».

El miércoles me levanté muy pronto. Tenía que viajar hasta Teixeira y coger un vuelo muy temprano. Me puse en marcha con el ímpetu que dan dos cafés solos seguidos para recuperarme de la resaca. Porque al final las botellas se empeñaron en intentar arreglarlo todo... En fin, nada que no se pudiera superar. Pero a mí el café me ponía como una moto. Una moto que iba a volar sobre media España y frenar en seco al entrar en la salita en la que nos veíamos. El protocolo de seguridad había sido el mismo. La sala, la misma. Los protagonistas, los mismos. Todo aparentemente igual, pero todo era completamente diferente cuando entró y empezó a hablar sin ni siquiera mirarme.

—Carlos, les hemos quitado el cielo.

—Buenos días —dije, intentando poner orden desde el principio a la sesión.

—Les hemos robado a Dios.

—Veo que ha dormido menos que yo...

—El Dios que aliviaba los dolores de espalda después de la jornada de trabajo, porque les hacía creer que la justicia, tarde o temprano, llegaría. Les hemos arrancado la esperanza de creer en que algo puede ser para siempre. Les hemos robado la palabra «siempre». Les hemos dejado solo dolor, cansancio, injusticia, sufrimiento y una decepción que a veces raya en cólera por ser las cosas como son, y no como deberían ser.

»Les hemos robado la honradez, esa virtud que siempre te hace superior... Les hemos robado la satisfacción de saber que quien la hace la pagará... Les hemos prometido un mundo de soluciones mágicas que nunca llegarán, porque la magia nunca llega. Les hemos robado el alma, porque los convencimos de que tan solo

son un cuerpo corruptible que cuenta los segundos para la descomposición final. Les hemos robado el placer de sentirse superiores ante los deshonestos, porque estos nunca entrarán en el reino de los cielos y ellos sí. Les hemos robado a Dios para dejarles un salario bajo, una familia llena de exigencias, un cuerpo con el que nunca estará nadie contento y una sensación de que la buena vida es la que se evade de la que realmente llevas. Hablo de la gente, Carlos. Esa gente a la que todos apelamos. Ese sentir común que todos creemos que captamos y que estamos capacitados para representar, y cuyo bien buscamos como servidores públicos, como intelectuales... Esa gente que verá cosas que les hemos hecho ver. Y sentir. Quizá tendríamos que reinventar a Dios, Carlos. Se lo hemos robado. Solo de esa forma volverá definitivamente la justicia.

Me quedé allí, mirándolo. Viendo su angustia por haberle fallado a alguien, su pesar, su responsabilidad por la vida de otros... Como si fuese uno de esos santones a los que les duele su gente y las injusticias. No sabía si era un psicópata desquiciado, un hombre decepcionado o alguien que jugaba conmigo, que sabía más del bien y del mal de lo que yo sabría nunca. No podía preguntarle. Me daban ganas de consolarlo. Afligido, pálido y con la amargura de los que han sido derrotados, se levantó y volvió a su celda.

Y yo tenía un día menos para acabar mi trabajo y parecía seguir oyendo el *adagio* del cuarteto de cuerda de Samuel Barber.

Mientras transcribía el archivo de la última entrevista, la noche del viernes saludó a la madrugada del sábado. Justo en ese momento recibí una llamada de Antón. Todo el mundo sabe que un jefe no llama fuera de horas de trabajo y menos un fin de semana. Todo el mundo menos él.

—¿Recuerdas que hoy tienes que enviarnos la próxima entrega?

—Claro que lo recuerdo. Ni yo me olvidaría, ni tú me dejarías.

—Fuiste tú el que quisiste hacer entregas semanales del reportaje. Y me pareció buena idea, pero...

—Muy esclava. Recuerdo lo que me dijiste.

—Pues sarna con gusto no pica, chaval. Eres esclavo de tus propias palabras.

— Lo sé. Y si me dejas seguir trabajando puede que el domingo sea un buen día para todos.

Colgó sin decir nada más. Yo sabía que no podía escribir aquello de «reinventar a Dios». La gente no lo entendería. Querrían datos, algo de morbo, pero no las alucinaciones mesiánicas de un carroza delirante.

Miré las notas que había tomado para hacer el reportaje y encontré un teléfono y una dirección de correo entre la información pública del Congreso de los Diputados. Era de Celso Díaz, compañero de estudios y de carrera política, aunque en partidos políticos diferentes. Algo que, aparentemente, no había afectado a su amistad con Onofre. Me animé a llamarlo. Supuse que no sería su teléfono personal y que, si no eran horas, ni lo cogería. Soy de los que creen que normalmente a un impaciente las cosas le suceden más rápido. Y así fue. Eran las doce y cuarto, no había timbrado el teléfono ni tres veces cuando descolgó y contestó.

—Buenas noches. ¿Quién llama?

—Buenas noches, soy Carlos Wolverine. El periodista al que su amigo Onofre Castro ha elegido para contarle su historia. Y sé que usted fue compañero y amigo.

—He sido compañero y hasta que se demuestre lo que se tenga que demostrar, soy su amigo.

—Me gustaría invitarlo a tomar un café para poder hablar con usted.

—Pues si me invita a desayunar mañana, acepto.

No iba a dejarme intimidar. Inmediatamente le propuse hora.

—De acuerdo. ¿A las nueve?

—¿Tan temprano? Es sábado, ¿los periodistas no descansan?

—Creo que los políticos tampoco.

—De acuerdo. ¿En dónde nos vemos?

—Quedamos en la cafetería del Palace.

—Buen sitio. Lástima que sea sábado, así me quedaba cerca del Congreso.

—Por eso lo he elegido —mentí.

Yo adoraba aquel lugar. Siempre que podía acudía al templo. El Palace era una de mis debilidades y, literalmente, un vicio oculto. Nadie de mi entorno sabía que frecuentaba esos sitios tan decididamente burgueses y con un aire decadente. Siempre iba solo. Era la primera vez que me citaba allí con alguien.

A la mañana siguiente estábamos conversando ante un café humeante y unos cruasanes dorados con aroma a gloria bendita. Celso pronto se mostró como un gran conversador, vitalista, positivo, de esos tipos bajitos y calvos llenos de buenas vibraciones, al que su aspecto no parecía preocuparle demasiado y que los fines de semana se ponía ropa deportiva a pesar de que le quedaba francamente mal.

—Lo conocí en primero de carrera. Era difícil que pasase desapercibido. Especialmente con ese nombre: ¡Onofre! Corpulento, con esa elegancia que no

sabrías decir si de pijo o progre. Hablador, sonriente... Y un problema para un zurdo como yo. Soy de izquierdas hasta para escribir. Me tocó justo en el asiento de al lado. Aquello era poco espacio para ambos. Enseguida nos caímos bien. No había nadie más divertido. Estudiaba, se metía a fondo en los temas, quería saberlo todo, pero también era capaz de hablar horas de deporte, contar chistes, hablar espontáneamente con las chicas desconocidas. Créame, ¡esa virtud a esas edades hace que tengas muchos seguidores!

—Supongo que las cosas no han cambiado demasiado.

—Todavía no me lo puedo creer. No me puedo creer que haya hecho lo que dicen que ha hecho.

—Pues créalo. Lo dice él sin ningún tipo de rubor.

—Bueno, no está claro. No está demostrado. Onofre no ha hablado con nadie...

—Está hablando conmigo. Insisto, lo ha hecho. Lo ha confesado.

—Sí, he leído su artículo. Pero todavía no puedo creer que él haya dicho eso y menos que haya cometido esos crímenes.

—Pues prácticamente me lo ha dictado. Minuciosamente.

—Siempre tuvo ese don: ser minucioso, escrupuloso con el saber, con cada tema. Describía cada cosa a la perfección. Te contaba una película de hora y media ¡en noventa minutos! —me comentó con los ojos puestos en el pasado y una sonrisa que se le heló al recordar por qué estábamos allí—. Recuerdo un día en clase de Derecho Penal —retomó la conversación en un intento de disipar la niebla—. Era una de las primeras del curso y el profesor nos recibió con una pizarra en la que había un nombre escrito: Cesare Lombroso.

No pude evitar sonreír.

—Perdone mi ignorancia, pero parece un personaje de *Los Soprano*.

—¡La cultura popular! Hace que todo nombre italiano nos suene a mafioso o a pizzería. ¡Espere a que le cite a ¡Cesare Beccaria! —Reímos y al momento recuperó el hilo de la historia que revivía en su memoria—. Lombroso pasa por ser el fundador de la antropología criminal. Y tenía una serie de teorías muy

singulares y que, por supuesto, expuestas en la sociedad actual, serían extraordinariamente polémicas. Estudió lo que llamó «el criminal nato».

—¿Planteaba que el criminal nace, no se hace?

—Exacto. Hasta el punto de vincular la evolución a la delincuencia: el delincuente, para él, no llegaba a ser del todo un humano. Era el eslabón perdido de la evolución. Un prehomínido.

—Qué fuerte.

—Tenga en cuenta que en aquellos años todavía la ciencia estaba sacudida por el tsunami que supuso Charles Darwin y sus teorías sobre la evolución de las especies. Vino a demostrar que no somos una obra acabada, que estamos inmersos en un proceso según el cual, si nuestra especie sigue en la Tierra dentro de un millón de años, seremos otra cosa, con tanta diferencia como la que hoy tenemos con un macaco.

—Convirtió a Adán y Eva en dos primates y a Dios...

—Bueno, ese es un tema del que si quiere podemos charlar otro día. Adán y Eva eran los primeros homínidos con alma. Y esa sí que la creó Dios. Al menos eso es lo que yo creo.

—¿No decía que era usted de izquierdas hasta para escribir?

—¡Qué tendrá que ver! Soy de izquierdas y creyente. Como tantos. Pero volvamos a Darwin. Lo que sin duda consiguió fue que se relacionase la evolución con la mejora y haciendo que lo peor de nosotros mismos se asociase a la animalidad, a la falta de evolución. Tiene todo el sentido, ¿no le parece?

—Ya entiendo por qué se hicieron amigos usted y Onofre. No se aburrían...

—¡Lo difícil era coger turno para hablar! Pero volvamos a aquella clase, a aquel día en el que mi amigo...

—Veo que sigue dirigiéndose a él como «mi amigo». Le honra.

—Ya le dije por teléfono que hasta que se demuestre que esa persona no es la que conocí y, en efecto, hizo lo que dicen que hizo, le considero y le consideraré mi amigo.

—Perdone, volvamos a aquella clase.

—Lombroso, nos explicaba nuestro profesor de Penal, creía firmemente en que la de criminal, en especial la de asesino, es una condición con la que se nace. La forma del cráneo, la mirada y la cuenca de los ojos, la escasa frente... todo esto delataba lo que podría ser, sin duda, un asesino nato.

—No sería fácil ser feo en aquella época —interrumpí de nuevo en un intento de frivolar y mantener relajado el ambiente. Me interesaba ganarme a una de las personas que posiblemente pudiese darme más datos para mi trabajo.

—Supongo que nunca ha sido fácil. Verá, Carlos, lo más relevante es que pensaba que los criminales eran irrecuperables, que no se podía hacer nada por ellos, y que todo el esfuerzo que una sociedad invirtiese en ellos, sería simplemente una pérdida de tiempo y dinero. Cuando el profesor dijo «... y bien pensado, en algún caso...», en ese momento Onofre levantó la mano y antes de que el profesor le diese la palabra, empezó a preguntar: «¿Es usted partidario de la pena de muerte?». El profesor le contestó de inmediato: «Realmente, no». Él insistió: «¿No cree que un asesino múltiple es una prueba de que no hay solución para él?». Y entonces dio la contestación que marcaría la carrera de Onofre para siempre: «Hay dos motivos por los que no creo en la pena de muerte: el primero porque es irreversible, y siempre existe la posibilidad, por pequeña que sea, de que se trate de un inocente. Solo por un error entre mil, valdría la pena la cautela. Lo irreversible me asusta. A que nadie entendería que se mantuviesen las penas de mutilación, ¿verdad? Es su irreversibilidad lo que las hace especialmente repugnantes. El segundo motivo son mis creencias: no creo que nadie pueda decidir la vida de otra persona en la tierra. Eso le corresponde solo a Dios». Y lo que, en aquella conversación, empezó siendo un balbuceo infantil sobre el concepto de justicia que todos llevamos dentro, el más básico y primitivo, el de la venganza y el ajusticiamiento rápido, derivó con el tiempo en un compromiso real con la reinserción del reo y lo convirtió en un estudioso de la función de las penas en la sociedad.

—Sería paradójico que Lombroso tuviese razón y su amigo fuese, ni más ni menos, que un asesino nato.

No me contestó. Su silencio volvió a enfriar la charla. Había perdido el terreno ganado.

—Salvar a un inocente siempre hará más soportable que un culpable se vaya de rositas. —Parecía seguir una línea argumental de defensa a favor de Onofre.

—¿Le apetece comer algo más que cruasanes? Estoy hambriento. Y acabo de ver unos sándwiches con un aspecto estupendo —propuse.

—De acuerdo. Pero dentro de media hora, como máximo, tendré que dejarle. Tengo un compromiso.

Mi maniobra había surtido efecto y mi metedura de pata parecía que se alejaba. Recordamos cosas de su vida en común, charlamos sobre su vocación política y su amistad a pesar de su rivalidad, de su equipo de fútbol... ambos eran grandes aficionados y seguidores del Real Madrid, cosa que, para un hincha del Deportivo de A Coruña, un deportivista *bravú* como yo, no era demasiado simpático. Hablamos de la brillante carrera de Onofre, de sus libros publicados, de lo buenos que estaban los sándwiches del Palace y del acierto que había sido habernos citado en un lugar como aquel, con el *charme* y el sabor de los locales en los que, sea cual sea tu condición económica, te hacen sentirte bien tratado.

—Solo una pregunta más: ¿quién era «el otro mafioso»?

—*Dei delitti e delle pene*, Cesare Beccaria. Es el tatarabuelo de Onofre en el pensamiento blando sobre los reclusos. Pero eso tendrá que descubrirlo por su cuenta. Tengo que irme.

—Lo haré. Y sí, en efecto, ¡parece la carta de una pizzería! —Volvimos a reír. Nos despedimos como si fuésemos a vernos pronto. Pero no sería así.

Cuando me fui, sabía todo sobre la vida profesional de Onofre. Sus buenas notas en la carrera de Derecho, aunque tampoco apabullantes, su etapa docente compartida con aquel determinante profesor de Derecho Penal, su entrada en el Partido Popular que casi coincidió con la de Celso en el Partido Socialista, y su recorrido intelectual a través de conferencias y publicaciones con brillantes

defensas de un penalismo humanista que lo convirtieron en una referencia nacional e internacional; de cómo llegó a ser secretario de Estado de Justicia y una de las personas más respetadas y con más proyección de la política española.

Corrí hacia casa, escribí todo lo rápido que puede escribir alguien con solo dos dedos al teclado, y antes del mediodía estaba enviando lo que tendría que publicarse el domingo, si Antón le daba el visto bueno.

Y se lo dio. Salió publicado bajo un enorme titular: «La otra cara de la maldad». Y volví a conseguirlo. Todo un éxito.

*Las almas de los difuntos viven en paz.
Sin embargo, el agresor vive el tormento, el dolor en vida.
¿Es suficiente?
¿Se expulsa así definitivamente el mal que llevamos dentro?
¿Expiamos así todos nuestros pecados?
Dios ha querido que el pecado traiga la muerte al hombre.*

*La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.
La muerte como pena del pecado.*

«Hablando con san Agustín en su *La ciudad de Dios*»,
Diario de Onofre Castro

Cuando me desperté a las once del domingo, imaginé un amanecer luminoso, con una atmósfera cargada de buenas vibraciones. Me puse un pantalón y la primera sudadera que encontré y bajé a toda prisa al quiosco. Estaba a unos minutos de mi portal. Llegué en unos segundos, recordándome al Señor Lobo, de *Pulp Fiction*. Compré el periódico. Todo. Entero, porque no lo venden por trozos, ya que en realidad me sobraban todas las páginas excepto donde salía publicado mi artículo. Aproveché el viaje y regresé con una bolsa de churros. Puse mi pequeña Melitta a funcionar y me senté sobre mi cama pasando las hojas con avidez hasta llegar al Pórtico de la Gloria. Allí estaba: «La otra cara de la maldad», por Carlos Wolverine. Lo busqué en la edición digital. Resplandecía también. Y vi que tenía varios comentarios. Algunos aplaudiendo el trabajo de un joven periodista «que ha conseguido que hable ese cerdo» y cosas por el estilo. Otros sorprendiéndose de que aquel político idealista, lleno de talento y buenas intenciones, hubiese resultado ser un repugnante asesino. Otros, mostrando escepticismo con la justicia, augurando que «al final quedará libre, como todos los políticos». Pero los que más se repetían eran los que le llamaban «asesino de mujeres» e incidían en el género de las víctimas, con alguna proclama del tipo «si matas a una nos matas a todas». Normal, ese cabrón se había cargado a siete mujeres inocentes.

Me metí en el Facebook del periódico y mi perfil personal, para compartirlo. Allí vi que las cosas iban en el mismo sentido. La conversación oscilaba entre la perplejidad y la condena a un asesino de género. Los «me gusta» se multiplicaban en este tipo de comentarios. Yo estaba encantado, siento decirlo.

Sé que no es muy estético reconocerlo, al ser un tema tan comprometido y escabroso. Pero era mi pequeño momento de gloria.

Toda la mañana estuve sentado en mi cama con mi ejemplar de *Crónica* abierto por la página en la que estaba publicado mi artículo. En el portátil miraba los comentarios en el Facebook y el Twitter del periódico, y con mi iPhone y mi *tablet* seguía mis propios perfiles en las redes. ¡Ah!, también tenía encendida la radio, a bajo volumen, por si acaso se decía algo del asunto. Decenas de comentarios se convirtieron en minutos en cientos y en poco tiempo diría que en miles. Es indescriptible tener la sensación de que toda esa gente está hablando de tu trabajo, que eres el centro de atención, cuando hacía apenas unos días que eras carne de despido y de contrato basura.

Yo odiaba las redes sociales. Las culpaba de ser la tumba de mi profesión, al menos tal como era cuando decidí estudiar para formar parte del gremio periodístico. Y aunque hoy, por primera vez, me estaban dando algunas grandes alegrías, iba a ser difícil que pudiese perdonarles todo el daño que habían hecho a nuestro sector. Además, las despreciaba objetivamente, eran una máquina para llenar de mierda y de mentiras la vida de la gente. A veces, un turbo para el cotilleo. Otras veces, jabón para un narcisismo incomprensible. Siempre basura. Pero mucha gente estaba allí, disfrutando gratis de mi trabajo, leyendo por el morro lo que yo intentaba cobrar y mi empresa se esforzaba en pagar.

¿Cómo pueden ser gratis en internet las noticias, los juegos, los servicios, las aplicaciones, los buscadores? Muy sencillo. De la misma forma que los porteros de las discotecas dejan pasar gratis a las chicas, normalmente monas y bien vestidas, mientras a la mayoría de los tíos nos cobran ¡quince euros la entrada! ¡Cuando algo es gratis, lo que se vende eres tú! De esa forma proliferan empresas que comercializan tu información en internet para darte la brasa con anuncios de todo tipo, muchos de ellos muy malos, intentando venderte cosas relacionadas con tus búsquedas anteriores. *Big Data*, lo llaman los muy cursis. *Big Brother*, diría yo. Eso sí, toda esa pasta la cobran solo cuatro tipos en California mientras arruinan a todos los sectores que pueden: primero a los

músicos, al cine, a la prensa, luego a las tiendas, a los hoteles, y ahora quieren joder también a los taxis... ¿Estáis de broma? ¡Mi tío era taxista! Trabajaba muy duro para poder sacar adelante a su familia. Ahora tendría que luchar con un montón de políticos mediocres que no se atreven a decirle a la cara a toda esa gente que le están expropiando su licencia, su exclusiva para el transporte de personas en las ciudades. En fin, que como ven internet no es santo de mi devoción. Pero he de reconocer que aquella mañana me estaba haciendo muy feliz. Mi cuenta de Twitter y mi Facebook subían como la espuma y antes del mediodía me seguían veinte mil personas más que el día anterior.

El tono de mi teléfono me sacó de aquel trance entre mis redes y yo. Era Ángeles.

—¿Te he despertado?

Siempre he creído que si uno tiene dudas acerca de si va a despertar a alguien con su llamada, probablemente no debería llamar...

—No. Son casi las dos. Estaba despierto.

—No es la primera vez que un domingo desayunas a las cuatro.

—Bajé temprano a por el periódico.

—Yo también lo he visto.

—Y ¿qué te ha parecido?

—Estás haciendo un buen trabajo. ¿Sabes cuál es la única pega?

—¿Vas a volver con ese rollo de colectivizar?

—No es un rollo. Es lo que pensamos. Es lo que piensas. Lo sé.

Qué difícil es mantener la calma cuando tienes ganas de expresar tu euforia y alguien cree que tiene una orden divina para fastidiarte el momento, el día y si puede la vida.

—Ángeles, creo que ya hemos hablado suficientemente de eso. No lo veo así, y por mucho que me insistas, no lo veré.

—Pues nos decepcionas a todos. Y no puedo estar con una persona a la que no creo, que no respeto —amenazó.

—¿Que no respetas?

—No estás siendo coherente, Carlos.

—¿Esto es una pesadilla? ¿En qué momento hice yo alguna afirmación del tipo «voy a formar una comuna que financiaré yo mismo»?

—Nosotros no somos así. Estás vendiéndote al sistema. Nosotros queremos un cambio social. Lo hemos hablado muchas veces.

—Y lo sigo queriendo. Pero no a mi costa. Dime que todo esto es una broma.

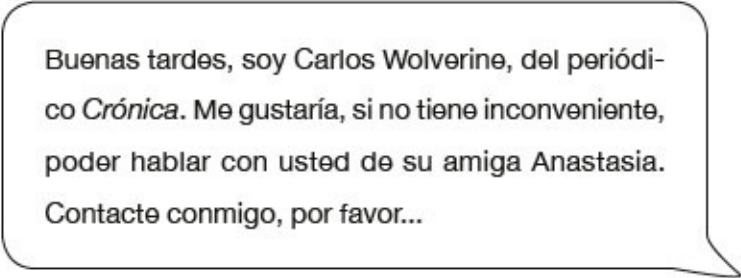
—Lo siento, Carlos, pero no puedo. Pasaré a recoger mis cosas a lo largo de la semana.

Me colgó. El teléfono y por el cuello. Cómo podía alguien reaccionar así. Vi la mano negra de Fernando desestabilizando mi relación con Ángeles. Siempre supe que la miraba de una manera especial. Qué asco me dan los buitres, sobre todo los que visten sus intenciones de lucha ideológica. Especialmente los que quieren llevarse a mi chica.

Comí apresurado unos sándwiches de la sandwichera de comercio justo que me había regalado Ángeles, quién si no... «Las hace un herrero de una aldea cercana a Talavera de la Reina», me dijo cuando me la dio. Era un objeto preciado para nosotros. Me quedé pensativo. ¿Se la llevaría? ¿Se referiría a ella cuando habló de sus cosas? Porque más allá de unas camisetas y un cepillo de dientes no tenía mucho más en mi casa. Nunca quisimos vivir juntos. Y ahora lo íbamos a conseguir definitivamente.

Por la tarde, tras dormir un poco, seguí trabajando en mi reportaje. La verdad es que hasta ahora todo me había salido bien y me habían dado material de primera en las entrevistas. Pero si quería sacarle partido, tenía que extender más el trabajo, hacerlo más grande. Tendría que buscar información sobre las siete chicas a las que había liquidado Onofre Castro. Empecé por la primera: Anastasia Aguirre, una joven de veintinueve años nacida en Bogotá. Apareció estrangulada, con contusiones múltiples en todo el cuerpo y el rostro casi deformado. ¡Todavía estaba abierta su cuenta de Instagram! Qué fuerte. Se la veía alegre, llena de vida. Divirtiéndose con sus amigas, con un chico fornido, alto, moreno y vestido como uno de esos cantantes de reguetón: camiseta,

músculo, visera al revés. Había una niña en algunas de las fotos. ¿Sería suya? No, no lo parecía. La acompañaba en muy pocas fotos para ser su hija. Por un momento sentí como si me hubiese colado en su casa y estuviese fisgando su álbum de fotos. Y es que estaba fisgando en su álbum de fotos. Pensé que podría entrevistar a alguien próximo. Localicé un par de nombres entre las etiquetas de las fotos y los comentarios, busqué sus perfiles y pronto encontré la forma de acceder a esas personas. Les mandé un mensaje:



Buenas tardes, soy Carlos Wolverine, del periódico *Crónica*. Me gustaría, si no tiene inconveniente, poder hablar con usted de su amiga Anastasia. Contacte conmigo, por favor...

Les di mi teléfono. No habían pasado quince minutos y ya había recibido un mensaje a través de WhatsApp.

Hola, soy Siriam, la amiga de la pobrecita Anastasia. Si quiere hablar conmigo yo puedo por las tardes a partir de las seis, que acabo de trabajar.

Hola, Siriam, mucho gusto. Gracias por responder tan pronto. Si te va bien, me acerco mañana a las seis y cuarto a verte.

Vale. Trabajo en Cafetería Santander en la plaza Santa Bárbara, en Alonso Martínez.

Allí estaré.

Me sorprendió lo confiada que se mostraba con alguien que no conocía, y sobre todo después de la traumática experiencia de su amiga. Hay gente así, hacia afuera, toda extraversión. Y Siriam era, sin duda, una de ellas.

Era un caso todavía caliente; seguro que los familiares y los amigos estarían con ganas de hablar, todavía no habrían entrado en la fase de superar el dolor y olvidar.

Continué con la búsqueda de información y me encontré con Pam Méndez. «Vaya —pensé—, parece que tenía una predilección por las mujeres sudamericanas.» No sería el único error que cometería con Pam. Cuando vi su foto nunca pensé que fuese una procuradora de los tribunales que ejercía en Madrid. Además, había nacido en Santander. Una montañesa de pura cepa, aunque había adquirido un *look* californiano de Venice Beach. Era la más joven de las siete víctimas. Y, curiosamente, de la que más me costaría encontrar

información personal: más allá de su perfil de LinkedIn no tenía mucha actividad en las redes sociales. Parecía una buena profesional. Posiblemente lo había sido. Y una buena madre, a pesar de haber tenido poco más de tres años para demostrarlo. Parecía seria. O por lo menos salía seria en las pocas fotos que aparecían al teclear su nombre. Era como si supiese que solo iba a llegar a los veintisiete años.

Siempre he tenido la sensación, cuando miro las fotos de alguien que ha desaparecido, de que lo sabían, que sabían que iban a dejar este mundo prematuramente. Que aquellas miradas a cámara eran una lección, una despedida, un susurro buscando amparo.

El domingo se acababa y decidí ver una de las películas que tenía por casa, *La balada de Cable Hogue*. No sé por qué, mientras la veía pensé en Siriam, pensé en Anastasia. Me vinieron a la cabeza cuando oí a Cable, enamorado, decirle a Hildy, su mujer, que hasta hacía poco había sido una de las chicas del salón, la frase de la película: «Hildy, a ti nadie te ha visto antes».

El lunes a las seis y cuarto en punto me senté en la terraza de la cafetería donde habíamos quedado. Ella salió puntual y propuso que nos fuésemos a otro sitio. Lo agradecí porque era un lugar un tanto incómodo en una esquina con mucho tráfico circulando. Caminamos unos metros y nos sentamos bajo la espléndida arboleda de la plaza de Santa Bárbara. Soplaban una brisa agradable. Era uno de esos atardeceres de Madrid, la única ciudad del mundo con seis meses de primavera, en los que el calor empieza a remitir y propicia el disfrute y la charla.

—Siriam, gracias una vez más por tu buena disposición a hablar conmigo. Soy consciente de que es duro revivir esto cuando han pasado casi dos años desde que perdiste a tu amiga.

—No hay de qué. Todo sea por Anastasia, pobrecita —respondió con su dulce acento colombiano, que mantenía a pesar de que se notaba que ya llevaba años aquí.

—Cuéntame cómo os conocisteis.

—Tú qué estás, ¿investigando su muerte? ¿Por qué te interesas ahora por ella?

—No, estoy escribiendo un artículo. Sobre Onofre Castro. Y ella fue su primera víctima.

—Que Dios lo maldiga y le dé sufrimiento. Matar así a mi niña. —Su dolor era evidente y sincero—. Anastasia y yo nos conocimos en Bogotá. Ella había nacido allí. Yo no. Yo tuve la mala suerte de nacer en Medellín. Allí una chica joven y bonita, perdóname que no sea modesta, tiene dos opciones: o aceptar la prostitución o irse y perder de vista a su familia siendo casi una niña. Y eso es lo que hice. Llegué a Bogotá y nada más bajar del autobús vi a una chica fumando apoyada en unas escaleras. Me acerqué y le pregunté si sabía de algún sitio

donde dormir que fuese limpio y barato. Y ya de paso, si sabía de algún sitio donde ofreciesen trabajo. Charlamos, y no habían pasado unos minutos cuando me propuso dormir en su casa. Así era ella. Buena, buena, buena. Desde ese día fuimos como hermanas. Trabajamos en la misma arepería juntas, en un barrio obrero de Bogotá. Lo pasamos bien. Hasta que un día ella conoció a Jaisí. Un chico apuesto, divertido, aunque a mí nunca me gustó mucho.

Siriam hablaba muchísimo. Realmente no era necesario hacerle ninguna pregunta, me limitaba a tomar notas. Parecía su secretario personal mientras me dictaba uno tras otro los memorándums del día. La calma del atardecer otoñal iba a más, así que me recosté un poco sobre aquella amplia silla de aluminio con plástico trenzado, y me dispuse a escuchar y procesar toda aquella información. Le di un sorbo a la cerveza que habíamos pedido. Ella hizo lo mismo, pero sin saborearla.

—Pronto Jaisí quiso venirse a España. Y ella no lo dudó. Yo me hubiese quedado en Bogotá. Era feliz a pesar de que echaba mucho de menos a mi madre y a mi padre. Pero cuando me insinuó si me iba con ella, tampoco lo dudé. Y nos vinimos. Encontramos empleo bien pronto. Llegamos a España en una época buena, había trabajo para todo el mundo. En hostelería, como le dicen aquí. Pero Jaisí no lo encontró. Empezó a beber demasiado, y a echar pestes contra todo. Se ponía bravo cada vez que Anastasia le decía algo, siempre se lo tomaba mal. Un día le pegó. Apareció en el bar donde trabajábamos, muy cerca de aquí, en la calle Fuencarral, con la cara hinchada y un hematoma enorme. «Me caí», me dijo. No le gustaba hablar de eso.

—¿Era habitual?

—Fue creciendo como un monstruo pequeño. Al principio le pegaba de vez en cuando. Luego todas las semanas. Al final, prácticamente todos los días.

—Y ella, ¿qué hacía?

—¡Nada! Intentar complacerlo. La pobre estaba aterrorizada. Cuando ya era demasiado evidente decidió hablar conmigo. Creía que se drogaba. Que era

cocainómano. Qué curioso, que un colombiano se venga a hacer cocainómano a España, ¿no te parece?

—La verdad es que sí.

—Empezó a decirle que le hacía falta más dinero. Incluso llegó a proponerle que trabajase en un club de alterne.

—¿Lo aceptó?

—¡Nunca! Era la mujer más honrada que pudieses conocer. Eso hizo que la cosa fuese a peor, hasta que un día tu amigo se cruzó en su vida.

—¿Mi amigo?

—Sí, ese Onofre, o como sea su nombre. El monstruo que le quitó la vida.

—Bueno, no es mi amigo. Es simplemente el sujeto sobre el que escribo un artículo para mi periódico. Nada más.

—Pues maldito sea otra vez.

—¿Cómo crees que se conocieron?, si es que se conocían de antes.

—No lo sé. Me lo he preguntado muchas veces. Incluso, y que ella y Dios me perdonen, llegué a pensar que finalmente había aceptado la propuesta de Jaisí de trabajar en el club. Y a lo mejor allí, entre los clientes, apareció esta alimaña. Pero me niego a creerlo. Tú que lo conoces más, ¿qué piensas?

—Francamente, lo conozco todavía muy poco. Es un enigma para mí. A simple vista se podría decir que es un hombre bonachón y educado. Pero ya ves...

—A ella le gustaban mucho los hombres mayores y bonachones. A lo mejor era algo más serio que lo del club. —Hablaba mientras daba pequeños sorbos a su vaso, que ya era un líquido caliente, mientras seguía especulando sobre cómo pudo haber conocido a su verdugo. Parecía que no se perdonaba el hecho de no haberse enterado, de no haber podido alertar a su amiga, de no haber conseguido protegerla. Y eso le hacía hablar más y más, cada vez más deprisa, cada vez transmitiendo un mayor desasosiego.

—Siriam, no podías haber hecho nada —le dije, queriendo hacer algo de justicia y dar descanso a una amiga. Y entonces empezó a llorar. Me vi en la

obligación de abrazarla, de intentar consolarla ofreciéndole un hombro en el que apoyarse.

— Si lo hubiese sabido... Yo tenía mejor ojo para los hombres que ella. Nunca tuvo buena suerte. Ese Jaisí le dio mala vida, y tu amigo se la quitó —insistió mientras caían de sus ojos enormes lágrimas.

La gente que pasaba por el bulevar de la plaza miraba con curiosidad la escena. Alguno pensaría que lloraba por mi culpa. Noté algún gesto de censura a mis espaldas.

—Y ¿qué fue de Jaisí?

—No lo he vuelto a ver, ni a saber nada de ese cabrón. Nunca más. Cuando me dieron la noticia de la muerte de Anastasia pensé que había sido él y que se había ido para Colombia de nuevo, el muy miserable. Nadie supo nada más, nadie lo volvió a ver. Y un día en el noticiario apareció ese hombre, tu amigo, y decían que era él el que le había quitado la vida a mi Anastasia.

Las lágrimas fueron en aumento. La brisa intentó traernos un poco de paz, pero el desconsuelo de Siriam era demasiado grande para ella. La acompañé hasta que se calmó. Después fui con ella hasta la boca del metro. Me despedí y seguí paseando, despacio, como si no fuese a ninguna parte y no tuviese prisa. Estupefacto de ver el dolor manifestarse ante mis ojos con aquella crudeza, aquel desconsuelo. Pensaba en el daño que había causado Onofre, no solo a las víctimas, también a sus seres queridos. Habían pasado dos años y aquella mujer lloraba su pérdida como si hubiese sido ayer. Supongo que, para ellos, siempre ha sido ayer.

Miércoles. Día de visita a Onofre. Aunque ya era la tercera vez, seguía poniéndome nervioso. Me alteraba la idea de estar con él. Tenía una incómoda sensación. Me preocupaba la simpatía que a veces despertaba en mí y, sin embargo, a medida que sabía más de sus crímenes, aumentaba el desprecio que sentía hacia él.

La entrada al centro penitenciario, que el primer día se me había hecho eterna, se convirtió rápidamente en una rutina ágil y despreocupada. Pronto había desaparecido el temor que provocan estos sitios, en los que sabes que hay una enorme cantidad de delincuentes y temas —cosas de películas— que en cualquier momento pueda estallar un motín contigo dentro. Desapareció la impresión de estar en un lugar tabú, de esos que la sociedad siempre mantiene apartados de la vista, como todo lo que considera desperdicios. Al fin y al cabo, eran vidas desperdiciadas. También desapareció el estremecimiento, la impresión al ver aquellos rostros castigados por un mundo al que seguramente ellos habían castigado antes. Desapareció también ese pensamiento, esa sospecha de que, entre todos, se encontraría algún inocente. Todo eso se desvaneció enseguida y fue emergiendo la rutinaria frialdad de una institución, de un edificio más emparentado con un centro hospitalario que con el mismo infierno. Solo persistía ese extraño aroma a dolor.

Pequeños cambios a los que hoy se le unía, no sabía muy bien el motivo, que él ya estaba allí cuando llegué. Al contrario que las anteriores ocasiones, se me había adelantado tomando posesión de la sala.

Aquel lugar le pertenecía. El minimalismo cutre de la estancia, forzado por la

seguridad y la economía, hacía que su figura destacase más y llenase todo el espacio. Entraba en su territorio, olía sus orines.

Me miró sin sonreír, pero sin la angustia de la última vez. Cuando me senté y estuvimos frente a frente, quise adelantarme, ser yo quien hablase antes.

—He entrevistado a Celso Díaz, su excompañero.

—Celso siempre será mi compañero. No hables como si todo en mi vida fuese a ser «ex». Hay cosas que son inmutables, se resistirán a que las cambie el primer periodista que llegue. Por muchas cosas que hayan sucedido, siempre será el que fue mi compañero de estudios, de correrías. Esa amistad para mí no va a cambiar nunca.

—Celso habla de usted como «mi amigo».

—Eso dice mucho de él.

—Y algo de usted —añadí rápido.

—Celso es un ser humano excepcional. Quizá el último que me condenará, aunque acabará haciéndolo. Es un hombre íntegro y no le quedará otro remedio. ¡Nos conocemos desde hace tanto tiempo! Nacimos muy cerca el uno del otro. Los dos somos de Lugo, ¿sabes?

Asentí. De su biografía lo sabía todo y de él no sabía nada.

—Ser de Lugo es una condición especial, una forma de ser. Al menos eso pensamos los que somos de allí, y nos divierte hacerlo. Veníamos de dos aldeas rurales cerca de Castroverde... ¡Qué nombre más singular!, ¿verdad? Un magnífico rincón verde donde crecen los robles más hermosos. Lo normal es que hubiésemos seguido allí. No habría sido una mala vida. Pero nos encontramos en el Seminario Menor, llenos de ganas de saber y de volar. Sobrevivimos. Estudiamos. Nos divertimos. Nos divertimos mucho. Siempre consideraremos un milagro nuestras carreras jurídicas. Celso es un hombre culto y bueno.

—Que no esperaba ver en lo que usted se ha convertido. —Quise incomodarlo.

No era la primera vez que veía en él aquella mirada de vulnerabilidad. Era como si se sorprendiese de estar allí, de que todo aquello hubiese pasado. La

solemnidad de sus gestos, de su conversación, se esfumaba en aquel instante de emotividad, de recuerdo del pasado.

—¿Por qué lo hizo? —insistí—. Era usted un brillante jurista admirado y respetado...

—¿A pesar de ser político?

—Usted sabe que era un político diferente, muy respetado por casi todos. No parecía usted conservador...

—¿En serio lo piensas?

—No solo yo. Lo pensábamos muchas personas. Incluso diría que la mayoría.

—Sabes que si siguiese en activo eso no me ayudaría nada.

—No es algo tan infrecuente. Hay mucha gente tibia como usted. Profesionales brillantes que dan el paso a la política de la mano de un partido que capta talento. Se adelantan por una cuestión cronológica. Vamos, que si hubiese estado avisado el otro gran partido, a lo mejor estaría defendiendo otros colores.

—Es lo que tiene ser de centro —sonrió malicioso—. Aunque para los que veis el mundo en clave maniquea, el centro no existe.

—Digamos que lo vemos como puro pragmatismo, pero no como ideología.

—A lo mejor estamos de acuerdo en eso —dijo condescendiente—, aunque para ti ese pragmatismo es malo y para mí, la causa por la cual las sociedades viven en paz.

—Fue fiscal con tan solo veinticinco años. —Recuperé el avance de mis tropas.

—Lo que me dio la oportunidad de conocer Granada y trabajar en el palacio de la Chancillería, todo un privilegio.

—También estuvo en Bilbao. Amenazado por ETA por decir en voz alta lo que muchos pensaban.

—ETA no necesitaba un motivo para amenazar. Simplemente me tocó a mí.

—¿Cree en el azar? —Le restregué socarrón sus propias palabras cortando aquella muestra de falsa modestia con la que me estaba esquivando.

—Carlos, Carlos, Carlos...

—Pide la excedencia, ejerce de abogado, se involucra con los derechos humanos —seguía mirándome con atención—, entra en política, altos cargos en dos ocasiones, director general y secretario de Estado diez años más tarde.

—¿Te das cuenta de que yo todo esto ya me lo sé?

—Brilla usted en el congreso de su partido y, de repente, se retira.

—La salud tiene que acompañarte en la vida; si no, resulta complicado...

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Por qué lo hizo? —Mi esperanza era que a la tercera fuese la vencida.

—Todo tiene un sentido en la vida.

—¿Sentido?

—Sí. El tiempo hace ver las cosas de otra forma, detectar el verdadero sentido de los actos.

—¿Cree que todo eso alguna vez podrá llegar a tener sentido?

—¿Sabes que una de las cosas sobre las que más he pensado a lo largo de mi vida es sobre el sentido, por qué y para qué hacemos lo que hacemos? El sentido del acto supremo, de la vida.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo. Yo me refería...

—... a si existía una lógica, una explicación racional para lo que yo he hecho. Lo sé. Y yo te respondía. Solo tienes que escuchar, Carlos.

Mis intentos por dinamizar las entrevistas eran proporcionales a su extensión: más interrupciones, más largas las respuestas.

—Siempre me han gustado los juegos de palabras y este especialmente: la existencia del sentido y el sentido de la existencia. Si existe un porqué hacemos lo que hacemos. No es fácil responder a las tres eternas preguntas.

—¿Tres eternas preguntas?

—¿Para qué? —Hizo una larga pausa—. ¿Hacia dónde? —Su mirada se perdió mirando al infinito que se abría tras la pared—. Y luego, ¿qué? —completó grave, inmóvil.

Yo simplemente tosí. Era una de esas situaciones que sabías que te podían dar

más, que te ayudarían a entender mejor lo que había dentro de aquella mente criminal. Solo quería que Onofre Castro siguiese hablando. Que hablase, y hablase, y hablase...

—Intenta responder a estas preguntas y podrás decir que habrás encontrado el sentido de tu existencia —retomó el hilo reflexivo, como jugueteando con el humo virtual que hubiese salido de su boca al dar una calada a un imaginario cigarro—. Mientras tanto, Carlos, intenta no juzgar a los demás...

Y aquí empezó a atacar. Otro episodio de vulnerabilidad efímera. Volvía el personaje sobre el que pesaban siete acusaciones de asesinato.

—Trata de decirme que este era el objetivo de su vida. ¿Matar? ¿Hacer justicia liquidando inocentes? ¿A unas pobres mujeres? ¿Sabe qué? Muchos asesinos en serie han tratado de justificar de una u otra forma sus actos: una misión divina, un favor a la humanidad... Usted me parece demasiado inteligente para engañarse a sí mismo.

—¿Y si algún día llegasen a entenderme? ¿Y si algún día hasta tú me entendieras?

Jugaba conmigo. Dilataba los temas que quería, se escapaba. Volvía. ¿Quería llevarme a su territorio? ¿Por eso me había elegido? ¿Creía que yo iba a ser una pieza fácil? Posiblemente. Pero le iba a demostrar que no. La imagen de sus dos primeras víctimas vino a mi cabeza.

—¿Usted cree que Anastasia Aguirre y Pam Méndez, por citarle tan solo a sus dos primeras víctimas, podrían entenderle? Dos mujeres que no tenían nada en común hasta que usted apareció en sus vidas. Ahora tienen el triste honor de ser sus dos únicas víctimas estranguladas.

—Será difícil que ellas lo entiendan.

—Pam, además, era madre de una niña que no llegaba a los cuatro años cuando la encontró sin vida en su sofá. ¿También lo entenderá ella? Una mujer que trabajaba duro para sacarla adelante y que no paró de luchar desde que llegó a Madrid desde su Santander natal.

—Fíjate, hubiese dicho que era sudamericana... Por su nombre, por su

aspecto...

—Vivió desde los dieciocho años en Madrid, pero había nacido en Santander. Estudió aquí la carrera y ejerció como procuradora en el despacho de un tipo siniestro.

—¿Un tipo siniestro?

—Intuyo que no debía de ser fácil para ella trabajar en ese sitio, con ese personaje. Es de esos seres que usan peluca, la llevan torcida y actúan como si nadie se diese cuenta. Uno de esos tipos que hablan bajito, con modales apocados, pero de los que no te sorprendería nada que estuviese metido en negocios tan sucios como su mirada. Tan solo estuve reunido con él unos minutos, preguntándole por su colega, y estaba incómodo, renuente. No creo que fuese el mejor compañero de trabajo.

—La gente a veces no toma las decisiones acertadas.

—O está en el sitio inadecuado en el momento menos adecuado.

No respondió. Su silencio ofendía mis oídos. Aquellas pausas me hacían precipitarme en la conversación. Quería que hablase él, y acababa hablando yo.

—También estuve con Siriam. —Opté por cambiar de tema, lo que equivalía a cambiar de víctima.

—¿Siriam?

—La mejor amiga de Anastasia. Su primera víctima.

Saqué mi iPhone y le enseñé algunas fotos que habían salido publicadas en prensa, otras de las redes sociales. Fui pasándolas con el dedo, mientras él miraba atento. Fotos de Anastasia, de Jaisí, hasta que llegué a las de Siriam.

—Discúlpame. No conocía...

—¿Es usted consciente de todo el daño que ha hecho? Han pasado dos años y lloraba como si hubiese sido ayer.

Mantuvo la mirada fija en el suelo, con el codo apoyado en la mesa y ladeado, con las piernas cruzadas. No era una pose relajada, más bien pensativa, pero en todo caso me pareció una postura inapropiada para estar hablando de gente que había perdido la vida.

Tardaba en responder a las preguntas incómodas. Y aquella debió de resultarle muy incómoda porque tardó una eternidad en encontrar la respuesta, como si rebobinase y repasase lo ocurrido antes de contestar.

—No tenía buenas compañías esa pobre chica.

—¿Se compadece de ella?

—Claro.

—Pero si la mató usted —dije con desprecio.

—Esa chica tenía una pareja que le daba mala vida, que no la cuidaba. Un drogata de mierda con su aspecto de chulo de putas de mierda. Un ser despreciable. Una lástima. La providencia la abandonó —me contestó mientras seguía ojeando las fotos en mi teléfono.

—¿Por qué lo hizo?

—Sucede lo que tiene que suceder. ¿Somos instrumentos en manos de más altos designios? Probablemente. —Cambió la mirada, se esfumó esa bonhomía que transpiraba a veces, me miró fijamente y volvió a cruzar las piernas, esta vez sí, relajadamente, y me preguntó—: ¿Cómo dices que se llamaba su amiga?

—Siriam.

—Qué nombres más extraños tiene esa gente —sonrió—. Pam, Anastasia, Siriam, Jaisí...

—¿Esa gente? ¿A qué se refiere con «esa gente»?

—No me dirás, Carlos, que no entiendes lo que quiero decir. Me refiero a esos nombres de emigrantes de clases bajas...

Mi corazón subió de pulsaciones. No soporto el desprecio a los que considero más débiles. Estaba a medio camino entre querer escupirle a la cara y preocupado de que no se diese cuenta. El «cómo puede ser tan cabrón» acabó siendo un...

—¿Cómo puede insultar así a esas personas?

—Es más fácil que matarlos... —Me miraba fijamente a los ojos. Apenas si parpadeaba. Respiraba despacio pero muy profundamente.

Me costaba mantenerle la mirada. Hacía lo posible por no despreciarme

mientras él volvía al ataque, como intentando provocarme.

—Son de clase baja. Es un hecho. No son iguales a ti y a mí.

—Preferiría que no me incluyese en su grupo —le interrumpí, visiblemente incómodo.

—¿Quieres dejar de visitarme? ¿Quieres dejar tu artículo? Hazlo. Pero si no es así, deja de mirarme con ese sentimiento de superioridad y esa cara de... culo. — Las palabras gruesas parecían impostadas en su boca.

No puedo expresar la mezcla de humillación y ambición que recorría mi cuerpo en aquel momento.

—Si te preocupa el mundo de las Pam, Anastasia, Jaisí, Siriam, te diré algo para tranquilizarte. Su muerte no ha sido en vano. —Y volvió a su rostro el gesto cansado, reflexivo y sobrio.

Yo no dejé de mirarlo mientras se levantaba, inmovilizado por el dardo envenenado que me había lanzado, con aquel asco que sentía por no tener el valor de acabar con todo aquello. Mi ambición profesional era su aliada.

—Perdóname, pero estoy cansado y querría retirarme.

—Actúa con frialdad, se cree impune, pero algún día tendrá que afrontar el hecho de que usted segó la vida de siete inocentes y dañó la de todos sus familiares y amigos. Y eso es más que estar en la cárcel, aunque esté aquí casi todo lo que le queda de vida —dije en un intento de ser cruel y salvar mi reputación ante mí mismo.

—¿Conoces lo que dice Gardel? «Que veinte años no es nada.» Y serán menos de veinte, ya lo verás. Del primer grado al segundo se pasa rápido siendo un buen chico. «La permanencia del recluso en régimen cerrado será por el tiempo mínimo necesario.» Lo dice la ley. Fui yo quien lo escribió. Seré un buen recluso. Me arrepentiré. Trabajaré y me reinsertaré. Pronto estaré en régimen abierto —concluyó sonriendo—. Pronto estaré fuera. Y sé que hice lo que tenía que hacer.

—¿El mandato divino?

No me contestó. Arrastró sus pasos hacia la puerta. Por un instante me pareció

apesadumbrado. Creí haber visto un atisbo de remordimiento, de un arrepentimiento incipiente. Había decepción y algo de dolor en cada pliegue de su piel. Pero no me engañaba. Me gustaba verlo vencido, deseando que pidiese perdón, que pidiese clemencia, quizá tan solo por el placer de negársela, de verlo más cerca de la desesperación de sus víctimas que de la entereza sólida de un hombre arrogante, con un destino y una misión.

Los escalofríos son más grandes cuando te asomas a la repugnante frialdad de un abismo de maldad.

Tardé en digerir toda la mierda que tuve que tragar en mi última visita a Teixeira. No es fácil verte solo ante el dilema de ser una persona que se guía por sus principios o ser un buen periodista. De abandonar o seguir. Pero las evidencias siempre se imponen, y yo era periodista. Debía continuar. Tenía que hacer un buen trabajo y que todo el mundo tuviese a su alcance la información necesaria para ser conscientes de que existen seres como Onofre Castro. Y eso era más importante que un ataque de integridad y unas cuantas náuseas.

No hay nada como trabajar duro para dejar de lado los remordimientos y las inquietudes de la mala conciencia. No quería que mi papel en todo aquel episodio fuese tan solo el del muchacho que toma notas. Quería profundizar, comprender un poco qué hizo posible aquellas dos vidas antagónicas. Qué había llevado a aquel hombre a convertirse en un asesino. O a sacar el asesino nato que llevaba dentro. Recordaba las palabras de Celso Díaz, sus comentarios sobre Lombroso y los asesinos de antaño. Eran pintorescas teorías, vistas con los ojos de hoy, tesis superadas y arcaicas, pero como muchos de los pensamientos que la historia ha dejado obsoletos, tenían todavía posos de verosimilitud, aspectos que te hacían pensar.

Me dispuse a encontrar a alguien que pudiese explicarme científicamente cómo funciona la mente de un asesino así, si es que alguien puede llegar a saberlo algún día. Llamé a Antón, mi jefe. Conocía a todo el mundo. Seguramente podría ayudarme.

—Antón, buenos días.

—¿Cómo estás, fiero? ¿Cómo van esos artículos?

—Por eso te llamo. Estoy intentando tener otros puntos de vista, completar las

caras del poliedro. Y me preguntaba si sabrías de algún psiquiatra o psicólogo que tuviese experiencia en el estudio de perfiles criminales.

—Beatriz Freeman.

—¿Psiquiatra?

—No, es una psicóloga. Una brillante psicóloga argentina.

—Psicóloga argentina..., qué tópico —le interrumpí.

—La verdad es que sí —rio—, pero tiene una gran reputación, sé que ha ayudado en muchas ocasiones a la policía. La conocí en una comida hace un par de años. Es un placer hablar con ella. Además, aunque sé que este tipo de comentarios hoy no se puedan hacer... ¡es muy guapa! —Lo pronunció de tal forma que lo imaginé con esa sonrisa boba que a veces ponemos los hombres cuando hablamos de chicas atractivas. Solo le faltó decirme: «Tonto, que estás soltero y sin compromiso».

—¿Dónde puedo localizarla? —Me dio su dirección.

—Ya me contarás.

Imaginé que seguiría con la sonrisita boba.

A las pocas horas estaba en su despacho: un chalet en la zona de El Viso, un barrio madrileño donde abundan este tipo de casas unifamiliares. No es precisamente barato, por lo que deduje el éxito en su vida profesional. Me recibió una señora bien vestida, muy correcta, y me hizo pasar a una sala de espera acogedora, llena de estanterías y de libros (me pareció que todos eran de literatura, que no había volúmenes científicos ni profesionales). A los pocos minutos, entró ella por la puerta con la mano extendida.

—Beatriz Freeman.

—Carlos Wolverine.

—Mucho gusto, señor Wolverine.

—Llámeme Carlos, por favor.

—Y usted a mí Beatriz.

Caminamos hacia su despacho. Era una estancia de buen tamaño con un par de sofás enfrentados, que dejaban ver entre ellos una gran chimenea de corte

moderno, con un fuego que parecía natural. Junto a ellos, un ventanal flanqueaba uno de los laterales de su mesa, ordenada, con pocas cosas encima: unas carpetas perfectamente apiladas, un ordenador portátil cerrado. Ni un solo cable a la vista. Caminamos hacia allí y nos sentamos en dos blancos y confortables sillones individuales de Le Corbusier, en los que supuse haría sus sesiones de conversación terapéutica.

—¿También hace usted terapia? —le pregunté.

—Es principalmente de lo que vivo.

—Creí que solo se dedicaba a la criminología.

—Soy terapeuta psicoanalista. Y de ahí he llegado a mis estudios sobre mentes criminales. Digamos que es tan solo una parte de mi trabajo.

—Pues me han dicho que es usted la mejor.

—Dele las gracias a quien se lo dijo, y a usted por hacérmelo saber. —Era todo corrección, tanto en la forma de expresarse como en sus modales e indumentaria—. Entiendo que viene por Onofre Castro. Están usted y sus artículos en boca de todo el mundo.

—Muchas gracias ahora a usted. Exacto, quería que me ayudase a comprender un poco mejor su psicología.

—Es un perfil que me gustaría analizar, la verdad.

—Pues pongámonos a ello.

—Me refería en persona.

—Creo que no será posible. Han intentado hablar con él y se niega a hacerlo con nadie que no sea yo.

—¿Lo conocía?

—En absoluto. Yo soy el primer sorprendido.

—Pues ha tenido usted un golpe de suerte profesional fascinante.

—Por supuesto que sí —contesté aliviado al confirmar cómo alguien más veía en aquel psicópata un interés profesional y no solo un sujeto despreciable.

—¿Qué querría saber, Carlos?

—Mi intención es que me ayude a entender cómo puede llegar a hacer algo

tan atroz una persona así. Cómo es posible que un tipo brillante, un profesional de éxito, siempre comprometido con los derechos humanos, acabe siendo un asesino en serie.

—No sé si eso es algo que se pueda entender. Lo que sí es posible es analizarlo con detenimiento para ir encontrando claves que nos ayuden a interpretarlo mejor y, como en todo estudio científico, intentar establecer unas causas para esos terribles comportamientos.

—Pues analicémoslo, porque aparentemente es un hombre normal. Diría que hasta parece una buena persona...

—Es cierto que es especialmente chocante que alguien que defienda las libertades y los derechos humanos atente contra el bien supremo de la vida. Pero es quizá una cuestión estética, no de fondo. Por regla general, los asesinos en serie no suelen tener pautas de comportamiento que induzcan a pensar que lo son. Suelen dar una apariencia de normalidad, estar integrados en su entorno y tener buenas habilidades sociales. Son incluso seductores. Es de esa forma como acceden, sin demasiadas dificultades, a sus víctimas.

—O sea, que son indetectables.

—De alguna manera, sí. Recuerde que cada caso es un mundo y que estamos hablando de características que se cumplen en un alto porcentaje de casos, pero no necesariamente en todos. No hay una estructura psíquica que los haga detectables a través de un comportamiento social determinado. En apariencia serían como un ciudadano más.

—Que un buen día le da por matar a pobres inocentes —apostillé.

—Profesionalmente siempre me interesó estudiar «las primeras veces». El porqué del primer asesinato. Porque es en ese momento en el que saltan desde su vida normal a la excepcionalidad del crimen. Y créame, es un tema muy complicado. Existen muchos tipos de factores. Alguno de ellos meramente físicos, como la evolución de una enfermedad.

—¿Se puede ser asesino por una enfermedad que no sea mental?

—Pues, aunque no lo crea, todo nos hace pensar que sí. No sé si conoce el

caso del tristemente célebre asesino de Texas, Charles Whitman.

—No. —Negué con la cabeza.

—Mató a su madre y a su mujer, y luego se puso a disparar a la gente desde una torre en la Universidad de Austin matando a trece personas e hiriendo a muchas más. Hicieron su autopsia y encontraron un enorme tumor cerebral. Investigaron y hallaron un paralelismo entre la evolución del tumor y los paulatinos cambios en su comportamiento, evidenciados por el contenido de sus escritos: cuanto más grande el tumor mayor era la agresividad en sus comentarios. A veces suceden cosas así.

—Entonces ¿un problema físico puede ser tan determinante?

—Pensamos que sí.

—¿Es algo innato?

—No siempre. A veces, es la consecuencia inesperada de un tratamiento o de una intervención. Se sabe de una chica operada de unos pólipos nasales, que perdió líquido cefalorraquídeo durante la intervención y pasó de ser una excelente estudiante a oír voces y acabar matando a su madre.

—Espeluznante. —Mi incredulidad y mi temor eran evidentes.

—Las anomalías cerebrales, congénitas o sobrevenidas, pueden ser la causa, en ocasiones, de esos cambios repentinos. Aunque, personalmente, mantengo ciertas cautelas con algunos tipos de afirmaciones. Estamos en una época de la historia extraordinariamente fisicista, por lo que encontrar justificaciones materiales al comportamiento resulta tentador. Pero lo cierto es que no es posible decir «tenía dañada la zona cerebral de la ética o sobreestimulada la zona del placer» de forma tajante: no sabemos a ciencia cierta si cada una de esas actividades cerebrales está solo localizada en una zona, y que no interactúa con otras. Me parece precipitado. No definitivo.

—Y ¿qué me dice de la monoamina oxidasa A?

—¿Tiene usted conocimientos sobre el tema?

—Por supuesto que no. Oí cómo la citaba Onofre en uno de aquellos discursos que daba cuando era un hombre respetable...

—Es una enzima que, con una determinada mutación, da lugar a lo que llaman «el gen guerrero».

—Asesinos natos.

—Ni mucho menos. La mayoría de las personas que tienen esa mutación llevan una vida normal. Mi opinión es que en muy pocas ocasiones el hardware provoca la conducta homicida. Hace falta algo de software.

—¿Factores culturales?

—Y vivenciales. La decepción, la depresión provocan cambios determinantes en una vida. Es uno de los pródromos.

—¿Perdón?

—De los síntomas iniciales de muchos síndromes de agresividad homicida.

—Permítame que me organice un poco: una de las explicaciones es un cerebro dañado por una u otra causa y además un suceso que provocase en él algo parecido a la depresión.

—Busque en su vida, en algo que pudo haberlo decepcionado, y posiblemente entenderá mejor por qué lo hizo, si es que eso puede ser entendible alguna vez.

—Y ¿por qué mujeres?

—¿Se descarta la violación?

—No abusó sexualmente de ellas. Las asesinó sin más.

—Es curioso, porque por lo general suelen hacerlo como instrumento para conseguir un fin. No acostumbran a sentir nada por la víctima y simplemente es el modo de alcanzar sus objetivos.

—Eran mujeres con vidas difíciles.

—Lo que las hacía aún más vulnerables. Eso sí es un patrón común. La necesidad de tener el control en todo momento sobre la víctima.

—¿Puede influir el hecho de que siga soltero? ¿El no tener una vida sentimental definida?

—No necesariamente. Yo también sigo soltera y creo que mantengo una vida sentimental de lo más razonable.

Me sonrió, como poniéndome en mi sitio, pero a la vez con cierto desenfado

que me trajo a la memoria la boba sonrisa de Antón. Luego continuó, disipando toda posibilidad de confusión.

—Investigue más sobre los antecedentes familiares. En muchas ocasiones familias desestructuradas o que conviven con la violencia suelen estar en el principio de estos perfiles psicopáticos.

—¿Alguna vez vio un caso así, de alguien tan relevante socialmente?

—No. Es la primera vez. Por eso le confesaba mi interés al inicio de la conversación.

—¿En cuántos casos ha colaborado con la policía?

—En más de treinta.

—¿Siempre asesinatos?

—En su mayoría. Les ayudo, en función de las víctimas y del tipo de agresión, a enfocar por dónde tienen que buscar.

—¡Pues a mí no me ha ayudado mucho! —Intenté provocarla para que se comprometiera más.

—¡Por supuesto que sí! Busque una decepción en su vida, y mire a su familia. Seguramente ahí estarán las claves de su comportamiento. De cómo se desató alguno de sus condicionantes innatos.

—Muchas gracias, Beatriz.

—De nada. Espero que me tenga al corriente de sus avances. Interés profesional.

—Lo haré.

No puedo decir que hubiera conseguido avanzar tanto como quería, pero lo que me contó la psicóloga abría la puerta a la explicación de aquel cambio brusco en la biografía de un hombre respetable. Un tumor. Una anomalía física. En cualquier caso, él era un tumor para una sociedad. De eso no había duda.

«Eran de clase baja.»

Ese fue el titular con el que apareció mi reportaje. Una vez que lo leí ya impreso, un silencio colapsó mis oídos. Era como esperar la explosión de una bomba y, de repente, saber que había estallado precisamente por no oírla. Por no oír nada.

Después de acabar de redactarlo. Después de enviarlo. Después de esperarlo y de leerlo, tampoco oía nada. Me oía a mí. Mi respiración. Mi responsabilidad. Mi perplejidad. Mi miedo de que la jueza se hartase y cortase todo aquel sinsentido. Mejor dicho, no me oía a mí. No oía mis reproches susurrados, mis sugerencias de no ser amarillista, de aparcar el sensacionalismo, de devolver el protagonismo a las víctimas, de no servir de correa de transmisión de improperios, ofensas y laceraciones. No oía nada. Tampoco quería hablar. La música era mi única compañera y, en cada pieza, el chelo era el protagonista.

Mientras cocinaba mis huevos fritos, miles de personas explotaban haciendo miles de comentarios vehementes, con un enojo iracundo. Mientras recogía mi casa, los que se sentían ofendidos se multiplicaban exponencialmente. Mientras me sentaba con mi vieja bata a leer algún libro lejano, libre de culpa, que ni de lejos rozaba el tema de la muerte ni del homicidio, los agraviados subían y subían. Y yo quería seguir sin oír nada. Y aun así sentía un ronquido sordo, como el de una ola gigante que persigue al surfista amenazándolo de muerte. No quise leer lo que se decía en los medios y en las redes sociales, no quise escuchar. Solo avanzaba deslizándome por aquella pendiente de agua, por la gigantesca marea que amenazaba con convertirse en un tsunami.

No quería oír mi éxito.

No quería oír cómo el debate político se hacía con un nuevo juguete: la dureza de las penas. La cadena perpetua. Su necesidad. Su superfluidad. Su justicia. Su injusticia.

Y, de pronto, oí. Un estadio lleno. Un coliseo. Todos gritando, bramando, rugiendo. Vi sus venas ensanchándose en sus cuellos. Sus manos gesticulando. Me desplazaba sobre ellos, mirándolos mientras flotaba, agitado por el aliento de sus gritos.

Sobrevolando su violento huracán.

Apestaba. Olía ácido. Porque la venganza huele ácida. Pero la impunidad huele a azufre, a podrido. Todo se mezclaba. Mi habitación estaba llena de aquella mierda.

Saboreé los huevos con los que pretendí comprarme y que intentaban premeditadamente emular a aquellos con los que mi madre me obsequiaba. Y no eran esos. Y sabían también a azufre.

Toqué mi teclado. El violín eclipsó al chelo. Desperté.

Todo aquello había sucedido realmente.

EL REALITY SOBRE LA MALDAD

Por Luis Orozco Carballal

Publicado en Ecos de Galicia

Es posible que estemos asistiendo a otro episodio donde la vida se convierte en un *reality*, aunque quizá este reúna las características que lo conviertan en el primero sobre el MAL.

El nivel de infamia al que llega Onofre Castro es difícilmente concebible, y difícilmente imaginable. Hasta ahora habíamos conocido criminales execrables, pero todas esas historias tenían algo en común, aparte del sufrimiento de inocentes: acababan con el silencio del protagonista, recluso en prisión y excluido de todo protagonismo posterior a sus delitos. No hablaban porque no les convenía, ni antes ni después del juicio, para no agravar su situación. Todos «son inocentes». Pero Onofre no. Él quiere hablar. Es la bomba atómica de los malvados: su poder destructivo va mucho más allá de sus horribles crímenes. Intenta hacer daño, y lo consigue. Ofende una y otra vez a toda una sociedad, a todos y cada uno de nosotros... Y he de reconocerles que activa en mí un mecanismo de defensa propia, que me lleva a pensar si esta exhibición, a pesar de ser yo periodista, no sería mejor evitarla, y a pensar también que ese protagonismo es de una toxicidad irreversible para la sociedad en su conjunto.

A pensar, incluso, qué bueno sería si este tipo de criminales, simplemente, no existiesen...

UNA SOCIEDAD ENFERMA DE EXHIBICIONISMO

Por Armando Ons Vilanova

Publicado en el Diario Cataluña

La pasividad de una sociedad enferma de exhibicionismo, en la que lo privado ha quedado relegado a lo oculto, en donde cualquiera puede decir prácticamente cualquier cosa con total impunidad, no se para a pensar —en general no se para a pensar y punto— en que se le está dando voz a un criminal de tales proporciones y, por consiguiente, permitiéndole que continúe con sus malditos planes.

[...]

SPANISH SERIAL KILLER

Por Freddie Powis-Lynn

Publicado en The Whashington Herald

Un político, blanco, de clase alta. Un liberal luchador por los derechos de los presos ha devenido en un asesino en serie que tiene aterrorizados a los españoles y escandalizados a todos los europeos y a medio mundo.

La permisividad de su legislación está permitiendo que puedan seguir escuchándose sus palabras y se agrande el daño para las víctimas, sus familiares, amigos y todo el que tenga un poco de corazón y sentido común.

Antonia Garrigosa, la tercera víctima, era una vieja mujer joven. Se adivinaba en su rostro que hubo un tiempo en que había sido muy guapa, que había sido feliz, que había tenido todos los dientes sanos.

Yo estaba sentado en la salita de estar de su hermana, Francisca, que me enseñaba un álbum fotográfico de lomos granates, desgastados, descosidos, lleno de fotos sin pegar que se escurrían mientras las mirabas. Cada foto que pasaba me evocaba una pincelada nueva de la vida de Antonia, de cómo el desencanto fue tiñendo sus rasgos, cómo la decepción deformó su rostro, su cuerpo, y de cómo una mujer se había vuelto prisionera de la atracción que siente, un buen día, por un mal hombre.

Francisca me habla, mientras tanto, de que estaban muy unidas incluso después de estar con ese mal hombre que le prohibía verla. Me habla de lo grande del corazón de Antonia y buscaba un símil cada vez mayor, «como un coche», «como una montaña», «no cabía en el mundo, por eso se fue la pobre». No cabía su corazón en un mundo pequeño y mezquino.

Las historias de la gente normal nunca son normales. Encierran epopeyas para salir adelante. Todo es difícil en sus vidas. En realidad, todo es difícil en todas las vidas. Pero la escasez económica hace que los errores, las tentaciones, las torpezas sean más frecuentes, más fáciles de cometer. Aunque también que las relaciones sean más desinteresadas, más nobles, quizá más auténticas. La historia de Antonia era la de una de tantas chicas que abandonan sus estudios por un chico, Ernesto, que tiene una moto fantástica, que la lleva a gastar lo poco que gana en su trabajo en el almacén, que la fascina por lo divertido que es y la seduce por malote y por campeón. Y claro, el malote se va tornando en malo, a

secas. En alguien que la lleva hacia una vida con la que nadie sueña y que, con el tiempo, decide que es ella la que tiene que pagar aquellos excesos y la obliga a hacer cosas que nunca hubiese querido hacer. «Es con gente importante», le decía. «Te vas a relacionar con lo más selecto de la sociedad», le argumentaba para convencerla de que vender su cuerpo era una buena idea con la que saldrían ambos ganando. Pero solo ganó él. Antonia se vendió toda, se dejó un trozo de alma y de belleza en cada llamada, en cada servicio, hasta que, irónicamente, la droga en la que había caído para soportar aquello la apartó de esa vida, acabó haciéndola una mujer poco deseable, poco «digna» de tan elevado nivel.

Ernesto tuvo entonces que empezar a trabajar haciendo una larga carrera con su moto, desde su barrio a una celda del centro penitenciario de Aranjuez. Allí le propusieron que pagase por los robos, los atracos, que fueron más de veinte, todos reconocidos, y, sobre todo, por el secuestro de un joven en esa modalidad que llaman «secuestro exprés» y que en un ataque de genialidad pretendía importar de México porque un amigo le había dicho que era un negocio buenísimo.

Pero Ernesto debería haber pagado también por haber robado la vida de Antonia, el brillo de sus ojos, su sonrisa gamberra e infantil. Cuando llevaba cinco años dentro, y Antonia empezaba a respirar, a Ernesto le diagnosticaron un cáncer de estómago y le dieron un año de vida. Salió con un régimen especial de la cárcel, y acudió lloroso a los brazos de Antonia. Y ella lo acogió. En menos de dos meses estaba muerta. Y si no llega a ser por la miserable intromisión en esta historia de la maldad de Onofre Castro y su cruel desapego a la vida ajena, todos hubiesen dicho que Ernesto la había matado, que aquella última paliza había sido letal, la que se llevó su vida. Lo que quedaba de ella. Pero Onofre se anticipó con su asquerosa guadaña y se la llevó antes. El cáncer de Ernesto fue el único que tuvo el valor de hacer justicia y llevárselo para siempre, de prohibirle que hiciese más daño.

Cuanto más conozco la sordidez que convive con nosotros, menos me explico cómo no hacemos más para ayudar a toda esa gente a la que roban la vida.

Cinco de la tarde. Viernes. Sí, viernes. No miércoles. Habían cambiado el día de visita a Onofre. La cárcel, la misma. Los muros de ladrillo rojo, los mismos. Los funcionarios amables y su secuencia invariable de gestos y protocolos, los mismos. Pero el día, distinto. Cierta incomodidad recorría mi estado de ánimo. Y no solo porque uno enseguida se acostumbra a una rutina, que también. En mi caso era la proximidad del viernes a la fecha de publicación del artículo, los domingos. El cambio reducía considerablemente el tiempo de trabajo disponible y me condenaba a olvidar por una temporada las cervezas del viernes por la noche. Aunque tal y como andaba mi vida social últimamente, tampoco es que fuese a notarlo mucho. Ángeles no daba señales de vida. Fernando, Jaime y Tony se mostraban fríos como el Polo Norte, lo que me importaba bien poco. Ni siquiera veía a Jesús, liado con su trabajo y con poco tiempo para compartir conmigo sus recetas y descubrimientos vinícolas.

Aquel día tuve que esperar. El silencio hace que las luces blancas de esas pequeñas salas zumben como abejones eléctricos. Especulé con el motivo de la tardanza. Quizá estaría ordenando «sus cielos», su tesoro máspreciado. Quizá tuviese un apretón, y me dio la risa imaginándolo con su uniforme yendo al retrete. Esas cosas me siguen haciendo gracia a pesar de los años. No sé si a ustedes también les pasa. Es difícil salir con madurez y dignidad del «caca, pedo, culo, pis».

Cuando estaba a punto de imaginar algún otro motivo estrambótico, apareció. Sonriente. Se había dejado crecer la barba, blanca, todavía corta. Parecía un camarero que iba a extender un mantel sobre la mesita y ofrecerme un licor digestivo.

—Hoy es viernes, Carlos.

—Toca salir —dije corrosivo.

—Toca sentir que es viernes. Fin de semana. Expectativas en todo lo alto.

—¿Por qué han cambiado de día la entrevista?

—¿Así vas a gastar tu primera pregunta? ¿Eres un pequeño maniático? Qué más dará el día. Lo importante es lo que hagamos con él.

—Como sabe, publico los domingos. Lo del miércoles me venía muy bien para trabajar adecuadamente los artículos.

—Precisamente por eso, por tus artículos. La jueza no está muy contenta con todo el revuelo que estás armando. He tenido que volver a hablar con ella. Mejor dicho, amenazarla con no hablar más con ella, y luchar por mi inocencia en lugar de firmar más confesiones. Y ha funcionado, pero creo que no por mucho tiempo. Como tenía que decidir algo, ha trasladado las visitas a un día y a un horario más reglamentario. En algo tenía que ceder, no puedo ganarle en todo —sonrió con malicia—. Así que da gracias de que podamos seguir viéndonos. Y aprovecha, porque no creo que dure mucho más.

El cambio era un pequeño contratiempo comparado con la posibilidad del corte de suministro de información. Todavía no, todavía era pronto. Todavía quedaban capas de la cebolla por descubrir. Realmente me parecía un milagro poder hacer lo que estábamos haciendo. Entendía la incomodidad de la jueza: las redes sociales estaban muy activas, aparecían artículos, comentarios en prensa, programas de radio, de televisión. Decidí aceptar el juego propuesto por Onofre, el de la energía del viernes y toda aquella parafernalia con la que había llegado a la sala, y disfrazar mis preguntas de retos, de estímulos.

—¿Qué significan para usted estas entrevistas?

—¿El significado? ¿Cuál es el significado de «el significado»?

—Esto es lo que usted considera expectativas en todo lo alto, ¿no? ¿Sus juegos de palabras?

—¿Recuerdas el famoso cuadro *El caminante sobre el mar de nubes*?

—No soy muy aficionado a la pintura, pero ese cuadro en concreto sí lo

recuerdo. Era la portada de un libro que tuve: *Frankenstein*, de Mary Shelley. Nunca supe si eran nubes o eran olas lo que se veía. Si estaba observando o estaba a punto de saltar.

—Pues así me siento yo en estas entrevistas. Mirarte es ver esas turbulencias que intuyo estarán pasando ahí fuera. Eres mi paisaje, lo más cercano que tengo a la naturaleza desde esta celda. Veo a través de ti. ¿Me ves, Carlos, en el risco de la cumbre, mirando desde arriba? ¿Estoy observando o a punto de saltar?

—El personaje nunca me pareció un asesino. Quizá esté usted más cerca del contenido del libro que de su portada.

—Como sabes, Friedrich, el autor —tuvo la delicadeza de citarme al pintor, que por supuesto no recordaba—, estuvo, un siglo después de su muerte, erróneamente asociado al nazismo. Pasó con él lo que con otros coetáneos suyos como Wagner o Nietzsche, que sufrieron el mismo estigma. El caso de Heidegger es distinto, aunque no menos inspirador.

—Le escucho —dije, pensando que los nazis habían conseguido ser despreciados incluso por despreciables asesinos.

—Martin Heidegger era claramente un genio. Pero resultó ser un tanto estúpido en su visión política apoyando de una u otra forma a aquella gentuza. Le parecía que era la salvación de Europa y la civilización occidental. Como ves, todos metemos la pata. Hasta los más listos. Pero, aun así, todo lo bueno que pensó, sigue siendo bueno.

—Ahí quería llegar, ¿no? Busca una especie de tabla de salvación para su caso.

—A las personas hay que juzgarlas por la aportación de su vida, y no por las apariencias o por errores que pudiesen cometer. Con las reservas oportunas, me gustaría que alguien encontrase en mí los mismos merecimientos que encontraron en él.

—Eso lo veo difícil.

—En el libro de visitas de una conocida librería alemana, alguien anotó: «En memoria de la admirable dignidad con la que Heidegger terminó sus días. Que

también a nosotros nos pueda ser concedida la gracia de envejecer con dignidad, lucidez y serenidad».

—Muy hermoso. Un admirador agradecido.

—Sí. Pero lo singular es que era Herbert Marcuse, técnicamente una víctima del nazismo por su condición de judío exiliado, y padre del pensamiento europeo de izquierdas.

—¿A eso aspira? ¿A un reconocimiento por parte del entorno de alguna de sus víctimas?

—No tanto, no. Es viernes. Estamos conversando. Solo eso.

—Lo confieso. A veces me confunde.

—El mal siempre tiene apariencia de bien. —Sonrió satisfecho.

—¿Usted es el mal?

—Una pequeña parte, quizá.

—¿No será simplemente un pobre chiflado?

—Eso tendrás que decidirlo tú. No es fácil distinguir el mal del bien. Pero si eso te preocupa, créeme, yo los distingo.

—Y puede convivir con ello.

—¿De dónde crees que viene el placer por hacer daño, por hacer el mal, por ver el sufrimiento?

—¿Sadismo?

—Maldad. Sin más. Hay un demonio dentro de cada uno de nosotros.

—Hay un demonio dentro de usted.

—La sociedad entera adora al demonio. Fíjate. Grita en un concierto de rock «¡Bienvenidos, hijos de Satán!». Y verás los aplausos y gritos de entusiasmo que provocas.

—Pero eso es un juego.

—Prueba a gritar «¡Bienvenidos, hijos de Jesucristo!».

—Puedo imaginar las caras.

—La sociedad está malignizada. El demonio está más presente de lo que crees. Mira las noticias, mira las caras de algunas personas. Mira el odio en los

estadios de fútbol. El mal brota solo. La empresa más valiosa del mundo tiene la manzana del pecado como logotipo: sí, con la que el demonio tentó a Adán y a Eva.

—Anecdótico.

—¿Seguimos? La sociedad niega el mal, porque le aterroriza. Todos sabemos lo que es el mal, porque todos tenemos tentaciones que nos sugieren que lo hagamos.

—No todos caen.

—Todos. De una u otra forma. ¿Por qué nos da miedo la oscuridad? Porque creemos que puede amparar a alguien que nos haga daño. El mal nos rodea. Fíjate bien y lo verás a tu alrededor constantemente.

—Algunos presidiendo naciones importantes.

—En todos los sitios. Para que predomine tan solo es necesario no hacer nada.

—Conozco el pensamiento de Burke: «Para que triunfe el mal es suficiente con que los hombres de bien no hagan nada».

—Exacto.

Seguía hablando de la maldad, sin hablarme de su maldad. Aunque de alguna forma lo estaba haciendo. Sus contradicciones, sus delirios, formaban parte de su retrato, del autor del desgraciado destino de aquellas mujeres.

—¿Por qué Antonia? ¿Por qué una mujer sencilla?

—¿Si no hubiese sido sencilla hubiese merecido más la muerte?

—No me manipule. Solo me refiero a que no era el prototipo de las demás.

—No entiendo lo que quieres decir.

—No era atractiva.

—¿No lo era?

—Bueno, a lo mejor para usted sí.

—Qué banal eres en ocasiones.

—Mató de una paliza a una mujer cansada de recibir palizas.

—Otro mal hombre.

—¿Era ese el patrón? ¿Buscaba mujeres maltratadas?

—No seas ridículo. Simplemente era una mujer.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué mujeres y no hombres?

—Lo que has oído. Era simplemente una mujer. Solo eso.

—¿Le parece poco?

—Todos tenemos un papel en la vida. Unos condicionamientos. Los de una mujer son evidentes. Como especie no nos podemos permitir que las mujeres abandonen la idea de la maternidad como proyecto vital. Y lo estamos consintiendo. Y nos destruimos con tasas de mortalidad negativas. Todo eso por una irresponsable interpretación de nuestro papel en el mundo.

Todo aquel rollo sobre Heidegger era simplemente una preparación del camino para que encajase sus arcaicas teorías sobre la mujer. Era como una serpiente, como esas cobras escupidoras que te hipnotizan con su mirada antes de lanzarte a la cara su veneno.

—Era una mujer. Es todo lo que puedo decir.

Y con eso pareció justificar su muerte a palos. Y todas las muertes a manos de enloquecidas parejas. Tenía razón. El mal existe. Está entre nosotros. No es solo Onofre Castro. El resto nos hemos convertido en mansas ovejas que van al matadero. Protestamos, hablamos, pero no hacemos nada. Cómo era posible que estuviésemos permitiendo un holocausto femenino a cámara lenta en todo el mundo y nadie tomase medidas. Medidas serias. Como sacar de en medio para siempre a esa escoria.

*La esperanza cruzará,
a través del tiempo, cruzará,*

alegres momentos y memorias tristes, cruzarán.

*La amapola cruzará,
y su máximo candor, cruzará.*

*Por ti
y para mí, cruzará.*

Diario de Onofre Castro

Namasté significa algo así como «yo te hago mi mejor reverencia», quizá «lo mejor de mí te saluda», o aún con más precisión y profundidad: «Mi esencia divina saluda a la esencia de Dios que está dentro de ti». Ese es posiblemente el saludo que más me impresiona, aparte, claro está, de la forma de chocar los cinco que tienen algunos jugadores de baloncesto afroamericanos —lo siento, los europeos no lo hacemos ni la mitad de bien—. Pero en mi lista de saludos preferidos tiene un lugar destacado, prepárense, con el que me contestaba mi abuela y que dejó, posiblemente, marcada mi vida. En él encuentro yo el origen de mis creencias.

Mi abuela era una persona sosegada, con una actitud venerable, que parecía estar escuchando siempre y que solo hablaba para decir la última palabra, para cerrar el párrafo con un refrán, una sentencia siempre oportuna y casi siempre simpática.

Yo la saludaba de manera habitual con un «¿Qué hay, abuela?». A lo que ella indefectiblemente me respondía, cada día, de cada mes, de cada año: «Mucho y mal repartido». En realidad, me decía «*moito e mal repartido*», puesto que mezclaba el gallego con el castellano y su berciano natal de modo impredecible. O quizá todo fuese berciano. No lo sé. Lo que sí sé es que aquella reiteración, aquella respuesta reflexiva que escuchaba a veces más de una vez al día —yo, cada vez que pasaba un rato y la veía, la volvía a saludar, para ver si me lo repetía de nuevo—, caló en mí como la gota de agua que hace mella en la roca, dándole forma lenta pero consistentemente.

Creo que ser de derechas o de izquierdas depende, en un principio, de la importancia que se le dé a aquella respuesta suya: «Mucho y mal repartido».

¿Había realmente mucho? Porque si fuese así, suponía que era suficiente para todos. ¿Estaba realmente mal repartido? Y ante esta última pregunta siempre me venían a la cabeza dos imágenes: alguien repartiendo y alguien quedándose con una porción exigua. Y me preguntaba por qué era posible esa injusticia, o por lo menos, por qué se aceptaba de buena gana esa desigualdad. Ahí, en eso, en la desigualdad, está la encrucijada en la que uno elige ir por un sendero o por otro, un sendero que está a tu derecha y otro que está a tu izquierda.

Cogerás el sendero de la derecha si las cosas te van razonablemente bien y a la vez asumes que cierta desigualdad es inherente a la vida, y que el que quiera progresar tiene que trabajárselo. Aunque posiblemente muchos estemos de acuerdo en esto último, me refiero a los logros a través del mérito, la diferencia está, como casi siempre, en los matices y en las proporciones.

Ser de izquierdas empieza por una constatación de la desigualdad acompañada por un sentimiento de injusticia. Y posiblemente con un desacuerdo con el que reparte, sea el poder económico, sea el poder político, el poder religioso, o sencillamente EL PODER en el que habita un muñidor, un creador que hace las cosas mal, equivocándose, lo que provoca un resentimiento contra él. Ese enojo es la energía que llena tu corazón y te hace vivir de una forma ideológica concreta. Pero eso no significa que abras la militancia en unas ideas de golpe. Siempre hay un porqué, un elemento que ayuda a dar el primer paso. Un, si me lo permiten, contagio.

Si estuviese hablando de esto hace años, nunca diría lo que voy a decir. No sería tan franco como lo voy a ser. Pero la verdad es que yo empecé en esa dinámica de pensamiento, además de por el repetitivo y persuasivo saludo de mi abuela, por algo mucho más mundano. Es cierto que primero fue por simpatía con algunos amigos mayores, a los que oía decir con fervor «¡viva la revolución!» mientras me mostraban sus dibujos de la figura del Che. Uno de chaval se puede enamorar de eso o no. Lo que nunca te va a robar el corazón es un «que no cambie nada». ¿Qué clase de joven serías? Pero mi salto definitivo se produjo en bachillerato, cuando vi a Ángeles entrar en un local, un ateneo

cultural, a escuchar una conferencia sobre literatura contemporánea española. Seguí aquel pelo largo y negro, forcé el hecho de sentarme a su lado mientras hablaba Torrente Ballester, mientras escribía en el aire con sus palabras. Nunca he oído hablar a alguien en lenguaje escrito como a él. Y nunca tuve tan claro que quería seguir yendo a ese ateneo cultural como aquella tarde.

Pronto llegarían las sonrisas encontradizas, las primeras citas y una felicidad plena en cada conversación, en cada charla. Ella me convirtió en un gladiador contra la injusticia. Tenía la sensibilidad de sufrir por cada persona que sabía que sufría, de sentir el dolor ajeno. Yo nunca la tuve, la verdad. Sentía por empatía, por ósmosis, a través de sus ojos. Me hacía pensar que tras aquel brillo se encerraba un mundo mejor. La justicia era para mí un acto de amor. Así empezó mi filocomunismo. Siendo más «filo» que «comunismo». Y ahí me quedé, a su lado.

Creo que siempre quise ser periodista. O al menos creo que siempre me gustó contar cosas. Pero desde aquellos paseos juntos, sentía la urgente necesidad de contar, de destapar, de «desfacer entuertos» y corroer unas estructuras sociales que eran señaladas por cada sutil movimiento de su cabello, destapadas por sus manos como si su piel tuviese el poder de iluminar la verdad y lo bueno. No crean que soy un ingenuo. Siempre supe que el amor tenía mucho que ver con mi compromiso social, aunque encontrase una sólida base en mi aversión por la desigualdad y la injusticia. Sé que nunca hubiese llegado tan lejos si no hubiese sido por ella.

Dentro de mi grupo estábamos: los tibios, con los cuales me relacionaba agradablemente; ella, que tenía el don y la luz; yo, con mi peculiar modo de filiación, y los Darth Vader del resentimiento, los que vibraban siempre negativamente. Ese otro grupo que saca su energía militante del hecho de la negación, del no, del no ser, o no querer ser de una determinada manera. Siempre beligerantes, siempre incómodos.

Aunque creo que de una u otra forma todos tenemos nuestra dosis de resentimiento almacenada en un rincón del alma, yo no era un resentido. Pero

Fernando y Tony, sí. Sobre todo Fernando. Era un resentido maravilloso, no me interpreten mal. El resentimiento hace a veces milagros con el ser humano. A algunos los vuelve magnates al frente de poderosas empresas. A otros, ideólogos de grandes movimientos.

Fernando era corrosivo, ingenioso, infatigable, constante. Nunca bajaba la guardia. Fernando odiaba muy bien. Tenía todo muy claro. Eso nos alejaba. En el fondo lo envidiaba. Me hubiese gustado ser tan independentista como él —era un catalán afincado en Madrid que hubiese muerto por tener un pasaporte diferente, ser considerado extranjero—. Me hubiese gustado tener tan claro quiénes eran «los malos», cuál era el origen de todos los males y su santo remedio: una república socialista. Pero no podía, la verdad. ¿Eso me convertía en un impostor? De alguna manera, sí. Convivía en aquel entorno sin matizar mi postura, sin marcar las finas líneas que me hubiesen dejado fuera de aquel círculo en el que quería estar, porque estaban aquellos ojos rasgados, aquella voz.

Fernando siempre quiso a Ángeles. Aunque lo mantuvo en un discreto silencio, era un secreto a voces. Y creo que ella siempre lo supo. Porque Fernando era el héroe, el que iba a derribar todas las barreras, cambiar las cosas y entregárselas a su reina. Pero... ella me eligió a mí. Difícil de aceptar, supongo. Difícil de digerir para un tigre del resentimiento que fijó su mirada en mí por algo tan primitivo como que yo le había «robado» a su chica. A la que nunca tuvo. Y tengo la sensación de que eligió estudiar periodismo para no dejarnos solos. Así era Fernando. Todo un personaje al que, sin embargo, esa energía negativa iba jugándole una mala pasada en la vida, relegándolo a la insignificancia social poco a poco, a pesar de su enorme fuerza y talento.

Tony era un talibán catalizador. Era entusiasmo, voluntad, ganas... Tenía un nivel de convicción medio, o por lo menos su forma de manifestarse no era tan vehemente. Siempre pensé que llegaría lejos en un partido político, porque tenía esa mezcla entre ideología y pragmatismo que hace posible que no estemos

disparándonos los unos a los otros permanentemente. Era ocurrente, con una pachorra tierna que daba ganas de abrazarlo.

Formábamos un buen grupo. Durante los años de facultad en la Complutense de Madrid no había día que no riésemos o buscásemos un nuevo desafío. La lucha era nuestro ocio, y era divertido, gratificante. Sí, luchar es una forma de ocio. Y con el tiempo, una forma de vida. Quedábamos muchos domingos por la mañana para solidarizarnos con una causa y acudir a su correspondiente manifestación; luego íbamos a tomar cañas, reíamos. Era una buena vida y además nos permitía dormir felices pensando que hacíamos lo correcto y que íbamos a cambiar este mundo.

Hoy veo todo eso como sombras del pasado. Creo que he perdido algo tan valioso como mi biografía. Siento como si me hubiese hecho pasar por alguien que no era. Una sensación que me acompaña sin cesar, como si me faltase coraje para ser como realmente soy. Desconozco cómo soy. Pienso que todos desconocemos cómo somos. Creo que mis dudas se deben más a mi idealización de la entereza de los demás que a la realidad. Pero nada podemos hacer a veces con lo que sentimos.

Cuando oí aquella tarde la absurda idea de colectivizar mi golpe de suerte, estalló una burbuja de cristal en la que había estado durante muchos años. Al principio me pareció, simplemente, una broma. No podía imaginar el efecto devastador que tendría en segundos aquella deflagración. Fue Fernando quien, en un instante, ajustó cuentas con el pasado, con su brillantez habitual. Había puesto sobre mi espalda la coherencia de todos aquellos años, como si siempre hubiese dudado de mí, de mi compromiso, y hubiese encontrado el momento de desenmascaramme. Colectivizar. Ese fue su artefacto. Y así me vi fuera del grupo, lo que sin duda él siempre había soñado.

Como ven, los comunistas también lloramos.

La disciplina de anotar, recopilar y analizar toda la información publicada constituía una parte esencial de la formación académica que había recibido. Nunca tuve que echar mano de esas lecciones tanto como ahora, ante la avalancha de comentarios que aparecían a diario en medios informativos y redes sociales. Archivar dicha información, desmenuzarla y digerirla me permitiría usarla, no solo en el presente, cuando lo tenía fresco en la memoria, sino más adelante, quizá con el paso de los meses o quién sabe si de los años, y poder contar la historia de todo lo que estaba sucediendo con el sosiego y la profundidad que nunca permiten la actualidad y la prisa propia de un medio de comunicación. Y como ven, así lo he hecho. Los comentarios en redes sociales, salvo contadas excepciones, son frecuentemente desahogos con escaso interés intelectual. Pero las tendencias eran ilustrativas de lo que estaba pasando por la mente de la gente que se animaba a escribir. Destacar que hubo un momento en que no se distinguía si el odio que sentían hacia Onofre Castro tenía que ver más con su condición de asesino o con su discurso «misógino, machista, patriarcal, obsoleto, viejuno, carca, sexista, fascista, falocrático, heteropatriarcal, cisgénero, masculinista, aporofóbico, clasista, marianista...». Una inagotable retahíla de improperios. La condición de «asesino de mujeres» había encontrado un mal contexto dentro de una creciente sensibilización social en contra del sexismo, la discriminación y el abuso hacia las mujeres.

Otra tendencia era la que intentaba buscar explicaciones a la desviación de Onofre en la sociedad, a la que, por supuesto, hacían responsable, al menos subsidiariamente, por ser capaz de producir seres de esa calaña. Territorios visitados por múltiples comentarios: «En qué sociedad vivimos que crea

energúmenos así»; «hay mucha culpa de la educación en cada asesinato de mujeres»; «tenemos que educar desde pequeños». Me pareció que corresponsabilizar a la sociedad de los crímenes que comete un individuo, aunque fuese en menor medida, suponía de alguna manera aliviarles la carga a los verdaderos asesinos. Y no me parecía justo aliviar la carga de Onofre.

Este caso me estaba cambiando. Yo hubiese sido el primero en mantener esa postura tan solo unos meses atrás. Pero ahora me daba reparo pensar en que alguien me adjudicase a mí parte de la responsabilidad de aquel asesino atroz. Porque yo era tan sociedad como cualquiera, al igual que mis padres, mis amigos, mis familiares. ¡Al *carallo* con esa idea de la corresponsabilidad! Lo que hizo Onofre, que lo pague Onofre.

También se veían comentarios acerca de la cadena perpetua, la prisión permanente revisable. Incluso el hashtag #prisionpermantenterevisable había sido tendencia durante varios días. Y mucha gente, la gran mayoría, apelaba a ella para hacer justicia: «¿Para qué la tenemos?»; «¡Ese tío no debe salir de la cárcel en la vida!». Otros tantos argumentaban en contra, apelando a los derechos humanos... Me hubiese gustado comprobar si después de ver la mirada de Onofre seguirían manteniendo ese tono comprensivo...

En todo caso, existía un componente masivo de crítica al sistema, al que acusaban de creador de monstruos sociales. Parecían encontrar en la aparición de este tipo de asesinos una prueba más de lo defectuosa que era la sociedad y de lo equivocados que estaban sus arquitectos. Si algo nos gusta en general a los más jóvenes, a mí el primero, es hallar defectos a la obra que nos han dejado los mayores: es lo que Freud llamaba «matar al padre». Un síntoma de madurez a través del cual se supera al progenitor y que hace que deje de ser punto de referencia, el compendio de virtudes y capacidades. Es un mecanismo de evolución, de progreso necesario, el gran elemento transformador del mundo. Pero que olvidaba, y este era un pensamiento nuevo para mí, que no todo se puede meter en el mismo saco, que hay gente que hace las cosas bien y otra que hace las cosas mal. Olvidar el esfuerzo y la determinación necesaria de muchas

personas, seguramente la mayoría, para que todo este tinglado llamado mundo avanzase, me parecía ahora una injusticia. Y, aunque sea haciendo eses y a un ritmo más lento del deseable, no había duda de que avanzábamos en la dirección adecuada. Sé que esto no es igual de divertido que salir con un espray a hacer pintadas y cambiar el mundo, pero la responsabilidad me estaba convirtiendo en un señor aburrido.

SEGUNDA PARTE

LA ENTREVISTA

Y entonces sonó Iggy Pop. Mi teléfono me rescató de las continuas lecturas de notas, opiniones y detalles acerca del caso. Su timbre ahuyentó mis fantasmas. No conocía el número, pero no dudé.

—Diga.

—Carlos, soy Penélope Ferreiras. Me ha dado tu teléfono Antón, espero que no te moleste.

—¡Penélope! Es un placer. —Penélope era una de las periodistas de televisión más reputadas del país y con más éxito. Eran famosas sus entrevistas con los personajes más cualificados de la actualidad: jefes de Estado, eminencias científicas, deportistas de fama mundial.

—Carlos, me gustaría entrevistarte. No te voy a negar que al que me gustaría entrevistar es a Onofre Castro, pero ya lo he intentado varias veces y la respuesta es siempre la misma. Que me dirija a ti.

—La ha tomado conmigo. —Intenté bromear con un patético resultado. Era evidente que estaba encantado y que mis ganas de resultar agradable me estaban dejando en mal lugar. Sabía que tenía que darle un poco más de solidez a mi figura, tener más peso ante ella.

—Bien, entonces le digo a mi equipo de producción que organice agendas para...

—Espera —la interrumpí—, no sé si debo hacerlo. —Mi tono cambió y enseguida cambió el de ella: de estar poco menos que cubriendo el expediente y pasando un trámite, a tener la necesidad de persuadirme.

—Carlos, entiendo tus dudas. Trato de ponerme en tu situación y probablemente yo también tendría mis reticencias. Y si me dices que no, lo

entenderé y lo aceptaré. Pero, al fin y al cabo, vienes a hablar de tu trabajo, de tus experiencias con un personaje tan controvertido como él. Eso no tiene nada de malo.

—Es probable. Pero me siento como si estuviese capitalizando algo. — Todavía hoy no sé si era cierto lo que decía y si estaba siendo sincero conmigo mismo o si, simplemente, adopté una pose que creí más interesante.

—Insisto. Es tu trabajo, y no hay nada más honesto que trabajar. Piénsatelo. Si quieres mañana tomamos un café y me cuentas lo que has decidido. Y sea como sea, te aplaudiré.

—De acuerdo. Quedamos...

—A las cuatro en el Nuevo Café. He hecho los deberes.

Noté cómo sonreía aunque colgó antes de darme tiempo a confirmarlo. Pero esas cosas se transmiten por las ondas, como las feromonas por el aire. Esto era de auténtico personaje. Café con Penélope Ferreiras, valorar una entrevista en *prime time*... Me sentía un vampiro muy feliz.

Uno juega las cartas que le tocan en la vida. Aunque parezca imposible, a veces te tocan cuatro ases juntos. Y uno tras otro tenía que ponerlos encima de la mesa del director de *Crónica*, mi periódico. Quería hacer aquella entrevista y sabía que no iba a gustar en la casa.

El sentimiento de pertenencia a un periódico tan reputado como ese iba más allá de la realidad contractual y su situación financiera. Yo no entendía mucho, pero todos decían que estábamos en quiebra, que los planes de expansión devinieron en malas decisiones y que la crisis había puesto contra las cuerdas lo que podría haber sido el grupo dominante de comunicación en lengua española (o castellana, como decimos en España). Esa situación de debilidad financiera hacía que, en el fondo, entendiésemos, tanto la mayoría de mis compañeros como yo mismo, que la vinculación formal con la que nos relacionábamos no era laboral sino mercantil, y más que ser un empleado y una parte estable del equipo, eras un freelance, un autónomo, un proveedor habitual, aunque, eso sí, en exclusiva para ellos. Un tipo de acuerdo que encerraba una irregularidad legal evidente, pero que aceptábamos como transitoria esperando un mundo mejor.

Dicen que los periodistas nos entendemos porque solo nos relacionamos con periodistas, y hay algo de verdad en todo ello. Nuestro mundo va a otra velocidad, está siempre sujeto a una realidad cambiante que puede hacer que tu cena romántica dure solo veinte minutos, que en fin de año estés comiendo las uvas y te apartes del grupo porque acabas de recibir un mensaje con acontecimientos en Asia... No es fácil para los no periodistas entenderlo. Les parece un desprecio a todo lo cotidiano, como si estuviésemos siempre más atentos a Obama que a nuestro primo. Y en realidad lo estamos. Sentimos que

formamos parte de ese grupo que Obama sabe que lo sigue. Que «si quisiésemos» hablaríamos con él, sabríamos lo que piensa. Es más, somos los que realmente sabemos lo que pasa y por qué pasa. Tenemos las claves de interpretación y por lo tanto la verdad es nuestra. Y ese es el problema. Que a menudo asumimos con tanta fuerza que la verdad es nuestra que nos creemos en el derecho de poder retorcerla un poquito, adaptarla, mostrarla solo de un lado, incluso instalarnos en la falacia para obtener un rendimiento monetario. La prensa era el cuarto poder junto con el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Pero quiso ser también poder económico, un gran negocio, y claro, combinar todo eso resulta complicado. La reputación y el reconocimiento social pocas veces vienen acompañados de billetes. Antes al contrario. Porque es más fácil que vendas tu alma al diablo si tienes miles de millones de euros en créditos vencidos. Los periodistas estábamos reivindicando nuestro lugar, con cierta desazón de príncipe destronado que reclama de nuevo su feudo. Eran momentos complicados. Yo tenía un sentimiento de solidaridad, de comprensión para con todos mis jefes, y también con los propietarios, a pesar de mi precaria situación laboral como autónomo hasta hacía poco. Los grandes periódicos tenían que lidiar con un sacrificado momento en el que debían competir contra estructuras de cuarenta o cincuenta empleados que a través de ediciones digitales construían un diario prácticamente de la noche a la mañana. Y les salían los números. Sin embargo, aquellos mastodontes deberían de pasar de mil empleados a doscientos en un plazo récord, quedando como *killers* y soportando la mala prensa... Qué paradójico. Y a la vez qué injusto: al fin y al cabo, seguían manteniendo cinco o seis veces más puestos de trabajo que sus competidores emergentes. Pero la vida es así: ellos van hacia arriba y son *entrepreneurs* y nosotros íbamos hacia abajo y éramos unos jodidos tiranos.

Cuando me encontré con Antón en los pasillos enseguida se acercó a hablar conmigo.

—Le di tu teléfono a Penélope, espero que no te importase.

—Al contrario, te lo agradezco.

—Quiere entrevistarte, ¿no?

—En efecto.

—Al *dire* no le va a gustar la idea.

—¿Por qué?

—No hace falta que te lo diga, Carlos. Porque vas a llegar allí y te mirará con esa melena negra y te hará cantar *La Traviata*. Así perderá fuerza lo que puedas contar en nuestras páginas. Es como si colectivizases el éxito.

Cojones, la colectivización había vuelto a aparecer. Pero qué pasaba con este trabajo y la colectivización. Me vino a la mente algo que mi padre me había repetido en muchas ocasiones: «El éxito tiene mil padres y el fracaso es huérfano».

—Creo que puede servir para todo lo contrario. Es como hacer un enorme anuncio en *prime time* del periódico y de sus contenidos.

—Y de Carlos Wolverine. No te culpo. Es tu momento. Pero ve a contárselo tú.

Enfilé por el pasillo, cruzando toda la sala de redacción, y allí estaba nuestro director.

Parecía tranquilo, pero es que siempre parecía que estaba tranquilo. Llamé con los nudillos como formalidad antes de entrar y sentarme. Empezó a hablar él.

—Me alegra verte, Carlos. Ya me comentó Antón que habías promocionado. ¿Estás contento?

—Muy contento, director. Y muy agradecido.

—Nosotros a ti y a todos los que estáis asumiendo una situación especial. Pero esperemos que pronto veamos la luz al final del túnel.

—¡Seguro! Tenía que comentarte una cosa. Como sabes, estoy escribiendo un macroartículo sobre Onofre Castro que vamos publicando semanalmente.

—¿Cómo no voy a saberlo? Gran idea haberlo hecho así, convertirlo en varios episodios. Se está notando, ¿sabes? Es nuestra noticia más leída en la edición digital y líder absoluta en comentarios e interacciones. Veamos si se nota también en papel.

—Esperemos que sí. —Cogí fuerzas y lo solté—. Me ha llamado Penélope Ferreiras.

Su gesto cambió.

—¿Quiere entrevistarte?

—Sí... —Su color también cambió.

—Pero es muy pronto. Hazlo después de acabar la última entrega.

—Sabes que decirle que no a un periodista...

—Pero es empañar un poco nuestro éxito. No estamos sobrados de buenas noticias y esta exclusiva es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo.

—Pienso que las víctimas merecen que se hable, que se vea qué tipo de asesinos pululan por nuestro país, que se les honre...

—Estás decidido a ir.

—Me gustaría.

—Pues intenta dejar algo para nosotros.

—Será una promoción. No lo dudes.

Y nos dimos la mano. Mientras iba por el pasillo me reproché cómo había sido capaz de argumentar solemnemente un compromiso con las víctimas, y a los pocos segundos estar pensando en la promoción del periódico...

Me hacía temblar. El momento de sentarme frente a Penélope equivalía al examen más exigente que nunca hubiese tenido en mi carrera. Tenía que serenarme, que visualizar la situación, prepararme para salir victorioso del trance.

Que te enfoquen las cámaras es incómodo, y aunque habíamos hecho prácticas en la facultad y normalmente salía airoso, saber que te van a ver millones de personas, que recordarán tu ropa, tus gestos, tus titubeos... aterroriza. Por eso tenía que prepararme, tenía que ensayar. Y solo había dos personas que me hacían sentir mejor de lo que era: mi madre, y no estaba muy experimentada en entrevistas, y Ángeles, mi compañera de estudios, de barricada y de vida. Pensé en llamarla y pedirle ayuda, pero tal y como estaban las cosas no sabía si era oportuno, si sería bien recibido. En condiciones normales ella se ilusionaría conmigo, me ayudaría. Pero el cirujano de buenos momentos, el extirpador de buenas vibraciones, el maldito capullo de Fernando había construido un muro de hielo entre ambos que esperaba que algún día experimentase con idéntica intensidad que nosotros. No le deseaba más. Ni menos. Y no deseándole más, ni menos, me consideraba una buena persona, un tipo justo y hasta generoso. Que la misma paz tenga que la que deja a su alrededor.

Y entonces me asaltó una idea que me hizo entrar en barrena. Algo que en mi mente se representaba con tanta nitidez, con tanta fuerza lógica, que me dejó estupefacto: si esto era así, ¿por qué no aplicábamos el mismo criterio con los delitos?

Yo no me sentía inhumano deseando que Fernando, que había intentado joderme bien jodido, tuviese la recíproca, lo mismo que me había deseado a mí.

No me parecía que nada pudiese ser más justo. Por qué entonces si alguien decide quitarme mi bien más preciado, mi vida, tengo que perdonarle la suya y estar de acuerdo con darle un castigo efímero, por mucho que durase doce o quince años.

Me preguntaba una y otra vez si era suficiente enviar a un asesino unos cuantos años a un centro penitenciario, a un individuo que había hecho desaparecer a otro voluntariamente. Y mi respuesta era siempre la misma: no.

Buscaba la razón por la que era poco avanzado lanzar una advertencia a todos los individuos de una sociedad, de forma pedagógica y preventiva: «El que la hace, la paga: si quitáis la vida a alguien, estáis renunciando a la vuestra».

Intentaba descifrar el enigma por el cual este tema se había convertido en un asunto intocable, del que prácticamente no se podía hablar sin ser etiquetado de antemano. Yo mismo, hacía unos meses, lo habría hecho, lo reconozco. Pero ahora ya no lo tenía tan claro. Ni mucho menos. Temía que fuese un prejuicio que tuviese que ver más con la política que con la justicia. Y en política, descalificar al oponente era una herramienta usada por todos los bandos.

Pensé en lo bueno que sería poder hablar con tranquilidad de este tema... Qué demonios, sería bueno poder hablar sosegadamente de cualquier tema.

Pensé en lo complejo que era organizar una sociedad, y en lo difícil que era ser justo. Pensé en aquel pacto social por el cual habíamos renunciado al uso de la violencia para cederlo al Estado, que la usaría con más tino y más justicia que nosotros. Y sentí que quizá no estábamos a la altura de las expectativas, de defender a aquellas personas que de buena fe habían entregado sus armas y delegado su defensa en los poderes del Estado...

Pensar no es algo compatible con afeitarse. Y menos sentir la irritante sensación de la injusticia. Llevaba sin hacerlo casi tres semanas y tenía un aspecto de náufrago desaliñado que decidí solucionar. Cuando me puse ante el espejo me quedé absorto cavilando, buscando respuestas para aquellas preguntas tan complejas... y perdí la concentración. La cuchilla me provocó un corte en el mentón que enseguida tiñó mi cara de sangre. Aquel rojo se mezcló con el

blanco de la espuma. Al principio tenía un toque cómico. Por eso quizá no lo atajé de inmediato, seguí mirándome a los ojos para entender qué me estaba pasando, por qué pensaba ahora de la misma forma que lo hubiese hecho mi padre. Mis pensamientos estaban cambiando, aunque todavía no me atrevía ni a pronunciar palabras como «cadena perpetua» o «pena de muerte». La sangre seguía brotando de aquel corte, pequeño pero exagerado. Las heridas en la cara son muy escandalosas y aquella seguía sangrando, ocultando ya casi por completo el color blanco del jabón. La sangre me recordó a las víctimas, sus heridas, su dolor en sus últimos momentos, aquellos en los que sentían que se les iba la vida. Me costó seguir mirándome al espejo. Acabé el afeitado, puse un trozo de papel higiénico sobre la herida, fui hacia el teléfono y decidí llamarla.

Ángeles era la persona más cercana con la que podía hablar, y esperaba que la noticia de la entrevista ayudase a que se calmasen las aguas, me entendiese y se ilusionase conmigo.

—Hola —dije sin identificarme, confiando en que en tan poco tiempo no se hubiese olvidado de mi voz.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien —fingió—, ¿y tú?

—Bien. Bueno, un poco agobiado con todo lo que está pasando. Concentrado en el trabajo.

—Pues me alegro de que encuentres tiempo para tus ex entre tanto trabajo. — Eso era un reproche en toda regla. Significaba que estaba molesta. Quizá mucho. Pero también que seguía importándole, lo que me envalentonó.

—Tú no eres mi ex. Quiero verte. Me gustaría pedirte un favor.

—¿En qué consiste?

—Esperaba un sí incondicional.

—Pues ya ves.

—Me ha llamado Penélope Ferreiras. Quiere entrevistarme.

—Estarás encantado.

Sería demasiado si dijese que noté un cierto aroma a celos en su contestación.

—Pues sí, la verdad. Y muy nervioso. —Silencio—. Me gustaría que me ayudases a ensayar la entrevista. Como hacíamos en la facultad con las pruebas de cámara. —Ya estaba, ya lo había dicho. Me mantuve sonriente a la espera de su respuesta.

—No sé, Carlos. No sé qué está pasando, ni lo que haces, ni quién eres...

—Soy el de siempre.

—No, no lo eres. —Y mientras los segundos pasaban sin que hablase se me fue borrando la sonrisa—. Pero bueno. Si quieres quedamos pasado mañana. Antes no puedo.

—Genial. ¿En el Nuevo Café?

—No. En la cafetería de la facultad.

—Como en los viejos tiempos.

—Como en los viejos tiempos.

Colgamos. Eran buenas noticias para mí. Había accedido a quedar, me iba a ayudar. Era lo que esperaba. Quizá con menos vibraciones negativas, quizá con algo más de romanticismo. Pero había ido bien.

Mientras me convencía de mi buena suerte e intentaba sacarme el sabor agrídulce de la conversación, el trabajo volvió a llamar a mi puerta. Mis notas, mis papeles escritos agolpados sobre mi escritorio, eran para mí, en ese momento, una tentación demasiado grande como para permitirme autocompadecerme por mis líos amorosos. Y a pesar de todo, Ángeles tenía esa capacidad de tranquilizarme, de hacerme sentir más grande y mejor de lo que era. Y con esa energía retomé mis notas.

Tenía la relación de las mujeres asesinadas: Anastasia Aguirre, Pam Méndez, Antonia Garrigosa, Matea-Zhin García, Sasha Ivanova, Purificación Ildefonso y Ruth Williges. Me vi obligado a pedirles disculpas; sentí que no tenía derecho, ni yo ni nadie, a investigarlas, a conocer su pasado, sus cosas buenas y sus cosas malas. A entrometernos y sacar conclusiones sin saber nada de su vida. Solo sabíamos de su muerte. Y ni siquiera eso tenía explicación.

¿Gritarían mucho? ¿Cuánto les dolería? ¿Cuánto sufrirían? Eran preguntas retóricas. Sabía las respuestas, aunque los golpes que reciben otros nunca nos duelen lo suficiente. Me paré en las fotos de Matea-Zhin García. Supe que aquella tarde quería llegar pronto a su casa para cambiarse y arreglarse porque había quedado con varias amigas para ir a cenar. Era jefa de la sección de perfumería en unos grandes almacenes. Su nombre era Matea-Zhin, los apellidos García Fernández. Era una niña adoptada nacida en China. Sus padres quisieron conservar el apellido familiar y lo añadieron a su nombre de pila; así tendría a su familia biológica y a la adoptiva siempre presentes. Matea era una chica aplicada, estudiosa. Había conseguido acabar sus estudios de Administración de Empresas mientras trabajaba de dependienta ocasional; le encantaba la moda, el estilo. Tenía una belleza oriental clásica, serena, dulce. Cara de lista. Con una prometedora carrera por delante, se había hecho con puestos de responsabilidad muy pronto y siempre que había una promoción se hablaba de ella.

En mi bloc de notas tenía apuntadas varias frases desordenadas de sus padres, de sus familiares, de sus amigos. Alabanzas, rabia, dolor, había de todo. Nadie encontraba razón alguna para su muerte. Como si hiciese falta. Como si un asesino necesitase razones. Nada diferente a lo expresado por los entornos del resto de las víctimas. Lo único discordante que había encontrado era el relato de una compañera de la sección de perfumería que se expresó con preocupación ante mí.

—Era una máquina. Trabajaba siempre concentrada, con buena disposición. Un día noté algo extraño. Una tarde que salió antes de la hora. Eso en ella era algo extrañísimo. Se quejaba del «maldito catálogo». Lo dijo varias veces, como si estuviese verdaderamente molesta. Dejó las cosas y se fue, muy agobiada.

—¿A qué se refería? —le pregunté.

—No lo sé. Supuse que se trataba de la nueva colección de perfumes. Ella era muy eficiente, muy educada, pero poco comunicativa. Tendría un mal día. Pero me extrañó, ella era siempre muy contenida. La verdad es que en esa época teníamos mucho producto nuevo por colocar y exhibir.

¿Tendría algo que ver con su muerte? Nunca lo sabríamos. «No puedo ayudarte, Matea-Zhin —pense—. Ya no eres más que información en trozos de papel.» Intenté imaginarla viva. Pero las fotos de su cadáver eran demasiado intensas como para que pudiese visualizarla de otra forma. Llena de golpes y con el cuello roto.

Imaginé cómo su cara debió de desdibujarse gritando, con el alma llena de dolor y de soledad. Las víctimas siempre están solas. Claman por que acudamos y no llegamos nunca a tiempo. Y si pudiésemos acudir, ¿qué haríamos? Me enfrenté al hecho de que no nos damos cuenta de lo débiles que somos comparados con la maldad. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Cogeríamos un arma cuando nunca la hemos cogido? ¿Lucharíamos cuerpo a cuerpo? La sociedad es débil y frágil. O lucha unida, o muere dividida, persona a persona.

¿Por qué no luchamos contra ellos? ¿Por qué dejamos que sobrevivan a sus víctimas?

Ese clamor de las víctimas se había metido en mi cabeza. La fuerza de sus gritos en un desesperado intento por salvarse, apelando a la humanidad y la compasión del ser que ha decidido quitarles la vida. Un monstruo sin humanidad ni compasión.

Me imaginé a mí mismo gritando.

Me imaginé a mis seres queridos gritando.

Me imaginé a cualquier ser indefenso gritando. Y sentí que tenía que decidir entre abandonar aquellos gritos para siempre, o acudir en su rescate.

Volví a las fotos. Una barra de hierro había destrozado el ojo derecho de Matea. Sus huesos cedieron como el cartón, y su sistema nervioso transportó toneladas de dolor a un cerebro confuso, tumefacto, agonizante y desconcertado.

¿Porque no llegábamos? ¿Por qué nunca llegamos a tiempo? ¿Cuánto le dolió cada golpe? ¿Cuánto sufrió cada ataque, cada embestida? ¿Con cuánto terror fue capaz de convivir? ¿Por qué nunca nos hacemos estas preguntas? ¿Por qué nos olvidamos de todo ello como si no hubiese ocurrido, como si todo el duelo por

un congénere arrebatado por la maldad fuese un parpadeo, un comentario de indignación?

¿Cómo podíamos pensar que quien era capaz de hacer aquel daño, una y otra vez, fuese capaz de reinsertarse, de curarse nunca de ese mal que llevaba dentro?

Volví a sentir aquella mezcla de rabia y de tristeza. Veía a una jovencita tras cada una de las víctimas, a una niña, a un bebé, la ilusión de unos padres... Todos ellos se sentirían olvidados por una sociedad que en un momento determinado decidió abdicar de sus responsabilidades autoconvenciéndose de que un ser humano que ha destrozado una vida con toda esa crueldad, podría rehabilitarse, recuperarse y ser un buen ciudadano, podría estar doce años más tarde paseando bajo el sol, oyendo unos pájaros que ninguna de sus víctimas volvería a escuchar. Sintiendo el agradable calor del sol en sus mejillas.

Todas ellas sentirán que las hemos dejado solas.

¿Qué nos había pasado?

Yo seguía escuchando sus gritos.

«Solo era una mujer.»

El titular se clavó en el corazón de millones de hombres y mujeres. Creo que no fueron capaces de leer más.

Mientras ojeaba en la cama el periódico tenía de nuevo a mi lado mi centro de operaciones: el portátil, el iPad y el iPhone, cada uno en una red distinta: el chat del periódico, Facebook y Twitter. Era como un agente de bolsa en mi pequeño Wall Street particular. Mis acciones subían como la espuma. Mi cotización al alza permanentemente.

Sentí miedo. Una extraña sensación de estar desviándome, de estar haciendo un pacto con el diablo. Llamé a mi madre. Necesitaba oír lo que tuviese que decirme. Era como si estuviese haciendo algo malo y nadie me lo dijese.

—Mamá.

—¡Qué alegría, Carlitos!

—¿Cómo estáis?

—¿Cómo estás tú? Estamos muy preocupados.

Me lo temía. Ella se había dado cuenta de que mi camino se estaba desviando.

—Nos preocupa que te pase algo. Estar viendo a ese asesino constantemente... Tendrán medidas de seguridad, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes.

—Pero ¿te ponen un agente o algo mientras tanto?

—No, pero no es necesario. Es una persona pacífica.

—¿Pacífica?

—Es un psicópata, mamá. Aparentemente es normal. Asesina en una especie de trance.

—Jesús, qué miedo. Cuídate mucho.

—Claro.

—Dice tu padre que no pierdas de vista a ese malnacido.

—Ya lo oí.

Sus preocupaciones no eran las que me esperaba. Eran las clásicas de una madre o de un padre por el bienestar de su hijo. Por eso me decidí a preguntar directamente.

—Mamá, ¿crees que lo estoy haciendo bien?

—De maravilla, hijo.

—¿No te parece que estoy sacando provecho de todo esto?

—Eres periodista, hijo. Estudiaste precisamente para sacar provecho a todo esto. Si fueses médico y curases al rey, por ejemplo, como ese que le operó de la cadera o de la espalda, no me acuerdo bien, ¡también sacarías provecho! Por cierto, era gallego...

—Lo sabía, mamá. —Mi madre era gallega. Y se había propuesto que en casa, todos, viviésemos como gallegos—. Onofre Castro también es de Lugo.

—¡Ese qué va a ser de Lugo! La mala gente es toda del mismo sitio, de la piel del diablo.

—Tienes razón.

—Eres periodista, hijo. Y te estás convirtiendo en uno de los grandes. Aprieta bien los dientes y sé buena persona. Pero no dejes de triunfar por esos ideales comunistas que tienes en la cabeza.

Me quedé con su frase «sé buena persona». No sabía si me lo decía de forma global o censurando algo concreto. Estaba claro que mi conciencia no estaba limpia. Pero algo me decía que tenía que aprovechar aquel golpe de suerte. Que a lo mejor no se volvía a producir nunca más.

La charla con mi madre despejó el barro que atascaba mis mecanismos emocionales. Sí, tenía razón, soy periodista, había estudiado para esto. Los periodistas tenemos éxito tratando este tipo de temas. Con respeto, pero con nuestro talento al servicio de la divulgación de la noticia. Es cierto que todos

cuando nos graduábamos sabíamos que antes o después venderíamos un poco de nuestra alma al diablo por un titular. «Que la realidad no te estropee un buen titular» es un viejo y cínico dicho de la profesión. Pero yo era más de Kapuscinski: «Los cínicos no sirven para este oficio». Creía, como él, que uno tiene que ser buena persona para poder ser periodista. Tiene que tener la capacidad de sentir lo que sienten los otros, de empatizar, para poder ejercer dignamente y con eficiencia esta profesión. Y en el fondo yo creía que siendo más llamativo provocaría una mayor condena y por lo tanto más justicia para las víctimas. A las víctimas que nunca se las escucha. Se habla de ellas solo en la necrológica, para luego pasar a formar parte de un colectivo anónimo y silencioso, que nunca se queja porque no dejamos que se queje, al que nunca se le presta la atención suficiente. Antes preferimos hablar de populismo legal y cosas así, cuando se piden castigos más severos, en lugar de ponderar el verdadero sufrimiento y daño de la víctima y de su entorno.

Busqué en internet y encontré una página en la que se hacía una relación de los feminicidios de cada año, la lista de mujeres a las que les habían robado la vida, con nombres y apellidos. No estaba actualizada. Solo dos de las víctimas de Onofre aparecían en la lista. Las otras habían sido olvidadas, como «Las lágrimas en la lluvia», de Roy Batty, en *Blade Runner*, la gran película de Ridley Scott.

Volví al mercado continuo de la repercusión de mis artículos. Y la tendencia al alza se había agudizado. Era un fondo de inversión muy rentable. Posiblemente había negociado mal mi permanencia en el periódico. En fin, tiempo habría para hablar con ellos de alguna gratificación.

¿DEBEN LAS ESCALAS PENALES TERMINAR
EN EL ASESINATO?

Carta al director de Rodolfo Avecilla Bugallo

Publicada en Crónica

No soy jurista. Me dedico al diseño gráfico. En nuestra profesión hay una herramienta que llamamos

«guía Pantone» en la que están los tonos de cada color que se pueden usar para poder imprimir. No es lo mismo un color malva 2567PC que un color malva 270PC, a pesar de que ambos son claritos, malvas, difíciles de diferenciar con palabras, pero evidente su distancia al visualizarlos. Todas esas tonalidades han sido trabajadas por profesionales con esmero, intentando ofrecer mayores posibilidades de expresión artística, mayores matices. Trabajo, trabajo y más trabajo a lo largo de los años.

Observo decepcionado cómo los juristas no han hecho lo mismo, cómo no han creado un lenguaje jurídico que permita el matiz, y el matiz sobre el matiz, y el matiz, sobre el matiz del matiz. Y se han conformado con una escala de brocha gorda con un techo en el que a partir de una cantidad de años de condena, el resto de los crímenes sale gratis. Un techo llamado «cumplimiento máximo de la pena». Si le condenan a tres mil años, es simplemente una forma de hablar, va a cumplir veinticinco. Y el cambio de grado puede favorecerle, salir el fin de semana a partir de los diez o doce años, ver a su pareja casi desde el principio...

Por otro lado, un cumplimiento máximo de veinticinco años sobre setenta de expectativa de vida equivaldría casi a treinta y dos sobre noventa. Todos comentamos que tendremos que trabajar más años, que tardaremos más en jubilarnos. ¿El cumplimiento máximo de las penas no debería evolucionar de igual manera?

Se está intentando con la prisión permanente revisable ampliar los matices de condena para los crímenes más graves, porque no es lo mismo planear un asesinato de una persona al jefe de su banda mafiosa, por muy asesinato que sea, con su alevosía, su ensañamiento, y con precio, recompensa o promesa, que matar a un niño que pasea inocente por la calle, después de secuestrarlo y torturarlo durante semanas. ¿Realmente creen, señores juristas, que esos veinticinco años es lo que ambos merecen? Trabajen más y hagan una escala infinita de colores, una escala infinita de penas para la infinita maldad que el ser humano es capaz de demostrar.

LA CONQUISTA DE ABOLIR LA PENA DE MUERTE

Carta al director de Consuelo Gracia Cebrián

Publicada en La Mañana de Aragón

La vida es un derecho básico que ningún Estado puede arrogarse la potestad de eliminar. La existencia de la pena de muerte es simplemente una venganza que impide que se pueda llevar a cabo la rehabilitación del delincuente. ¿Quieren ustedes ser partícipes de ejecuciones? Yo no. En ningún caso. Y más aún viendo a esos ejecutados que tardan casi una hora en morir. Repugnante. No, no y mil veces no. No en mi nombre. La abolición de la pena de muerte ha sido una conquista.

UN CERDO MACHISTA CON MICRÓFONO

Carta al director de Elena Moar Barca

Publicada en El Correo de Vigo

Yo no entiendo nada. Un cerdo machista tiene un micrófono porque se lo da una jueza. Para colmo una

jueza. Para que humille a las mujeres que ha matado otra vez. Para que nos humille a todas otra vez, porque cada vez que matan a una, nos matan un poco a todas. No puedo escribir de la rabia que tengo. Retírenle el micrófono a esa escoria.

Sasha Ivanova.

Apareció desangrada por una puñalada en la ingle que le seccionó la arteria femoral. Su vestido, ligero, con una falda no muy corta pero por encima de la rodilla, ya era rojo, y lo fue aún más en aquel charco de sangre en medio del madrileño callejón de Puigcerdá, delante de restaurantes cerrados y tiendas de ropa de lujo. Una ironía. Su vestido era digno de cualquiera de los escaparates de la zona. Le había costado tanto ahorrar para comprarlo... «Nos dijo: es un vestido de famosa», me contó entre sollozos una de sus amigas y compañeras. «Y fíjate por lo que se va a hacer famoso», se lamentaba rompiendo a llorar. Era para una cita, les dijo, pero nunca supieron con quién. Sasha era una persona querida por todo su entorno, que no conocía mucho de su pasado pero que sí conocía su presente, lleno de bondad, de entrega a los demás. Trabajaba de auxiliar de enfermería en el hospital Gregorio Marañón, uno de los más grandes de Madrid. Estoy seguro de que, si les hubiese preguntado a todos los empleados, y tiene más de siete mil, todos habrían hablado bien de ella, de su calidad humana, de su energía positiva.

«Siempre dispuesta», «buena compañera», «alegre», «le gustaba bailar», «pocas cubanas conozco que bailasen como ella la salsa», me dijo una compañera caribeña con lágrimas en los ojos. «Era buena, buena, buena de verdad», me confesó una de sus jefas.

«No había que mandarle las cosas dos veces nunca, te proponía mejoras», «era feliz con su trabajo», «se esforzaba al máximo». Nadie quería dejar de decir algo bueno de ella.

Poco sabían de su vida más allá de que era ucraniana, o ucrania como prefería

decir ella, que había venido muy jovencita a España, que estuvo trabajando de camarera poniendo copas por bares y pubs de distintas localidades turísticas de Baleares, que en un momento determinado su vida cambió gracias a la ayuda de su hermano y se puso a estudiar, que sacó los estudios en un año menos de lo programado, a pesar de que mientras tanto trabajaba «para no ser una carga económica para mi hermano». Su gran ilusión era llegar a ser enfermera de quirófano y había hecho ya las pruebas de acceso para poder ingresar en la universidad y cursar estudios superiores. «Debió de pasarlo mal, porque siempre nos decía que no nos quejásemos, que no valía para nada. Que trabajar era lo más bonito del mundo.» No tenía novio. Quería una etapa sin hombres en su vida. Siempre sonreía, cantaba, bromeaba. Los pacientes la adoraban. «Cuando uno está malito necesita mucho amor», solía decir. «Cada vez que había una reseña positiva sobre el servicio del hospital en las redes sociales, todos pensábamos que seguro que era por ella», me decía bromeando pero con orgullo de compañera Miranda, una médico de origen mexicano que formaba parte de la pandilla con la que Sasha solía quedar después del trabajo. «La echamos de menos; era cariñosa, se preocupaba por ti, tenía el don de conseguir que cualquier problema se solucionase, o al menos que vieses el final del túnel.» «Era simpática, de llorar de risa con ella.» «Me encantaba cuando hacía la payasa, no tenía vergüenza.» «La echamos de menos», volvía a decir otra, y luego otra, hasta que acabaron callándose todas como en una especie de minuto de silencio espontáneo tan respetuoso que parecía que estábamos ante su tumba y no en la cafetería del hospital.

Ella ya no estaba.

Ya no estaría nunca más.

Alguien decidió que su vida se tenía que acabar. Que su alegría no volvería a disfrutarla nadie. Alguien hizo inútil su esfuerzo por salir adelante, el de su hermano, el de su familia para criarla entre escasez y problemas. Alguien dijo que nadie disfrutaría jamás de su compañía y que ella mancharía su vestido nuevo, su compra más importante de los últimos tiempos, con toda su sangre en

un callejón frío, húmedo, con la suciedad del suelo de una calle, con el silencio de una ciudad de noche.

Alguien llamado Onofre Castro.

Heráclito dijo que nunca te puedes bañar dos veces en el mismo río, que siempre es distinto. Algunos científicos hablan de la plasticidad neuronal como un hecho objetivo que confirma que cambiamos permanentemente, con cada vivencia, con cada pensamiento. La huella de la vida.

Era la quinta vez que veía a Onofre. La primera que lo hacía asumiendo que todo había cambiado en mi vida. Que yo mismo había cambiado para siempre. No solo por haberlo conocido. El éxito también estaba pudiendo conmigo. Las mismas cosas, cuando tienes un momento de celebridad, las haces de distinta manera. Les engañaría si les dijese que te vuelve mejor. La vanidad es una enfermedad grave que cursa sin síntomas aparentes, al menos para el que la padece. Se te mete dentro sin que te des cuenta. Y como los movimientos de los continentes, aparentemente imperceptibles, milímetro a milímetro va creándose una considerable distancia entre tú y la realidad. Mi vida anterior me saludaba lejana. A cada visita a la cárcel, con cada publicación, un paso más lejana. Y aquel día me di cuenta de que quizá no eran solo sonrisas de éxito lo que tenía que devolver a la gente.

Los delitos han existido siempre. Pero ahora la amplificación que suponen las redes sociales ha introducido claves nuevas en antiguos mecanismos. Los exhibicionistas poseen la plataforma perfecta para tener repercusión ante cientos de miles, ante millones. Los narcisistas, lo mismo. Viven de ser vistos, como siempre, solo que ahora necesitan dosis mucho más altas. Por eso los perfiles criminales se agravan. Son los mismos chalados de siempre. Pero ahora precisan de más extravagancias para ser mirados. La convivencia con las noticias, con las noticias negativas, ha endurecido nuestra piel. Por eso los delitos son más

graves. Como las bombas son más potentes. Todo evoluciona y es más dañino. Y, sin embargo, la tolerancia con esas conductas es, en la práctica, la mayor de la historia. Si dibujásemos dos líneas en una gráfica que representasen, una, la maldad de los delitos y, la otra, la dureza de las penas, veríamos cómo las curvas se cruzan en caminos opuestos. La primera es ascendente y la segunda descendente.

Todos estos pensamientos estaban ya en mi interior, formaban parte de mí, mientras en la otra orilla me veía a mí mismo, hacía no mucho tiempo, creyendo todavía que el hombre era bueno por naturaleza... Ahora sabía que no todo hombre. Los verdaderamente malvados nacen, no se hacen. Solo eso explica por qué surgen en entornos tan dispares, en economías saneadas y pobres, en Oriente y en Occidente, en climas cálidos, fríos, templados.

Necesitaba ver a Onofre Castro. Ver su cara iluminada por el tubo fluorescente. Sus arrugas. Sus ojeras. Estar con él y también superarlo. Porque él era la sustancia, la savia vital de aquel árbol recién plantado. Pero también quería sentir que, poco a poco, ya no me dominaba, que podía empatar un partido con él. Quedaba menos tiempo. Menos visitas. Y tenía que preparar mi vida para no tener siempre la sensación de que todo aquello que había sucedido era fortuito, sin mérito alguno por mi parte. Que todo se lo debía a él.

Entró en la sala. Rutinariamente se sentó frente a mí.

—Sasha Ivanova —dije sin esperar.

Aún no había acabado de acomodarse en su silla. Con la concentración de un jugador de ajedrez, juntó las yemas de los dedos de ambas manos, y como si me implorase levantó lentamente la mirada. Me miró. Me miró mucho. Muy adentro. Intenté mantenerle la mirada. Era imposible. ¿Quién mantiene la mirada a un lobo suelto en medio del bosque? ¿Quién es capaz de tragar saliva en esa situación?

—No es la forma más cortés de empezar la reunión, ¿no te parece?

—Siempre prepara el terreno y me habla de muchas cosas. Pero quiero que me

hable más de lo que hizo, y no de sus teorías. Necesito saber. —Me di cuenta de que estaba subiendo el tono de voz.

—Y sabrás.

—Una mujer hermosa.

—Sí que lo era.

—Acribillada a puñaladas en un callejón, medio desnuda. No puede hablarme de la condición humana. Solo quiero que me diga qué le había hecho esa pobre chica.

Respiró profundamente. Y decidió mirarme sin frialdad.

—Esto te está cambiando, Carlos.

—Todo lo que vivimos nos cambia.

—¿No te gustaría, a veces, recuperar algunos momentos de la niñez? ¿Esa alegría incondicional, como cuando en un cumpleaños te regalaban ese juguete que tanto deseabas? Las horas y horas de carreras, de juegos... Cada día era una aventura. Marcabas un gol, y era el gol del mundial. Disfrutábamos, Carlos. Todo era leve. Si te gustaba algo, te gustaba a tope. No había dobleces, no había mediciones ni cálculos de oportunidad. A veces, sentir el peso de la vida, de las responsabilidades, me lleva a recordar el candor de la niñez. El candor de la vida se desvanece. No logramos recordarlo bien. Sabemos que está ahí, que existió. Pero como si fuese un cuadro violentado, sabotado, escrito por encima y roto, así es el estado en el que va dejando la vida a ese lienzo de suma blancura que somos hasta el día en que se evapora la inocencia.

¿Tenía razón? ¿Notaba la gravedad de las cosas, el peso de la vida? Era un día de plomo y mis brazos se movían más lentos que mis preguntas.

—¿Quién se lo iba a decir? Acabar así, aquí.

—Y a ellas. A Sasha. —Juraría que sus ojos se estremecieron, quizá como los de un cocodrilo que engulle a su víctima—. Seguro que corrió por las plazas de su ciudad natal. Que se emocionó cantando el cumpleaños feliz con sus amigas. Que tenía unos padres que le contaban cuentos antes de dormir. Unos padres que

se esforzaron en educarla. Que lucharon por que tuviese una vida feliz. No contaban con las alimañas.

Hablaba en tercera persona. Dicen que es un síntoma de la esquizofrenia, hablar como si tu otra personalidad fuese otra persona. Seguí el juego.

—Nadie cuenta nunca con las alimañas. Sabes que existen, y rezas para que nunca suceda nada malo. Como las sardinas de un banco de peces obviando la boca de sus depredadores.

Volvió a reflexionar mirando la poca luz que entraba a esa hora por la ventana.

—La niñez. Somos capaces de imaginarla en cualquier sitio, de cualquier raza. De cualquier condición. Es uno de los conceptos más universales. No un niño o una niña concretos. Sino la niñez. El lugar de donde todos venimos.

No era esta la conversación que deseaba. Y menos la que tenía prevista cuando intenté entrar a degüello.

—Cuando algo es de verdad —insistió— podemos hablar de ello más allá del tiempo, más allá de un lugar concreto o de un hecho concreto. Los universales son la verdad.

—La verdad, así, en mayúsculas, no existe.

—¿Tú crees?

—La verdad es relativa.

—¿Realmente lo crees?

—Lo que para usted es cierto, para mí puede no serlo.

—Entonces ¿la verdad es relativa? —Seguía interrogándome.

—Exacto. Ya se lo he dicho.

—O sea, que no existe.

—Como tal, no —insistí.

—Y ¿cómo sé que esto que me estás diciendo no es mentira? Tú lo afirmas como cierto. Pero luego me dices que la verdad no existe. No sé a qué atenerme, sinceramente. Si para decirme que la verdad no existe me dices una verdad...

Onofre estaba en su territorio. Reaccioné para que mi derrota fuese menos abultada, intentando cortar aquel incómodo juego de palabras.

—Esto le divierte, ¿no?

—Así es —dijo, sonriendo con la mirada—. Me gusta ver a la gente pisándose los cordones de sus propios zapatos. El eterno círculo del dialelo, de las peticiones de principio...

—Usted crea lo que quiera creer. Yo tengo mis propias convicciones. —Opté por enrocarme al ver que sus argumentos me alejaban de la victoria.

—Las personas creemos en las cosas que suponemos verdaderas. Por eso avanzamos en nuestro conocimiento. Si no, estaríamos dudando permanentemente. La verdad existe porque no se puede negar. Al hacerlo, si tienes razón, estarías diciendo ¡una verdad!

No opuse más resistencia. Estaba jugando en su campo.

—La mayor parte de las veces asumimos las cosas sin comprobarlas. Por ejemplo, tú crees que es verdad que yo maté a esas chicas, y a Sasha Ivanova por la que me preguntabas al comenzar. Pero no lo has comprobado.

—Usted ha confesado.

—Pero podría estar mintiendo.

—Nadie mentiría para que lo metiesen veinte o treinta años en la cárcel.

—Confías en que eso sea así. Pero no lo has comprobado. La mayor parte de todo lo que sabemos y asumimos como cierto procede de la confianza. De la fe, en último caso. No una fe religiosa, ya me entiendes.

—Hábleme de Sasha.

—No es una imagen agradable la que me relataste.

—¿No es capaz de recordar las situaciones?

—Si te soy sincero, no.

—Pero recuerda el hecho.

—Globalmente sí. Recuerdo su muerte. —Miró las baldosas una a una—. Supongo que esa chica merecería más. Supongo que el relato que te hice de su niñez sería incompleto, y que habré olvidado la ilusión con la que vino a nuestro país, lo que luchó por salir adelante. Supongo que habrá sufrido grandes contratiempos. Hay mucha gente que abusa de estas chicas atractivas y solas en

un país que no es el suyo. Forman parte de un catálogo de presas fáciles para tipos despreciables.

—Estoy convencido de que sabe de lo que habla.

—Sé lo que es, sé lo que se siente cuando luchas duro por lograr tu objetivo.

—Entonces, si es capaz de sentir lo que sentía, ¿por qué?

—Porque era necesario. El mal la rodeaba. Y yo tuve que asumir esa responsabilidad. Las personas jóvenes no sabéis lo que significa la palabra responsabilidad. En mayúsculas. Pero hice lo que tenía que hacer. Eso es algo a lo que, siendo político y ocupando un cargo público, te acostumbras. A asumir tu responsabilidad.

—No creo que sea un buen ejemplo.

—Lo dices porque no sabes lo duro que es ser un cargo público. Lo difícil que es tomar partido en una disputa, dar la razón a alguien sabiendo que hundes las expectativas de otros. El sentido de la responsabilidad no está suficientemente reconocido. La política está muy poco retribuida, tanto material como emocionalmente. Por eso, a veces, hacemos lo que hacemos.

—¿Lo cree de veras? —pregunté atónito. El que no podía creer lo que estaba oyendo era yo.

—Por supuesto. Llegar a ocupar un cargo público es un proceso de selección natural como pocos. Tienes que superar unos estudios, muchas veces, unas oposiciones que te permitan dedicarle tiempo y garantizar tu salario, luchar contra todos tus rivales, eliminar a tus amigos del partido y luego aguantar a la prensa, los insultos de gente ignorante que cree que paga tu sueldo cuando en realidad no pagan ni los gastos que ellos mismos generan. Hay mucho mediocre insultando a políticos.

Aquí estábamos de nuevo. Este era el patrón. Hablo, converso, y cuando baja el pulso, acelero y digo una cantidad enorme de ofensivas barbaridades. Pretendía darme pena, el político, ¡el alto cargo! A mí, que trabajé años prácticamente sin cobrar. Pero ya no me alteraba. Tan solo veía otro titular

precediendo la avalancha: «Los políticos estamos mal retribuidos material y emocionalmente». Firmado: un asesino en serie.

¿Es que Dios quiere prevenir la maldad, pero no es capaz? Entonces no sería omnipotente.
¿Es capaz, pero no desea hacerlo? Entonces sería malévol.
¿Es capaz y desea hacerlo?
¿De dónde surge entonces la maldad?
¿Es que no es capaz ni desea hacerlo? Entonces ¿por qué llamarlo Dios?
¿Y si simplemente cuenta con nosotros?

«Hablando con Epicuro»,
Diario de Onofre Castro

Mis plantas no crecían desde que el diablo rondaba mi casa para cobrarse mi alma. Lo había hecho otra vez. Pero en esta ocasión más que nunca. Sabía que el titular derramaría millones de litros de gasolina sobre el incendio que yo mismo había ayudado a encender: «Cobramos poco (y por eso hacemos lo que hacemos)». Añadí: «Firmado: un asesino en serie».

Sabía que el hecho de que fuese político era circunstancial, que no tenía demasiado que ver con que resultase ser un cabrón psicópata y asesino. Pero lo hice.

Y, como un cobarde, me encerré de nuevo en mi casa, temeroso de ver las repercusiones, aunque sabiendo con toda seguridad que iban a generar una gigantesca ola de odio hacia el personaje más provocadoramente inmoral e infame del que se había tenido noticia. Un personaje que había cruzado fronteras, que odiaban en medio mundo. Si era esto lo que querías, Onofre Castro, lo habías conseguido.

De los pocos individuos que sabían lo que podría estar pasando eran los colegas de profesión cercanos a mí. A las once recibí la llamada de mi jefe.

—Buenos días, Antón.

—Me tienes fichado.

—Hoy todos estamos fichados con nuestro número de teléfono.

—La página web del periódico echa humo. En tu artículo han hecho nada más y nada menos que quinientos comentarios en tan solo unas horas. Nunca nadie ha visto algo así. Y lo has conseguido tú, Carlos. Enhorabuena.

Yo, avergonzado, escondido entre mis plantas, y Antón eufórico.

—¿No crees que he sido un poco amarillista en el titular?

—Pero te lo ha dicho él, ¿no? Citaste sus palabras.

—Sí.

—Entonces, no. ¿Qué quieres? ¿Ser mal periodista para dormir tranquilo? Si te dicen algo de ese nivel, no puedes omitirlo sin más.

—Todo esto me está consumiendo, Antón. Hago cosas, luego me arrepiento, pero en el fondo las busco, una y otra vez. Soy como un yonqui enganchado a la repercusión social.

—Eres periodista, amigo. Y vas a ser de los más grandes. Tienes instinto y un par de huevos.

—¿Qué tal todo por la redacción?

—Cada día mejor. Los de arriba lucen mejor aspecto. La tormenta económica parece que ha bajado de intensidad. Creo que el periódico vuelve a tener financiación... Seguimos en la unidad de vigilancia intensiva, pero hemos abierto los ojos —me dijo resumiéndome en diez segundos el balance financiero de la empresa, aunque yo no le preguntaba por eso—. La gente habla de tus éxitos. Eres el ídolo de todas las becarias y de algún becario.

Sonreí. Sí, si yo estuviese allí y alguien hiciese lo que estoy haciendo también alucinaría.

—Sabes que no estoy pasando un buen momento personal.

—Carlos, estás a punto de ganar tu primer Tour, tu primera gran vuelta. Aprieta los dientes y no dejes de pedalear. Que nada te distraiga.

Notó mi debilidad y mi nostalgia.

—Echo de menos mi vida. Echo de menos a Ángeles. —Le estaba diciendo lo que no era capaz de decirle a ella.

—Si es tu chica, sabrá entenderte. Y si no es tu chica, tengo una bodega en casa bastante respetable a tu disposición, un hombro fuerte, aunque sea un tipo bajito, y pañuelos en abundancia.

—¿Va por la redacción?

—Claro. El único que está sumergido en un solo reportaje eres tú.

—Antón, gracias.

—Carlos, eres todavía un pipiolo. Pero la piel se endurece. Lo único que te pido es que no te vuelvas un capullo gilipollas y altivo con todo este éxito. Y que aguantes un poco la subida de sueldo hasta final de año...

Era un cabronazo tan tierno que estuve a punto de decirle que sí. Pero no lo hice.

Buen síntoma. No estaba tan mal como yo mismo creía.

Detecté en las redes sociales un movimiento en mi contra y en contra de que pudiera seguir hablando Onofre en los medios. De momento no era mayoritario, pero tenía el volumen suficiente como para ser preocupante.

«Esto es insoportable», fue el comentario con más *likes* y compartido de todos. Pensé que aquello empezaba a saturar y que podía pasarme factura pronto. Pero la verdad no me importaba. Sabía que tenía que seguir. Apretar los dientes y seguir. No sabía a dónde me llevaría todo esto, pero pensaba averiguarlo.

Me llamó la atención una carta de una niña. Dejo aquí un fragmento:

Por favor, no le haga nada a mi mamá.

Vi llorar a mi mamá cuando veía las noticias al ver que un señor muy malo había matado a la mamá de una niña de mi edad. Yo no sé si la quería tanto como quiero yo a mi mamá. Pero yo no podría vivir sin ella.

Por favor, señor malo. No le haga nada a mi mamá.

Bajaba por la Gran Vía madrileña. Eran poco más de las ocho. Como cada mañana, la luz daba al edificio Metrópolis la vida, superando ese aspecto de museo invernado que adquiría con la sombra cada atardecer. Su cúpula de pizarra negra, sus dorados artificios y las figuras que vigilaban mi paso desde arriba eran ahora destellos de positividad y energía. Iba de camino al Teatro Real. Había quedado en una cafetería cercana para desayunar con dos compañeros de la víctima Purificación Ildefonso. Mientras caminaba, repasaba los datos que había recopilado sobre ella, como si me los fuesen a preguntar al llegar. Había quedado a las diez y estaba a poco más de quince minutos de allí, por lo que mi plan era disfrutar de un típico desayuno madrileño a base de porras y café con leche mientras leía con tranquilidad mi periódico y alguno de la competencia, a la que siempre es bueno tenerla vigilada.

«Purificación Ildefonso. Madrileña, cuarenta y cuatro años. Muerta por un golpe con un objeto contundente en la cabeza. La encontraron tirada en el suelo de su cocina. No aparecieron huellas.» Las notas de la policía son así de poéticas. Cada entrevista con los allegados de las víctimas me producía una enorme tensión, por muchos motivos, uno de ellos, el temor a equivocarme de víctima mientras hablaba, a hacerles ver que era una más en un lote, que su dignidad como persona desaparecía incluso en las manos de un periodista que pretendía contar su historia. Por eso me repetía los datos, para tenerlos frescos durante la entrevista, para alejar el miedo a meter la pata y aumentar así el dolor de sus familiares y amigos.

Aquella parte de Madrid pasa por ser la verdadera calle, en la que todo se mezcla, todo se ve, todo se vive. Por eso a nadie le extrañaba que yo fuese

hablando solo, recitando los datos como intentando ver a través de ellos. De descifrar el triste final de su pequeña historia. Llegué al antiguo bar de la calle Carlos III y comprobé con satisfacción que estaban allí, esperándome, unas doradas, brillantes y apetitosas porras madrileñas, que para los que no las conozcan son como el hermano mayor de los churros: más grandes, más gruesas, más esponjosas y mucho más ricas. Un festín para desayunar y empezar el día con alegría y energía más que suficiente.

Leer los periódicos tiene algo de hipnótico. Consigue que el tiempo pase a gran velocidad, quizá demasiada. Cuando me di cuenta, habían llegado Andrés y Soledad, mi cita de las diez.

—Buenos días. Muchas gracias por acceder a hablar conmigo.

—Hemos tenido nuestras dudas, no crea —alertó Andrés.

—No me gustan demasiado los periodistas —sentenció Soledad—, sois como cotillas profesionales.

—Ya veo que no nos tienes en mucha estima.

Andrés y Soledad eran dos personajes pintorescos. Eran dos sesentones de buen ver, de la misma estatura, bien vestidos, pero con ropa anticuada y formal. Ella muy maquillada. Él teñido de un negro tan intenso que le daba un aspecto amueñado, con el mismo aire y la misma pluma que ella.

—Sole, no seas desagradable —recriminó a su compañera la falta de gentileza con la que me había recibido.

—Sabes que soy muy clara.

—Y yo lo prefiero —añadí—, me gusta la sinceridad. Entiendo que no seamos siempre comprendidos. Y es verdad —dije casi susurrando en una atmósfera de complicidad—, alguno es un cotilla profesional.

—¿Lo ves? Hasta él lo dice.

—¿Por qué quieres hablar con nosotros?

—Quiero saber más cosas de Purificación.

—Pobrecita. Todavía no nos hacemos a la idea. —La consternación de Sole era sincera y contagiosa.

—¿Cuánto tiempo llevabais trabajando juntos?

—Muchos años. Más de quince. Yo también soy modista, como ella.

—¿Hacíais el vestuario?

—Exacto. Lo creábamos, lo adaptábamos. Era nuestra aportación al espectáculo.

—Yo soy escenógrafo y tramoyista. Llevo menos años que ellas aquí. Antes estuve por media Europa: Budapest, Sofía, Hannover...

—Le encanta presumir de hombre de mundo —intervino Soledad.

—Es que lo tengo. Es mi vida. Para lo bueno y para lo malo.

Parecían dos hermanos en constante colisión.

—Puri cosió para espectáculos y obras de teatro desde que tenía dieciséis años. Toda la vida en este planeta, porque esto es un planeta diferente y todos nosotros un poco extraterrestres.

—¿Teníais mucha relación?

—Ella era una persona muy temperamental.

—Le llamábamos la Diva —remarcó Andrés.

—En muchas ocasiones tenía más carisma ella que las personas a las que vestía. Tenía elegancia natural, un don. Eso, un don. Con eso se nace.

—Le quedaba todo bien, la tela no se le arrugaba. Me lo pongo yo y a los diez minutos tengo a alguien a mi lado diciéndome: «Andrés, tienes manchada la solapa. Andrés, se te arrugó la camisa...». Hay gente que tiene con la ropa una relación de amor.

—¿Nunca actuó?

—No. Y todas le decíamos: inténtalo. Pero en el fondo, debajo de aquella fachada autosuficiente, había una gran tímida. Las actrices la temían. Pensaban que el día que quisiese sería la Ava Gardner española...

—Por lo que veo, era una persona respetada y también muy querida.

—Era especial —interrumpió Sole.

—No se hacía querer fácilmente. Excepto por los hombres. Los enamoraba solo con parpadear. Pero con la gente era más bien fría, un poco distante.

—Tenía una relación profesional. Eso sí, era muy educada. Pero era demasiado presumida y coqueta para que a las mujeres nos cayese del todo bien.

Sorprendía ver cómo aquellas personas, afligidas sinceramente por la muerte de una compañera, no dudaban en airear los trapos sucios. No hacía falta que yo les sacase la información: te la daban en enormes cantidades.

—Habládmelo de Bruno.

—Bruno era el dios de la belleza. —Andrés manifestó claramente con su admiración su devoción por aquel personaje.

—Y también el dios de la bebida —subrayó Sole, bajándolo del cielo a la tierra—; era un talento desperdiciado. Guapo, buen actor, con carisma, pero con un alcoholismo que le hacía imposible mantener su carrera a flote. A veces, hasta le era imposible mantenerse en pie.

—Pero cuando estaba sobrio era un galán como pocas veces se ha visto en un teatro.

—Hubiese triunfado en el cine. Pero nunca lo intentó, o al menos eso decía él.

—Él era más de voz, de declamar, de dominar la escena. En el cine la cámara lo es todo. Todo entra por los ojos y muy poco por los oídos. Y lo que no da la interpretación te lo arroja la banda sonora. Son cosas distintas, Sole.

—Sí, pero solamente digo que si hubiese querido, hubiese triunfado. Nada más.

—¿Fueron pareja? —atajé.

—Iban y venían. Como el viento.

—A veces el viento era un huracán.

—¿A qué te refieres, Andrés?

—A que tenían una relación tormentosa, nada más. Que se amaban, se besaban en medio de todos, y dos horas más tarde se estaban gritando, pegando...

—¿Pegando?

—Nunca vi a una pareja que se diese tantas bofetadas.

—Ella a él y él a ella.

—Pero ¿se hacían daño?

—¡Y tanto! No es el primer ojo morado que lucían ninguno de los dos.

—En una ocasión él tuvo que ser sustituido. Tenía todo el párpado negro, hinchado. Al parecer le golpeó con el bolso.

—Y dentro del bolso llevaba una tijera de sastrería que debía pesar dos kilos.

—Pero cuando estaban bien, eran de película.

—Él estaba más loco por ella que ella por él. Ella era más fría.

—La adoraba. Se desvivía. Especulábamos con los motivos por los que seguía con determinadas funciones y apostábamos a que era para estar con ella.

—Él era un galán también en la vida real.

—¿Cómo está ahora?

—Ni idea. No lo sabemos.

—No tenemos noticias tuyas. Desde que pasó todo esto, no volvimos a verlo.

—Era muy emotivo.

—Y muy borracho.

—Habrá tirado su vida y su dinero por los bares de media Europa.

—¡Ya salió el europeo!

—Y ¿cómo creéis que Purificación pudo conocer a Onofre Castro?

—Las malas lenguas...

—¡Andrés! —lo cortó Soledad de inmediato.

—Déjalo hablar —intercedí—. Todo esto ayuda a rehabilitar a Purificación y a que la justicia sea más severa con Onofre.

—Es que se decía que estaba en un catálogo...

Mi cara manifestó mi total desconcierto. No tenía ni idea de lo que me quería decir.

—En un catálogo de chicas.

—Lo que quiere decirte Andrés es que se sospechaba que era dama de compañía... O prostituta de lujo, para ser más claros.

—¿Por qué se pensaba eso?

—Su nivel de vida. Su ropa. Sus joyas. La elegancia es cara, ¿sabes? Hay cosas que un salario humilde como el nuestro no podía pagar.

—Y Bruno, ¿lo sabía?

—Bruno no era tonto. Tenía oídos y escuchaba los cuchicheos. Y veía, como veíamos todos, su tren de vida. Y eso lo martirizaba, lo volvía agresivo y violento.

—Y ella lo aceptaba —afirmé más que pregunté.

—Nada de eso. Ella tenía un carácter endemoniado. Pero Bruno era encantador, el tipo más celoso del mundo, aunque con un estilo... Ese guapísimo galán era en el fondo un niño mimado inseguro y caprichoso. Por qué empeñarse en tener a Puri, pudiendo tener a la que quisiese...

—O al que quisiese —puntualizó Andrés.

—Y Purificación, ¿por qué seguía con él?

—Puri también era muy frágil emocionalmente. Debajo de la coraza se veía que tenía un corazón necesitado. Le soportaba algún guantazo, pero por interés, no por amor. Ella no lo amaba.

—Se compadecía de él. Y al final, fijaos cómo acabó todo. Ella muerta. Él desaparecido.

Podría haber estado hablando con ellos toda la mañana. Husmear en la vida de la gente hace que encuentres cosas inesperadas. Como culebrones cotidianos que conviven con nosotros mientras tomamos café, buscamos sitio para aparcar o vemos los resultados de los partidos de fútbol en la tele.

Me fui con la sensación de saber un poco menos de la vida y un poco más de Purificación y de Onofre. No había que ser muy listo para darse cuenta de que ese tal Bruno las enamoraba a todas y a todos en el Teatro Real. Y que Purificación no era querida en ese entorno. Por eso lo del catálogo me pareció más una descalificación de malas perdedoras que algo verosímil. Es cierto que esas cosas pasan. Y que era una forma de que se hubiesen conocido Purificación y Onofre. Cuchicheos. Aunque podría tener sentido, una especie de Jack el Destripador liquidando prostitutas. ¿Podía ser un crimen pasional? ¿Y si había caído fascinado por los encantos de Purificación como al parecer caían todos? Enseguida me di cuenta de que estaba especulando en vano. No era necesario

encontrar un porqué. A veces olvidaba quién era Onofre Castro, el hombre que me subrayaba en cada visita que lo había hecho porque había querido. No puede haber un motivo mayor.

Tenía un papel pegado en mi nevera que ponía «Vi-vi». No, no era un testimonio, ni una confesión de vida sin acento. Era un recordatorio —¡como si me hiciese falta!— de «viernesvisita».

Visita a la cárcel de Teixeira.

Después de varios días sumergido en entrevistas en radios y periódicos, de comentar con los presentadores los ecos y repercusiones sobre el material que había publicado, me vendría bien ir a por más carnaza. Ya era un cínico más. Sabía el mecanismo. Él hablaba, yo publicaba y el titular más incendiario aparecía el domingo impreso a toda página. Y antes de que saliese de las rotativas se escuchaba el crepitar, el rumor seco de los tuits a punto de salir del horno. Cientos de miles de personas con sus dedos sobre la pantalla preparados para ser el que más se queja, el que más vomita, el que más violentamente arrojaba maldiciones, denigraciones, el que lo hacía con más sarcasmo... todo por el retuit.

Como el material era muy abundante, llevaba su tiempo leerlo casi todo. Y la verdad es que lo hacía con ganas y satisfacción. Así que me lo tomaba con calma, como tarea prioritaria. El tiempo que hiciese falta.

En ocasiones me llevaba algún que otro sobresalto, cada vez más numeroso, al ver ataques a mi persona: unos me llamaban «Plumilla de Buitre» y me atizaban acusándome de estar medrando a costa de hacer más daño a las víctimas. «Escribir toda esa mierda es ser cómplice de algún modo.» Me veía a mí mismo unos meses antes y quizá entonces hubiera entendido mejor algunas de esas acusaciones. Aunque una cosa es cierta, los periodistas seremos pobres, mal pagados, lo que quieran, pero tenemos un nivel de corporativismo

suficientemente alto como para evitar cualquier caza de brujas. Al menos las más visibles. «Perro no come carne de perro», me recordaba a menudo mi padre, que me dejó una gran sabiduría en un pequeño número de sentencias y refranes, por lo que no me inquietó que aquel linchamiento contra mí fuese a más, al menos de momento.

Me preocupaba mi imagen como nunca lo había hecho. Era normal, en unos días estaría en el programa de entrevistas más visto de la televisión en España y no era la ocasión de poner a prueba la solidaridad profesional de Penélope Ferreiras, la mano de hierro en el guante de seda, la mujer con una sonrisa encantadora detrás de la cual se escondían varias hileras de dientes, como las de los tiburones. Si había algo fresco y sangrante, me preguntaría por ello y todo el esfuerzo de preparar la entrevista se iría al garete.

Uno apoya menos los talones cuando tiene éxito. Tienes la sonrisa fácil, la amabilidad a flor de piel, el comentario oportuno. Fred Astaire entraba por la puerta de Teixeira y cada funcionario merecía mi más afable gesto, mis «buenas tardes» más afectuosas.

Empezaba a notar cierta seguridad y suficiente solidez en todo aquel asunto como para sentirme confiado, menos atezado por la responsabilidad, la ambición y los nervios. Iba todo lo suficientemente bien como para que lo disfrutase, así que mi conciencia empezó a trabajar duro para fastidiarme el momento. Porque yo, cuando todo va bien, lo estropeo. Soy mi peor enemigo. Y ahora que todo iba realmente bien, empezaba a coquetear con los reparos éticos, con mis remilgos morales, a pesar de que intentaba luchar contra ellos. Me repetía aquello de «primero vivir, después filosofar», y me venía a la memoria aquel profesor de literatura que nos recordaba que «sin comer solo se ponía metafísico Rocinante». Así que intentaba echar para adelante sin hacerme demasiadas preguntas, aunque detrás de aquella danza de la energía positiva estaba un gusano concienzudo preguntándose en mi cabeza constantemente por la honestidad, a pesar de que yo sabía el bien que la notoriedad le haría justicia al trabajo en sí, al periódico y a mí.

Cuando tuve enfrente a Onofre en la salita-locutorio, decidí ser yo el que se fuera por las ramas y empezar el día con algo de actualidad.

—Sabe que los artículos que voy publicando están siendo un éxito de audiencia.

—Me consta.

—Y que tengo mis dudas de que todo esto sea bueno.

—Eres una estrella.

—No, es peor. La estrella es usted.

—Exageraciones. La gente se acerca a mí porque todo lo malo provoca curiosidad. El bien interesa poco, solo a veces. El mal interesa siempre.

—Me resulta chocante que hable de sí mismo con esa objetividad. Que asuma con tanta naturalidad que es parte del lado malo del mundo.

—Hay una cosa que muchos de vosotros olvidáis. La sociedad en general ve las cosas desde su perspectiva y la inmensa mayoría del género humano es buena gente. Y desde ese punto de vista la maldad resulta difícilmente comprensible. Pero no tiene en cuenta una cosa: el que hace el mal es, esencialmente, porque quiere. Yo sé lo que hago, y para qué lo hago.

Otro escalofrío zarandeándome la espalda.

—¡*Aletheia*, Carlos! ¡Descubramos las cosas! Hagámoslas evidentes... Hoy todo el mundo siente que su opinión es importante. La escriben, la publican, a veces reciben unos cuantos *likes*. Se crea una sensación de que participan, que son protagonistas. Pero la realidad es que son borregos, como lo han sido siempre. Aunque con aspiraciones. Pretenciosos borregos con *smartphones*, la herramienta perfecta para manipularlos. Es el nuevo despotismo ilustrado, el despotismo *smart*.

—Hasta hace poco le diría que yo opinaba de una forma muy parecida. Sin embargo, empiezo a dudar.

—Y cuanto más éxito y más te encumbren esos afilados artículos, seguramente te parecerán más interesantes y valiosas todas esas opiniones. Carlos... —Me miró como quien reprocha una gamberrada a un niño pequeño.

—Es un vehículo para la participación ciudadana.

—Tiene cualidades buenas, no lo niego. ¿Lo positivo? Comparten cosas interesantes, aplauden y crean grandes oleadas de apoyo. ¿Lo negativo? Lo mismo que sucedía con los espectadores del circo romano. Dedo arriba, dedo hacia abajo, y un hombre muere o vive. Una efímera y falsa sensación de poder. Si quieres acabar con alguien somételo a su juicio. Si algo hacen bien las redes sociales, es aniquilar. Las redes linchan de maravilla.

—A usted, por ejemplo...

—Soy consciente de que no seré un personaje simpático para ellos. No me preocupa. Sigue expresándoles lo mejor que puedas mi desprecio. Y recuérdales que yo estoy aquí a salvo de todos ellos.

—Siempre saca usted el asesino que lleva dentro. —Por un momento reímos con cierta camaradería. Pero se había acabado el recreo y empezaba de nuevo el trabajo.

—Y tú ese periodista sediento y con ganas de crecer.

—Purificación Ildefonso.

—Veo, Carlos, que eres un hombre organizado. Vas sacando crimen a crimen, uno a uno, metódicamente. Deberías preocuparte; así empezamos todos, con cierta obsesión por hacer las cosas ordenadamente. ¿Cómo preparas la información?

—Hago un *desk research online* de cada víctima...

—Aunque hablo inglés con soltura, creo que esto merece una traducción, ¿no te parece?

—Recopilo toda la información documental posible, de cosas que se publicaron, comentarios, las redes sociales de las víctimas, de sus amigos.

—Y ¿descubres cosas interesantes?

—Algunas. Y más me vale, porque usted no me da demasiados detalles.

—Los detalles superfluos son la pérdida de tiempo más absurda.

—El otro día, hablando con dos compañeros de Purificación, descubrí dos cosas interesantes.

—Lo celebro.

—¿La primera? Que no toda víctima tenía que ser necesariamente querida.

—¿No lo era?

—Noté más celos y rencillas que otra cosa.

—¿Y la segunda?

—Hablaron de un catálogo. ¿Le suena de algo? —Y conecté todos mis sentidos como si fuesen una improvisada máquina de la verdad para detectar algo, cualquier indicio que me permitiese averiguar algún dato.

—Un catálogo..., ¿de qué? —Se escabulló de la primera ráfaga.

—Al parecer, de chicas. Era como un elenco de mujeres para elegir. Prostitución de lujo máximo.

—Interesante. Lástima no haberlo conocido en libertad —contestó obsceno.

—Sea sincero. ¿Lo conocía? ¿Lo usaba? ¿Sacó de ahí a sus víctimas?

—¿Lo dices por Antonia? —Me desarmó cuando vino a mi mente su imagen de mujer acabada y poco propicia para comerciar con favores sexuales.

—Las demás.

—Comprueba antes su existencia. Normalmente suelen ser bulos, o como decís ahora, *fakes*.

—Lo haré, no tenga duda.

—Me consta tu constancia.

Le conté mis datos, mi entrevista con Sole y Andrés, mis averiguaciones sobre Purificación. Él atendía interesado como si no supiese nada.

—¿Por qué ella? ¿Por qué allí, en su casa? ¿Cómo entró? ¿Con qué la golpeó? ¿Por qué algo tan violento?

—Porque soy un asesino. Quiero que mueran. La forma me da igual, sinceramente.

—Pero ¿cómo la eligió? ¿Qué infausto día decidió que esa persona iba a dejar de existir?

—Aunque sé que no es el momento, permíteme una observación. Confundes la vida con la existencia. Y creo que es un error. Al menos lo es para todos los

que pensamos que el alma sobrevive al cuerpo. Por lo que me has contado, Purificación llevaba muriendo desde hace mucho tiempo. Eligiendo mal. Posiblemente se sintiese sola. La amargura te ayuda poco a elegir bien. Uno no es consciente de qué tipo de madurez y de vejez va construyendo para sí mismo con el tipo de vida que elige en su juventud. Ella debió de pasarlo muy bien y al final, lo pasó muy mal.

—Pero que tuviese la desgracia de que usted se cruzase en su vida no tiene nada que ver con las elecciones de su juventud.

—No me refería a mí. Es cierto, yo soy una circunstancia. Alguien que simplemente ha hecho que su muerte sirviese para algo.

¡Demonios!, qué difícil lo hacía todo aquel cinismo. Mi estómago volvió a recordarme que estaba allí. Volvió a la carga.

—Me refería a todos esos personajes que ocuparon su vida y su habitación en los últimos tiempos.

—¿A Bruno?

—También a Bruno. Posiblemente el peor.

—¿Sabe cosas de Bruno? ¿Se informaba sobre sus víctimas?

—Acabas de contármelas tú.

—¿Las seguía mucho tiempo?

—Menos del que crees.

—¿Para qué? —Interrogué sin cesar, como los buenos polis.

—Puede que no me creas, pero se podría decir que fueron ellas las que me eligieron a mí —le dijo a mi estómago otra vez—. Ese tal Bruno era uno de tantos pequeños errores.

—¿Por qué habla en pasado? —Intenté escudriñar sobre Bruno, por si había hecho algo contra él, puesto que también estaba en paradero desconocido.

—Porque Purificación está muerta —contestó con rapidez— y solo hablo de Bruno como parte de su vida. Si no fuese así no destinaría ni un minuto a ese personaje.

—¿Por qué no lo mató a él? —No podía creer que yo estuviese haciendo

cábalas con las vidas ajenas—. Porque se ha ensañado siempre con los débiles. Si tanto le gustaba matar, ¿por qué no aprovechó y liquidó a alguna mala persona?

—¿Lo hubiese merecido?

—Posiblemente más que Purificación, que Anastasia, que Matea-Zhin, que Sasha...

—Alto, alto, sé los cargos que se me imputan, señorita —me cortó molesto al oír la retahíla de sinsentidos que había protagonizado. Lo vi incómodo, y eso era una nueva pincelada del retrato con la que no contaba—. Razonemos. Si no he interpretado mal lo que acabas de decir es que alguien se lo merece menos que otros.

—Sí. Eso he dicho.

—Entonces alguien se lo merecerá más.

—Probablemente.

—¿Cuánto más?

—Nadie lo suficiente como para que se haga de verdad —atajé.

—Al parecer hay una escala en la que puede ser más compresible una muerte que otra y va en función de lo indeseable de la persona. Por esa regla de tres, yo merecería morir ahora mismo, ¿no te parece?

Mi silencio, aunque breve, fue delator. No, no me pareció mala idea. Y reconozco que me había pasado por la imaginación con anterioridad. Sí, había gente que merecía morir más que otra. Pero era cierto que esta afirmación ponía en la tesitura de decidir cuándo merece morir alguien y legitima a los que ven en el homicidio una solución. Estaba deslizándome por un barranco.

—Tranquilo. Posiblemente estemos de acuerdo. Alguien que ha cometido los delitos que se me imputan probablemente no merezca vivir.

—¿«Se me imputan»? ¿Va a cambiar su línea de defensa? Porque ha confesado usted uno a uno cada asesinato...

—Es un tecnicismo, lo reconozco. No siempre asumo que, en esta trama, el

malo soy yo —dijo, recuperando la gravedad—. ¿Te da miedo decir que alguien merece morir?

—No creo que sea algo que deba decidir yo.

—¿No crees que es simplemente una debilidad, Carlos? Estás dudando ante ti mismo cuando tu alma implora justicia. Y tú, en base a argumentos bienintencionados, decides darte de baja de la lucha por la justicia y pasar a formar parte del postureo moral que tanto gusta hoy en día.

—Del que usted era un destacado representante.

—Y aquí estoy. He tomado mis decisiones. Mírate a la cara y toma tú las tuyas —siguió hostigándome y mientras me miraba fijamente, como si esperase una respuesta, continuó presionándome—. ¿El mal debe existir, Carlos? ¿Debe sobrevivir alguien que hace de la aniquilación una forma de vida? ¿No crees que si alguien hubiese liquidado a Hitler a tiempo hubiese sido mejor para la humanidad? ¿Qué harías con Hitler, Carlos? ¿Mirar para otro lado con tus amigos comunistas del Nuevo Café?

—¿Cómo sabe eso?

—Contéstame, Carlos. ¿Qué harías con Hitler? ¿Debería vivir o morir, Carlos?

—Morir —contesté alterado y resignado. Porque claramente quería oírme justificar una muerte. Encontrar el lado pragmático y beneficioso de una ejecución.

—Me gusta matar, Carlos. Quiero matar. ¿Estoy mejor vivo o muerto?

No respondí.

—¿Vivo a muerto, Carlos?

—Posiblemente, muerto.

No es fácil decir esto a la cara de alguien. Pero había sido sincero. Lo sentía y lo pensaba realmente.

—¡*Aletheia*, Carlos! —respiró—. ¿Sabes qué? No me pesa haber decidido acabar así mis días. ¿Era preferible terminar viejo, olvidado por la sociedad hecha para jóvenes sanos, preocupándome de cada dolor, de cada muela que se

me rompa, de cada subida de precios, de que la pensión llegue a fin de mes y que no te la comprometan familiares egoístas? Vivir angustiada con cada noticia que pone en duda el sistema de pensiones y su viabilidad, con filas enteras de políticos haciéndote temblar con la idea de que, a lo peor, son insostenibles y con la amenaza de que si no los votas el apocalipsis llegará en primer lugar para los jubilados. Mal vivir. Aquí por lo menos tengo todos los gastos pagados: ¡servicio sanitario, pabellón deportivo y gimnasio, biblioteca y de las buenas! ¿Sabes cuánto gastan al año en confort de los presos un Estado como el nuestro? El doble que una pensión media. ¡El doble! Yo gano más estando aquí. Envejeciendo aquí. No hay dinero para pensiones y sí para prisiones. Es patético.

¡Otro titular! Otra doble página. Mientras salía de la cárcel, en mi mente iba bailando, como los personajes al inicio de *La La Land*, el *Another Day of Sun*. ¡Gracias, Teixeira!

«No hay dinero para pensiones y sí para prisiones. Patético.»

¡Pop! Acción. Reacción. Paulov. Una efervescencia como la de diez pastillas de Alka-Seltzer. Como una pastilla de Mentos en una botella de Coca-Cola.

Continuaba la repulsa y la condena de comentarios anteriores. Empezaron a aparecer críticas al sistema de prisiones e inmediatamente algunos salieron en su defensa. Pero ya era tarde, porque se les echaron encima ¡cientos de comentarios! Otros querían diferenciar entre tipos de presos. Los que merecen que se invierta en su reinserción y los que no. «Un asesino pederasta no lo merece», decían. Los había que afirmaban que todo esto era una manipulación del gobierno americano para que hiciésemos con los reos lo mismo que ellos: maltratos, torturas; fascismo, al fin y al cabo. En este caso sonreí para mis adentros porque el «gobierno americano» de esa presunta conspiración era yo. Y mías esas oscuras intenciones obviamente inexistentes, a pesar de la nitidez con la que las veía el personaje que las citaba en su comentario. Me hizo pensar. Porque las mismas certezas sobre conspiraciones y manos negras las había tenido yo en un buen número de ocasiones. Quizá es más fácil ver tus errores en los de los demás... Quizá sea la única forma de verlos.

Poco a poco, los comentarios fueron virando masivamente hacia la ineficacia de las cárceles, lo costoso del sistema. Y empezaron a aparecer datos. Hasta yo me sorprendí. Un preso, según los datos publicados, cuesta unos sesenta y cinco euros al día, más de mil novecientos euros al mes y unos veinticuatro mil euros al año. Son individuos privados de libertad, pero con alimentación, vivienda, sanidad, vigilancia, etcétera. «Como debe ser», pensé. Pero si tenemos en cuenta que en nuestro país hay unos sesenta y dos mil presos y calculamos la cifra del

coste total anual, vemos que destinamos mil quinientos millones de euros a mantener a nuestros reclusos. ¡Caramba! Aquello era un bombazo. Onofre había puesto el dedo en la llaga.

Comprobé que era casi un diez por ciento de lo que destinamos a pensiones. ¡Y que cada preso costaba el doble que un pensionista medio, era real! ¡Una condena de treinta años cuesta cerca de un millón de euros! ¿Y nuestras jubilaciones están en entredicho?

Los comentarios cada vez eran más y más acalorados. Aquello estaba siendo una tormenta en internet y en el epicentro estaba yo, Carlos Wolverine. Recordaba todos los sinsabores. Los esfuerzos para acabar la carrera. Mis trabajos. Mi precariedad laboral. Mis pequeños salarios con los que no podía dejar de pedir ayuda a mis padres, que ahora estaban viendo, orgullosos, como había valido la pena.

Sonreía surfeando la ola que había creado aquel asesino, hasta que uno de los comentarios, solo uno de cientos, quizá miles, me desnudó ante el espejo: «¿Hablando de pensiones en un artículo sobre ese criminal? ¿No está Plumilla de Buitre desviando la atención sobre el asesinato de inocentes mujeres indefensas? ¿Qué pretende con esto?». Y cuando miré en el espejo no vi nada. No había nadie. Era como la sombra inexistente de un vampiro de novela. Porque sabía que me estaba convirtiendo en un vampiro.

Las redes sociales crean vampiros. Tan pronto pruebas la sangre del éxito y eres *trending topic*, deseas más, deseas seguir siéndolo. Crees que mereces que te presten atención, que al contrario de otros muchos, tú sí lo mereces realmente. Te crees diferente. Pero en realidad eres uno más, como ellos. Un chupasangre.

Sabía lo que tenía que escribir. Había detectado el rastro del éxito fácil. No se trataba solo de informar. Incluso los hechos eran solo el andamiaje del relato de mi ascenso y de mi éxito. Sabía que era mi tren y me agarré fuerte para subir con determinación. Pero vampirizar tiene un precio. Esa sensación de falsedad, de que tú sabes que estás intentando provocar lo que sucede y por lo tanto tiene algo de trampa, de truco grotesco, tiene un sabor distinto al que piensas que

tendría si todo aquello hubiese sido de verdad, que hubiese sucedido sin forzarlo, sin... chupar sangre.

Anastasia Aguirre, Pam Méndez, Antonia Garrigosa, MateaZhin García, Sasha Ivanova, Purificación Ildefonso. Faltaba Ruth, Ruth Williges. Con ella se completaba la dramática lista. Una mujer experta en traducciones simultáneas que había trabajado para políticos de medio mundo. En congresos, cumbres, reuniones al más alto nivel. Siempre rodeada de mandatarios políticos, altos directivos empresariales o gente de importantes instituciones culturales.

Tenía la belleza y la elegancia de Simone Veil y su misma intensidad en la mirada.

Hablaba siete idiomas. El castellano como lengua materna. El alemán, que le venía de familia: su abuelo era un berlinés que se había instalado en Jaén con veinte años y había montado su primera envasadora de aceite, la que luego las sucesivas generaciones de Williges habían ido ampliando, hasta poseer un grupo de alimentación muy importante. El francés, que estudió junto al inglés en un exclusivo colegio femenino suizo en el que había pasado parte de su adolescencia como interna, siguiendo la costumbre familiar. Después completó su formación aprendiendo el resto de las lenguas oficiales del Estado, el gallego, el euskera y el catalán, lo que la convertía en la traductora perfecta, una de las profesionales más solicitadas y valoradas dentro de ese mundo que trata de tender puentes, que el idioma no sea nunca una barrera.

Amaba la literatura. Desde niña vivió rodeada de libros, que la acompañaron hasta su muerte, ardiendo a su alrededor mientras su cuerpo se carbonizaba lentamente antes de que los bomberos redujesen el fuego y rescatasen su cadáver. La autopsia determinó que ya estaba muerta cuando se inició el incendio.

Vivía con un hombre, pero nunca llegó a formalizar su relación. No pude entrevistarlos, ni siquiera localizarlos. Nadie sabía dónde estaba.

Hice unas cuantas preguntas a sus vecinos. Poca información. Tan solo sus constantes idas y venidas maleta en mano. Su elegancia, que era comentada por todas las mujeres que entrevisté, la sequedad de su pareja, más joven que ella y con el que mantenía acaloradas discusiones con frecuencia y que eran escuchadas con facilidad por el resto de los vecinos. «Él era muy celoso, y ella muy atractiva y con una vida muy agitada —me informó doña Soledad, la vecina de la puerta de enfrente que vivía haciendo honor a su nombre—. No siempre estaba de buen humor, a veces hablaba sola. Juraba, decía muchos tacos en varios idiomas, creo, porque no entendía buena parte de las palabras que escuchaba.»

Doña Soledad no necesitaba pentotal para decirte toda la verdad y nada más que la verdad. «Un día estaba llorando mientras cerraba la puerta, diciendo muchas palabrotas y quejándose de algo que no le entendí bien. Me pareció que había perdido un catálogo y que para ella era muy valioso, por cómo se puso. No se oye muy bien desde mi casa, ¿sabe? Yo estaba mirando por la mirilla porque estaba preocupada por ella. Pobrecita. Quise consolarla, pero se marchó a toda prisa. Aquel día no lo fue, pero en general era muy educada.» Todo un descubrimiento el arte de doña Soledad, su forma sutil de criticar sin dejar de ser la viejecita amable y adorable. «Yo, hijo, no tengo otra cosa que hacer que preocuparme de todos mis vecinos. La apreciaba mucho. Pobrecita.»

Según el informe forense el rostro de Ruth presentaba signos de enfrentamiento violento, con contusiones múltiples y grandes hematomas. Su cuello estaba roto. A pesar del mal estado del cadáver, abrasado por el fuego, la causa de la muerte parecía estar clara: una paliza mortal, con indicios de haberle dado el golpe de gracia partiéndole el cuello certeramente.

Solo podía decir lo mismo que doña Soledad: «Pobrecita».

Decidí no hablar con Onofre de ella. Sabía lo que me iba a decir. Ya había aprendido la lección. Evitaría que la ofendiese. Mis artículos no necesitaban más

madera. La caldera estaba hirviendo. ¿Para qué? Empezaba a creer que Onofre Castro me sobraba.

A mí y a todos.

«¿Debo morir?»

Ese fue el titular del único artículo que escribí sin haber visitado a Onofre Castro. Saltándome la visita. Castigándolo con mi ausencia. Era mi forma de decirle «esto se ha acabado». No más daño. No más Onofre. No era la primera vez que servía de correa de transmisión a sus palabras. Pero seguro que no contaba con esto. Porque el daño que pudiera derivarse de esta frase sería solo para él.

Escribí un artículo que rozaba la opinión, en el que las malignas palabras de Onofre iban entrecomilladas junto a algunas de mis impresiones, intentando arrinconar al lector, situarlo ante el dilema de responder a la pregunta.

A estas alturas, después de haber sido compañero y confidente, o, simplemente, reportero de tan horribles sucesos; después de sentir el estremecimiento que produce mirar al demonio a los ojos; de ver cómo se disfraza de bondadoso hombre de bien y a los pocos segundos sus ojos inyectados en sangre amenazaban con seguir matando, mofándose de las víctimas y ahondando en el dolor todo lo que era posible y le era permitido, yo también me pregunto, imagino que como todos ustedes, cuál sería mi respuesta.

Cuando leí el artículo ya publicado lo primero que hice fue volver a hacerme la pregunta: «¿debe morir?».

Ángeles llegó solo unos segundos más tarde que yo a la cafetería de la facultad, que en unos instantes resultó tan anacrónica como mi presencia en un lugar lleno de gente que todavía no tenía que afeitarse muy en serio, con carteles de diseños estridentes en las paredes reclamando una atención que sirviese de punto de

apoyo para mover el mundo. Unas mesas que ahora parecían infantiles, una atmósfera de bisoñez disfrazada de autosuficiencia y determinación que me resultaban tan familiares que no tardé apenas en identificarlas. Pero, al mismo tiempo, tenía el encanto de lo maravilloso. Parecía un milagro que hubiésemos salido de allí, de aquellos lugares que poblaban mis recuerdos, cosas que tenía muy frescas dentro de mí. Quise darle un beso, pero me esquivó y me preguntó qué quería tomar.

—Un café solo. —Y quise añadir: «como siempre».

Pero no era el momento de hacer menciones al pasado. Se fue determinada y volvió a los pocos minutos con una bandeja y dos cafés cargados de reproches.

—Estás montando una buena.

—¿Estoy? Se está montando una buena.

—Los titulares los eliges tú.

—Y ¿qué le ves a los titulares?

—Que son amarillistas, Carlos. Que estás vendiendo la historia, no contando la noticia. Además, pareces un facha pidiendo que se carguen a ese tarado. —
Ángeles luchaba por recuperarme del cauce del río que conduce a la cascada.

—Yo no di mi opinión. Y si la hubiese dado, respétala, por favor.

—¿Desde cuándo eres periodista de opinión? ¿Desde que quieres ser una estrella del rock?

—Desde que me sale de dentro —dije, alzando la voz.

La tensión se multiplicaba con la cafeína. Seguimos bebiendo nuestras tazas de café mediocre *made in* bar de facultad, y mirándonos con una hostilidad como nunca lo habíamos hecho.

—¡Por favor! ¿Quieres que maten a ese tío? ¿Quieres ser tú el que se despierte viendo cómo echa espuma por la boca mientras muere frito en una silla eléctrica?

—Yo no he dicho eso. Además, aquí no hay silla eléctrica. Y yo soy el que ve cómo echa espuma por la boca ofendiendo una y otra vez a esas pobres chicas.

—Sé que tiene que ser duro. Pero estás escribiendo con las tripas, no con la

cabeza.

—Estoy escribiendo. Y punto. Lo hago como sé, como me sale. Como me pide mi conciencia. Además, estoy empezando a cansarme de esa pose de superioridad con la que me estáis intentando joder cada día. Si alguien respondiese «sí, que muera», ¿qué es lo que te molestaría? ¿Qué tiene de malo que matasen a ese hijo de puta?

—Es una vida. No debe estar en nuestras manos.

—¡Pero si tú defendías la eutanasia!

—Pero eso no es una vida, o al menos no de la misma forma. Es ayudar a morir.

—¡Es una vida!

—Para mí no.

—Ángeles, sinceramente, no creo que esas psicopatías se curen y menos que esos individuos se reinserten y se conviertan en la cárcel en un *boy scout*.

—Pero hay que darles la oportunidad de que se reinserten.

—¿Y cuando gritabas para que condenasen a los del pueblo ese que tiran una cabra desde el campanario?

—Eso es maltrato animal.

—¿Crees que si van tres años a la cárcel, o cinco, van a salir siendo mejores personas que si les pones una multa?

—Los animales tienen derechos.

—¡Y las víctimas tienen más aún! —Ahora ya estaba gritando.

Medio bar nos miró. El otro medio siguió sumergido en sus bocadillos de beicon con queso.

—¿Por qué? —continué alterado y con un tono de voz francamente hostil—. ¿Por qué pensar que estando quince años a la sombra Onofre Castro saldrá hecho un buen chico? ¿Por qué quince y no veinte, o diez, o treinta, o cincuenta? ¿Quién decide cuándo se ha reinsertado o no?

—Un juez.

—¿Y cuando los asesinos salen y reinciden?

No contestó. Ya no me escuchaba. Me miraba con nostalgia.

—Ángeles, si te lo hiciese a ti —la miré con todo el amor que sentía—, lo mataría yo con mis propias manos. No, no lo perdonaría nunca.

Ella callaba y, visiblemente emocionada, me miró con amor. Pero volvió obstinada a su opinión, despreciando mi pasión.

—Carlos, me emocionan tus palabras. Pero como poesía, como una licencia literaria, como arte. Pero no como una opción penal.

—Veinte años no es suficiente para pagar tu pérdida —insistí ya sin afán de victoria—. La impunidad multiplica el delito.

—Vamos a ensayar, que se nos echa el tiempo encima. —Cortó la situación más incómoda que habíamos vivido desde que estábamos juntos.

Tardé en recuperarme emocionalmente, pero pasados unos minutos, escuchándola leer sus notas, sus posibles preguntas, fui entrando en situación.

Estuvimos un par de horas trabajando. Ella siendo la incisiva periodista y sugiriéndome un papel aséptico en la entrevista, mitigando mis emociones, conteniéndome, y convirtiéndome en el cronista que se esperaba de mí, al menos, el que ella esperaba de mí. Y yo le hice caso. Estas cosas siempre las gestionó bien en las prácticas. Tenía el liderazgo del grupo y yo la seguía. Cuando fui capaz de contestar a su gusto, sonrió y yo supe que lo nuestro había terminado.

—Se ha acabado, ¿verdad? —dije con la esperanza de que creyese que me refería tan solo a la sesión de trabajo.

—Sí. —Y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se alejaba.

Nos despedimos. Y me fui pensando que sí, que si le hubiesen hecho a ella algo semejante a lo de aquellas pobres mujeres, hubiese matado yo mismo al asesino con mis propias manos.

*Serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Siempre.

Amar es decir: tú no morirás.

Nunca.

«Con Quevedo y Marcel»,
Diario de Onofre Castro

La madre de Onofre. Una anciana que rozaba los noventa años. Antigua maestra de escuela.

Gallega, de Castroverde, Lugo. Su familia tenía un restaurante donde presumían de dar el mejor cocido del mundo.

Decía que estudió para no servir las mesas.

Dio clase a niños y era una persona bondadosa, con un compromiso moral importante.

Progresista de siempre, en épocas en las que defender tu ideología no resultaba nada sencillo. Supo nadar y guardar la ropa. Aceptaba, aunque a regañadientes, que su hijo militase en un partido conservador, aunque hasta la fecha era lo único que podía reprochar a su hijo, su adorado hijo único.

—Si ha hecho lo que dice que ha hecho, solamente le digo una cosa: ese no es mi hijo. Yo no he criado un criminal despiadado.

—Pero sí lo es.

—¿Mi hijo? ¡Que se pudra en el infierno!

Era una persona recta que había envejecido en los últimos meses todo lo que su genética había conseguido vencer en su lucha con el paso del tiempo.

Y me dejó sentado delante de mi café y su agua mineral junto a su vaso manchado con un poco de carmín.

Los asesinos tienen madres. Pensamos que lo disculparán todo, que, al fin y al cabo, siempre serán sus hijos. Que tendrán remordimientos, la sospecha de si puede haber algo de culpa en cómo los educaron, lo que hicieron con ellos... Pero no era el caso. Aborrecía el hecho de pensar en haber parido a un malvado

como aquel. Era como si quisiese borrarlo, enviarlo a expiar sus culpas con Dios, y que fuese Él quien decidiese.

Su vida se había vuelto un infierno. Era la madre del grotesco criminal. Del atroz asesino.

Y aquello la estaba matando.

Lo confesemos o no, para todos existen detalles en una vida que la definen, que le dan un rango mayor y que hacen más importante al individuo que los haya vivido. «Yo fui entrevistado por Penélope Ferreiras» era una de esas cosas que pasarían de generación en generación... Quizá esté exagerando. Puede que no fuese para tanto, pero de lo que sí estaba seguro era de que yo se lo iba a contar a mis nietos. Una entrevista en *prime time*, con una de las periodistas más reputadas y en una de las cadenas líderes de audiencia, era algo muy muy grande.

No creo que sea necesario explicar mucho más para que entiendan el estado de nerviosismo en el que me encontraba aquel día, la intranquilidad que me invadió nada más levantarme. ¡Creí que me iba a dar un ataque de pánico! Entenderán también que no hiciese ni el ademán de hacer la cama, en contra de lo que era habitual en mí. Y que no tuviese ganas de prepararme el desayuno. Tenía el estómago lleno, pero de ansiedad. Recordaba una y otra vez las respuestas que había ensayado con Ángeles aquella tarde. Sus continuos consejos: «Estate tranquilo, respira hondo, imagínatela con la cara llena de mierda, verás cómo se te pasa»; sus trucos, que tenía presentes en todo momento, de forma casi enfermiza.

Me gustaba recordarla. Me apaciguaba. Pero también hacía que la melancolía tuviese un protagonismo inesperado en aquella circunstancia. La tristeza le gana casi siempre la partida a los nervios y recordarla, ahora, me hacía daño. Era como si se hubiesen borrado de mi memoria todos los maravillosos recuerdos de ambos juntos, alegres, enamorados, divertidos. Como si en mi particular Google mental, cuando buscaba su nombre entre toda la información almacenada en mi

cerebro, solo encontrase imágenes de aquellos ojos inundados de lágrimas, de aquellas gotas reprimidas que brotaron de repente para decir adiós. Para decirnos adiós.

La vida es una línea de tiempo que avanza siempre en la misma dirección. Como esos pasillos mecánicos de los aeropuertos en los que te quedas quieto y todo se mueve, alejándose. Aquellas lágrimas habían puesto uno de esos mecanismos a funcionar entre nosotros. Y sin movernos, sin respirar, estábamos cada vez más lejos el uno del otro. Yo todavía no la entendía, no comprendía cómo podía dejarlo todo por aquella llave de yudo que Fernando interpuso en nuestras vidas, haciéndome aparecer ante sus ojos como un pequeño miserable egoísta, cínico, incoherente, despreciable y ambicioso aspirante a burgués. Estoy seguro de que ese cabrón habría usado estas mismas palabras. Y que ella habría mordido el anzuelo, una vez más. Pero también yo lo había hecho. Porque algo había cambiado también en mi interior. Su imagen, hasta ese momento intachable, perfecta, la de un ser superior, bello e inteligente, se había resquebrajado mostrando bajo su rostro una pátina de fanatismo, de odio visceral a la sociedad que la vio nacer. Excesivo.

Querer mejorar las cosas era una cosa. Odiar de esa forma era otra. Yo veía las cosas tan criticables como ella, pero estaba más por la reforma que por la revolución. Era innegable que gozábamos de libertades, de unas condiciones sociales envidiables para casi todos los habitantes del planeta... que por supuesto se debían mejorar. Pero aquel fanatismo significaba algo diferente, incomprensible para mí. Aquel dardo envenenado hizo que revelase algo malvado en su interior y asestase un golpe mortal a lo que había sido una hermosa y divertida historia de amor.

Estuve tumbado en el sillón durante muchos minutos. De repente, no sé por qué, volvió su rostro a mi mente. Vi su cara de nuevo, sin sufrimiento. Recordé sus sonrisas charlando conmigo, riendo, la vi en la facultad, por los pasillos, pasándome notitas en clase, reviví sus esfuerzos por entrenarme para que respondiese bien a Penélope. De repente, la escalera mecánica, o como quiera

que se llame ese pasillo móvil de los aeropuertos, dejó de moverse. Dejó de alejarnos. Y volví a tener un maravilloso nudo en el estómago. Los nervios de la entrevista de la noche habían vuelto. Y me hacían feliz. Me devolvían a la lucha, al día a día, me rescataban del mundo de la tristeza en el que me había sumergido por perderla.

«Cuéntanos, ¿cómo se siente uno al ser elegido por un asesino para hablar de todos los crímenes que ha cometido o, mejor dicho, que presuntamente ha cometido?»

Esa era la primera pregunta que me haría. Enunciada de uno u otro modo. Lo sabíamos tanto Ángeles como yo. Así que la ensayamos una y otra vez. Casi me sabía de memoria la respuesta. Y en efecto, lo fue. Penélope la pronunció sílaba a sílaba. Allí enfrente, estaba yo. En los estudios centrales del Canal 7. Aseado, con ropa nueva, como un niño el primer día de colegio. Estaba allí, sentado, en el plató. Deslumbrado por las luces. Recién maquillado. Ante el poco público que asistía de figurante al programa.

Atrás quedaban las horas interminables de espera en mi casa. El estrés al no encontrar un taxi y el temor a llegar tarde. La sonrisa constante con la que devolvía las atenciones del personal que te recibe en la televisión, la naturalidad con la que pretendía mostrarme caminando por los enormes pasillos que dividían los diferentes platós. La dulzura de las maquilladoras, las conversaciones en las que te reconocían tu trabajo y te mostraban admiración. Todo había desaparecido. Tan solo estaba ella, con sus piernas cruzadas de lado, su codo apoyado en su sillón y su mirada felina posada en la mía, mientras yo trataba de borrar ese gesto infantil de la sonrisa tímida, el de un ser sobrepasado por las circunstancias.

La entrevista había empezado tal y como nos habíamos imaginado, lo que me dio cierta confianza. A los pocos segundos de entrar, de sentarme y ser recibido con un efusivo aplauso, me presentó mirando a una cámara que se movía con

todo tipo de automatismos en una grúa robotizada que parecía tener vida propia. Todo funcionaba acorde con los clichés que tenemos en mente cuando vemos una retransmisión televisiva.

—Hoy para mí es un honor entrevistar a un colega de profesión. Está con nosotros Carlos Wolverine, que por si alguno todavía no lo sabe, es el periodista que más acapara la atención del momento. ¿El motivo? Haber sido elegido por el exsecretario de Estado y presunto asesino de siete mujeres, Onofre Castro, para ser la única persona con la que hablar sobre sus delitos. Cuéntanos, ¿cómo se siente uno al ser elegido por un asesino para hablar de todos los crímenes que ha cometido?

Y mi sonrisa se borró. Esa cara de pardillo con la que intentaba agradar a todo el mundo desapareció. Había entrado en una atmósfera en la que solo la veía a ella. Era algo entre nosotros, solo entre nosotros. Y solo le contesté a ella.

—Es difícil de explicar. Sientes una mezcla de responsabilidad, interés profesional, interés personal, interés humano. Te preguntas: ¿por qué a mí? En todo caso, mucha responsabilidad.

—Es una de esas entrevistas que marcan.

—Y tanto —respondí, pensando por un instante en ese chico que era antes de la llamada y el que era unos meses después.

—¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de Onofre Castro?

—Su maldad —contesté sin dudarlo y sin acercarme ni siquiera a los ensayos que tan tormentosamente habíamos preparado Ángeles y yo días antes, en los que ella trató de que mi opinión permaneciese oculta y me limitase a narrar de forma distante lo que un asesino me relataba. Habíamos llegado a la conclusión de que era lo mejor para la historia, y lo mejor para mi carrera.

—Tal y como lo has dicho, se te ve impresionado. —Algo en su gesto parecía estar diciéndome que aquello no iba a ser un partido amistoso.

—Lo estoy. No es fácil mirar a los ojos al mal. —Ya está. Lo había dicho. La palabra maldita. El MAL. La que Ángeles me advirtió una y otra vez que no usase, que me haría aparecer ante la opinión pública como un fanático, más que

como un profesional. Inmediatamente, en un intento de minimizar los daños, añadí—: Por eso agradezco la formación recibida en la facultad, el aprendizaje con grandes del periodismo que hacen que te sobrepongas, que trasciendas de tus sensaciones personales y vayas a por la información.

—¿Crees que alguien puede representar el mal? —Confirmado, Penélope había oído la sangre.

—Te voy a ser sincero. —Volví a desaprovechar la segunda oportunidad de tener la boca cerrada—. Hasta hace bien poco mi respuesta hubiese sido que no. Hubiese dicho que el mal es simplemente una convención, un territorio común para englobar hechos, desgracias, tragedias, malas intenciones, delitos... pero que no creía que fuese algo en sí mismo. El daño por el daño, la frialdad, las ganas de seguir ofendiendo a las víctimas y las continuas amenazas de Onofre Castro me han hecho cambiar.

—Pero, Carlos, a lo mejor se trata de alguien que tiene limitadas sus capacidades mentales. Vamos, que puede que sea tan solo un perturbado —dijo mostrando humanidad en el tono, mientras me iba empujando para despeñarme por el acantilado.

—No es un perturbado —afirmé tajante—. Si lo oyes hablar es el Onofre Castro que toda España admiraba. Es el mismo hombre brillante, entrañable, y de repente sus ojos cambian, su respiración cambia, y su afán de dañar inunda la sala. Quiere hacer daño y sabe cómo hacerlo.

—Pero, insisto, ¿y si estamos ante una enfermedad mental?

—No. Onofre Castro no es un demente, o al menos no más que tú o que yo. En último término todos tenemos, en mayor o menor medida, alguna enfermedad mental. Pero lo decisivo es distinguir el bien del mal. Y él lo distingue perfectamente.

—Te noto muy afectado por este trabajo.

—Te hace pensar y replantearte muchas cosas, aunque no quieras.

—He oído que hasta te cuestionas el hecho de que deba seguir vivo.

Cuando hizo esta afirmación sabía que me estaba echando a los leones y que

era imposible salir vivo de allí. Así que intenté reconducir como pude la situación.

—Simplemente compartí una pregunta que el propio Onofre me hizo y concluí diciendo que yo, como creo que casi toda la sociedad, tenía una respuesta para ella. Trato de que se pueda opinar de este tema con tanta libertad como de cualquier otro. Escribí sobre un dilema que probablemente todos nos hayamos planteado alguna vez.

—Cuando queremos venganza... —Había decidido que no me iba a escapar tan fácilmente.

—Bueno, yo no lo plantearía así. Personalmente quiero, como casi todo el mundo, la reinserción social a través de las penas. Pero ¿qué hacemos cuando esa reinserción parece imposible?

—¿Vengarnos?

—Si lo pensamos bien, todas las penas tienen algo de venganza social, todas. El otro día leí una noticia en la que una persona trabajando en una obra, se encontró una colonia de murciélagos y, para poder seguir haciendo su trabajo, aniquiló a más de cincuenta ejemplares. Se enfrenta a año y medio de prisión. Muchos colectivos animalistas han aplaudido el procesamiento. ¿Se está buscando la reinserción? ¿Creemos realmente que ese individuo va a salir mejor persona de la cárcel que antes de entrar? No. No nos engañemos. Es un castigo. Es hacerle pagar por lo que ha hecho y dar ejemplo para que otros se lo piensen. Seguramente solo habiendo un delito ecológico es posible controlar los atentados que día a día sufre nuestro medio ambiente. La justicia nos enfrenta siempre a un dilema: enviarlo a la cárcel en contacto con todos los demás delincuentes o, por el contrario, dejar en el aire cierta sensación de impunidad.

—Bueno, en muchas ocasiones con penas menores a dos años no se entra en prisión. La reinserción...

—La reinserción, insisto, la queremos todos. —¡Me atreví a interrumpirla en su propio programa!—. Pero ¿qué es la reinserción? ¿Cuál es la expectativa? ¿Obtener un ciudadano modelo? ¿Alguien diferente al que ha entrado, que no

vuelva a hacer lo que hizo? Cuánto tiempo lleva eso, ¿diez, quince, veinte años? ¿Por qué veinte sí y treinta no? No sé, creo que hay mucha arbitrariedad en la duración de esos períodos. No me parece un dato científico que no se pueda cuestionar. Creo que decir cuarenta años te convierte en un intolerante y si dices treinta eres un demócrata perfecto.

—Insinúas que el debate está politizado.

Me quedé en silencio unos instantes.

—Sí. Hay un frentismo evidente. Mira, hace unos días en mi casa, mientras preparaba esta entrevista, porque esto impresiona —dije, mirando al público y consiguiendo que sonriesen conmigo—, pensaba en alguien que me hizo una mala jugada. Simplemente me amargó una celebración y quiso robarme algo que era mío. —Sabía que Ángeles me estaría escuchando y Fernando también, por lo que le dediqué unos cuantos calificativos—. Me pareció injusto, oportunista y mezquino. Y simplemente deseaba que a él le sucediese lo mismo. Al principio quería que lo partiese un rayo —sonreí y ella también lo hizo—, pero después pensé que no, que yo era un buen tipo, que no era un canalla como él, que solo le deseaba lo mismo que él me había hecho. Ni más ni menos. Que viese lo que se siente. Y me consideré un buen tipo, equilibrado y sano. Reciprocidad. Lo justo.

—También se puede perdonar —atajó.

Sabía a dónde quería llegar. Era realmente buena.

—Eres pequeño. Estás en tu colegio. En el recreo un niño se acerca y te pega un bofetón. Tú, civilizadamente, no le respondes y acudes a un profesor para informarle de lo sucedido. El profesor no hace nada, le reprende con suavidad. Y confía en que tú le perdones. El niño vuelve a tu lado y te pega un bofetón mucho más fuerte. Y con la cara roja vuelves a denunciarlo ante el mismo profesor, que repite la operación y le dice que no se pega, le educa y le perdona. ¿Puede ese profesor perdonar por ti? ¿No es el perdón algo personal, individual, que en ningún caso se puede imponer al ofendido?

—Bueno, en ese caso quizá, pero no es lo mismo —replicó con firmeza.

—¿Cuándo dejas de ser humano por pretender que paguen con lo mismo que

te hacen? Desearle que tanta paz tuviese como la que me había dado a mí, a la persona que quiso hacerme daño, ¿me convierte en una mala persona? ¿El niño del colegio no merecía que una autoridad pusiese fin a aquello y que hiciese justicia? Cuando alguien atraca un banco sin causar ningún desperfecto, ni daño a ninguna persona, robando, por ejemplo, cuarenta mil euros y es sorprendido, le retiran el dinero y se le condena a varios años de cárcel. No basta con que simplemente devuelva el dinero. El castigo es mayor que el daño que ha cometido y nos parece normal. ¿Cuándo se rompe ese equilibrio? En eso pensaba, Penélope, en saber cuándo y por qué se rompe el equilibrio y alguien que decide quitarle la vida a otra persona es perdonado por toda la sociedad en nombre ¡del difunto! ¿Se puede perdonar en nombre del niño que recibió la bofetada? ¿Hay algo de malo en decir a toda la sociedad: si le quitas la vida a alguien, en realidad, te estás quitando la tuya. Que lo sepas. No lo hagas y no tendrás nada que temer? ¿Hay algo de malo en dar este mensaje? ¿No sería cumplir con el deber de defender, respetar el derecho a ser defendido que todos tenemos? ¿No era ese el pacto social en el que renuncias a tomarte la justicia por tu mano siempre que el Estado la imparta?

—Un tema complicado tal y como lo planteas. —Me envalentonó ver cómo estaba retrocediendo, al menos un poco, ¡en su propio reino!—. La justicia tiene sus mecanismos.

—La justicia tiene que ser más que una mera cuestión formal. Hay que adaptarse a las circunstancias, ponderar y decidir. Te pongo otro ejemplo. Un chico es menor de edad con dieciséis años y, sin embargo, sabemos que hay genios de la música, de la pintura, del deporte que doblegarían a cualquier adulto. ¿Debemos tratarlos como niños? No lo creemos. ¿Y cuándo es un genio del delito? ¿Por qué cuando es un genio del delito, capaz de asesinar a sangre fría, nos empeñamos en considerarlo un niño? Es absurdo. ¿Es eso justicia?

—Bueno, se ha avanzado mucho en todos estos siglos.

—Se ha avanzado en una sociedad que da mayoritariamente la espalda a la violencia a través de la educación. Hoy la guerra tiene poco o ningún sentido

para la inmensa mayoría de la sociedad, y hubo un tiempo en que era casi una vocación, un empleo. Pero ese avance se debe en gran medida al bienestar, que ha hecho que mucha gente tenga algo que perder ante un conflicto bélico o ante la tentación del delito. Ese éxito no se lo debemos a la impunidad de los delincuentes atroces. —Ni yo mismo me reconocía.

Ella me escuchaba. El auditorio me escuchaba. Mi madre y Ángeles también me escuchaban.

—La violencia contra la mujer, que me parece un holocausto a cámara lenta, gota a gota, sigue en unos niveles inaceptables. Con toda nuestra bondad como sociedad, el hecho es que sigue en los mismos niveles que hace cuarenta años. ¿Podemos pensar que no es suficiente lo que hacemos? ¿Es tan grave cuestionárselo? ¿Es tan terrible plantear un endurecimiento de las penas proporcional al daño que se ha causado?

Antón me escuchaba. Todo mi periódico me escuchaba. Los amigos del partido de baloncesto me escuchaban.

—He llegado a pensar que todas estas cautelas son más fruto de excesos del pasado, cuando se abusaba de la dureza de las penas, muchas veces desproporcionadas y otras aplicadas sin las debidas certezas, que de una reflexión y un debate real en la sociedad actual.

Hasta Penélope me escuchaba.

—Para mí el hecho determinante es que el crimen esté suficientemente demostrado. Ante la duda nunca impondría una pena capital. Pero si está demostrado con total claridad, creo que sería la única forma de hacer justicia ante semejantes atrocidades.

—No sé si la sociedad puede plantearse volver a esos escenarios.

—He estado con los familiares y amigos de las víctimas y sé lo que sienten. Sienten que su ser querido sí ha sido condenado a muerte. Y que no hay derecho, ni justicia. La sociedad ha cambiado y desea que los agresores no queden impunes. Los medios de comunicación consiguen que todo se amplifique, que el

dolor sea más grande, más intenso, que sea más repugnante. Por eso la gente lo vive con más pasión, con más hartazgo. Y por eso yo he modificado mi postura.

—Pero eso dejaría en manos de los jueces un poder de dar o quitar la vida.

—Dejaría en manos de los jueces la responsabilidad de ser justos.

—¿Sabes que mucha gente pensará que lo que estás diciendo es una especie de populismo jurídico?

—Onofre Castro es una paradoja, es el hombre que más luchó por los derechos de los reclusos, abogó por las penas blandas, por la reinserción caso por caso, como una especie de traje a medida. Y ya ves.

—Y ¿te consideras una buena persona siendo un defensor de la pena de muerte?

—No lo sé, eso tendrán que juzgarlo los demás. Pero mi conciencia está tranquila. Honestamente, creo que Castro no se va a reinsertar nunca. Y teniendo en cuenta el daño que ha hecho, que hace y que hará, es mejor que desaparezca. Que muera. Imagínate que en quince años sale y destroza con sus manos a una hija tuya, le corta el cuello a tu hermana, orina sobre su cadáver y se ríe de todo ello ante sus captores. ¿Qué te parecería? En este momento ya existe la pena de muerte. La dictan ellos, los asesinos que ejecutan a sus víctimas, sin juicio justo, sin explicación alguna. Simplemente porque sí, porque les da la gana segar una vida. No, Penélope, no se trata solo de ser buenos. ¡Se trata de ser justos!

Mis ojos estaban vidriosos de la emoción. También los de gran parte del público que permanecía en silencio.

Ella tardó un instante en reaccionar. Hizo un resumen de la entrevista para despedir el programa. Estaba pletórica. Yo le había dado diez docenas de titulares, y los datos de audiencia posteriores habían confirmado su intuición: siete de cada diez personas que veían en ese momento la televisión, nos estaban viendo.

La pena de muerte era ahora, en todo el país y sin ningún género de dudas, el debate.

Ladrillo a ladrillo. Paso a paso. Creciendo en progresión geométrica. Así se construyen las grandes obras. Y así se fraguó el rugido más grande de las redes sociales que nunca se haya visto. «Que muera.» «Que muera pronto.» Querían sacar la basura, tirar los desperdicios y no volver a verlos nunca.

Resultaba llamativo comprobar cómo el ser humano, a partir de un punto, es capaz de pasar de la inacción al sadismo, porque la colección de ejecuciones que se sugerían en los diferentes mensajes mostraba lo fácil que es encontrar esa parte implacable, refinadamente cruel y perversa que cada uno llevamos dentro.

¿Cómo lo veía yo? No es fácil resumirlo. Sorprendentemente no sentía ni responsabilidad ni vértigo. Creía firmemente en lo que había dicho. Sabía que era un tema que solo se podía abordar de dos maneras: desde la frialdad de la distancia, lo que llevaba a la sensación de impunidad, o sentir el calor de las víctimas, lo que podría acarrear algunos excesos. Pero sabía que la sociedad tenía que plantearse estos temas sin prejuicios. Era el momento de quitarse las caretas, de decir todos lo que realmente pensábamos y lo que en realidad queríamos que pasase con esa clase de delincuentes en nuestra sociedad.

¿Remordimientos? Sentí algunos. Porque sabía que había forzado la máquina, que en el fondo perseguía el éxito. Pero me sentía como un hipócrita que había encontrado su camino por casualidad, su luz en una senda que había elegido inicialmente por equivocación.

Cuando llueve al poco rato aparecen, entre las hierbas, caracolillos que habían permanecido escondidos. Con aquel chaparrón surgieron voces favorables al endurecimiento de las penas, también a la pena de muerte, de juristas que hasta ahora se habían mantenido ocultos en sus caparazones.

Más de dos millones de firmas en las plataformas online de opinión ciudadana, en menos de veinticuatro horas, reflejaban la intensidad de la energía social.

Estos son algunos argumentos expuestos en diferentes redes sociales:

Realmente no sé si es más humano quitarle la vida a alguien, o meterlo toda la vida en una celda. Es cierto que la desaparición de la pena de muerte fue un logro social pero lo cierto es que, si fuese yo, no soportaría vivir el resto de mi vida encerrado y preferiría morir.

Hay quien dice: «Es preferible que quede sin castigo un culpable a que sufra un inocente». No creo que tenga que ser una cosa u otra. Lo que hay que hacer es no equivocarse y usar los avances de la ciencia y la tecnología para evitar el error.

¿No es suficiente garantía de que se va a mirar con detenimiento por un complejo sistema de apelaciones nacional e internacional?

A los que argumentan en contra y dicen que es una «venganza» les diría: ¿tiene algo de malo que una sociedad venga, o sea, haga justicia, a un inocente y castigue a un monstruo?

Estoy de acuerdo con el argumento de que si alguien te mata en realidad te condena a muerte a ti. No entiendo por qué el autor de un crimen irreparable goza de todas las ayudas y los apoyos de la sociedad, se gasta dinero en su manutención y en una presunta reeducación... Me parece de cobardes. ¡Que paguen el daño que han hecho!

Resumen de algunos artículos y titulares de prensa:

MUERTE HUMANITARIA:
EL CAMINO PARA EL CAMBIO LEGISLATIVO
SOBRE LAS PENAS CAPITALES

Una vida con cadena perpetua es una vida devaluada, llena de dolor y sufrimiento. En los casos en los que es imposible, ¿tiene sentido insistir en la reinserción? ¿Tiene sentido asumir un castrante proceso educativo, cruel y en muchos casos estéril, tanto para el educador como para el educado? ¿Es eso humano? Hablemos seriamente de la muerte humanitaria.

LA «MUERTE HUMANITARIA», EN LA AGENDA
DE LOS PRINCIPALES PARTIDOS POLÍTICOS

LA EUTANASIA SOCIAL, A DEBATE

¿Y si lo pide el propio delincuente? ¿Y si prefiere acabar con su vida? ¿Tiene sentido que aceptemos la eutanasia a un civil, y no la eutanasia a un criminal?

Si hice algo periodísticamente amarillista en toda esta historia fue aceptar una invitación de Penélope para cenar, nada más acabar la entrevista, cuando todavía me estaban sacando de encima el equipo de sonido que llevaba disimulado entre mi ropa.

—¿Mañana?

—Vale —contesté, notando ya en ese momento que el destello de su mirada llegaba más lejos que el de un simple brillo profesional. No obstante, me autoconvencí de lo contrario, diciéndome: «Tú eres un mierdecilla y ella una mujer guapa, atractiva y de éxito. No te hagas ilusiones».

Con Penélope el asunto no consistía en si tú te hacías ilusiones o no. Todo radicaba en si se las hacía ella. Se trataba de una cazadora, la hija del capitán Ahab, o mejor aún su arponero Queequeg, que decían que era caníbal. Ella decidía lo que pescaba, cuándo lo pescaba y cómo lo pescaba.

Mi estado de ánimo era suficientemente confuso como para no oponer demasiada resistencia llegado el caso, pero, a la vez, lo bastante triste como para no dar ningún paso por mi cuenta. Además, seguía creyendo que el toque personal de todo aquello se lo había puesto más mi imaginación que la de ella.

Llegó la hora. Me recogió con su coche enfrente de mi casa. Conducía como hablaba, rápido y con determinación. Cuando entré me dio un beso en la mejilla. Solo uno. No dos, que es el saludo más convencional, alternar las mejillas de forma casi mecánica. Aquel único beso me hizo dudar sobre mi escepticismo inicial.

Subimos por la calle Bailén como si huyésemos de alguien. Paramos en una pequeña casa, en uno de esos restaurantes llamados «clandestinos» en los que

tienes que llamar para entrar. Nos recibió un individuo con aspecto poco o nada profesional, que entre aquella oscuridad y la más que evidente suciedad del portal, mostraba un aspecto siniestro y a la vez decadente. Estaba claro que Penélope no había elegido ese sitio al azar. Hay que trabajárselo mucho para ser siempre *cool* en una gran ciudad.

El improvisado portero cambiaba un saludo y un par de frases contigo, y si te reconocía, o decidía que la inspección ocular era satisfactoria, que no eras un madero o un inspector de cualquier tipo, te introducía por un pasillo oscuro, viejo y por qué no decirlo, sucio, hasta llegar a una puerta que, al abrirla, y ahí estaba el truco, te mostraba el paraíso. Porque el contraste multiplicaba tu valoración de aquella pequeña aventura y hacía más especial la vista y más encantadora la situación.

Era un salón decorado con gusto, respetando la esencia de lo que debía de haber sido la casa en sus mejores momentos, bien iluminado, con nueve de sus diez mesas llenas, y la décima esperándonos junto a una chimenea adornada con un hermoso y pequeño centro de flores —ya saben lo mucho que me gustan—. Era un rincón con encanto dentro de un lugar especial y misterioso. Como ella.

—¿Te gusta el sitio?

—Es alucinante. Debieron de hacer un *casting* para encontrar al portero.

Penélope rio.

—Es el marido de la cocinera. Dicen que él no quiere tener el negocio, pero ella sí. Y su comida lo compensa todo. El tipo no trabaja. Ni en esto ni en otra cosa. Presume de haber intentado no trabajar en toda su vida. Solo hace lo que acabas de ver: abrir la puerta de la calle, desconfiar y abrirte la del comedor. Y beber en las sobremesas. A partir del cuarto o quinto licor, expone sus teorías de por qué no tiene que trabajar, que el Estado debería mantenerlo al igual que a todos los ciudadanos, que hay riqueza para todos. Se considera el creador del concepto renta básica universal. Dice que hablaba de eso ¡en los setenta!

—¿Es cierto?

—Vete tú a saber.

Nos sentamos. Llegó una chica que recitó los platos del día e insistió en las setas, que estaban en temporada. Ambos decidimos probarlas.

—Has sido muy valiente.

—¿Por pedir las setas?

—Creí que sospecharías, que te darías cuenta de que te había puesto alguna venenosa... Ahora en serio. Has estado valiente y sorprendente.

—¿Tú crees? ¿Te esperabas que la cagase de esa forma?

—¿Por qué dices eso?

—Porque sabes que ahora seré mister pena de muerte. Me resultará difícil recuperar la imparcialidad ante los ojos de la gente, hacer mi trabajo sin que se contamine todo.

—Y ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé. A lo mejor es que el crimen altera. Seguramente tendré algún síndrome psicológico de esos que te llevan a no medirte, a decir lo que piensas. No sé si tendrá nombre. Pero si se puede hablar del síndrome de Estocolmo, por qué no voy a inaugurar yo el síndrome de Madrid. —Estaba realmente apesadumbrado. Me había dado cuenta, muchas horas más tarde, de lo que supondría todo aquello en mi vida.

—Lo dices en serio...

—Totalmente. La necesidad de desahogarme, de decir lo que pienso sin pararme a valorar sus consecuencias, es de tal intensidad que se hace incontenible. Te voy a hacer una confesión: estuve horas preparando el programa.

—Lo imagino. No eres el único. Y tú eres un profesional. Sabes de qué va esto.

—No dije ni una sola palabra de las que habíamos ensayado. Sentí una fuerza superior a mí.

—Pues que sepas que no creo que esto vaya a ser negativo en tu vida ni en tu carrera.

—Lo dices por tranquilizarme.

—Si no, no estaría aquí contigo.

Fue tan contundente y sincera que consiguió su objetivo: aquella desfachatez disipó al instante mis nieblas interiores y me hizo sonreír.

—La *crack* ataca de nuevo... —le dije, sacándole una sonrisa.

Charlamos durante toda la cena. Ella era extraordinaria. Nada sucede por casualidad y su éxito era merecidísimo. Su mirada me resultaba cada vez más seductora.

Acabamos el vino, los licores, escuchamos las diatribas antisociales del patrón consorte del restaurante, tal y como acostumbraba a hacer bajo los efectos de los orujos gallegos por los que tanto amor sentía.

Tomamos la última copa en su casa y el resto lo pueden imaginar.

Tardé en conciliar el sueño. Tenía su pelo sobre mi hombro y dormía plácidamente. Miraba las cosas de su habitación en la penumbra. Yo estaba allí, pensativo, recordando lo que había dicho Onofre Castro sobre que el azar no existe. Quién hubiese dicho cuando sonó el teléfono, en mi partido semanal de baloncesto, que iba a acabar ahí, con ella, mirando sus cosas, oliendo su perfume mientras la abrazaba.

Al fin me dormí, desapareciendo del planeta durante unas horas.

TERCERA PARTE

EL PREMIO

La cita con el inspector Vega la había cerrado antes de la entrevista en televisión. La aventura con Penélope había abierto un paréntesis en mi estado de ánimo, pero no había logrado sacarme de mi tormenta particular.

Decidí mantener la reunión con él a pesar de que no me apetecía hablar con nadie de nada. Y menos con un poli. Mantenía una imagen antipática de la policía forjada en mis años de estudiante. Inercias. Mi país vivió, como tantos, épocas convulsas, y la de la dictadura dejó unos tics sociales que no nos hacían ningún bien. La desconfianza hacia las fuerzas de seguridad del Estado era uno de ellos. Supongo que sencillamente eran, en su inmensa mayoría, profesionales que solo hacían su trabajo, como cualquiera de nosotros.

Sin embargo, sabía que la información técnica era imprescindible en este asunto. Ellos tienen otra óptica, otra intensidad. Se es policía siempre, no hay descanso. Son gente con una vocación, que tienen que responder en su vida a una serie constante de preguntas que hacen que su compromiso sea incuestionable: ¿quieres luchar contra el crimen el resto de tus días? ¿Quieres hacerlo en la salud y en la enfermedad? ¿Quieres ponérselo difícil a los criminales para siempre? Pronto aprendí que no hay mayor fracaso para un policía que ver cómo un delincuente se libra de la condena.

Había estado buscando información y llegué a la UDEV, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta. Dentro de ella estaba la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas, y ahí se encontraba la sección de Homicidios y Desaparecidos. Todos los caminos me llevaron al inspector Vega, jefe de la unidad y uno de los policías con más méritos en la lucha contra el crimen en este país.

Todo aquel bagaje me hubiese sido más útil si hubiera estado buscando al asesino. Es ahí cuando este tipo de sabueso, dicho sea con todo el respeto, adquiriría toda su dimensión. Pero no era el caso: el nuestro era un asesino conocido, convicto y confeso, capturado y en prisión preventiva, con un procesamiento en fase de instrucción y, desde ese punto de vista, para Vega este era el caso más fácil del mundo. Pero yo quería entender, meterme más a fondo en la persona que sustentaba al delincuente. Quería comparar, quería saber, para poder contar.

Tenía mucha gente pendiente de mí, de la información que les iba facilitando. ¿Onofre Castro era parecido a otros asesinos en serie? ¿Qué lo hacía diferente?

El inspector Vega era un hombre de pocas palabras pero muy claras.

—Es un farsante.

—¿A qué se refiere?

—A que es un individuo que sabe mentir.

—¿Y si es un enfermo?

—Es un enfermo. Todo el que mata a gente es un enfermo. Eso no quiere decir que deba quedar impune.

—¿Entonces?

—Los hechos son los mismos. Sabe mentir. Esa vida de chico bueno y de repente, ¡siete víctimas!

—¿Qué es lo que le resulta tan antipático de Onofre Castro?

—¿Que mató a siete inocentes?

—Me refiero a que...

—Mire, para mí un asesino es un asesino. No es mi trabajo encontrar explicaciones ni disculpas culturales o sociales. Es un asesino. Tendrá que pagar por ello.

—Y ya está.

—Yo soy un profesional que los busca para que los condenen. No me dedico a otra cosa.

—Me gustaría saber cómo lo ve.

—Culpable. Nos lo ha dicho él.

—Sí, claro. Pero un caso como este, tan contradictorio con su etapa profesional anterior... —Mis dudas seguían ahí.

—Nada puede ser coherente con el hecho de asesinar a varias personas a sangre fría. Y ya le dije que era un farsante.

—Le voy a ser sincero. Busco entender. Hablo con él y en ocasiones me parece un profesor con cierto encanto, incluso cálido, y al minuto siguiente es como estar mirando fijamente el rostro del demonio. ¿Es habitual esto?

—Todos los delincuentes tienen dimensiones normales. No están continuamente delinuyendo. Y eso es lo malo, ¿sabe? Que los hay que tienen episodios tan esporádicos que es muy complejo localizarlos y detectarlos.

—Y una dimensión humana...

—Supongo que si viese los restos de una asesinada, cómo se desparraman sus tripas por la carretera, los horrorosos gestos de dolor que quedan perpetuados en la cara de algunas de las víctimas, y fuesen familiares suyos, utilizaría menos la palabra «humano». He visto cosas que ni siquiera una alimaña haría con tanta brutalidad. ¿Comprensión? Que comprendan ellos. ¿Apoyo? Primero a las víctimas y a sus familiares. ¿Que sobra algo de apoyo? Empecemos por ayudar a los delincuentes de delitos sin violencia contra las personas. Pero un asesino es una pérdida de tiempo. Y si es reincidente, más todavía.

Se le entendía todo. Aun así, insistí.

—¿Ha trabajado en algún caso como este?

—No. Este caso es especialmente sorprendente por la trayectoria anterior del sujeto y la paradójica situación de ser una referencia mundial en la reinserción de los presos. En ese sentido es un caso extraño. Pero una vez que cruzan la línea son todos iguales: culpables.

—El hecho de que no se quiera proteger, que asuma todo... Que siga amenazando...

—Exhibicionismo. Quiere marcar una época, riéndose de todos nosotros.

—¿Riéndose?

—Saldrá de la cárcel gracias a un régimen penitenciario que él ablandó lo suficiente como para tener permisos de fin de semana por buen comportamiento en unos pocos años.

—¿Es partidario de endurecer las penas?

—Por supuesto. Pero lo primero es que se cumplan. Me parece una tomadura de pelo a las víctimas y a la sociedad que condenas de trescientos años acaben convirtiéndose, en realidad, en quince. Y a veces una irresponsabilidad de los jueces. Aplicar los beneficios penitenciarios a quien no se arrepiente realmente, en fin...

—¿Y de la pena de muerte?

—La pena de muerte existe: a ella fueron condenadas todas sus víctimas. Y las de todos los hijos de puta como él. ¿Por qué van a tener ellos menos castigo?

—¡Hipocresía! —exclamamos al unísono.

—¿Ha oído hablar alguna vez del catálogo? —dije esperando sorprenderlo. Pero Vega era un tipo correoso y hermético y siguió la conversación con la misma amarga naturalidad con la que la había llevado hasta ese momento.

—Por supuesto. ¿Cree que tiene relación con Onofre?

—No lo sé. Charlando con amigos de una de las víctimas lo citaron. Sospechaban que Purificación Ildefonso estaba en él. Y a partir de ahí se dispararon mis conjeturas. Puede que la conociese así. ¿Qué es exactamente?

—El catálogo es un vicio caro. Muy caro. Mucha gente cree que es una leyenda urbana porque se dice que hay señoras y señoritas famosas, gente importante. Yo nunca lo he visto.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Si saben que existen estas cosas, ¿por qué no intervienen?

—Pues muy sencillo: la prostitución no es un delito en este país. Lo es el rufianismo, el proxenetismo, pero llegar a ellos y demostrar que son los intermediarios es complicado, y más a ese nivel, en el que se toman todas las cautelas habidas y por haber. Y hay otro motivo: los dejan sueltos en menos de

veinticuatro horas. Trabajamos en vano. Los jueces siempre encuentran una manera de echar por tierra nuestro trabajo.

—¿Siempre?

—Joder, no siempre. Pero muy a menudo.

—¿Cree que Onofre...?

—¿Si era un cliente del catálogo? No. Pero se comprueba fácilmente por su nivel adquisitivo. Para acceder al catálogo haría falta mucha pasta. Tan solo para lograr que te lo enseñen. Supongo que no sería nada fácil. Por lo que dicen, es como una secta de ricos depravados. Y Onofre puede que sea depravado, pero por lo que sé, es un tipo de clase media alta, con un buen nivel de vida, pero no suficiente para tener vicios tan costosos y poder frecuentar círculos tan selectos.

—¿Le gusta su trabajo, inspector?

—Me gusta cuando gano.

Nos despedimos sin demasiados miramientos. Me volví y lo dejé prácticamente con el mismo rostro que lo encontré, con ese gesto de estar a punto de darme una bofetada.

Lo del inspector Vega había sido el último de mis compromisos antes de mi punto y aparte. Lo necesitaba. Decidí alejarme de todo aquello unos días. Ya no era capaz de pensar. Estaba en todo sin estar en nada. Penélope, la televisión, la gente por la calle, los comentarios, los apoyos... Sí, había gente que me apoyaba en mi cruzada a favor de la pena de muerte. ¿Cuándo había empezado yo esa cruzada? Yo quería ser solo un cronista, pero ya era demasiado tarde. Sí, posiblemente lo hice. Y en directo. Delante de millones de espectadores, cruzando la línea de la información a la opinión. Era oficialmente un defensor de la pena de muerte. Tendría que aprender a vivir con eso. Y ¿saben qué? No me preocupaba demasiado. Realmente vomité todo aquello en el momento en el que ya no pude más. Soy un ser humano. Si acerté o no, el tiempo lo dirá. Pero sabía que tenía todo el derecho del mundo a equivocarme, si es que me había equivocado. En todo caso necesitaba descansar, alejarme, tomar distancia.

Dediqué gran parte de la mañana a elegir un lugar donde aislarme. Busqué entre los miles de fotos que hay en la red una que me invitase, que me susurrase «ven, que aquí estarás bien. Nadie te molestará». Temía haber perdido el norte. Y decidí encontrarlo ahí mismo, en el norte más norte de todos los nortes, el lugar más septentrional de la península Ibérica: Estaca de Bares.

Busqué un lugar y emergió una mágica habitación poliédrica, con ventanales en todos los puntos cardinales, escondida dentro de una antigua construcción militar reformada para uso hotelero. Llamé. Reservé. Me puse a hacer una bolsa con lo imprescindible y le envié un mensaje a Antón para excusar mi ausencia durante unos días. Me telefoneó al poco rato.

—No te vayas muy lejos.

—No te preocupes. Volveré.

—Te avanzo algo, pero no comentes nada —me dijo bajando el volumen de su voz, casi de forma infantil—. Suenas para el Ortega y Gasset.

Me quedé mudo. Era nuestro Pulitzer, posiblemente el premio más importante al que puede aspirar un periodista en nuestro país. Y la cara de Onofre se me apareció delante, sonriente, recordándome: «Puedo ser la persona más importante de tu vida». Si me lo daban, tendría razón. Mi vida estaría ligada para siempre a aquel personaje y mi influencia en los hechos habría sido escasa, casi nula. Me había elegido él. El contenido de los artículos lo facilitó él. A veces parecía que me los dictara. ¿Realmente era merecedor de aquella distinción? ¿No hay siempre un componente de azar en todo éxito periodístico? Mi cabeza estaba hecha un lío. Cogí la bolsa y me dirigí hacia la estación de metro para subirme al tren que devolvería el norte a mi vida.

Cuando ya estaba sentado en el vagón que me correspondía, noté la primera ausencia de presión en muchos días, esa que sientes cuando te dejas llevar, cuando sabes que hagas lo que hagas no puedes salir de allí. Me pasa cuando viajo. Entro en una especie de trance en el que mi mente se vuelve curiosa, permeable, y se aleja de todo lo que hubiese estado haciendo hasta ese momento. Y en esta ocasión, sin lograr liberarme por completo de mi dependencia de Onofre, sí conseguí respirar con profundidad, sacar un libro y empezar a meterme en él, sin sonidos del móvil, sin ordenadores. *Disconnecting*, y disfruta de la vida.

Siempre viajo con varios libros, más de los que voy a ser capaz de leer. Es una manía. Igual que como por los ojos, «leo por los ojos». Esta vez me acompañaban un ejemplar de poesía de Bukowski, *Poemas de la última noche de la tierra*; una vieja edición de *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda, y una edición reciente de *A sangre fría*, de Truman Capote. Tenía claro por qué había elegido este último, no dejaba de ser el primer paso del nuevo periodismo y, salvando las distancias, mi situación y la de un Capote investigando, hablando con asesinos, digamos que establecía paralelismos evidentes. ¿El libro de

Bukowski? Posiblemente sea uno de mis libros favoritos de poesía. Y supongo que un par de poemas, «Vamos a reírnos un rato» y «La condenación de Buk», me recordaban lejanamente a Onofre. «Venga, vamos a verle, ¡ese viejo es como un grano en el culo!», decía por algún sitio. Lo que no tenía explicación aparente era el ejemplar de las memorias de Pablo Neruda. Por eso empecé a leerlo. El enigma siempre es poderoso. Y eso hice.

La ventana del tren era como un cuadro dinámico donde los grises, los colores tierra, iban dejando paso cada vez con más frecuencia a los brochazos verdes, signo inequívoco de que la tierra de mis ancestros se acercaba paulatinamente. Alternaba la lectura con la mirada a la cristalera de la ventana, para que la velocidad fuese más evidente, los cuadros más hermosos. Los auriculares me elevaban con el *Opus 75*, de Dvorak. Podría haber sido cualquier otra pieza musical. Pero fue esa.

Pronto descubrí por qué mi subconsciente me hizo elegir aquel libro viejo, de esas ediciones que se compraban en los quioscos, que siempre me acompañó y al que nunca había prestado excesiva atención. Mis urgencias intelectuales me exigían cosas más «calientes». Crecí escuchando la música de mis padres, eran «malos tiempos para la lírica», por recurrir a la canción de Golpes Bajos. En las primeras páginas de sus memorias, Neruda cuenta cómo en el lago Budi los cisnes no eran respetados, precisamente. Y que en una ocasión le llevaron uno medio muerto, un cisne de cuello negro, hoy prácticamente extinguido. Lo cuidó, le hizo curas en las heridas y logró que se reanimase, que volviese a nadar, y así durante días hasta que en una ocasión, nadando juntos, se quedó quieto: «... lo tomé de nuevo en brazos para llevármelo a casa. Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba una cinta, algo como un brazo negro me rozaba la cara. Era su largo y ondulante cuello que caía. Así aprendí que los cisnes no cantan cuando mueren».

Era Onofre otra vez. Era su última obra. Su canto del cisne. Una vida brillante

que dejaría el sonido del terror en sus últimas páginas. Pero los cisnes no cantan cuando mueren. Había algo dentro de mí que me llevaba a intentar comprender lo incomprensible de su conducta. Imaginaba su muerte, que yo tanto había deseado. Imaginaba que caía en mis brazos inerte, como el cisne sin vida de Neruda, y también a un círculo de personas que me censuraban con la mirada diciéndome: «Era inocente».

Una pesadilla, pero despierto. Igual de desagradable, igual de nítida. Agité la cabeza y se desvaneció. Respiré aliviado. Por suerte tenía un aliado: él mismo. El propio Onofre. Su culpabilidad estaba fuera de toda duda. Pensaba que habría sido bello que hubiese muerto antes de hacer todo lo que hizo. Hubiese sido llorado, admirado, valorado. No hubiese tenido sus treinta mil cielos. Pero hubiesen sido más hermosos. La dignidad de los últimos días de la vida de su admirado Heidegger, que con tanto afán me había recordado, sería para él reconocerlo todo, pedir perdón con sinceridad y desaparecer de este mundo.

Deseaba un final digno para Onofre. ¿Era agradecimiento? ¿Era egoísmo por mi parte? Tenía muchas preguntas que responderme en aquel cabo que se acercaba a mí dispuesto a ponerme en mi sitio.

Llegué a la estación. Mi nueva condición de periodista de éxito me permitía la alegría de optar por coger un taxi y no lo iba a desperdiciar. Me subí a uno para que me llevase desde la estación de tren de A Coruña a Mañón, el municipio donde estaba mi destino. Llegué casi anocheciendo y el viento salió a recibirme. Iba a ser una noche de tormenta. La severidad del clima se vio pronto compensada con una chimenea al pie de la cama, más bien una estufa, que arrojaba un calor intenso que casi te empujaba a dormir. Y eso hice. Sin desvestirme. Me tumbé y dormí como hacía tiempo que no lo hacía.

A eso de las cinco de la mañana la leña de la estufa se había agotado y la temperatura había bajado considerablemente. Me levanté, añadí unos trozos de madera de roble sobre las brasas y miré, a oscuras, la luz de la luna sobre el mar. Y muchas de las preguntas que traía conmigo encontraron respuesta. «Eres un

pequeño punto en la inmensidad, amigo mío —me dije—. Haz lo que creas que tienes que hacer.»

Y lo primero que decidí era «borrarme» de la lista de candidatos al premio. Quería sacarme presión, volver a hacer las cosas por mí mismo y no por el qué dirán, ni por la posible reacción de los demás. Quería saber cosas, necesitaba saber más, aunque los artículos estaban a punto de acabarse. Siempre estaban a punto de acabar, siempre vivía pendiente de que la jueza no dijese basta. Quería saber más, seguir investigando por mi cuenta. No me quitaba el catálogo de la cabeza. Sospechaba que podría haber sido determinante en la elección de las víctimas. Salvo Antonia. O mejor dicho, salvo la última versión de Antonia que conocimos. Iba a llegar al fondo de aquello. Sabía que me iba a meter en unos mundos en los que la ley es una anécdota. Me llené de vida. Llevaba poco menos de una noche allí y mi norte había vuelto.

Decidí disfrutar del fin de semana. Y lo hice.

A mi regreso a Madrid comprobé con preocupación que todo en la ciudad seguía exactamente igual que lo había dejado. Temía que aquellos días en la costa gallega, que tanto bien me habían hecho, se esfumasen en segundos al ritmo de empujones, sonidos de claxon y una enorme cantidad de conejos blancos con reloj de bolsillo que afirmaban: «¡Ay, Dios! ¡Voy a llegar tarde!».

Cuando cerré la puerta de mi apartamento, sentí en toda su dimensión las ganas con las que había vuelto. Ganas de trabajar y de vivir. Pulsé el *play* en mi contestador automático, un viejo cacharro Panasonic que compré en el Rastro a una chica que no dejaba de insistir en que funcionaba perfectamente. *Vintage*. La tecnología decrepita tiene un aire romántico y despierta en mí un instinto paternal, como de protección. Y si encima aún funciona, como era el caso de aquel estruendoso contestador, la dicha era completa.

El primer mensaje era de Penélope. Quería verme. Me pareció un tono más personal que profesional. Bueno, cosas mías.

El siguiente de Jesús: «¡Perdido! —me gritaba—. ¡Vuelve! ¡No nos dejes! ¡Regresa!».

Y su risa contagiosa ocupó varios segundos de la cinta. Logró que yo también me riese.

El tercero era de Ángeles: «Hola, soy yo... Ángeles», y justo cuando esperaba el enésimo reproche escuché «te echo de menos». Y colgó.

Enseguida quise llamarla. Pero decidí esperar. Pensar. También quise llamar a Penélope. Y a quien acabé llamando fue a Jesús.

—Acabo de llegar.

—Se te nota distinto. No sé...

—¡Vete al *carallo*! —Reímos.

—Quieres cenar, ¿verdad? ¿Echas de menos mis guisos?

—Constantemente.

—Pues esta noche, si quieres, hacemos unos tacos mexicanos ¡que me salen de la leche!

—Pues tacos. Hoy tomaremos un vino tinto gallego, Terra de Preguntas, que traje del viaje y es espectacular.

—Le haremos los honores, buscaremos respuestas...

Nada más colgar volví la vista a mi escritorio. Allí estaban las notas que había dejado. El nivel obsesivo al que había llegado era evidente. Había decenas y decenas de notas adhesivas por todos los lados. En muchas de ellas tenía escrito: EL CATÁLOGO. De distintas formas, con signos de interrogación, con flechas, con puntos suspensivos. Pero siempre EL CATÁLOGO. Su aparición en esta historia no era casual, estaba seguro. Tenía que tener una explicación. Miré hacia los lados buscando a alguien al que plantear la cuestión y no vi más que a mis plantas. Los periodistas estamos más hechos a hacer preguntas que a responderlas.

Tenía que cambiar la forma de enfocar ese asunto. Dejar de ser un recolector de información y pensar en clave de investigador. Tenía que dejar paso al curioso. Porque lo de investigador, sin duda, me venía grande.

El catálogo se había convertido en una especie de Santo Grial. Tenía que saber dónde estaba, cómo acceder a él.

Mi motivación rozaba la obsesión. Imagino que era mi oportunidad de aportar a este asunto algo más que el mero hecho de tomar notas y tener el coraje de publicarlas. Sabíamos de antemano quién era el asesino, que estaba encerrado. Solo el porqué podría tener algo de interés, más allá del retrato satánico del personaje.

Un catálogo de prostitución en manos de un ex alto cargo político podía darle un vuelco a todo el tema. Ser algo menos extraño. Más tópico: tan solo otro caso más de violencia contra prostitutas, otro caso más de políticos mezclados con prostitución.

Mientras esperaba a Jesús y sus tacos, decidí seguir buscando información. Hice uso de Google para rastrear y chequear decenas y decenas de páginas. Nada. Los resultados sugeridos iban desde catálogos de todo tipo de productos, hasta técnicas creativas pasando, por supuesto, por el grueso libro de una conocida marca de muebles sueca. De todo menos lo que buscaba. Estaba en uno de esos momentos en los que pisas barro con el coche y no puedes salir de allí. Sonó el interfono. Era Jesús llamando al timbre de forma tan insistente que me puso el corazón a cien. Subió las escaleras cargado —no me daba mucha pena, vivo en un primero—, y con tantas ganas de hablar que no esperó ni a cruzar la puerta.

—Este carnicero es buenísimo —afirmó alegre mientras sacaba de las bolsas unos solomillos de buey con un aspecto increíble—, tiene la mejor carne de Madrid.

—Pero ¿no ibas a hacer tacos?

—No tenía ganas de cocinar demasiado. Y, además, me dijiste que ese vino era tan bueno...

Él era así. Impredecible. Ese era su encanto.

—¿Sabes que todo lo que dicen de la carne roja son tonterías?

—Hombre, si te pasas, entiendo que no será buena. —Quise ser el sensato del grupo.

—¡A nadie le apetece un solomillo todos los días! Eso es más un tema de hamburguesas, que se mezclan con otros sabores y te atontan. La carne roja era la fiesta del hombre primitivo: solo comía cuando cazaba.

—Por eso nos alegra tanto.

—Y por eso nos da tanto vigor. —Rio su picardía.

—¿Para qué cuidarse? —me burlé.

—¡Pues tienes razón! —Seguimos riéndonos. Estaba claro que teníamos ganas de desahogarnos—. Toda esa gente que se cuida a todas horas está realmente jodida —continuó Jesús en tono categórico—. Creen que se están cuidando y lo que están es encerrando en una jaula su vida. Nadie puede estar todo el puto día contando calorías, grasas, sodio, azúcares, proteínas. ¡Por favor!

—¿Para vivir más?

—¿Ser viejo más años? ¡Para el que lo quiera! —Siguió hablando mientras se enfundaba el delantal, encendía la cocina y ponía la sartén al fuego.

—Se trata de envejecer mejor —medié sin demasiada convicción, más por seguir la conversación que porque opinase diferente a él.

—Ve poniendo la mesa y abriendo el vino, para que respire —ordenó mientras cocinaba y hablaba y hablaba y hablaba—. La gente se cuida creyendo que cuando tenga noventa años ¡va a estar hecho un chaval de treinta! Cuidan mucho su cuerpo, pero poco su mente... La decrepitud es el nuevo demonio. Hace que pierdas la cabeza. Hay que disfrutar. *Carpe diem!* —gritó, alzando la copa.

—*Quam minimumn credula postero!* —contesté, haciendo lo mismo con la mía.

No, no pretendíamos citar a Horacio en plan cultureta. Tan solo era nuestro grito de guerra, un latinajo que habíamos aprendido en la época universitaria y que usábamos como una especie de sortilegio para entregarnos al disfrute en muchas situaciones, la más habitual, saborear un buen vino o una buena comida.

La risa es la solución para casi todo en este mundo. Eso sí que debería estar prescrito por todos esos talibanes ortoréxicos. Reírse a menudo. Y de forma natural, no en plan fumetas, porque esa es una risa boba. Solo acepto el vino como compañero.

Nos reímos mucho, de todo. De nosotros mismos, del cambio de nuestro aspecto con el paso de los años —él había engordado más que yo, que quede claro—, de situaciones de otros compañeros, de personajes patéticos; nos reímos de insinuaciones, con sutileza, pero también tuvimos risa de brocha gorda, grosera. Y cuando te calmas y hablas después de la risa, tu mente es otra.

—¿Qué te preocupa?

—No sé cómo encontrar algo que creo que puede ser importante.

—¿Qué es?

—Un catálogo.

—¡Pues no será por catálogos!

—Es un catálogo de prostitución de lujo.

—Vaya con Carlitos. —Y volvimos a reírnos.

—No, en serio. Creo que puede tener algo que ver con Onofre Castro.

—Y no eres capaz de encontrar información.

—No.

—Pregunta en los hoteles buenos. Ahí es donde se suelen lidiar esas faenas.

—Lo dijo con tanta naturalidad que no parecía que acabara de dar con una senda muy valiosa para mi investigación.

—¡Tienes razón!

—Siempre digo que la clave de todo es ponerse en el lugar del otro. Ponte en la mentalidad del que compra. Y del que vende. En este caso si alguien quiere

vender algo con ese catálogo es evidente que se lo tendrá que hacer llegar de alguna manera a su público.

Estaba inspirado. Me estaba poniendo luces de aterrizaje por todo el camino hasta llevarme a él.

— Si es de lujo, ve a los sitios donde se hospedan la gente con pasta, con mucha pasta. Y allí tienen que tener un contacto. Un tipo discreto. Un mayordomo.

—¿No hay mayordomos en los hoteles!

—Vaya, quedaba tan novelesco... Pues alguien del servicio o que puedan acceder a él. Y si no, busca un camarero con cara de tener más kilómetros que la maleta de Frank Sinatra... —Siempre conseguía hacerme reír—. Y si no, habla con el pianista.

—¿Por qué el pianista?

—Los músicos siempre esconden algo. Y saben más de lo que parece...

—Dixie Dwyer. —Su nombre me vino inmediatamente a la cabeza.

—*¡Cotton Club!* —respondió él al instante, recordando al personaje de la película de Coppola.

Y seguimos riendo «recorriendo» los últimos kilómetros de la Ribeira Sacra que nos quedaban por conocer...

*Seré vuestro querulante, Malifatus,
antes de que caduquen los deseos.*

*Obstinadamente, con la mente obstinada.
A tumba abierta.
Con el pecho lleno de fe.*

*El esfuerzo será permanecer.
Ya solo queda esperar.*

*Paciencia, virtud de viejos.
Paciencia, sí,
mas nunca lenidad.*

Diario de Onofre Castro

Al día siguiente me desperté como lo habría hecho un sabueso en un campo lleno de conejos. Con la necesidad de seguir el rastro. Con la resaca clásica pos-Jesús y las ganas de zumo que siempre tenía cuando se me iba la mano con el alcohol. Todos los motivos me llevaban a Roma: a la cafetería del Palace. Ya saben, mi *locus amoenus*. Mi inconfesable adicción a aquel lugar la disfrazaba con múltiples coartadas intelectuales —«aquí se cocinaron grandes libros, charlaron grandes talentos de la literatura»—, ideológicas —«el lugar en el que todo neocomunista debería desayunar al menos una vez por semana para tener diferentes perspectivas de la vida»— y emocionales —«seguramente Gay Talese vendría a este sitio»—. A todas ellas tendría que añadir ahora la productiva: allí encontraría sin duda el rastro que buscaba. Y, además, tenía pianista.

Me fui hacia allí. Cogí el metro en Artilleros, cambié de línea en Príncipe de Vergara y me bajé en Banco de España con muchas más ganas de ese zumo que de cualquier otra cosa en el mundo. Caminaba entre la gente, esquivándola, con determinación. Quería llegar a mi hotel. Allí estaba el portero, Jordi, que siempre me recibía con aire versallesco y con un leve gesto que decía «me alegro de verte». Un tipo veterano, de Tarragona, que las malas lenguas aseguraban que había sido soplón en su época universitaria para la policía secreta, que nunca había sido estudiante. Al menos eso es lo que afirmaba que le habían contado el camarero más joven y más indiscreto de todos los que trabajaban allí: Senio, supongo que diminutivo de Arsenio. Todo lo que no tenía de cuerpo, lo tenía de cotilla.

Me dispuse a rastrear discretamente. Con calma. Aunque creía que no me iba

a ser demasiado difícil. Al fin y al cabo, yo era un cliente habitual, por lo que lo de granjearme complicidades era un trabajo que ya tenía hecho.

Senio fue mi primera opción. Pero su respuesta rápida me cerró la puerta en las narices: «Ni idea». Supongo que él era más de hablar de lo que le diese la gana que de entrar en una conversación ordenada, con preguntas y respuestas. Disfruté del zumo y, cuando estaba tomando el café, llegó el pianista para la sesión vermut. Los periodistas desayunamos bastante tarde.

Había dos músicos habituales: el gordo y el flaco. Y también una chica, a la que veía con menos frecuencia. Supuse que sería la que cubriría las bajas y las horas en las que no contaban con los otros dos. Gran pianista esa mujer. Tenía un repertorio más clásico, pero era una intérprete de una extraordinaria sensibilidad. Vivía su música. Especulaba con la idea de que no estaría mucho tiempo allí. Era joven. Seguro que tocaba en alguna orquesta, que daba clases en el conservatorio o cosas por el estilo. Cada vez que tenía ese tipo de sensación, me ensimismaba y elucubraba sobre la vida, los gustos, las aficiones o los romances de personas extrañas, sin ningún fundamento más que el que mi intuición me dictaba. Me acordaba indefectiblemente de mi madre, que me decía cuando me veía en uno de esos trances: «Mucho te gusta pasmar». Y era verdad. Disfrutaba de esos momentos, conectado solo con mi imaginación, volando sin mirar ni un segundo al teléfono móvil. Qué maravilla.

Lo de ellos era otro cantar. Eran músicos menos puros, más comerciales. Menos académicos. El más grueso tocaba como despistado, mirando para ambos lados, cruzando su mirada con la tuya y lanzándote una sonrisa de vez en cuando. ¿Podría ser el contacto que buscaba? El flaco era un tipo con pinta de atormentado, con ese tipo de flequillo indomable que le daba un aire entre desaliñado y de artista dandi. Fumaba mucho. Salía cada cuarto de hora a la puerta a fumar delante de Jordi o del portero de turno, con el que solía intercambiar algunas palabras. Volvía al piano y se desarmaba tocando, mirando a las partituras, a las teclas, al suelo quizá, pero nunca a los que estábamos cerca. También él podría ser el contacto que buscaba.

Aquella mañana estaba el flaco con su cara de haber dormido poco, su pantalón de tiro alto y sus partituras en una vieja carpeta. Tenía que entablar conversación con él. Mis camareros habituales, salvando a Senio, al que ya había tanteado, o no estaban o estaban ocupados en otra zona. Tuve que acudir a Florencio, uno de los veteranos y también de los más callados, de los que van un poco más allá de la corrección.

—¿Desde cuándo toca este chico aquí?

—Lleva un par de años. Creo que aprendió a hablar castellano con nosotros.

—Sorprendentemente se mostró comunicativo.

—¿Es extranjero?

—Ucraniano o lituano, yo qué sé. De por ahí. Nosotros le llamamos «el Ruso». Están llegando muchísimos. Los camareros no están bien formados, pero los músicos son excelentes.

—Sí que toca bien, sí.

—Y el repertorio, infinito. Desde los clásicos hasta el mambo que eligieras. Es una máquina. Interpreta los boleros que te pone la piel de gallina.

—¿Te gustan los boleros? —Quería ganarme a Florencio para la causa, definitivamente.

—Para mí, el amor es bailar un bolero como es debido.

—¿Da igual la mujer?

—Por supuesto que no. Pero si estoy bailando con ella es porque merece ese sentimiento.

—¡Eres un *crack*, Florencio! —Y esbozó una sonrisa como si me dijera «qué se creía»—. Por curiosidad, ¿cómo se llama el pianista?

—Le llamamos Igor. Y nunca nos dijo que no se llamara así.

—Un tipo interesante.

—¿Qué? ¿Está trabajando en un reportaje sobre músicos o sobre extranjeros?

—Algo así.

—Pues no se preocupe. En la pausa se lo presento.

Siguió deslizándose por la sala atendiendo a una mesa por aquí, otra por allí.

A los pocos minutos, Igor se levantó a por su dosis de nicotina y Florencio aprovechó para acercarse a él discretamente. Supe que estaba proponiéndole presentarnos, porque de inmediato miró en dirección a mi mesa. Se acercaron los dos y Florencio medió.

—Don Carlos, ya le he dicho a Igor que es usted un amante de su música.

—Cierto. —Seguí el juego sin dificultad. Realmente me gustaba su estilo intenso, su forma descuidada de apasionarse por momentos.

—Bueno, les dejo, que hay más clientes. —Se alejó deslizándose con sus patines invisibles por la sala donde actuaba un día tras otro, ejecutando magistralmente la danza que él mismo había compuesto.

—Es un placer, don Carlos.

—Llámame Carlos. —Me apresuré a sumar puntos—. ¿Te apetece salir a fumar?

—Claro, por supuesto. Ya casi nadie fuma.

—Yo soy un fumador social. Digamos que fumo cuando quiero.

—Pues yo soy un rehén de la cajetilla: ¡fumo cuando quiere ella!

Reímos mientras caminábamos hacia la entrada. En ese momento no estaba Jordi, pero el elegante uniforme oscuro de la portería estaba bien representado por un africano alto y serio al que parecía gustarle menos el humo que a su colega.

—¿Te apetece? —Me ofreció de una cajetilla de cigarrillos light, que ya no se llaman light.

—Sí, gracias.

—Sabes, en realidad no me llamo Igor.

—¿No?

—No. Ni soy ruso como creen todos aquí.

—Y ¿cómo es que atiendes por Igor?

—Los vi tan convencidos que no me tomé ni el esfuerzo de desmentirlo. Además, Igor es bonito. Lo de ruso ya me gusta menos.

Cogía el pitillo como si tuviese en sus manos un taco de billar. Le hubiesen

hecho falta dos o tres a juzgar por la intensidad de las caladas que iba dando mientras charlaba.

—Entiéndeme, no es por los rusos —matizó—, es que estoy orgulloso de ser polaco. —Su acento, en cualquier caso, era muy marcado.

—Todos los polacos que he conocido sois muy patriotas.

—Hombre, ¡y más si encima eres pianista! Polonia ha dado el mejor pianista y compositor para piano de todos los tiempos.

—Sí, a ese lo conocimos bien. Al fin y al cabo, os lo estuvimos cuidando en Palma de Mallorca una buena temporada.

—¡Fryderick Chopin! ¿Sabes? Yo quería ser Chopin de pequeño. Estaba incluso dispuesto a morir joven y tuberculoso como él.

—Cosas de críos. —Sonreí. Aunque pocos niños había conocido que quisiesen morir jóvenes y, menos aún, tuberculosos.

—¡No! Todavía estaría dispuesto a hacerlo. Saber qué se siente teniendo esas manos que vuelan sobre las teclas, ese talento que hace que puedas imaginar lo que yo ni siquiera soy capaz de interpretar adecuadamente.

—Hay gente que tiene la llama del Olimpo, ¿verdad?

—Genios. Putos genios.

—Y ¿cuál es tu nombre real?

—Jaroslav, pero puedes llamarme Jarek. Aunque si prefieres puedes seguir llamándome Igor.

—Lo intentaré con Jarek. ¿Hace mucho que estás en España?

—Dos años.

—Pues hablas de maravilla el idioma.

—Había estudiado un poco en bachillerato. Y luego, cuando tienes que trabajar para vivir, aprendes rápido. —Pude ver reflejadas aquellas palabras en su mirada de ojos azulados.

Me gustaba aquel tipo. Era una especie de flaco descreído, con aspecto de llevar mala vida y con la energía de quien está dispuesto a todo para salir

adelante. Y, sin embargo, también se traslucía su enorme sensibilidad artística. Era como blando y duro a la vez.

—Tengo un amigo que dice que los músicos siempre sabéis más que los demás.

—¿Sobre qué?

—Pues sobre todo.

Se rio y apagó los dos milímetros que le quedaban al pitillo. Yo hacía un rato que había liquidado el mío.

—Los músicos estamos por todas partes, por muchos ambientes distintos, con gente muy diferente. Es posible que tenga razón tu amigo. Tengo que continuar. ¿Entras de nuevo?

—No, pero si quieres podemos seguir charlando tomando una copa cuando acabes. Mi amigo también dice que todos los músicos sois unos borrachos.

—Tu amigo sabe mucho. Acabo cuando acaba el día: a las doce en punto de la noche.

—Nos vemos en el Chicote. A las doce y cuarto.

—Buenos cócteles. Pero caros. De acuerdo. Pero pagas tú.

Entró por la puerta principal como si fuera la del teatro más grande del mundo y su traje de gala anunciase una gran tarde de música. Yo me fui dando un paseo hasta el parque del Retiro. Tenía que hacer tiempo y decidí sumergirme en un bosque dentro de una ciudad para pasar la tarde leyendo y esperar tranquilamente el anochecer. Aquello prometía.

Intentar hacer cantar a un pianista. Era todo lo que podía aportar al mundo de la música. La naturaleza no me dotó ni con el oído, ni con la garganta adecuada para poder hacer nada que no fuese seguir el ritmo propuesto por algunas melodías. Pero era un excelente oyente. Me encantaba disfrutar de la música en todas sus formas, lo que me hacía sentir una simpatía natural por los músicos. Los admiraba.

Llegué al Museo Chicote a las doce en punto. Era un local con una decoración un tanto decadente, pero con alma. Tenía un regusto a glamur internacional, de diversión refinada de los años setenta, construido en torno a la figura más reconocida de la coctelería nacional, Pedro Chicote. No había estado ahí más que un par de veces en mi vida. Pero estaba cerca del Palace y me vino a la mente de inmediato cuando pensé en hacerme pasar por un *bon vivant*. Y si era verdad que los músicos le daban a la bebida, para qué perder el tiempo tomando cervezas...

Sonriente y todavía echando humo por la boca, mitad por el frío de la noche, mitad por el cigarrillo que acababa de tirar, entró Jarek por la puerta con la puntualidad que esperaba.

—Me encanta este sitio. —Aplaudió mientras lo observaba asintiendo con la cabeza.

—A mí también —dije, intentando aparentar que estaba en mi ambiente—. ¿Nos quedamos en la barra?

—Perfecto.

—¿Qué tomas?

—Lo mismo que tú.

—¿Empezamos por un caipiroska? —Supuse que el vodka le agradaría.

Pronto descubrí que le hubiese agradado cualquier licor del mundo.

—Pues caipiroska. ¿A qué te dedicas, Carlos?

—¿A qué crees? —Intenté ganar tiempo. Aunque no lo crean, no llevaba preparada esa pregunta. Demasiado relax en mi paseo por la jungla urbana.

—No sé, tienes pinta de escritor.

—Soy escritor. —Había conocido tantos tipos distintos de escritores, que no sabía muy bien con cuál compararme.

—¿En serio? ¿Qué tipo de escritor?

—Hago reportajes. Y ahora también estoy escribiendo una novela —fantaseé.

—¿Te ganas bien la vida?

—Jarek, me gano la vida muy bien. —Y mi nariz se alargó y se alargó.

Estuvimos charlando de banalidades, de cómo eran las chicas en España y cómo eran en Polonia. Pronto establecimos una especie de competición tratando de descubrir dónde eran más católicas. Y ganó él. Todos mis argumentos se vinieron abajo cuando me aplastó con un hecho irrefutable: ellos habían tenido un Papa.

El pianista resultó ser un tipo simpático con ganas de hablar y reír. La noche estaba empezando y decidimos hacer un recorrido por las delicias cocteleras a base de vodka que tenía en su carta el establecimiento. Pasamos del limón dulzón del caipiroska a la naranja con un cosmopolitan, la mezcla del long island, y hasta llegamos a una extraña combinación con cerveza de jengibre y lima, que se llamaba «mula moscovita».

—La mula —sonrió—, así me llaman algunos.

—¿Por terco? —Mi risa ya delataba el nivel inadecuado de vodka en sangre.

—Algo así.

Escondido entre las cuatro copas, esperaba agazapado el mejor momento para lanzar mi ataque en busca del catálogo.

—¿Sabes, Jarek? Busco sensaciones fuertes.

—¿A qué te refieres? —Se apuntó inmediatamente a la conversación.

—¡Mujeres!

—¿Aquí, en Chicote? No veo muchas.

—Imaginaba que un músico noctámbulo como tú sabría dónde encontrarlas.

—Sabrás mejor tú dónde encontrar mujeres. Estás en tu país.

—Pero tú ya tienes el doctorado en golfería. ¡Eres músico! ¡Trabajas de noche!

—¿Qué buscas? —me preguntó, haciéndose el importante.

—Me hablaron de un catálogo de chicas insuperables.

Se puso serio. Dio un enorme trago a la especie de taza de café de camping en la que nos habían traído nuestras moscow mules.

—Tienes poca pasta tú para un catálogo tan caro. Baja tus expectativas, amigo.

—Pero ¿lo conoces?

—Soy músico. ¿No dice tu amigo que siempre sabemos más de lo que aparentamos? —Rio y miró su taza—. Tiene gracia. La mula de Moscú...

Me di cuenta de que era el momento de parar, que para ser el primer día el nivel de complicidad y de información que habíamos intercambiado era suficiente. Así que desistí de obtener más información y empecé a planear una estrategia defensiva. De supervivencia. Se trataba de salir de allí por mi propio pie. Porque el amigo Jarek estaba animado y acababa de pedir otra ronda, esta vez de un cóctel diabólico llamado vesper. Si alguna vez tienen ese brebaje cerca, vigílenlo. Es capaz de amargarle la noche a cualquiera.

Había oído a Ángeles decir en el contestador «te echo de menos». Lo recordaba después de doce cócteles, así que dejé a Jarek cogiendo un taxi y cogí otro para mí. Un enorme manto negro cubría toda la ciudad. Las manillas de los coches estaban húmedas por el rocío. El viaje en taxi se me hizo eterno. Comenzaba a sentir el efecto del exceso de alcohol. Bajé la ventanilla y entró un aire gélido que aguanté tan solo un rato. La volví a subir. Por fin el coche paró en destino.

Al llegar a casa apreté la tecla de mi viejo Panasonic. ¿El resultado? Lo volví a oír. Estaba allí. Me tranquilizó y me dormí con todo puesto: la ropa, los recuerdos, las preguntas...

Por la mañana desperté lentamente, intentando identificar cada objeto que estaba cerca, cada lugar de mi casa. Me preguntaba qué hacían ahí todas esas plantas.

Creía haber soñado lo del mensaje, y me apresuré a comprobarlo de nuevo. Como el aparato no era nuevo precisamente, justo cuando necesitaba rebobinar, dijo que no, que ya estaba bien de mandar. Y ahí estaba yo, con un dolor de cabeza considerable, una sed más propia del desierto que de mi frondoso salón, y con un lápiz intentando girar la pequeña y paleolítica cinta magnetofónica a mano. Giro a giro, lo conseguí. Volví a ponerla en el reproductor, le di al *play* y después de escuchar algunos sonidos como de civilizaciones extraterrestres, escuché su voz de nuevo: «Hola, soy yo... Ángeles. Te echo de menos». En esta ocasión sí iba a devolverle la llamada.

Una ducha borró parte de los excesos y me preparé un café que se encargó de eliminar el resto. A la media hora ya estaba listo para llamarla.

—Hola, ¿Ángeles?

—Por fin llamas —dijo llena de ilusión, sin ningún atisbo de reproche.

—Quise hacerlo antes. Pero no me atreví.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho ahora.

—Yo también te echo de menos.

—Quiero verte.

—Ángeles. Tengo miedo de que lo estropeemos más. Si vas a volver sobre la idea...

—Carlos, me importas demasiado. Más de lo que yo creía. Más que el planeta, más que la puta política. Más que nada. Quiero verte.

Nunca había oído a Ángeles hablarme así, con tanto amor. Con tanta sinceridad. Aunque siempre hay un pero. Yo tenía un lío con Penélope Ferreiras. Y en ese momento era el último tema del que quería hablar. Claro que tampoco podía obviarlo y empezar con mal pie una posible nueva etapa con Ángeles.

—Antes tengo que romper una relación. —Decidí encarar la situación.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. No es nada importante. Pero no quiero mentirte.

—De acuerdo. Llámame cuando estés preparado.

—Lo haré.

Colgué. Tenía sobre mí la responsabilidad de ordenar mi vida sentimental, y, créanme, no estaba preparado para manejar todo aquello. Decidí prepararme otro café.

Mientras la cafetera acababa de generar ese brebaje divino, curioseé entre los ejemplares atrasados que se agolpaban junto a mi cama. Leí algunos artículos y comentarios que giraban en torno a Onofre Castro y me llamó la atención que la efervescencia que generó los días posteriores a la entrevista no solo no hubiese bajado, sino que creciese y se renovase. Conceptos como «eutanasia social» y «homicidio humanitario» habían aparecido tanto en los comentarios de opinadores como en las redes sociales. ¿Qué fue antes? Quién lo sabe.

Me quedé pensativo.

Ambas expresiones tenían un innegable refinamiento creativo. Expresaban un

concepto negativo mediante una verbalización positiva. Homicidio humanitario. Era matemáticamente igual a homicidio. Me recordaba aquel célebre concepto de «tolerancia cero», que era técnicamente igual a intolerancia. Pero no era lo mismo. Las personas aceptamos mejor los conceptos en positivo, por burdos y evidentes que sean. En esta vida las formas son muy importantes. Cuántas cosas con buen fondo y mala forma se estrellan contra el olvido y sus telarañas.

Ambas ideas planteaban igualmente la muerte del preso.

La primera, en el supuesto de que el reo decidiese por sí mismo morir y no llevar una vida que no merecía la pena ser vivida.

La segunda, que defendía la muerte por ser menos cruel que encerrar de por vida a un ser humano, era curiosamente respaldada por los enemigos de la cadena perpetua: para hacerle eso a un ser humano valía la pena dejarlo ir, morir con dignidad.

Es cierto que no eran planteamientos mayoritarios. ¿A qué espectro político pertenecían estas ideas? No sabría decirlo. Había reflexiones de gente de derechas, de izquierdas, de centro, creyente o atea, que llegaban por distintos caminos a las mismas conclusiones.

Por supuesto, también gritaban fuerte los que se oponían tanto a la pena capital como a la cadena perpetua, y todo esto les parecía una deriva autoritaria y errónea. Pero, poco a poco, paso a paso, las opiniones se iban acercando a la perspectiva de las víctimas y alejando de la frialdad técnica que había imperado hasta la fecha.

El segundo café me animó a llamar a Penélope, pero, antes de que pudiese hacerlo, sonó el timbre del teléfono. Miré el número en la pantalla del aparato. Era ella.

—Hola, Penélope.

—¡Carlos, cariño! —Se alegró, en directo.

—Penélope, me gustaría hablar contigo.

—Quieres contarme algo, ¡cabroncete!

¡Caramba! Qué intuición. ¿Cómo podía habérselo imaginado? Parecía

imposible.

—Ya lo sabe todo el mundo.

No. No había habido tiempo. Tenía que tratarse de una confusión.

—¿Sabes que puede que seas el periodista más joven en ganar un Ortega y Gasset?

¡Era eso! Respiré aliviado porque empezaba a creer que tenía mi casa llena de micrófonos y una legión de oyentes al otro lado.

—Bueno, de eso te quería hablar. No sé si debo aceptarlo. —Mi determinación se había resentido y aproveché el asunto del premio para dar un rodeo al verdadero asunto que deseaba tratar con ella.

—Vale, pues si quieres te preparo en casa una de mis cenas-masaje, y lo hablamos.

—Muchas gracias. Pero estoy un poco agobiado. Prefiero solo hablar.

—De acuerdo, de acuerdo. Tomamos un café donde quieras. —Retrocedió con elegancia.

—En el que está cerca del plató donde grabáis el programa, que nunca me acuerdo de cómo se llama.

—El Turpial.

—¿A las cuatro?

—Vale. —Colgó con cierta sequedad. Olía la tormenta.

El Turpial podría estar a la cabeza de los locales cutres de Madrid. Era uno esos establecimientos que vivía de un plató de televisión cercano y que, sin embargo, se mantenía completamente al margen de ese hecho. No había cambiado nada: ni un servicio adicional, ni un estilismo, ni un guiño, nada. Podría estar en cualquier polígono industrial, con cualquier sector a su lado, que seguiría frío e impersonal y con un olor a comida permanente. Quizá fuera el entorno más adecuado para que nuestra relación se volviese definitivamente fría e impersonal.

Penélope fue algo más que un idilio pasajero. Algo más que una mujer atractiva. Algo más que un huracán que pasó por mi vida. Era un mito. Pensar en

hablar con ella hacía que me temblasen las piernas. Como si fuese mi jefe. Aunque tenía la sensación de que lo asumiría perfectamente, con deportividad, con una enorme sonrisa, casi pidiendo un aplauso para mí al final de la conversación, no dejaba de pensar en la posibilidad, remota, de que me montase una escena, lo que sería doblemente desagradable. Con esas y otras inquietudes atornillé mi cuerpo a la silla de trabajo y clavé mis ojos en el ordenador intentando escribir y ordenar mis pensamientos. «En busca del catálogo», titulé el documento que acababa de abrir. Fui escribiendo una especie de esquema de cada mención al catálogo que había oído y con una flecha la unía a la siguiente, como los eslabones de la cadena: Purificación, Jesús, hoteles de lujo, músicos, Palace, pianista... Aunque claramente insuficiente, el recorrido prometía. Tenía la sensación de estar cada vez más cerca.

Me preparé una comida frugal: un sándwich de pavo y una ensalada con brotes de lechugas y espinacas, de esas que vienen ya cortadas y limpias en una bolsa. Quería reservarme para el café. Iba a ser amargo.

A las cuatro menos cuarto estaba entrando por la puerta del Turpial. Los camareros seguían allí, sobreviviendo a esa nube tóxica con aroma a comida y a líquido de aceitunas. Me pregunté, seguramente fruto de los nervios, cómo lo soportaban antes, cuando se podía fumar en los locales, y pude imaginar la niebla añadida a aquellas luces un tanto frías, envolviendo la barra con forma de U que, o te acercaba a los pinchos o te desterraba a la inmensa zona de las mesas, suficiente como para que tomase café todo el polígono industrial a la vez.

A las cuatro en punto llegó ella. Su melena ondulada esquivaba los efluvios. Era realmente atractiva. Me preguntaba por qué demonios iba a dejarla. Pero «el corazón tiene razones que la razón no entiende...».

—Hola. Qué puntual.

—Tú también. ¡Ya estabas aquí! ¡Estás deseando dejarme!

Sonrió. Y consiguió que quedase como un ser pequeño, desarmado, con una mala noticia que dar que ya había sido digerida, poniéndome nervioso, como cuando un profesor te sorprendía copiando en un examen.

—No exageres. Pero, sí, también quería hablar contigo de eso.

—No dramatices demasiado. Acabamos de conocernos. —Mantuvo la sonrisa, pero debajo de la piel dura que tapaba con maquillaje cada mañana, asomó cierta contrariedad, hasta diría que un pequeño disgusto.

—Simplemente no tengo claros mis sentimientos. Lo había dejado con Ángeles y me ha vuelto a llamar. Y no quiero mentir a nadie.

—Eres un buen chico, tío grande. —Ella me llamó así desde el momento que nos conocimos.

—No lo sé. Pero quiero paz en mi vida.

—La gente hoy valora la paz por encima de demasiadas cosas. ¿Dónde está el amor tormentoso? ¿Las historias truculentas? ¡Qué tiempos estos de lo políticamente correcto! La verdad es que yo también quería hablar contigo.

—Pues aquí estoy.

—Ahora ya no tiene mucho sentido, pero en todo caso hubiésemos tenido que dejarlo. Tus dudas sobre descartarte para el Ortega y Gasset no me convienen. Si se enterasen de que estás conmigo, podría malinterpretarse, parecer una influencia mía. A mí nunca me lo han dado, ¿sabes? Y puede parecer rencor...

—Ah. No te preocupes. No sabrán nada.

—Al contrario. Quiero que sepan que ya no estamos juntos.

—Pero si solo hemos estado juntos una vez.

—Lo saben. Lo saben todo siempre. Los compañeros del corazón tienen un radar más grande que el del aeropuerto —seguía hablando tan segura de sí misma como cuando entró—. No quiero barro en mi carrera. Lo entiendes, ¿verdad, tío grande? —Cogió su bolso, dejó intacto su té verde, me dio un beso en la mejilla y mientras se iba me preguntó—: ¿Amigos?

—Amigos. —Le lancé un beso, aliviado. Había entrado en la jaula con la pantera y había salido vivo.

A los pocos días vi mi nombre en una revista del corazón junto con dos fotos nuestras y un titular en el que afirmaba «No hay nada entre nosotros». Para

llegar alto tienes que ser eficaz, y si teclean esta palabra en el buscador de su elección, lo primero que les saldrá es una foto suya. Sonriendo, por supuesto.

Si algo me había quedado claro la otra noche fue que Jarek aguantaba la bebida más que yo y que él no me consideraba un cliente potencial de ese exclusivo catálogo. Yo intuía que sabía algo. Se mostraba esquivo. Pero no quería tirar del sedal demasiado pronto. Además, era poco probable que encontrase en el primer lugar que buscaba, por muy todopoderoso que fuese mi Palace. Había muchos más hoteles de lujo en Madrid: Ritz, Villa Magna y Orfila serían mis próximos destinos.

Empecé por el Ritz. Y me fui en metro, para no perder las buenas costumbres. Desde que el periódico había ingresado en mi nómina más dinero del que esperaba, sentía que tenía que aprovechar todas las oportunidades de gastarlo, y el taxi era uno de mis vicios más habituales. Pero llegar a un hotel de lujo habiendo ido en metro es una sensación muy agradable, sobre todo si viajas en un vagón completamente abarrotado.

En esta vida o eres del Palace o del Ritz, y yo tenía claro cuál era mi equipo. Sin embargo, he de reconocer que el servicio estaba a la altura y que compartían ese aire afrancesado y monumental. Los camareros, maestros de la corrección, contestaron mis preguntas con gran amabilidad, pero sin extenderse demasiado, manteniéndose en movimiento, bailando su vals. Salí dejando una generosa propina y me fui al Villa Magna. Esta vez, sí, en taxi.

En el recorrido me di cuenta de que era previsible que obtuviese el mismo resultado que en el Ritz. Eso de llegar por la puerta, pedir un café y obtener un ejemplar del catálogo era, como mínimo, un poco iluso por mi parte. Si quería pescar, tenía que poner un buen cebo. Y en este caso, el cebo era yo. Si no

parecía un potencial cliente, nunca accedería a una información de primera mano.

—Perdón, cambio de planes. Lléveme a la calle Antonio Cumella, 18.

Mi taxista, sorprendentemente, en lugar de alegrarse por la prolongación del recorrido, me obsequió con una suave mueca de desaprobación. Si lo hubiese visto mi tío, seguro que le habría llamado la atención. Más de cincuenta años en un taxi y no se cansó nunca de sonreír. «Cuesta lo mismo ser amable que desagradable —nos repetía—. Vivimos de los clientes, si ellos tienen un buen día, tú tendrás un buen día.» ¿De dónde sacaba esa generación esa energía positiva? Y ¿de dónde sacaba esta toda esa negatividad? Quería echarle la culpa de todo este estrés a Cabify, o a Uber... pero la realidad es que antes de que existiesen la gentileza no siempre estaba a la altura. En fin, fuese como fuese, yo siempre estaría de parte de los taxistas.

Llegué, pagué y entré en el edificio con la determinación de ir a ver a Antón. Y claro, había que atravesar el campo de minas. Me acerqué a la mesa de Fernando y de Tony y tuve la tentación de no parar.

—Buenas tardes.

—Hombre, el *showman* —me soltó Fernando nada más verme.

—No seas borde, tío —le recriminó Tony—. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin verte.

—Sí —le contesté a Tony.

—Ahora que eres un tipo importante ya te olvidas de los colegas. —Fernando lo volvió a intentar.

—¿Ya le tiraste los tejos a Ángeles? —Mentalmente ya me estaba quitando la chaqueta y apretando los puños.

—No, pero no me importaría. Ni a ti tampoco debería importarte. Al fin y al cabo, ya hace tiempo que no estáis juntos. A ver si también vas a salirnos un poco moro.

—Fernando, ¡para ya! —cortó Tony—. Además, no sé a qué viene lo de moro.

Si quieres llamarle celoso, llámale celoso. Pero intentemos no ofender a ninguna minoría.

—Estás en todo, Tony. Siempre fuiste el ideólogo del grupo.

—Y tú la alegría, Carlos. Se nota tu falta en las cervezas. Hasta Jo nos dice que bebemos menos...

—¡Los *hipsters* también miran por el negocio! —bromeé.

—¡Claro! ¡Tienen que pagar el peluquero de esas barbas!

Reímos un momento. Pero la tormenta seguía ahí.

—Ángeles no está. Salió un rato.

—Vengo a ver a Antón.

—A las alturas. —Fernando seguía queriendo sangre.

—Fernando, sé cuál es tu juego. Y por lo que a mí respecta, lo vas a jugar solo.

Di media vuelta y me fui. Él siguió hablando, intentando embarrar el ambiente.

—Tienes el síndrome de don importante... «ya no hablo con mis amigos de siempre», ahora «buenos días, chicos, tengo prisa, que voy a hablar con los jefes...».

Me alejaba y seguía oyendo cómo mascullaba, y pensé: «Jódete, Ángeles me quiere a mí».

Según me acercaba al despacho de Antón sentía la satisfacción de no haber caído en la trampa de sus provocaciones. Ninguno de nosotros merecía que Fernando se hubiese salido con la suya y que hubiese logrado que las emociones negativas lo empañasen todo. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

—Antón, ¿tienes diez minutos?

—¡*Superstar!* ¿Cómo estás, tío? Me alegra mucho verte en persona.

—Sí, últimamente somos un mail, un wasap, ¡relaciones virtuales!

—Estás haciendo un gran trabajo. Nos estás ayudando mucho. Esto es verdaderamente una exclusiva. Y tenías razón. Lo del programa de televisión nos ha beneficiado.

—También habrá influido que me viniera arriba y me pusiera a defender que ese cabrón muriese.

—¡Y lo hiciste de cojones! Hasta me has hecho dudar a mí, pacifista y antiviolencia de toda la vida.

—Tengo que plantearos algo importante.

Me miró como si esperase que fuese a darle una mala noticia.

—Necesito que financiéis una operación.

—¿Ya estás pidiendo más pasta?

—No, de momento no. Pero pronto. Dejemos aparcado ese asunto. Es para la investigación del caso Onofre Castro.

—Ese caso ya está investigado. Él es el culpable. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Creo que tengo algo muy importante detrás.

—Claro. Llevas semanas publicándolo.

—No es lo que sabes o, por lo menos, no lo que has visto hasta ahora. Esto puede ser algo mucho más grande.

—Te sigo. —Me encantaba cómo lo decía, era su muletilla, su forma de mantener el contacto con el que hablaba. Una manera de decir «no pares, venga, acaba de una vez».

Le conté cómo había llegado a mis oídos la existencia de un catálogo y cómo tenía la convicción de que estaba íntimamente relacionado con el caso, por lo que tenía que llegar al final del asunto.

—¿Y eso cuánto supone?

—Diez, veinte, quizá treinta mil euros.

—¿Estás de broma? ¿No lees los periódicos? ¿No sabes la situación financiera que atravesamos? Ves demasiadas películas.

—Pero esto puede ser un bombazo. Una bomba sobre otra bomba. Imagina un catálogo de prostitución de lujo que se mueve por las altas esferas de la noche madrileña, un político retirado relacionado con él y que resulta ser un asesino en serie.

—¿No serán fantasías tuyas? ¿No crees que con lo que tenemos es suficiente?

—Antón, el riesgo es poco para lo que está dando de sí periódicamente este caso.

Antón era un gran periodista, pero un pésimo negociador.

—La verdad es que le daría otra vuelta de tuerca al asunto Onofre Castro — especuló.

—Más días, más artículos, más audiencia...

—Tengo que hablar con el director. No te prometo nada. Pero hablaré solo de la primera cifra. Quiero seguir trabajando aquí.

—Antón, si tú te lo propones vas a conseguir la plata.

—¿Antes eras tan pelota?

—Solo contigo.

Lo dejé pensativo, buscando la mejor forma de conseguir el dinero.

Cuando salí me despedí de Tony, puse el modo avión cuando pasé ante Fernando y me lancé de nuevo a caminar por unas calles que todavía mantenían los últimos rescoldos de luz, a una ciudad sumergida en la hora bruja en la que mostraban su resplandor tanto el cielo como las farolas que flanqueaban las aceras. Y cuando pensé en el cielo, indefectiblemente, apareció Onofre. ¡Qué poco sabemos de la gente! Si me hubiesen dicho hace unos años que el tipo simpático de la derecha tenía una vida oculta... ¡Y esa vida oculta! Todavía hoy me costaba verlo consumiendo los productos del catálogo. Era tan honorable, tan amable en sus formas, tan luminoso. Recordaba sus palabras «el mal siempre tiene apariencia de bien» y me ponía alerta. Pero cuando las cosas no casan, no casan. No lo veía de putero corrupto. Y, además, para acceder a esos servicios el nivel económico que tenía que mantener era muy alto, tendría que salir de algún lado. Qué extraño y qué decepcionante.

No es bueno caer en el descreimiento cuando se trata de la condición humana. Las personas necesitamos creer en otras personas. Onofre no era nada en mi vida hasta que me llamó. O quizá hasta que me ofendió, junto a toda la sociedad, cometiendo aquellas vilezas. Pero a Fernando... a Fernando lo apreciaba. Y ahora lo despreciaba con toda mi alma. Ya no creía en Tony, dudaba de Ángeles, había

visto la dureza de corazón de Penélope... Crecer duele. Necesitaba retirarme a mis cuarteles de invierno.

Llegar a casa es siempre un acontecimiento. Sacas la piel dura, te pones tus zapatillas y, tengas o no tengas perro, te viene a recibir con su espíritu acogedor, que te recuerda efusivamente que eres bienvenido. Me cambié, me puse una sudadera aún más vieja, y mientras descongelaba un plato de lasaña en el microondas le dediqué un tiempo a mis plantas, que tiraban de mí diciéndome «te echamos de menos». Me gustaba ser querido. Me gustaba que notasen mi falta. Ángeles, el periódico, las plantas... Las regué, les retiré las hojas secas y preparé una mezcla de abono líquido para echar sobre sus hojas.

Había recogido en mi quiosco los periódicos de los últimos días. Me los guardaban. Eran cuatro ejemplares diarios. Mucho papel. Mucho que leer. Y mucho sobre mi caso. Ojeé uno tras otro hasta encontrarme con un artículo en el *ABC* que captó de inmediato mi atención:

IMPUNIDAD NO ES JUSTICIA: LA PENA DE MUERTE
NO ESTÁ (COMPLETAMENTE) ABOLIDA

*Por Agustín Cousillas, catedrático de Derecho Penal
en la Universidad de Santiago de Compostela*

Posiblemente el debate sobre la pena de muerte haya sido, a lo largo de la historia del Derecho Penal, el que más pasiones ha levantado. Y lo cierto es que, de ser una práctica generalizada en todos los regímenes jurídicos del mundo, a principios del siglo pasado pasó a quedar, de forma residual, y no sin cuestionamiento, en la minoría de ellos. Sin embargo, en casi todas las legislaciones se mantiene con excepciones como la que recoge la Constitución Española de 1978: «Queda abolida la pena de muerte, salvo lo que puedan disponer las leyes penales militares en tiempos de guerra».

Vemos cómo, en determinadas circunstancias, su aplicación es legal. Y la pregunta que nos debemos hacer ahora es cuáles son esas circunstancias. ¿Qué es más duro para un Estado, que un soldado deserte en el campo de batalla, comprometiendo la vida de sus compañeros, o que alguien aniquile a

varios de sus conciudadanos torturándolos, violándolos y asesinandolos del modo más atroz, una y otra vez?

Si hacemos un repaso a la historia, como lo hizo mi maestro Cuello Calón, veremos cómo hombres sabios, justos y buenos, durante muchos siglos, no pusieron en duda la necesidad de la pena de muerte, como la opinión de alguien tan determinante en la sociedad actual y el estado de libertades, como lo fue Montesquieu, para el que la pena de muerte era lícita «cuando se haya violado la seguridad privando a otro de la vida».

El mismo Rousseau, en su célebre *Contrato social*, reconocía el derecho de matar de la sociedad «siempre que no exista otro medio de impedir que se causasen nuevas víctimas».

Incluso los argumentos en su contra no siempre eran de corte moralista humanitario como hoy tenemos asumido. Pensadores tan «humanos» como Tomás Moro apuntaban a la abolición por cuestiones prácticas, diciendo que «un hombre obligado a trabajos forzados es más útil que un cadáver».

A lo largo de la historia sí ha habido un consenso alrededor de la propuesta de Jeremy Bentham: reducir su aplicación a los casos más atroces.

No sé muy bien cómo se ha llegado hasta aquí, francamente. Quizá por los excesos del pasado, por el uso recurrente de la pena capital por los regímenes autoritarios en gran parte del siglo XX. Lo cierto es que el péndulo se desplazó al otro extremo, y de aquella especie de consenso para reducir su aplicación a casos y circunstancias atroces, hemos pasado simple y llanamente a una situación que roza la impunidad.

Aprovechemos que su abolición no es absoluta y ha dejado una rendija jurídica para ampliar esos supuestos de daño y consideremos un estado de guerra la lucha contra ese tipo de crimen salvaje y despiadado contra mujeres y seres indefensos.

Contra el argumento de venganza no es justicia, esgrimamos que impunidad no es justicia.

Nuestra sociedad lo necesita.

El microondas no paraba de pitar avisándome de que había acabado y mi cena estaba lista. Era la segunda vez que leía el artículo. «Impunidad no es justicia.» Eso era lo que me había hecho saltar al vacío, lo que me había empujado al mundo de la opinión y lo que me ocasionaría sin duda problemas en mi profesión, en mi reputación periodística, a pesar del momento de gloria efímera que estaba provocándome. Pero intuitivamente yo había llegado a una conclusión similar a la de un penalista ilustre —como pude comprobar después en la Wikipedia—. Lo atroz merecía un tratamiento penal diferente. Eso me aliviaba; me daría argumentos para cuando viniesen mal dadas y fuese objeto de

críticas y descalificaciones, que a buen seguro llegarían. Y ese apoyo moral me abrió el apetito.

Me había acostumbrado a comer y dormir escribiendo o leyendo sobre muertes y atrocidades.

Un timbre. Vamos, rápido, escapa. Algo sucede. La alarma anuncia que esto se hunde. Sentía la alteración del cortisol corriendo por mis venas, llevando la alerta a todo mi cuerpo. Pero no podía moverme. Venían a por mí y no podía moverme. Demonios, ¿qué me pasaba? La alarma seguía sonando, insistente. Hice un esfuerzo, pero nada.

Di un respingo y, sobresaltado, me levanté de la cama. Joder, qué pesadilla. Era el puto móvil, que parecía un barco a punto de hundirse. Era el tono que tenía asociado a Antón. Tenía sentido. Al fin y al cabo, siempre que te llama tu jefe es una especie de alerta, una catástrofe en potencia.

—Dime.

—Carlos, veo que te he despertado. Pero es por una buena causa.

—Eso espero.

—Han dado el OK a lo de la plata. Diez mil.

—Y cuándo puedo...

—Cuando quieras, ya mismo. Lo tengo yo.

—Pues paso por ahí.

—¡Diez mil pavos! Gestiónalos bien, hermano.

—¿Hermano?

—¿No habláis así ahora? No me jodas, Carlos.

—Muchas gracias, *bro*...

—Que te den.

Todavía no me había repuesto del susto. Mi vida ya era suficientemente agitada

para que mis sueños se sumasen a la fiesta. Una pesadilla. ¿Por qué tendremos pesadillas? ¿Por qué las viviremos con tal intensidad? Estamos realmente en otra dimensión cuando soñamos. Odiamos, amamos, sudamos, lloramos... sin movernos de nuestra cama. Jesús diría que es un fallo de fabricación. Y que no nos molestemos en reclamar. Nadie se haría responsable.

Me imaginé hablando con Onofre sobre esos sueños malditos. Seguro que tendría sus puntos de vista llamativos, sus teorías; que era capaz de charlar durante un buen rato de por qué la vida es mejor con pesadillas que sin ellas. O al contrario. No había tema al que le hiciese ascos.

Estaba claro que seguía con una fuerte ansiedad. Me paré a pensar en los motivos, intentando calmarme. En el fondo, lo que más me había preocupado hasta ahora había sido no estar a la altura de las expectativas. Decepcionar. Cagarla. Hacerlo mal. Pero a ello se había sumado el temor a que todo lo referente al juicio saliese mal. A la impunidad de Onofre. Temía que lograra conquistar al jurado como conseguía, por momentos, conquistarme a mí, y se fuese de rositas.

No soportaba esa visión, que yo no hubiese sido capaz de ayudar a que le cayese una tonelada de mierda encima a ese engendro.

Eran las nueve de la mañana. Temprano para mí. Pero, ya que estaba despierto, nada mejor que ponerme en marcha. Me preparé mi café y me fui a coger un taxi. Sí, nada de metro. Iba a por mis diez mil pavos. ¡Qué menos!

El pequeño Orfila, de estilo neoclásico, es posiblemente el hotel de lujo de Madrid al que iría Talese... si no existiera el Palace, claro. Manejable, discretamente situado en una pequeña calle madrileña cercana a la plaza de Colón, todo en él es refinamiento y armonía, manteniendo una dimensión personal, casi como si fuese una pensión, pero de un lujo extraordinario. Un hotel que iba a ser el primero que me vería entrar con diez mil euros en el bolsillo. Y muy posiblemente, el último.

Diez mil euros es mucho dinero, pero no ocupan tanto como puede parecer. Veinte billetes de cien y dieciséis de quinientos son un equipaje ligero que cabe en todos los bolsillos.

Entré por la pequeña recepción y me dirigí con autosuficiencia hacia el bar. Llevaba mi mejor americana, solo tengo dos, pero iba pintón. Con el pelo algo mojado tenía mi atractivo. Y me sentía mucho más guapo con todo ese efectivo apretándose contra mi pierna.

—Buenos días. Me pone un café cortado y una porra, por favor.

—Lo siento, señor, pero no tenemos porras —me dijo el camarero con amabilidad, con la sensibilidad suficiente como para no herir mi ego.

No era el contexto para un café con porras. Pero quise llamar la atención con algo. Pensé que ir de nuevo rico por la vida podría ayudar al personaje.

—Tenemos una bollería excelente. ¿Le apetece un surtido de la casa?

Acepté y pedí la prensa. Mantenían esa costumbre de ponerles un listón en el lomo a modo de columna vertebral, y mantenerlos colgados cerca de la barra. Un sistema un tanto incómodo pero pintoresco. Imagino que para darle mucho uso

sería útil. Pero me dificultó poder ver la bollería, así que decidí apoyarlo en la barra y ocupar dos o tres sitios. Al fin y al cabo, estaba solo.

—¿Se hospeda usted en el hotel?

—De momento, no —respondí—, me recomendó este lugar mi amigo Igor, el Ruso —dije por si lo conocían, o les sonaba de algo.

—Pues dele las gracias a Igor por recomendarnos.

—Igor el Ruso —recalqué.

—Sí, hay mucho ruso últimamente por Madrid.

—¿Ah, sí? —Y saqué un billete de cien para que me fuese cobrando.

—Bueno, alguno se ve. —Fue hacia la caja registradora y volvió con varios billetes.

—Deje, así está bien.

—Muchas gracias, señor —me dijo entre alucinado y entusiasmado.

—¿Tienen música en directo?

—No, señor. Pero si quiere le puedo recomendar un lugar.

—No, no se preocupe. Lo decía porque Igor el Ruso es el pianista del Palace. A lo mejor se conocían. —Insistí con evidente torpeza solo disculpable por los más de ochenta euros de propina.

—Pues no. El único ruso que venía por aquí era un chico que jugaba al ajedrez maravillosamente bien. Decían que era un gran maestro. Nuestro director es un excelente jugador. Y no fue capaz de ganarle una sola partida. Jugaron en muchas ocasiones.

—¿Venía mucho por aquí?

—Con frecuencia. A veces se quedaban jugando hasta la madrugada.

—¿Cómo se llamaba?

—El director se dirigía a él como señor Ivanovich.

—Un hombre maduro.

—¡Qué va! Era un joven que se parecía a Bill Gates, pero en ruso. Siempre con su maletín y sus gafas gruesas.

—¿Leía? —Quise visualizar la imagen, ver si había algún gran libro de por

medio. Saber si era literatura lo que llevaba consigo o simplemente mercancía.

—Puede ser. A lo mejor cuando esperaba. Pero no lo recuerdo. Se sentaba allí. Yo siempre estuve en la barra y no se ve demasiado bien.

—¿Sigue viniendo por aquí?

—No, hace mucho que no viene —empecé a pensar que había malgastado la propina—, más de dos años. Lo sé porque dejó de venir al poco tiempo de que yo empezase a trabajar aquí. Y ya llevo más de dos años.

—Enhorabuena.

—Con clientes como usted da gusto.

—Supongo que tendrá buenos clientes.

—Es verdad. Aquí viene gente de muy alto nivel. Hombres de negocios, gente de gobiernos extranjeros.

—Vamos, que no es un hotel de parejitas.

—Solo si la parejita tiene una gran cuenta corriente.

Sonreí y me fui pensando que mi amigo Jarek iba a ser quien más disfrutase de los diez mil euros que había invertido el periódico en mi historia.

La habitación del hotel era tan grande que podía levantarme de la silla y dar veinte pasos de ida y otros veinte a la derecha por la elegante tarima de roble cubierta, en su mayoría, por una lujosa moqueta. Podía seguir por otro pasillo entre mesitas de caoba, sillones de terciopelo, perderme entre la cantidad de detalles de todo tipo, esculturas, lámparas, flores, y pasar a la estancia contigua donde una cama, hubiera jurado que era una cama a pesar de tener esas enormes dimensiones, descansaba bajo un cabecero con caídas de gruesas sedas, que daban a todo un aspecto de santuario. Me empezó a parecer razonable la pasta que costaba dormir allí. Tenía que aprovechar aquello. ¡Estaba hospedado en el Palace! Y no de cualquier forma, en la Suite Real. Una habitación mucho más grande que todo mi apartamento. A cambio, se iban a quedar con los primeros dos mil euros del periódico.

La Suite Real tenía un llavero especial, muy artístico, como si fuese una joya barroca.

Bajé a las estancias comunes y me dejé ver con mi llavero en la mano.

—Don Carlos, ¿no me diga que está usted hospedado? —El flaco Senio se acercó curioso.

—Me apetecía. Busco inspiración, cosas nuevas. Sensaciones fuertes.

—Y veo que a lo grande.

—Exactamente.

—La Suite Real.

—Para empezar.

Sabía que pronto sería el cambio de turno del pianista. Y nada más acabar de

hablar con Senio y de pedir una botella de Dom Pérignon, entró Jarek por el vestíbulo. Se acercó a saludarme.

—Buenas noches, Carlos —me dijo, escrutándome—. Botella de Dom Pérignon, el llavero de la Suite Real... ¿Estamos celebrando algo?

—Quiero emociones fuertes, Jarek. Me apeteció disfrutar de este gran hotel a pesar de no necesitarlo. Tengo, como sabes, residencia en Madrid. —Quizá se me estaba yendo la mano. Lo de «residencia» había sido una impostura excesiva—. Después llamaré para que me consigan diversión —dije, sacando un fajo de billetes de quinientos euros; extraje uno y lo dejé sobre la cuenta—. Perdóname, Jarek. Me apetece dar un paseo. Luego te veo. Vivo aquí.

Jarek me dejó ir, observándome ojiplático. Confiaba en que habría mordido el anzuelo. Pero tendría que esperar y ser paciente.

La estatua de la Cibeles iluminada es, posiblemente, junto con la Puerta de Alcalá, lo más carismático de Madrid. Pasear por aquella zona de noche era un lujo. Madrid es una ciudad segura, por eso paseaba tranquilo. Llevaba una pequeña fortuna en mi bolsillo. A medida que me iba alejando, disfrutaba cada vez menos. A veces, las frases hechas te devuelven a la sensatez y la de «no existe el riesgo cero» sonó con fuerza en mi interior mientras caminaba. La responsabilidad de la pasta me hacía pensar en la cara de tonto que se me quedaría si un cabrón me asaltase y se llevase el premio gordo. Di la vuelta y me dirigí de nuevo a mi *château*. «Unas vacaciones de un par de horas», pensé. Divertido. Sonreía. Me olvidé por un instante del sórdido asunto que me había llevado hasta allí. Necesitaba relajarme. Tenía que dejar de tener pesadillas.

Jarek seguía con su repertorio. Una especie de versiones jazz de clásicos, un *Para Elisa* a ritmo de swing... Agradable. Regresé a la faena. Tenía que volver a presionar. Y nada mejor que despilfarrar con otra botella. Miré la carta y vi que el Pingus era más caro aún que el champán anterior. ¡Casi tanto como la suite! Tenía que probarlo. Cuando mi amigo el pianista hizo su pausa vino a mi encuentro.

—*Vive la vie!*

—¿Te apetece una copa?

—Por supuesto. Aunque no me permiten beber en las mesas, supongo que contigo no habrá problemas. Y con este vino, entenderán la excepción.

—Pues brindemos.

—¡Por la vida!

—Y por las mujeres.

Todos sabemos fanfarronear. Lo aprendemos a través del cine, de las novelas. En el fondo, todos esos protagonistas bien peinados y con buenos deportivos eran una escuela a la que mirar en caso de necesidad. Yo sentía mi torpeza, balbuceaba en ocasiones cuando elegía un vino o adoptaba un gesto o un comportamiento fingiendo ser el personaje que había creado. Pero nadie notaba nada. Nadie sospechaba. Y ¿saben por qué? El dinero. El único salvoconducto, la única contraseña que te exigen está impresa en pequeños papeles rectangulares. La pasta. Puedes ser el tipo más patoso, que como lleves pasta en efectivo nadie duda. Están acostumbrados a ver grandes patanes y tratarlos como elevados y refinados personajes. «Es la pasta, estúpido», me repetía mientras me daba un arrebato de seguridad para seguir con mi plan.

—Carlos, ¿realmente te puedes permitir todo esto? —me preguntó con más curiosidad que preocupación.

—No sabes nada de mí, Jarek. Mi familia...

—Es que si puedes, a lo mejor puedo ponerte en contacto con la crema de la crema.

—¿A qué te refieres?

—Las mejores mujeres de Madrid.

—No estaría mal.

—Lo mejor.

—Bueno, eso decís todos.

—Estas no son profesionales.

—También eso lo decís todos.

—Son mujeres normales. Famosas. No son profesionales, créeme. Lo más

exquisito.

—Si no son profesionales, ¿cómo puedes ofrecerme su trabajo?

—Es una larga historia. Las mujeres lo hacen y punto. ¿Te apetece llegar a lo más alto?

—Eso es lo que yo llamo dar en el clavo.

Los minutos siguientes fueron de relleno, hasta que empezó a deshacerse en explicaciones de cómo hacerme entrega de un misterioso, exclusivo, *top secret*, catálogo. Tendría quince minutos para ver y elegir tres opciones y luego debería devolverlo y enviar un mensaje con los números de las mujeres elegidas al teléfono que aparecía en la contracubierta. Cuando recibiese el OK, enviaría el nombre del hotel y el número de habitación. A las tres horas aparecería una de ellas, en función de la disponibilidad.

—Diez mil euros la noche, ¿te interesa?

—Por qué no. Pero ¿por qué ese sistema tan enrevesado?

—Normas, son las normas.

—¿Elegir tres?

—Ellas no saben que van a trabajar.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho, no son profesionales. Son chicas normales: empleadas, directivas, artistas, alguna alta funcionaria... de todo. Hasta la llamada son «gente normal». —Y marcó con sus dedos en el aire las comillas, un gesto que aborrezco particularmente—. Con su vida, sus profesiones, su carrera, sus familias... Y cuando las llaman saben que una de las tres tendrá que ir. Ellas se organizan. Hoy por ti, mañana por mí.

Se extendía en darme datos como tratando de hacer más apetecible la mercancía, más codiciada la pieza.

—¿Las obligan?

—Digamos que están previamente convencidas.

—¿Las extorsionan?

—¿Tú eres su abogado o quieres pasártelo bien?

—¿Las obligan? —insistí—. ¿A gente normal? —Me costaba disimular la perplejidad.

—¿Qué crees, que las otras chicas no son normales, que no están obligadas? Nadie está en eso realmente por su voluntad. ¿Desesperación? ¿Falta de alternativas? La vida es difícil.

—Y ¿si no van?

—Rodia no acepta nunca un no.

—¿Rodia?

—Olvídalo, es una expresión polaca.

—¿Crees que soy tonto? ¿Cómo se dice gilipollas en polaco?

—*Głupi*.

—¿*Głupi*? Pues sí que suena a gilipollas. —A pesar de la broma, no pude sonreír. Pero me dio tiempo a rearmarme—. ¿Crees que voy a pagar esa cantidad y mandar un mensaje sin saber con quién estoy tratando?

—Me conoces a mí.

—¿Tú qué pintas en todo esto?

—Yo soy la mula.

—La mula moscovita. —Recordé el cóctel de la primera noche de juerga con Jarek.

—La mula... polaca. La que lleva el catálogo a los clientes.

Ya tenía lo que buscaba. Una confesión. Era el contacto. La emoción me hizo precipitarme.

—¿Quién es esa gente?

—¿Te interesa o no? —me contestó muy incómodo.

Decidí suavizar mis preguntas, y plantear una postura que pudiese comprender.

—Jarek, me da la sensación de que hay gente extraña detrás de todo esto. Me parece que es algo más que divertirse. Lo que me has contado es un poco inquietante.

—Es el mundo del vicio, amigo. Sofisticado, perverso, siempre igual... Siempre ha sido igual —añadió con cierta melancolía en su mirada, como un perro de caza al que se le escapa volando la pieza.

—¿Qué sacas tú con todo esto?

—Vivir.

Me tomé una pausa, como si lo estuviese valorando, pensándolo, aunque lo que estaba era tratando de elegir las palabras adecuadas para no espantarlo ni desmontar mi coartada. No, no iba a ser yo el cerdo número mil que amargase una noche más a aquellas pobres mujeres. Tenía lo que quería. Esperaría el momento de pasar al ataque.

—Hoy no va a poder ser, Jarek. —Volví al personaje—. Demasiado champán, demasiado vino. Mañana, o quizá otro día. —Tenía que dejarlo con ganas, vivo.

—¿Mañana estás? —Ahora estaba ansioso por colocarme la mercancía.

—Sí, pero para poder aceptar tendrás que darme más información, decirme de dónde viene ese catálogo y quién es Rodia. Tienes que entenderlo. Me gusta la aventura, pero sabiendo el terreno que piso. No te preocupes. Soy una persona discreta. Sé mantener un secreto.

El ambiente se heló. Me di cuenta de que era la mención de Rodia la que lo hacía estremecerse. Se levantó y volvió a su piano. Yo hice lo propio y le dejé una tarjeta con mi número. Dije buenas noches y me fui a dormir a mi portaaviones de terciopelo.

Caminé por el hotel, pensativo. Entristecido por aquella visión indecente y escandalosa de un mundo oculto ante nuestras narices: favores sexuales vendidos sin pudor, sin demasiado miramiento, a plena luz del día. De gente que vemos con normalidad, compartiendo nuestra vida. Turbado, al ver de cerca las impurezas de la sociedad. Mientras padres e hijos ven su programa favorito de televisión, mientras gentes pasean, otros leen, mientras se ama, se descansa, se piensa, se duerme, se entrena, se ríe. La sordidez sobrevuela cada día, cada noche, la ciudad. Convivimos con esas supuraciones como cualquier organismo. Ignorándolas. Negando la evidencia. No dejándonos impresionar, obviando ese

mundo oculto y enterrado. Pero ahí estaban. Existían. Un catálogo de gente extorsionada, presionada sabe Dios de qué manera a venderse para que depravados con dinero añadiesen otro tipo de captura a su elenco de caza personal.

Me tumbé en la cama en estado catatónico, respirando con la boca abierta, reseca de no dar crédito, de incredulidad. ¿Quién era ese Rodia? ¿Por qué intimidaba de esa forma a un golfo como Jarek, que parecía no tomarse en serio nada más que la música de Chopin? Y Onofre Castro, ¿qué pintaba en todo esto? ¿Era casualidad? ¿Tendría alguna relación? ¿Accedió a las chicas del catálogo y simplemente decidió acabar con ellas?

¿Con algunas? ¿Con todas? Estaba metiéndome en zona peligrosa. Mi instinto de supervivencia me decía que sí, que lo dejase y me fuese. Pero Guy Talese me obligó a continuar, me miró fijamente y me dijo: «Eres periodista».

Cuando me desperté, los terciopelos seguían allí. Me había dormido entre preguntas y me estaba despertando con preguntas. ¿A quién acudir? ¿Qué hacer? Sentía que podía ser peligroso, que en donde me estaba metiendo no me esperaba nada bueno. Una cara severa me miraba con sequedad desde el recuerdo: el rostro del inspector Vega era una tabla flotando en el mar mientras sentía que me ahogaba.

Me encantan los desayunos y, a pesar de conocer las estancias comunes del Palace, nunca había disfrutado de su succulento bufet. Con devoción, pero también con obligación —al fin y al cabo el personaje que había creado tenía que continuar—, di cuenta de un desayuno que parecía americano y continental a la vez, la comida del día, confirmando la ley del pobre: antes reventar que sobre. Leí los periódicos, interesado por lo que pasaba en el mundo, pero inconscientemente buscando noticias de «mi» mundo. Algún comentario, algún artículo, alguna carta al director. Los ecos de las últimas provocaciones de Onofre Castro seguían vivos, y no tardé en encontrar una columna de un colaborador de *Voces del Mundo*, que se titulaba «Todos somos víctimas», y en la que expresaba su enérgica crítica a la mansedumbre que mostrábamos ante situaciones de injusticia, ante la falta de exigencia de responsabilidades a una jueza que había permitido que se humillase a las víctimas después de muertas y a la más que cuestionable ética de «quien cede su pluma y su talento para propagar estiércol sobre los rostros de todos los ciudadanos. Plumilla de Buitre, le llamaron, y seguramente encontraron en esa caricatura el resumen de su cuestionable ética». Bueno, no eran los comentarios más digestivos para empezar la mañana, pero ya me iba acostumbrando a las estridencias del éxito. A

encajar la crítica siempre que fuese minoritaria. Molestaba, pero la energía positiva acababa venciendo. A pesar de esa propensión que tenemos todos a mirar la mancha en el pantalón obviando el resto y focalizar la atención sobre el borrón, y no sobre el texto. A veces nos impresiona más lo que afea que lo que embellece.

El éxito es un hecho estadístico. Si te presentas a unas elecciones y te vota el sesenta por ciento del electorado, habrás obtenido unos resultados extraordinariamente buenos. Lo que no te exime de que cuatro de cada diez digan barbaridades sobre ti, te desprecien, insulten, increpen y hasta aborrezcan. La unanimidad, en sociedad, no existe. Eso me consolaba y me hacía ver mi éxito con cierto orgullo, sentirme afortunado y saborear la satisfacción del trabajo bien hecho.

Me llamaba la atención el ataque de bondad de muchos compañeros periodistas. Aunque bien pensado, es algo innato en todos nosotros, no solo en los profesionales del periodismo. Somos capaces de apiadarnos hasta del ser más miserable. Con una condición, que no nos haya atacado, ni a nosotros ni a los nuestros. Al menos, recientemente. Que haya transcurrido tiempo suficiente para no tener que pasar por el trance de tener que tomar una decisión desagradable. Y salvo que ese miserable se revuelva contra nosotros, nos entregaremos al ritual de la benevolencia. Nos ablandaremos. Pero si se viene hacia nosotros, y vemos que es capaz de llevarnos por delante, entonces lo liquidamos sin dudar. Con la comprensión y posiblemente el aplauso de todos. Lo llaman legítima defensa. Y como ven, es una cuestión de tiempos. Recogí mis cosas. Unos instantes bastaron para retornar mi muda a la bolsa bandolera de cuero con la que creía completar mi *look* de bohemio excéntrico y rico, o, al menos, esa era la intención que tenía cuando la compré. Me di cuenta de que todavía llevaba la etiqueta con el precio colgando y confié en que nadie hubiese reparado en ello, aunque tampoco me preocupaba demasiado. Ya sabía que en estos lugares, con el bolsillo lleno, nunca se comenten errores. Pagué mi cuenta y me fui con el

bolsillo bastante más ligero. Con la mitad de peso que cuando llegué, pero con el zurrón lleno de caza.

Mientras me acercaba a casa decidí llamar a Vega.

—¿Inspector Vega?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Soy Carlos Wolverine, el periodista.

—Hola, Carlos. Qué sorpresa.

—Necesitaba hablar con usted.

—Para eso estamos. Ya sabe. Somos un servicio público.

Seguro que sería un tipo simpático en su círculo más íntimo. Pero su sarcasmo era papel de lija para los que no estábamos en él.

—Le agradezco la disposición. ¿Cuándo podría verlo?

—Hoy mismo, si quiere. Podemos tomar café. Eso sí, le agradecería que fuese por la zona centro. Tengo luego un compromiso en el paseo del Prado.

—¿A las cuatro?

—Perfecto. ¿Le parece bien en el café Gijón?

—¿El de los escritores? Por supuesto. No me pegaba usted en sitios con sabor literario.

—Tampoco me pegaba usted a mí, pero es un sitio agradable.

Definitivamente hay gente que nace para policía.

—De acuerdo, inspector. Allí nos vemos.

Las palomas de la paz siguen volando sobre mi celda.

Diario de Onofre Castro

El café Gijón es una institución que tiene más de un siglo de historia y por el que han pasado intelectuales y artistas de todo tipo. Es de esos lugares conocidos en todo el mundo, anhelado por las jóvenes promesas que buscan en su interior la consagración de sus talentos e inquietudes. Pero la mayor parte de las veces en sus sillones rojos se encuentra gente normal, gente de paso o que trabaja por la zona y acude a tomar uno de sus buenos cafés, sus excelentes desayunos y, de paso, mantener vivo un lugar mítico. Llegar tarde al café Gijón es siempre disculpable. El que espera disfrutará de esos minutos que le invitarán a pensar, dispararán su fantasía y acabará agradeciendo el retraso.

Jugueteé con las servilletas, miré por la ventana. Imaginé cómo sería ese lugar rodeado de coches de caballos, como en sus inicios, y no de una circulación torpe y machacona de vehículos inanimados. Después del primer cuarto de hora de espera, empecé con los clientes. Primero mirando con cierto disimulo. Poco a poco mis miradas fueron más descaradas, aprovechando que no me veían, que estaban leyendo sus periódicos, sus libros. Las mesas se hallaban casi todas ocupadas por tan solo una persona. Una chica con un jersey azul, sumergida en un grueso volumen de tapa dura es la imagen que resume el momento, con la que me quedo, por su gesto, porque se notaba que estaba disfrutando la lectura. Tres mesas más a la derecha, un tipo corpulento parecía estudiarse el periódico. Y el resto ojeaba y leía en actitudes más ligeras, pero siempre alrededor de un papel impreso, con noticias, con historias, con poemas, qué más daba. Era el café Gijón, y a veces el envoltorio es tan importante como el contenido. Fantaseé con la idea de que podrían estar leyendo algo sobre mi trabajo, sobre Onofre Castro, sobre la polémica de las condenas, y me puse a hacer cábalas de cuál sería su

línea de pensamiento, qué tipo de posición tomarían ante ese debate sobre la forma de castigar las atrocidades, debate que yo había propiciado de alguna manera.

La espera superaba ya la media hora. Empecé a preocuparme. Vega no parecía el tipo de persona que llega apresurada jadeando y pidiendo perdón por el retraso. Seguro que era puntual, y seguro que su tardanza tenía un motivo.

Apareció con cuarenta minutos de retraso. Entró con un paso lento, algo inquietante. Le sonreí y le hice un gesto con la mano. Me miró como diciendo «sé perfectamente dónde estás». Llegó, se sentó y mirándome fijamente empezó a hablar.

—Carlos, está usted metido en un buen lío.

No es fácil oír esas palabras en la boca de un policía.

—Ha aparecido el cuerpo de un hombre flotando en el estanque del parque del Retiro. Fue identificado por sus pertenencias y al parecer trabajaba como pianista en el Palace. Los empleados del hotel le han mencionado a usted como una de las últimas personas que fue vista en su compañía.

Muerto. Jarek, la mula. Muerto. Y no tuberculoso, como su adorado Chopin. Flotando como las víctimas de las mafias de los muelles neoyorquinos de principios de siglo pasado. Y yo había estado con él. Y ahora, los focos me apuntaban. Seguía sin poder hablar, bloqueado por la imagen de Jarek mirando al fondo del estanque donde solía llevarme mi padre a remar los domingos, cuando era niño.

—Sí, estuve con él. —Me sentía consternado—. De eso es de lo que quería hablar con usted.

—Después de su llamada, recibimos la denuncia de uno de los cuidadores del parque. Se recuperó el cadáver y su identificación fue muy sencilla. Llevaba toda su documentación encima. Nos resultó fácil llegar a su trabajo en el Palace. Todavía no sabemos la causa de la muerte. Pero no se descarta nada. Suicidio, asesinato, cualquier hipótesis es posible. Y en una de ellas, usted aparece como sospechoso.

La atmósfera del café Gijón había desaparecido. Ahora era tan solo el lugar donde era, por primera vez, sospechoso de asesinato. Y esperaba, con toda intensidad, que fuese la última.

—He informado de que venía a hablar con usted. Manténgase localizable.

—Por supuesto.

—¿De qué quería hablarme?

Todavía estaba sorprendido por la muerte de Jarek. Me costaba concentrarme. Sentí miedo. Esto no era un juego. Había gente muriendo a mi lado.

—¿Recuerda que la primera vez que nos vimos hablamos de un catálogo de prostitutas?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, existe.

—Ya lo supongo. Seguro que hay más de uno —dijo duro como una roca.

—Pero lo que ignora es que se trata de un catálogo de mujeres normales obligadas a prostituirse. Extorsionadas.

—¿Cómo sabe eso?

—Me lo contó Jarek. Él era la mula. El que facilitaba el catálogo. De gente no profesional, insistía. No entiendo cómo lo conseguían, pero eso es lo que me dijo que hacían.

—Esa gente sabe ser persuasiva.

—Pero no será fácil —le dije, aunque lo que me apetecía era apremiarlo con un «continúe», homenajando a Antón, mi jefe, y esa especie de «venga, acaba» que siempre tenía en la boca cuando quería sacarte información.

—Si le enseñan fotos de su gente querida, si exhiben la capacidad de destrozar todo lo que le importa en su vida, verá cómo no le parece tan difícil. Sobre todo, si te prometen discreción, que prácticamente nadie lo sabrá... Un dilema con una solución fácil: tragar.

Entonces le conté al inspector cómo había sido todo. Cómo tuve la intuición de que el catálogo estaba relacionado con Onofre Castro y cómo empecé a husmear por los hoteles de lujo de Madrid. Cómo propuse el plan al periódico

para que me financiase la investigación y lo fácil que fue que me propusiesen pagar diez mil euros por ese tipo de servicio. Y cómo cambió el rostro de Jarek cuando le pregunté por el nombre que accidentalmente había mencionado.

—¿Cuál era ese nombre?

—Rodia.

—¿Rodia?

—¿Le dice algo?

—Mucho. Y nada bueno.

—Le sigo. —Ahora ya emulaba al maestro sin disimulo.

—Si es quien creo, está usted metido en más de un problema, Carlos.

Los escalofríos se habían agotado para mí con las visitas a Onofre Castro en la cárcel. Pero aún quedaba uno esperando este momento.

—Rodion Sokolov, el jefe de la mafia rusa en España. Apodado Rodia por su gente. Es el tipo más peligroso que hay en nuestro país en la actualidad. Con eso le digo todo. Sospechamos de centenares de actividades delictivas de todo tipo. Es un individuo descarado, va por ahí fanfarroneando, siempre con chicas guapas. Coches, yates, joyas... todo lo que pueda imaginar de un personaje hortera y sin escrúpulos al que no somos capaces de echarle el guante. Tiene un ejército trabajando para él: abogados, contables, gente de seguridad, exagentes del KGB, antiguos militares yugoslavos, lo mejor de cada casa. Vive en Marbella, pero está constantemente de viaje. Frecuenta Madrid.

—Es peligroso.

—Le estoy diciendo que es el más peligroso. Es cruel, frío y poderoso. —Su mirada transmitía el odio que tenía el inspector hacia esa gente—. Verá, en una ocasión apareció en un restaurante en Formentera muy selecto. Al parecer, era cliente habitual, dejaba grandes propinas y siempre montaba el numerito saludando, exhibiendo ante las chicas su poderío, llevándolas a la cocina a hablar con el chef... Aquella vez, había ido con dos modelos, como siempre, pero llevaba encima su propia trufa blanca.

—¿Se trata de un arma?

—No. Estoy hablando de una trufa blanca, con la que se cocina. La carísima trufa blanca.

—Disculpe, me pareció un nombre coloquial...

—Decían que costaba más de veinte mil euros.

—¿Veinte mil euros?

—Como lo oye. Al parecer las traía personalmente desde Italia. Una especie de hongo con forma de patata, ¡de más de veinte mil euros!... La sacó y pidió que solo le echasen de esa en unos huevos con trufa, el plato especialidad de la casa, que había pedido. Usaron una pequeña parte, casi nada, y al marcharse la dejó allí olvidada, prácticamente entera. Ni siquiera volvió a por ella. El dueño del restaurante quiso devolvérsela, pero no supo dónde localizarlo; su barco ya no estaba por la isla y no creyó conveniente andar por ahí contando esas intimidades de uno de sus clientes.

—Y ¿por qué me cuenta esta historia? Entiendo que es inmoral despilfarrar así el dinero.

—Nadie se atrevió a tocarla. Nadie quiso ni siquiera rozarla. El dueño se afanó en mantenerla en buen estado. La metió en una pequeña vitrina para conservarla. Pasaban los días y como sabe, las trufas se deterioran, pierden aroma, peso. Decidió congelarla para conservarla mejor. Un día volvió a aparecer Rodion Sokolov por el restaurante con otras dos compañeras de cena. El congelador se había estropeado. La trufa estaba pringosa, deteriorada.

—Y ¿qué ocurrió?

—Pidió su trufa. El dueño del local se acercó discretamente con el ánimo de contarle lo que había sucedido. Lo escuchó unos segundos. Lo mandó callar. Sonrió. Al día siguiente el restaurante ardió y su dueño murió de un infarto intentando apagarlo. Nadie pudo demostrar nada. Dicen que toda la isla olía a trufa y a carbonilla.

—Y ¿no han hecho nada?

—Bueno, se lo estoy contando a usted para que vea el tipo de personaje que ha entrado en su vida.

—Hablo de detenerlo, sacarlo de la circulación —puntalicé. No salía de mi asombro.

—Me parece que usted sobrestima nuestro papel. Nosotros investigamos obteniendo pruebas para que los culpables puedan ser juzgados y condenados. No es fácil. Si no las encontramos, tenemos que seguir buscándolas, pero no estropearlo todo precipitando las cosas y haciendo que un delincuente se libre de los cargos por nuestra incompetencia. Hay delitos que lleva años demostrarlos. Algunos toda una vida. Durante todo ese tiempo, sabemos quién es el personaje al que estamos investigando. Pero si no podemos demostrarlo, no podemos hacer nada. El juez no admite ni suposiciones ni habladurías. No es fácil. No podemos hacer más de lo que hacemos.

—Piensa que Sokolov puede estar relacionado con la muerte del Retiro.

—Posiblemente.

—Y cree que yo también estoy en peligro.

—Probablemente.

—Y ¿qué se hace en estos casos?

—Digamos que, en este momento, lo mejor que podría hacer por usted es detenerlo y que permanezca vigilado en dependencias policiales.

—No exagere.

—No lo hago nunca.

—¿Me va a detener?

—Como usted quiera. Es su vida. Pero recuerde que igual que nosotros hemos llegado hasta usted, podría llegar cualquiera que hiciese las mismas preguntas, a las mismas personas.

—¿Puedo pasar por casa?

—Le acompañaré.

Mientras pedía la cuenta a un camarero que parecía llevar en el local desde su inauguración, noté que me había puesto nervioso. Muy nervioso. Mi corazón latía cada vez más rápido, y acabé hablando de cualquier cosa.

—Por cierto, ¿llega usted habitualmente tarde?

—No, soy muy puntual. Siempre.

—¿Siempre? Hoy no ha sido así.

—Hoy estuve observándolo. Quise ver qué clase de tipo era usted. A la gente se la conoce por cómo espera en los sitios. Si es culpable, si tiene algo que ocultar... —Cuando hablaba de cosas propias de su oficio su color mejoraba y su aspecto era menos taciturno.

—¿Nunca se equivoca?

—Que yo sepa, no.

—Y ¿a qué conclusión llegó respecto a mí?

—Entré solo. Eso ya lo dice todo.

Casi no había entrado por la puerta y ya estaba pulsando el contestador automático. Una ansiedad más propia de quien espera algo que de quien sabe que su vida va a pasar por un túnel oscuro y lo acepta resignado.

«Este es el contestador automático de Carlos Wolverine. Deja tu mensaje después de la señal.»

Mientras localizaba mi bolsa, la de deportes, no la bandolera esnob con la que había ido de caza por los hoteles, la voz en el contestador me heló la sangre.

—Carlos, soy Jarek. Estoy preocupado. Anoche había gente en la cafetería. Era gente del Big Korol, de Rodia, el nombre que mencioné y por el que te interesaste. Se acercaron a preguntarme quién eras. Al parecer te están siguiendo. Me dijeron que en muy poco tiempo te han visto de hotel en hotel. Que no saben qué quieres, pero que ni se me ocurra volver a hablar contigo. Que no te ofrezca el catálogo. Pero tuve que contarles que ya lo había hecho. Y de lo que hablamos. Estás en peligro, Carlos. Estate atento, amigo.

Esperaba mensajes de Ángeles, de mi amigo Jesús, de mi madre... Pero nunca de un muerto, de un tipo que casi no conocía y que estaba arriesgando su vida para avisarme del peligro. Nunca conocemos del todo a las personas, ni lo que son capaces de hacer. Jarek me había sorprendido y sentía pena por haber dudado de él.

Añoraba mi vida. El Nuevo Café, las cervezas, los paseos con mi chica.

Cogí algunas cosas. La *tablet*, un cargador, unas libretas y unos lápices. Bajé para irme con Vega a mi primera noche en comisaría, confuso por querer ir, por querer llegar, por encontrarme entre rejas seguro y vigilado, a salvo de aquel monstruo ruso al que no conocía ni quería conocer nunca. Sería mi refugio,

donde recuperarme del ataque de pánico que había desencadenado mi viejo contestador automático.

Cuando llegamos a la comisaría iba sonriente y saludando con educación, ganando puntos para que pensasen «es buen chico, este saldrá pronto de aquí».

—¿Les dirá a sus compañeros que mi arresto es una especie de tapadera? — pregunté a Vega, al que veía muy metido en su papel, tratándome como a un detenido más.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué?

—Porque entonces no estaría ayudándolo.

—¿Sospecha que haya infiltrados?

—¡No! Al menos eso creo.

—¿Eso cree?

—Tranquilícese. Todo tiene que parecer normal. Es usted un detenido sospechoso de homicidio. Lo tratarán como tal. Y eso hará que nada funcione mal.

—Pero ¿y si me pasa algo?

—Estará en una celda. Solo. Sus vecinos son chorizos, macarras, algún camello... Lo del día a día es bastante monótono y predecible. Intente estar tranquilo. No sucederá nada.

Pasamos por las oficinas. Anotaron mis datos. Esperaba que eso no significara que estaba fichado y que me quedasen antecedentes penales de por vida. Aunque hoy es más peligroso Google que el archivo de la policía. Al fin y al cabo, a este accede muy poca gente y a Google el mundo entero.

Inspeccionaron mi mochila y dejaron que la conservase conmigo por sugerencia de Vega. Me encerraron en una celda, con puerta corredera y una

gran cerradura y con barrotes, muchos barrotes, todos ellos correctamente pintados, pero con diferentes capas que se delataban unas a otras y que recordaban los años de servicio de aquellas instalaciones.

Me senté en el suelo. Tenía el privilegio de estar solo. Me apoyé en la pared e intenté mirar hacia el infinito. Y a medida que pasaban los minutos volé hacia la celda de Onofre, imaginé aquella pared llena de fotos de sus cielos, imaginé su vida, su entorno. Sentía como si pudiese verlo, y él a mí. Como si me fuese a recriminar, a decirme «no es tan difícil entrar en una jaula, ¿no crees, Carlos?».

La compañía en las otras celdas era tal cual había vaticinado Vega. Yonquis, proxenetas, algún tipo en franco estado de embriaguez. Y yo. Con cara de alivio y de sentirme seguro. Pero también con una sensación de desconcierto que se iba apoderando de mí a medida que pasaba el tiempo.

Jarek había muerto. Qué fuerte. Yo había descubierto un misterioso y detestable catálogo y llegado a Rodia, o como le había llamado el bueno de Jarek en el mensaje, al Big Korol. Cada vez me sentía más muerto de miedo en la celda, sobrepasado por haberme encontrado con ese tipo de personajes al tirar de los hilos de las víctimas de Onofre, de las historias de aquellas chicas brutalmente asesinadas. ¿Era casualidad que algunas de sus víctimas fuesen sospechosas de estar en ese terrible catálogo? Como él decía, «el azar no existe». Llamamos así tan solo a aquello de lo que desconocemos sus causas. Pero ¿cuál era la causa que provocaba ese terrible efecto?

¿Sería Onofre uno de ellos, una especie de brazo ejecutor al servicio de Rodia, el número uno? Un tanto rebuscado. Seguramente encontraría cientos de opciones criminales en sus fornidos guerreros del Este.

Pero entonces ¿cómo había sobrevivido Onofre? ¿Cómo un tipo que va matando por ahí a las pupilas de Rodia, fastidiándole el negocio y dándole quebraderos de cabeza, lograba mantenerse vivo? ¿No lo conocían? Me extrañaba. Si habían dado conmigo tan rápido, me desconcertaba que hubiese estado años fuera de su radar, cuando veía que vigilaban muy celosamente su mercancía.

De repente tuve una idea. El yonqui daba golpes contra los barrotes. El macarra lo mandaba callar. Y yo estaba dando vueltas por la jaula como un oso encerrado, asintiendo, dándome la razón a mí mismo. ¿Y si a él también lo habían extorsionado? ¿Matar para mantenerse vivo? Rocambolesco. Seguiría siendo igual de criminal y mucho más cobarde. Seguí paseando mientras la noche hizo que me fuese apeteciendo tumbarme en aquel camastro que más bien parecía un banco cubierto con una colchoneta de gimnasio. Dormité unas horas.

A la mañana siguiente me llamaron por teléfono. Miré a mi derecha, miré hacia el frente, miré hacia mi izquierda y supe que jamás olvidaría aquel hecho: un galardón tan importante notificado en la comisaría central de Madrid. Me acababan de conceder el premio Ortega y Gasset. Por momentos mi vida adquiría tintes novelescos y un cierto regusto romántico invadía mi ego. Lo estaba consiguiendo, era un tipo molón.

Pedí hablar con el inspector Vega, pero no me tomaron en serio, así que decidí usar el móvil que me habían permitido conservar durante mi arresto. Vega les había dicho que no había problema y que si lo usaba, como estaba pinchado, todo lo que dijese podría volverse en mi contra. Supongo que el tono de su voz había sido determinante para que el funcionario accediese a todo lo que le solicitó. Llamé varias veces, porque comunicaba. Cuando por fin descolgó, intenté no mostrarme demasiado nervioso.

—Inspector Vega, tiene que dejarme salir.

—Olvídelo, Carlos.

—Es importante.

—Sabe que es por su bien. Además, no resulta tan fácil. Eso no es mi castillo.

—Me han concedido el premio Ortega y Gasset.

Todos tendemos a pensar que nuestro mundo es el mundo común, y por lo tanto, es conocido por todos y valorado por todo el mundo de forma similar a como nosotros lo hacemos. Pero no es así. Vivimos en burbujas aisladas unas de las otras, con su pequeño microcosmos dentro, autorreferenciados, olvidándonos del otro, y los otros olvidándose de ti. El inspector Vega no sabía de lo que le estaba hablando.

—Es el Pulitzer español, es como el Oscar de Hollywood pero para periodistas.

—Enhorabuena —se limitó a decir. Sonó sincero y seco.

—Tengo que salir. Tengo que dar señales de vida. Pasar por el periódico.

—¿Quiere presumir?

—No crea. Sabía que sonaba como posible premiado y estaba pensando en

autodescartarme. Si no lo hice fue sencillamente porque este asunto del catálogo me absorbió por completo. Pero no quiero dar que hablar, y menos negativamente. No creo que sea bueno para este asunto poner a cientos de periodistas sobre la pista husmeando por aquí. Tiene que ayudarme a salir.

—Veré qué puedo hacer. —Le había convencido.

Desde esa conversación hasta que oí el pasador de la cerradura moverse con la llave del oficial de policía encargado, pasaron varias horas. Interminables. Durante ese tiempo, Vega tuvo que informar y convencer al mando de turno de que se trataba de una precipitación, que en realidad era tan solo uno de una larga lista de sospechosos y que él creía que era inocente. Se jugó su prestigio por mí, y siempre se lo agradeceré.

Mientras pasaban las horas envié algún mensaje contestando las felicitaciones que me iban llegando. El primero a Antón, luego Ángeles, los chicos de la redacción, Tony y Fernando. Sí, Fernando. Era un premio muy importante, lo suficiente como para enterrar el hacha de guerra un tiempo y poner en marcha un poco de hipocresía.

Estoy en mi piso rociando las plantas, pensando en todo lo que había pasado. Hoy, ayer, hace una semana, hace un mes, hace dos... Eran tantas cosas las que habían sucedido que tenía la sensación de habérmelas inventado, que eran mentiras, fantasías. Alucinaciones como aquellas de *La vida secreta de Walter Mitty*, maravillosa película de Norman Z. McLeod y protagonizada por Danny Kaye que siempre me recordaría a mi padre. Flotaba en irrealidad. Uno nunca piensa que puede verse involucrado en un crimen, amenazado por criminales. Nos acostumbramos a consumir las tragedias de otros, el dolor y la preocupación de otros, como si fuese fantasía, ficción. Sabemos que es real pero no sentimos que sea real. Por eso nos consterna más un homicidio si ocurre en nuestra región, en nuestra ciudad, más aún si es en nuestro barrio, más si es en nuestro edificio, más si es en la puerta de al lado. Son hechos que la proximidad va haciendo reales hasta que llegan a ti y entonces vuelven a la irrealidad, a ser inverosímiles.

No hay soledad más grande que cuando te sientes aterrorizado. Cuando sientes el deseo de ser de piedra, invulnerable, para poder salir de casa. Trataba de pensar con lucidez, encontrar un plan al que agarrarme. Pero no podía. Sabía que en el futuro habría una mano invisible amenazándome. Acababa de mezclarme con una mafia fétida, con el mundo del crimen.

Con Onofre nunca había tenido la sensación de estar en peligro. Siempre vi aquella situación como algo que observar, nunca como algo a lo que temer. Sin embargo, era un criminal. Cargado de maldad. Orgulloso de sus crímenes. Pero me parecía que yo no estaba en su onda, que reservaba su maldad para pobres chicas vulnerables. Sentía que, de algún modo, yo era más fuerte que él. Mi instinto no me advertía de un peligro inminente. Pero ahora, con toda aquella

historia de la trufa, de alguien flotando en un estanque, de un catálogo de extorsión y vileza, temblaba.

En unas cuantas horas pasé de ser un hombre tocado por la fortuna, elegido por los dioses para recibir aquella llamada, a haber caído en desgracia. Y no era capaz de pensar, de tranquilizarme, de sobreponerme. Lamentable.

Quitó meticulosamente los restos secos de cada una de las plantas, las hierbecillas que invadían las macetas, y seguí sumergido en el ritual de su cuidado mientras Stanley Turrentine me devolvía el sosiego a golpe de saxo.

El Ortega y Gasset era el premio más deseado por la profesión. Y era mío. Me lo estaban robando unos criminales desde la clandestinidad y empezaron a devolvérmelo mis familiares, mis amigos, desde el recuerdo. Aparecieron en mi mente orgullosos de mí y eso me puso en marcha. Iban a tener a un periodista de los de verdad en la familia, reconocido y respetado. Tenía que seguir hacia donde quiera que me llevase este loco camino que había empezado. La niebla ante mis ojos empezó a despejar. La decepción de no poder disfrutar ese momento de gloria como me hubiese gustado dejó paso a la concentración, a las ganas de llegar hasta el final. Ya era capaz de pensar. Pensaba en mi peligro, en la amenaza que se cernía sobre mí y cómo podría evitarlo. Pensaba en encajar el rompecabezas y decidir si creía que a aquellos dos hombres tan diferentes, Rodion y Onofre, los había unido el azar o había una razón por la cual estaban juntos en toda esta historia. El destino me había puesto frente a ambos. Tenía que elegir entre ganar o morir. Y elegí ganar.

Me detuve y empecé a contestar las felicitaciones que llegaban a mi teléfono móvil.

Una por una, y eran varias decenas. Y por un rato, fui feliz.

CUARTA PARTE

LA VERDAD

Ángeles pulsó el timbre como siempre lo hacía. Una micropulsación. El espacio más pequeño posible para provocar un priii tan breve que era fácil no oírlo. Pero siempre lo oí. Lo hacía para gastar menos energía, menos contaminación acústica, y saber si la estaba esperando. Pero aquel día no la esperaba. Estaba muy lejos, pero el timbre me devolvió a mi apartamento de un salto. Cuando abrí la puerta estaba allí, con una planta de enormes hojas, todas ellas mojadas como su pelo.

—Se llama *Monstera*. Para un monstruo del periodismo...

—¡La has bautizado y todo!

—No, es el verdadero nombre de la especie. *Monstera deliciosa*. También la llaman costilla de Adán.

Sonrió. La invité a pasar, a secarse, a sentarse, a tomar un té, a hablar.

—No sé si he hecho bien en venir.

—Has hecho muy bien.

—Quería darte el regalo en persona. Enhorabuena, Carlos. Lo que has conseguido es muy importante.

—Así que *La costilla de Adán*.

—Spencer Tracy y Katharine Hepburn...

—George Cukor.

—Pocholín...

—Y pocholina...

—Por Dios, qué cursis eran. —Me dio la planta y lo hizo con la brusquedad propia de un ataque de timidez.

Ella tenía un gran talento. Supo unir en un solo regalo un halago, mi pasión

por las plantas, por el cine, y apelar a una tormentosa relación entre dos profesionales, en este caso abogados, que discuten permanentemente durante toda la película y finalmente se reconcilian. A veces bromeábamos con los cursis apelativos que usaban ambos personajes de la película.

Y allí, con su pelo empapado y desbordando amor y talento, supe que no podía dejarla escapar, que era ella. Y por lo tanto, tenía que informarla de lo que era mi vida en ese momento. Por todo lo que estaba pasando.

—No te lo vas a creer —empecé a contarle—, pero esta noche he dormido en comisaría.

—¿Estás de broma?

—No. Formaba parte de un plan.

—Carlos, ¿estás metido en algo peligroso?

—No te preocupes —la tranquilicé—. El inspector Vega de homicidios está al tanto de todo.

—La detención... En estos momentos habrá algún periodista que ya lo sepa y que haya atado cabos.

—Le costará un poco. La ficha policial es de Carlos Lobato. Tardarán en llegar al pseudónimo Wolverine.

Disfrutamos de lo que quedaba del día. No era el momento de preocuparla más. Yo era invulnerable. Ella estaba allí.

A la mañana siguiente, quise hacer unas tostadas sin recordar que ella se había llevado la tostadora justa. Me decidí por unos huevos revueltos y un poco de pan de molde. Todo a punto de caducar. Pero todo delicioso. Pletórico, con ganas de vivir, de ir a por ese premio y gritar «me lo merezco». Me entregué a esa locura durante un buen rato. Desayunamos, comentamos las noticias de algunos periódicos atrasados que se apilaban en mi salón, reímos. Sonó el teléfono. Ante mi pasividad, dispuesto a que el contestador hiciese su trabajo, recordé que en

esa cinta estaba el último testimonio de Jarek y que, bajo ningún concepto, quería perderlo. Así que, por precaución, decidí anticiparme y coger el teléfono.

—¿Carlos?

—Penélope.

La cara de Ángeles se mantuvo imperturbable.

—Antes de nada, enhorabuena por el premio.

—Gracias.

—Al final aquellas dudas se quedaron en nada.

—No por lo que te imaginas, pero sí. En nada.

—Quería volver a verte.

—Estoy con Ángeles.

—Profesionalmente, me refiero —corrigió el rumbo en el aire como una abeja cambiando de flor.

—¿Para qué?

—Volver a entrevistarte.

—No sueles hacerlo.

—Pero este caso es distinto. Es por el hecho de ser un compañero de profesión. En este momento el personaje eres tú. Cuando viniste, el personaje era Onofre Castro.

—Déjame que me lo piense. No sé si debo ser tan visible.

—De acuerdo. Llámame cuando tengas las ideas más claras. Todas. —Y colgó.

Ángeles dio un largo sorbo al café, luego volvió a establecer contacto visual conmigo.

—No te dejaré escapar.

—Era una llamada profesional.

—De ninguna manera. Es una pitbull e irá a por ti.

—Hace unas semanas, que me llamase Penélope Ferreiras era casi un sueño. Algo impensable. Pero ya no soy el mismo. Ahora puedo decir no.

Ella centró su atención en los huevos revueltos, y yo en mi estómago revuelto.

Esperaba el momento adecuado para ponerla al día de todo lo que había pasado, mis problemas actuales. Pero ese momento no llegaba. Hablaba ella. De la redacción, de lo difícil que estaba todo todavía, de su familia, de la boda de su primo, de su bici...

—Ángeles, estoy metido en un lío.

—¿Sigues dudando? Ya te dije que Penélope no te dejaría escapar...

—No. No es esa clase de lío. Te hablo de algo serio. Muy importante. Como te dije, antes de ayer dormí en el calabozo.

—Sí. Me dijiste que era parte de un plan.

—Estuve detenido como sospechoso de homicidio.

Sus ojos eran hermosos. Cuando miraban con atención, más aún. Pero todo aquel magnetismo se disipó cuando pronuncié la palabra «homicidio».

—Por supuesto que no es así. Yo no he matado a nadie. Pero he sido la última persona vista junto a la víctima, Jarek, el pianista polaco del hotel Palace. Era parte de la investigación que estaba llevando a cabo en el caso Onofre Castro.

—Empiezo a odiar este asunto —dijo visiblemente incómoda.

—Hallé un elemento nuevo, un catálogo de prostitución de lujo que podía dar un giro a la historia. Al parecer me acerqué demasiado a una mafia rusa que campa a sus anchas en nuestro país. La víctima era una mula. Transportaba la mercancía a posibles clientes.

Sus ojos seguían muy abiertos. Sus labios apretados.

—Tienes que llamar a la policía —sentenció resuelta.

—Fue la policía la que me informó.

Le conté mis entrevistas con el inspector Vega, los pormenores de mi relación con Jarek y cada uno de los detalles que creí determinantes para que entendiese mis actuales circunstancias.

—Y ¿qué vas a hacer?

—De momento lo estoy meditando. Pero creo tener claras dos cosas: la primera es que no me voy a esconder. Quiero que esto se airee y que ese mafioso tenga presente lo que puede perder. Quiero que sepa que estoy dispuesto a callar.

—¿Y qué piensas hacer?

—Enviarle un mensaje a Rodia: no te compensa meterte conmigo. Si lo haces se sabrá todo. Si no lo haces no hablaré ni diré todo lo que sé.

—Y ¿cómo piensas hacerlo?

—No lo sé.

—Tengo miedo.

—Pediré ayuda a Vega.

—Tengo miedo, Carlos —repitió—. No quiero volver a perderte.

—Sé lo que hago. Estos últimos meses me han convertido en un viejo astuto.

—Y ¿estás dispuesto a callar?

—No. Pero quiero que él crea que sí. Gano tiempo. Simplemente.

—¿Por qué no hablas con Antón?

—Quiero controlar yo este asunto. Cuanta más gente esté metida en él, menos autonomía.

—¿Y yo?

—Eres la única, con el inspector Vega, que lo sabe todo. Si me pasase algo sabes que Rodion Sokolov está detrás.

—No digas eso.

—Es una posibilidad. Remota, espero, pero existente.

—Carlos, cómo te ha cambiado la vida.

—¿Entiendes ahora esa madurez súbita de la que hablaba? —Sonreí haciéndome el fuerte.

—¡Y tanto!

—Todo esto ha hecho que no pare de darle vueltas a una incógnita.

—Te sigo. —Se conectó la periodista. Otra discípula del maestro de la interpelación.

—¿Es casual que Onofre Castro haya asesinado a varias personas que se relacionaban con la prostitución de lujo?

—¿Me lo preguntas a mí? Onofre es un psicópata. Creo que no debes buscar demasiadas explicaciones.

—La prostitución de lujo es cara. Era un alto cargo, no un millonario. ¿De dónde sacaba el dinero? Puede haber sido una casualidad, pero me resisto a creerlo.

—¿Qué piensas?

—Pienso que no es casual. Que ese personaje controvertido, un individuo normal y brillante, tiene el mismo perfil que algunas de las chicas del catálogo: profesionales con reputación, algunas con puestos importantes... Parece el mismo patrón. Si las extorsionaron a ellas... ¿por qué no habían de extorsionar a Onofre?

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Y si lo obligaron a hacerlo?

—¿Liquidar cruelmente a siete mujeres?

—Sí. ¿Y si lo obligaron de la misma forma que forzaban a esas mujeres?

—No te engañes, Carlos. Un ser que hace eso tiene algo malo dentro. Yo preferiría morir.

—Pero ¿y si no ha sido él? ¿Y si tan solo es quien se lleva la culpa?

—Carlos.

—¿Y si haciendo eso salva a su familia? Salva algo más importante que su libertad y su prestigio.

—Rocambolesco.

—Pero ¿tiene o no tiene sentido?

—No es mi especialidad, pero pienso que, en general, las cosas son más simples de lo que parecen. Y las explicaciones también.

—Te resulta sencillo que un hombre intachable se vuelva de repente un feminicida sistémico.

—Dicho así, claro que no. Pero estamos hablando de un enfermo. Tú mismo nos lo has contado a todos.

—¿Y si estaba equivocado?

—¿Por qué dudas de ti antes que de ese chiflado?

—¿Y si estaba equivocado, Ángeles? —insistí.

—¿Sabes lo que estás diciendo? Carlos, has conseguido respeto profesional y una reputación sacando a la luz toda la maldad que encerraba ese hombre. Enfrentaste a la sociedad con algunas de sus contradicciones haciéndonos ver cómo esos crímenes atroces estaban quedando, en realidad, prácticamente impunes. Me hiciste dudar de la reinserción, ¡hasta a mí! He dudado, Carlos. Y como yo, cientos de miles de personas. Y ahora, ¿quieres decirle a todo el mundo «perdón, me he equivocado»?

Me dio con la realidad en la cara. Allí estaba mi abismo, un precipicio que yo mismo había creado y que a medida que mi figura se elevaba con el éxito, más amenazador se iba convirtiendo. Tenía razón. Sería mi destrucción. Pero no podía dejar de darle vueltas a la idea de que Onofre Castro podía ser, simplemente, una víctima.

Ángeles se quedó a dormir. Estaba a mi lado. Yo mantuve los ojos cerrados durante un buen rato, intentando conciliar el sueño. No pude hacerlo. Estaba allí, inmóvil, cuando decidí dejar de fingir y hablarme claro. Darle las vueltas que fuesen necesarias al asunto para lograr ordenar mi mente.

Debería ser feliz, pero no lo era. Ella estaba allí. Acababan de concederme el premio más importante al que un periodista puede aspirar en su carrera. Había pasado de hacer entrevistas, a que me hiciesen entrevistas; de buscar preguntas, a poder extenderme en las respuestas. Era el que había conseguido la confesión más extensa y detallada de uno de los asesinos más repugnantes y odiados de Occidente. Aunque yo sabía que no era mérito mío, que él me había elegido a mí, que me había dictado cada detalle, cada coma... Era su rapsoda, un instrumento. Pero ¿para qué? ¿Qué ganaba él con todo esto? No se me quitaba esa pregunta de la cabeza.

En la vida, ni siquiera percibimos el éxito con tanta fuerza y nitidez como la sensación de fracaso. Esta te asalta y empaña todo. Somos el *Homo sapiens* depresivo, tendente a la tristeza de forma innata. Sin duda, en ese momento, yo pertenecía a esa especie. Hasta tenía cierto vértigo de afrontar la vida sin Onofre. ¡Que ironía! ¿La angustia sustituiría a aquella rutina, aquel foco en mi vida que

había acabado dándole un sentido? El descubrimiento pieza a pieza de su personalidad, sus hechos, sus reflexiones sobre el bien y el mal, habían colmado, posiblemente, los mejores meses de mi vida. Los más ilusionantes.

Qué paradójico.

Él era mi éxito. Y sin él, ¿se evaporaría? Dudaba.

Instintivamente, dudaba. Todo aquello del catálogo había resquebrajado mi convicción y veía cosas sobre el caso Onofre Castro que hasta ahora ni siquiera había imaginado.

Un silencio envolvió la habitación entera, como si todo de repente formase parte de mi mente, y subiese y bajase el volumen a mi antojo. Para que se escuchase bien aquella pregunta que no me atrevía a pronunciar en voz alta: ¿y si Onofre Castro no era culpable?

Imagínense la idea de tener que salir ante la opinión pública y decirles: la he cagado. Llevaba años llorando, echándole la culpa a todos de mi fracaso. Eso se había acabado. Tenía una vida nueva y no estaba preparado para vivirla. Ahora era un profesional de éxito. Se suponía que tendría que repetir la hazaña y seguir demostrándolo. Pero aquella pregunta hacía que todo se tambalease como nunca antes lo había hecho.

¿Y si me había precipitado? ¿Y si mi deseo de eliminar a aquel cáncer social era, simplemente, un error, uno de esos que justifican la cautela en el uso de la pena capital? Decepcionante. ¿Y si había condenado a un inocente?

Pero ¿por qué tenía esos pensamientos? ¿Por qué ahora Onofre tenía que ser inocente? Era el diablo, qué cojones.

Empecé a repasar mis notas, como si estuviese resolviendo un problema matemático. Todo lo que sabía de su detención, de cómo habían llegado hasta él. El asunto empezó por aquel móvil que perdió accidentalmente.

¿Un hombre tan inteligente sorprendido por un accidente? ¿La torpeza de usar siempre el mismo móvil encajaba con su perfil meticuloso y analítico? Un teléfono móvil que se cae. ¿Y lo encuentra alguien que sabe hackearlo y hacer saltar la contraseña, alguien que mira dentro y descubre aquellas fotos de los

recortes de periódico que informaban de la muerte de las víctimas? Pocas fotos más. Un rastro indefectible, inapelable, como un hilo del que tirar para llegar hasta los zapatos de Onofre. Todo tan nítido. Todo tan perfecto.

¿Cómo un hombre tan inteligente usó siempre el mismo móvil?, me repetía. ¿Cómo evitó todo tipo de huellas en los escenarios del crimen, menos la más determinante, su localización? ¿Cómo llevaba un enorme cuchillo a la vista de todos el día de su detención, sin haber aclarado nunca a dónde se dirigía? Las preguntas se agolpaban. Algo no encajaba.

Seguía dándole vueltas una y otra vez a la idea que llevaba días recorriendo mi mente: ¿lo hizo a propósito? ¿Se dejó coger? Pero ¿con qué intención? Y otra vez llegaba a Rodia.

Aquellos recorridos marcados en el GPS que mostraban los vídeos forenses, donde se veía con claridad el camino desde su casa a los lugares del crimen. Aquella parsimonia con la que iba y venía como si nada hubiese pasado, sin acelerar el ritmo, sin titubear. Como en una coreografía de muerte y degeneración. Como si alguien la hubiese diseñado... Parecía un programa autoejecutándose armoniosamente. El peritaje policial lo ubicaba en el sitio, la fecha y la hora de cada uno de los crímenes. De eso no había duda. Tan nítido que resultaba chocante.

Y fue entonces cuando mi sospecha se hizo urgencia. Necesitaba comprobar si era posible que esa pista crucial hubiese sido manipulada. Si no fuese posible, de nada me serviría seguir especulando. Tenía que saberlo.

Cerré los ojos otra vez. Volví a la paz de la cama. El hecho de tener un siguiente paso que dar, un hilo del que tirar, me había sosegado y había conseguido que me olvidase de Rodia y la espada de Damocles que me amenazaba.

Me dormí. ¡Bendito descanso!

*Cuando todo talento se vuelve vano,
y ninguna pasión,
ningún heroísmo,
ningún pensamiento,
ningún sentimiento,
ningún sacrificio,
ninguna brillantez
es,
ni será,
ni ha sido
capaz de prolongar la vida de un ser humano
más allá de la tumba,
aceptas,
derrotado,
la torpe futilidad de tus esfuerzos.*

«Jugando con un pensamiento de Bertrand Russel»,
Diario de Onofre Castro

A la mañana siguiente acudí con urgencia a la policía a informarme del procedimiento para detectar una posible intervención del móvil. No quise advertir al inspector Vega. Me disuadiría y no deseaba que eso pasara.

—¿Se refiere a un peritaje informático forense? —El hombre encargado de dar información era un tipo ágil y puntilloso.

—Supongo.

—Tiene que solicitarlo. En la mesa del fondo podrán ayudarlo.

Mientras avanzaba hacia la mesa tenía que ir respondiendo amablemente a las enhorabuenas y los parabienes que me llegaban por parte de muchos miembros de la comisaría principal de Madrid.

—¿Qué, tras otro cabronazo? —me dijo recibíendome la mujer de la mesa a la que me habían enviado.

—No, solo quería saber algunas cosas más del caso Onofre Castro.

—Pero ¿quiere escribir todavía más sobre eso?

—Curiosidades, algunos cabos sueltos. Es algo personal.

—Es usted minucioso. Así me gusta. Macháquelo bien. —Intentó bromear.

Estaba claro que quien trata con asesinos, no tiene los mismos tabúes que el resto de la sociedad.

—¿Cómo se obtienen los recorridos del móvil?

—Se solicita una autorización al juez para hacer un peritaje informático judicial.

—En el caso de un teléfono móvil, ¿de dónde sale la información?

—Del aparato analizado y de la compañía de telefonía de la que fuese cliente el usuario. Cada aparato está geolocalizado permanentemente. Es increíble el

nivel de información que tienen sobre todos nuestros movimientos. En este momento saben que usted está aquí, conmigo.

—Pero para conocer esos datos...

—Son datos secretos. Solo se puede acceder a ellos por requerimiento judicial. Y aun así, a las compañías no les hace mucha gracia colaborar.

—¿Cómo se elige el perito?

—Pues por la dificultad y la disponibilidad.

—¿Para detectar si el recorrido de un móvil ha sido alterado?

—¿Qué quiere decir?

—Nada, simplemente le pongo un ejemplo de algo que supongo que debe ser extraordinariamente difícil. —Esperaba haberle restado importancia a tiempo, y no alertarla ni ponerla tras la misma pista que estaba intentando seguir.

—Insisto, depende. En el caso de Onofre su terminal era de SpainTel. Ahí está uno de los mayores expertos en ciberseguridad que hay en España. Él hace de perito con frecuencia.

—Y ¿cómo se envía el aparato a peritar?

—No le entiendo.

—Sí, me refiero a si lo llevan personalmente.

—Claro, un agente se lo entrega al perito. Este hace sus comprobaciones y lo devuelve con un informe.

—¿Sin custodia ni supervisión?

—¿Qué quiere decir?

—Que si durante el trabajo está presente un agente.

—¿Está de broma? Eso es como una foto. No hay que estar en el revelado para ver lo que contiene.

—Muchas gracias, agente.

—Gracias a usted. Por su trabajo y por dejarnos en tan buena posición en su artículo. No estamos sobrados de halagos, ¿sabe? Enhorabuena una vez más.

Regresé a casa como hipnotizado. Sabía a dónde me tenía que dirigir. Era como uno de esos personajes de videojuegos que van en línea recta apartando a la gente de su camino a golpes. ¿Y si alguien había manipulado esos datos? ¿Y si Onofre no hubiese estado en aquellos sitios?

Así estaban las cosas: o era un aborrecible psicópata o era una víctima indefensa y atormentada obligada a tirar por la borda una carrera, una reputación, una vida...

Yo lo había condenado.

«Debe morir», dije sin pestañear.

Y ahora querría borrar mis palabras. Sería siempre esclavo de ellas. Me estremecía ante la mera posibilidad de que fuese inocente y sentía la urgencia de salvarlo. Como si yo fuese algo culpable. Maldita sea. ¿Cómo podía haberme metido en ese lío? Maldita llamada.

¿Por qué no dejar las cosas así?

¿Por qué arriesgar mi carrera recién nacida?

¿Por qué arriesgar mi vida?

En ocasiones, lo mejor de nosotros mismos se abre paso sobrevolando toda dificultad. Yo era así. ¿Un idealista? ¿Un tonto? Posiblemente las dos cosas. Pero iba a llegar hasta el fondo de ese asunto.

Sobredosis de luz. Así llamé a mi estrategia de defensa. Mi exposición a los medios, mi presencia masiva, en cuantos más sitios mejor, me ayudaría a crear algo parecido a un escudo protector. Demasiados focos apuntándome para que las pistolas de Rodia pudiesen hacer lo mismo. Él vivía en la oscuridad. La luz lo espantaría.

Confirmé a Penélope mi disposición a volver a su programa. Y, con la ayuda de Ángeles, extendí el rumor de que aceptaría todas las invitaciones y entrevistas que me solicitasen, no como hasta ahora. En un par de días tenía la agenda repleta. Radios, prensa escrita y digital, incluso algún espacio televisivo de entretenimiento. ¿Qué podía tener todo esto de entretenimiento? En fin, son compañeros y tienen que pagar sus facturas.

Entre esa nueva rutina de llenar el día de entrevista en entrevista tuve tiempo para dos reuniones. La primera con el inspector Vega. Esta vez no eligió un lugar con encanto. Me castigó con un bareto cutre de la calle Fuencarral. El castigo fue breve. No me dio tiempo ni a probar la calidad del café.

—¿Qué está haciendo?

—Sobredosis de luz. —Le conté mi estrategia.

—Usted sabrá. No haga ninguna tontería sin informarme.

—Si le informo, ¿puedo hacer alguna tontería?

Dio media vuelta haciéndome ver que el sentido del humor era incompatible con su placa.

Fui andando hasta mi siguiente compromiso. Quise pasar por el barrio de Malasaña, uno de mis lugares favoritos de Madrid y donde siempre me sentía con esa maravillosa levedad de ser joven. Caminando por calles estrechas,

viendo grafitis con verdadero valor artístico, pequeños escaparates con artesanía, moda, productos ecológicos, un ambiente que respiraba optimismo para un mundo que se empeñaba en irse al garete. Disfruté del paseo hasta que empecé a tener la sensación de que me estaban observando. Miré hacia atrás y no vi a nadie. Un repartidor bajando cosas de una furgoneta, una señora normal, caminando normal, con una cara normal. Supongo que ese tipo de paranoias no tardan en alcanzar a una persona en mi situación. Me tranquilicé a mí mismo, pero aun así aceleré el paso. De cuando en cuando miraba hacia atrás con idéntico resultado. Estaba convencido de que había oído pasos pararse a la vez que yo me detenía. Y entonces, alguien chocó contra mí. Aterrorizado me giré hacia el peligro.

—Caramba, vaya con más cuidado —me recriminó un anciano al que tuve que ayudar para que no cayese.

—Discúlpeme. —Disimulé mirando a cada lado, pero tampoco había testigos de mi torpeza.

Fue un alivio llegar a la Gran Vía y entrar por la puerta de la sede de SpainTel, un fantástico edificio que en su día fue uno de los primeros rascacielos de Europa, aunque hoy esas alturas fueran muy comunes.

Un chico muy amable de recepción me puso en contacto con Atención al Cliente. En todas las empresas denominan a las personas por su departamento. En el periódico, los de nacional, los de deportes, los de internacional... Enseguida bajó «Atención al Cliente» en persona. Una profesional joven, con cara de lista, llena de luz, que me recibió toda amabilidad y buena disposición. Le dije lo que buscaba. No era ella quien podría ayudarme.

—La información sobre la empresa será mejor que la solicite al departamento de comunicación corporativa.

Solo tuve que esbozar una sonrisa para explicarle que sin ella estaba perdido, y conseguir que se prestase a acompañarme hacia un enorme departamento lleno de gente que escribía, hablaba e iba de un lado para otro con cara de estar salvando a su empresa de algo muy importante.

—¿Es mal momento?

—Es siempre así. Siempre están agobiados. Todos estamos siempre con la sensación de que los millones de clientes, miles de proveedores y accionistas quieren algo muy urgente y muy, muy, muy importante para ayer...

—Veo que hay cosas peores que la redacción de un periódico.

—Esta es Rita, mi amiga. Fuimos compañeras de carrera. Ahora ella lleva parte de la comunicación corporativa de SpainTel.

—Encantado de conocerla, Rita.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Quería saber algo sobre dónde y quién hace los informes de los recorridos y situación del teléfono móvil.

—Eso es información confidencial. Tenemos totalmente prohibido desvelarla.

—Sí, lo suponía. No se preocupe, Rita, no quiero que me den ninguna información. Tan solo quiero conocer el procedimiento.

—Solo en casos de procesos judiciales se puede acceder a esa información.

—Es difícil interpretarla.

—Son datos encriptados, con todas las medidas de seguridad.

—Pero ¿si lo pide un juez?

—Hay que obedecer. En ese caso hablarían con el área de encriptación y seguridad.

—¿Y su responsable es?

—El responsable de encriptación está muy alto en el organigrama. Reporta directamente al CEO. Es el señor Nadzenkov.

—¿Nadzenkov? Veo que no es de Cádiz...

—Uno de esos genios rusos de las matemáticas que acabó en nuestro país por motivos políticos. Pero lleva muchos, muchos años aquí. Tiene un acento más castizo que usted o que yo.

—El suyo es muy bonito.

—Es que soy gallega. La dulzura y el amor son siempre en gallego, desde Alfonso X el Sabio. —Sonrió.

—Y usted cree que podría...

—¿Recibirlo? ¿Así, de repente? Lo dudo. Sin cita previa es casi imposible.

—Ni siendo periodista.

—No sé por qué eso habría de cambiar las cosas. Le acompañaré hasta allí a ver si su ayudante puede hacer algo.

Aquella jovialidad me había llenado de ganas de seguir haciendo preguntas. Me fui a por Nadzenkov con el atrevimiento en su nivel máximo, dispuesto a verlo de una u otra manera. Rita me dejó en la orilla de aquel nuevo océano y una sirena con forma de eficiente secretaria me dio amablemente los buenos días con gesto inquisitivo.

—Buenos días, quería hablar con el señor Nadzenkov.

—El señor Nadzenkov está ocupado en este momento. ¿Qué deseaba? ¿Puedo ayudarle yo?

—Solo quería charlar un rato para que me aclarase un par de dudas. —Le enseñé mi carnet internacional de prensa.

—Un momento, ¿usted no es Carlos Wolverine, el periodista que ha hecho el gran reportaje sobre ese miserable asesino de mujeres?

—En efecto.

—Admiro mucho su trabajo. Creo que todos hemos reaccionado ante lo que usted ha denunciado, la impunidad con la que se despacha a esa gentuza. Ha hecho mucho bien a la sociedad. ¿Sabe qué? Yo siempre fui partidaria de la pena de muerte. Hay gente que no se merece ni lo que vale el agua que consumen para beber. Y estoy muy contenta con que nos planteemos que esa basura se pueda ejecutar. Y todo gracias a usted.

Se pueden imaginar cómo me sentaron aquellas palabras. Hasta hacía poco yo era un enemigo convencido de la pena de muerte. Ahora era una especie de cabecilla del movimiento y un mar de dudas y remordimientos por haber prendido aquel incendio en el que se quemaría Onofre Castro mientras mis certezas se esfumaban. Pero mi curiosidad pudo más que mi aflicción.

—¿Me podría hacer ese favor? Solo serán cinco minutos.

—Espere un momento —me dijo sonriente, autosuficiente y cómplice. Y se levantó dejándome solo unos instantes.

Al poco rato estaba sentado delante de Nadzenkov, en un despacho de aire antiguo pero lleno de ordenadores por todos lados, pantallas y más pantallas. Era como si en una de aquellas viejas notarías, atiborradas con muebles de madera oscura, hubiesen puesto un punto de venta y reparación de ordenadores.

—Gracias por recibirme sin previa cita.

—No hay de qué. Algo habrá ayudado su fama para que mi secretaria y Rita le hayan traído hasta aquí —me dijo jovial con un acento más propio de cualquier pueblo castellano que de San Petersburgo—. Créame, yo también admiro mucho su trabajo y lo que supuso de alivio para todos.

—No le robaré mucho tiempo. Solo quería saber una cosa. ¿Cómo se hacen los informes de recorridos del móvil?

Noté un gesto de contrariedad y lo comprendí: un individuo te asalta y te roba tiempo con una pregunta técnica y aburrida.

—No hay nada que hacer. Tan solo se descripta el recorrido que por naturaleza hace el terminal. Todas las tarjetas SIM están geolocalizadas para poder darles servicio, planificar desde qué nodo/repetidor accede a la cobertura. Y por otro lado, se genera un *big data* comercialmente interesante...

—¿Cómo es eso?

—Datos. Adónde vas, dónde te paras, qué haces. Cuáles son tus amigos. Los datos son el nuevo oro.

—¿Nos espían con cámaras?

—No es necesario. Deducciones. Algoritmos. Por ejemplo, si los móviles están juntos en horario de oficina, el algoritmo concluirá que son compañeros de trabajo. Si es fuera de ese horario, que son familia, amigos... Todo son matemáticas, señor...

—Wolverine, pero llámeme Carlos.

—Veo que tampoco es usted *made in Spain*.

—Bueno, no exactamente. Empezó siendo un pseudónimo. Hoy es mi

apellido.

—Vaya, creí que teníamos algo en común.

—Seguro que lo tenemos.

—El *big data* es la nueva minería. La explicación de los grupos humanos por variables que gestionamos analíticamente, prediciendo, enfocando...

—Al final acabamos siendo un número.

—Así es, pero eso no es malo. Las matemáticas lo explican todo, son el lenguaje de la naturaleza. Lo único cercano a la exactitud que existe en nuestro universo.

—¿Y no se pueden equivocar? Me refiero a los datos que emite el teléfono móvil.

—No. Los datos solo dejan de emitirse cuando el terminal está apagado o se produce una avería. Pero salvo en esos casos, la recopilación es constante y, por supuesto, los datos que recoge son los correctos.

—¿Y si alguien los manipula?

—¿Por qué querría alguien hacer eso?

—No sé, es una hipótesis.

—Pues tendría que dedicar un buen número de horas de trabajo de mucha gente para poder acceder a esa información. Y luego, claro está, conseguirlo.

—Y si lo consiguiese, ¿podría alterar la información?

—¿Como cuál?

—Trucar las fechas de los recorridos, alterar la información del GPS.

—¿Quién iba a querer hacer algo así? —Se mostró ligeramente contrariado.

—¿Podría?

—Las matemáticas son siempre todopoderosas. Pero no siempre accesibles...

—Supongo que es una locura lo que estoy diciendo.

—Digamos que es una insensatez, algo muy poco probable.

—Pero no imposible.

—Pero no imposible. Nunca oírás a un matemático decir que un reto es

imposible. —Lo noté más contrariado aún. Pensé que había llegado el momento de marcharme.

—No le entretengo más. Muchas gracias por la información. Ya ve que han sido solo diez minutos.

—Espero que le haya sido útil. —Y me despachó con una sonrisa cortés y de baja temperatura.

Me fui en el mismo estado de autohipnosis en el que había llegado, con mi instinto prevaleciendo sobre mi propio interés. Con la respiración agitada del que cree que está cerca de algo. Ahora sabía que era posible. Alguien podría haber manipulado aquellos datos e incriminar a Onofre Castro. Y alguien previamente podría haber doblegado su voluntad para que asumiese haber hecho todo aquello. Pero ¿por qué aquella agresividad con la que mostraba su sadismo? ¿Por qué aquellas provocaciones? Aquellos arrebatos de maldad eran como bloques añadidos, premeditados, y aquella tensión que emanaba de su rostro podría ser la de la determinación por cumplir aquel diabólico plan. Estaba hecho un lío. Todavía la opción más probable era que fuese el psicópata hijo de puta que había destrozado mi estómago visita tras visita a la cárcel. Pero si no lo era, yo iba a averiguarlo. Tenía que volver a hablar con Onofre.

El muro de la cárcel de Teixeiro se había vuelto pequeño comparado con la negativa de la jueza Lagar a permitirme volver a verlo. «Onofre se ha acabado para usted», sentenció. Las cosas se habían salido de madre. Mis artículos habían gozado de una explosiva notoriedad que le había estallado en la cara. La gente se preguntaba cómo había sido posible aquel permiso, aquel privilegio de hablar con un periodista a un hombre que merecía prisión incomunicada y aparecía ante la opinión pública como un famoso hablando en un programa de televisión.

Ella, en un intento de detener las toneladas de mierda que le estaban cayendo encima, pidió entrevistarse con los dirigentes de los medios y explicarles cuál era la situación: la prueba principal era determinante, pero había sido obtenida de una forma que podría considerarse ilícita, con lo que podría acarrear la nulidad del proceso y dejar a Onofre Castro en libertad. Ella estaba luchando para que eso no pasase. Había llegado a un acuerdo, «pero ustedes, los medios, me han dejado sola en todo este asunto».

Tenía que convencerla. Tenía que llegar a Onofre y para eso tenía que encontrar algo que me dejase expedita la puerta de la cárcel. Pedí una cita con ella y un ayudante me la confirmó para la semana siguiente.

—No puedo esperar a la semana que viene.

—Señor, la jueza no tiene más huecos en su agenda.

—Que lo haga. Quiero hablar con ella. —Me mostré inflexible.

—Insisto...

—Dígale que soy Carlos, el periodista que puede arreglar el problema que tiene. El grave problema que tiene.

—Perdone, pero no entiendo.

—Dígaselo así. Volveré a llamar en treinta minutos.

—Está en la sala.

—Pues sáquela. Es importante para ella. Que haga un descanso. Treinta minutos.

Sin dejar que me bajasen las pulsaciones llamé al inspector Vega. Comunicaba. Joder, su teléfono siempre comunicaba. No era hombre de largas conversaciones, por lo que la posibilidad de coincidir con otra llamada era escasa. Volví a intentarlo. Seguía comunicando. Una tercera vez. ¡Por fin!

—Inspector.

—¿Dónde está? Habíamos quedado que estaría visible.

—Estoy visible. Tengo que verlo. Tengo cosas que contarle.

—A las ocho de la tarde en...

—Ya elijo yo el sitio —le interrumpí.

—Pues usted dirá.

—Volvamos al café Gijón.

—Le daremos una segunda oportunidad.

—Llegue puntual.

—Ya lo sabe. Yo siempre llego puntual.

—Una cosa. El otro día...

—Le escucho.

—Tuve la sensación de que me seguían.

—Tenga mucho cuidado, Carlos. Esto no es un juego. Pediré que le asignen una pareja de policías para protegerlo. No se preocupe. Van de paisano, no será nada ostentoso.

—Gracias, inspector.

Me fui hacia casa, al principio caminando. Pero volví a tener la sensación de estar siendo vigilado. Paré el primer taxi que vi por la calle y le di una dirección diferente a la mía.

—¡Está usted nervioso! —afirmó cantarín el taxista.

—No —respondí cortante.

—Pues no para de mirar hacia atrás. ¿Le sigue alguien?

—No.

—No se preocupe. Yo siempre dejo a mis clientes sanos y salvos en todos mis servicios. Y llevo más de cuarenta años en esto.

—Muchas gracias.

Seguí vigilando la retaguardia del taxi a través de mi móvil, para no alertar demasiado al conductor. Puse la cámara en modo *selfie* y mientras simulaba mirar mis mensajes controlaba que nadie nos siguiese. Cuando estábamos llegando a la dirección falsa le pedí que pusiese rumbo a la buena. Nadie nos había seguido. Quería refugiarme en mi casa.

Cuando llegué ni siquiera encendí la luz. Cerré la puerta. Me senté en el suelo y me quedé allí, en silencio, con la espalda apoyada contra la puerta, aliviado de estar en casa, esperando que el miedo se evaporase. Un silencio que pronto se rompería por los parsimoniosos pasos de unos grandes zapatos subiendo las escaleras. «Algún vecino», pensé. Los pasos se iban aproximando. Los oía muy cercanos. Cada vez más. Estaban ya en mi espalda cuando de repente se pararon. No podía creerlo. Al otro lado de mi puerta estaba alguien a quien no esperaba, un individuo corpulento a juzgar por el sonido de sus pisadas. Sabían dónde vivía.

Contuve la respiración para disimular cualquier sonido. Mi mejor defensa era que creyesen que el piso se hallaba vacío. Y lo logré. Pero no con el resultado que esperaba. No timbró. No golpeó la puerta. Pero empecé a oír un tintineo y algo metálico rascando al moverse en la cerradura. ¡Estaban intentando entrar! Ahora tenía miedo de que se oyese los latidos de mi corazón. Intenté tranquilizarme. Saqué mi móvil, lo puse en silencio para evitar cualquier llamada o sonido inoportuno, y con las manos temblorosas logré enviar un mensaje al inspector Vega. Un SOS en toda regla.

Pero por mucho que apurase la ayuda, de aquella situación tenía que salir yo solo. No habría tiempo. «Piensa, Carlos, piensa.» Y entonces, sin pensármelo dos veces, me puse a hablar en voz alta.

—Antes de que siga, dígame a su jefe que no voy a hablar. No me interesa. Pero si no dejan de molestarme, van a caer en manos de la policía. Me siguen a todas partes.

La ganzúa o lo que fuese con lo que intentaban franquear mi puerta se detuvo.

Simulé una llamada haciendo que sonase un timbre de mi teléfono móvil y el silencio al otro lado de la puerta se hizo más evidente, aunque parecía poder oír su respiración. Seguí hablando alto y claro, para que escuchase bien.

—¿Están llegando a mi casa? Gracias, agente, porque alguien está intentando abrir mi puerta. Creo que se trata de un simple ladrón, pero suban cuanto antes.

Los zapatos pisaron igual de fuerte pero mucho más rápidos, ahora en sentido contrario, alejándose a todo trapo. Me había salvado. Estaba claro que querían entrar en casa. Si me hubiesen querido a mí podrían haberme capturado en cualquier otro sitio. Querían averiguar lo que sabía. Husmear un poco. Y yo les mandé un mensaje con el que esperaba ganar tiempo en todo aquel lío.

Llamada entrante. Inspector Vega en la pantalla. Descolgué.

—Inspector.

—¿Ha pasado algo?

Caminé alejándome de la puerta, buscando una zona más discreta para hablar con Vega.

—Han intentado entrar en mi casa.

—¿Se han llevado algo?

—No. Yo estaba dentro. Se lo he impedido.

—Voy para ahí.

Había pasado más de media hora. Tenía que llamar a la jueza Lagar. Y lo hice. Todavía temblando, pero lo hice. Volvió a salirme aquel tipo.

—Soy Carlos, el periodista que habló antes con usted.

—Sí, lo reconozco por el número de la pantalla.

—¿Habló con ella, con la jueza?

—Dice que venga hoy, a partir de las seis.

—A las seis estaré ahí.

Confíe en la ducha como tabla de salvación. Me encomendé a sus poderes. Allí todo era posible. Todo era tranquilidad. Siempre salías mejor de lo que entrabas. Preparé bajo aquel chorro de agua caliente mi estrategia con la jueza. Tenía que convencerla o vencerla. Tenía que hacerle saber que todo podría ponerse peor, pero también tenía que darle un lugar seguro donde caer en el caso de que las cosas se pusiesen feas.

Lo segundo mejor que una ducha es una toalla seca para devolverte a la realidad. Y si puede estar algo caliente, mejor. Yo solía apoyarlas en el radiador antes de entrar a ducharme y el premio siempre me recompensaba al salir. Cuando estaba disfrutando de mi toalla tibia, sonó primero mi teléfono, y luego el timbre de la puerta. Era Vega.

—Me alegro de que esté usted bien.

—Gracias por la velocidad de la respuesta.

—No hay de qué. Esto ya no es un favor. Usted es ahora mi caso.

—Gracias igualmente.

Le conté el episodio de la puerta. Mi estrategia para salvar el culo enviando un mensaje que intentaba ser pacificador.

—¿Cree que he hecho bien?

—Desde luego, mal no.

—¿Le cuesta halagar?

—No cuando hay motivo. En este caso, ha sido usted rápido y ha salvado la bola de set. Pero hay que ganar la bola de partido. Usted es un aficionado y su oponente el puto Rafa Nadal.

—¿Qué cree que pasará?

—Creo que aflojarán el cerco sobre usted. Ya saben que lo sabe. Ya saben que la policía está sobre el asunto. Y creo que tiene más que perder que ganar. Si lo eliminan a usted, el tema ya no será un ajuste de cuentas entre mafiosos. Es usted famoso. Haría demasiado ruido. De momento usted no les ha hecho nada. Esperarán.

—Me alegra oír decir eso al hombre que nunca se equivoca.

No rechazó el piropo. Siguió escudriñando sobre la mesa de trabajo, entre mis papeles y mis notas.

—Sigue usted dándole vueltas a todo este caso, por lo que veo.

—Estoy convencido de que el de Onofre y el catálogo son el mismo caso. No puedo afirmarlo, ni demostrarlo todavía, pero pienso que Onofre Castro es una víctima, no un criminal.

—¿Una víctima? ¿Habla en serio? —Y con un tono más condescendiente, continuó—. Verá, en 1973 unos delincuentes intentaron atracar una sucursal bancaria. Tomaron como rehenes a empleados del banco. Estos, contra todo pronóstico y a pesar de haber estado amenazados con perder la vida, protegieron a los raptos de la policía. Fue en Suecia. Desde entonces se le llama síndrome de Estocolmo.

—¿Cree que mi juicio está perturbado? ¿Cree que tengo ese puto síndrome?

—Creo que, a veces, la tensión producida por un criminal genera un estrés que puede tener consecuencias sobre la percepción de las cosas.

—Yo no soy una víctima. Soy un periodista.

—Usted se ha metido en la piel de cada una de esas chicas. Era usted un progresista-pacifista que creía que los únicos hombres malos del mundo eran los que manejan el poder económico. Y, de repente, es usted un ferviente defensor de la dureza de las penas. Anda por ahí hablando del mal. Usted ha cambiado. Estas cosas le cambian a uno para siempre.

Me atacó con una elegancia que no hubiese esperado de él. Tenía sentido lo que decía. Era posible que fuera algo así. Pero no creía que hubiese nada malo en intentar averiguar más sobre todo aquello.

—La verdad no hará daño a nadie. Si usted tiene razón, simplemente me dejará en evidencia. Pero si la tengo yo, habremos hecho justicia.

—¿Qué piensa hacer?

—Hablar con él.

—Lo han cambiado a prisión incomunicada.

—Lo sé. He quedado dentro de un rato con la jueza.

—Haremos una cosa. Le llevaré hasta allí. Y continuamos después esta conversación.

Acabé de vestirme mientras Vega se bebía el agua que le había ofrecido. Tarareaba boleros, como con un silbido entre dientes, mientras ojeaba mis periódicos. Siempre estaba tranquilo, y eso me calmaba a mí.

Cuando subimos al coche, instintivamente me dirigí al asiento de atrás.

—Verá, Carlos, yo no soy su chófer.

—Perdone. Era más bien el síndrome del estudiante detenido. —Lo vi sonreír por primera vez—. ¿Es así siempre? Me refiero a su vida, su día a día como inspector, siempre tratando con este tipo de asuntos, con el lado oscuro.

—Más o menos. Pero si lo que se pregunta es si se acostumbra uno, la respuesta es «casi».

—¿Casi?

—Sí. La mayor parte de los casos transcurren como cualquier trabajo. Pero siempre hay alguno que te marca. Supongo que a los médicos les pasará lo mismo.

—¡Y a los periodistas! —añadí con conocimiento de causa.

—Enfrentarse a las miserias humanas hace que dudes de la nobleza de nuestra especie.

—¿Sabe que hay quien pensó que ese tipo de delincuentes no eran del todo humanos? Una especie de eslabón perdido.

—Desde luego no son del todo humanos. Algunos no.

Llegamos a los juzgados de la plaza de Castilla.

—Lo veo luego.

—Piense lo que diga.

—Y diga lo que piense —añadí, lanzándole mi mejor sonrisa mientras me iba a por la jueza Lagar.

Su ayudante me invitó a pasar y entré en su despacho. La tuve por primera vez frente a frente. Me esperaba. Seria.

—Bueno, dígame, ¿qué es eso tan urgente?

—El caso Onofre Castro.

—Ya me imagino que estará relacionado con ese caso.

Le conté, lo más sintéticamente que pude, el hallazgo del catálogo y todo lo que había pasado después.

—Creo que el caso es algo más que el de un chalado hijo de puta matando mujeres indefensas. Tiene que dejarme hablar con él.

—De ninguna manera.

—No publicaré nada.

—A buenas horas. Usted ha conseguido que todo el país dude de mi capacidad profesional.

—Al final reconocerán su acierto, se lo garantizo. Pero tiene que dejarme hablar con él. Sin repercusión pública. Le firmo un acuerdo si quiere.

—¿Cree que esto funciona así? Un contrato. Como si pidiera un crédito. Y si no cumple, ¿a quién reclamamos?

Veía que no iba a poder con ella por las buenas, así que empecé a trabajarla por las malas.

—Si no me deja, me veré obligado a...

—¡Ni se le ocurra amenazarme o no sale libre de este edificio! —me cortó de raíz.

—No me queda otro remedio. Tendré que contar la verdad. No es una amenaza. Es la única posibilidad que me deja.

Silencio. La silla de la jueza giraba de un lado para otro. Las yemas de los dedos estaban juntas. Su cabeza echaba humo.

—Le dejaré hablar. En secreto. Solo una vez. Media hora.

—Necesito más tiempo, señoría. No menos de un par de horas. No quiero precipitar la conversación.

—Dos horas. Pero ningún artículo, ningún comentario sobre lo ocurrido en esa sala. Espero que esté usted diciéndome toda la verdad.

—Lo juro, señoría.

Al salir, Vega estaba allí. Me vio sonriente, por lo que supuso que había

conseguido mi objetivo.

—¿Cuándo lo verá?

—Mañana. Viernes.

—Pondré dos hombres en su casa para protegerlo.

—Mi casa es pequeña.

—Pero su peligro sigue siendo grande.

Le fui contando, mientras conducía, la estrategia que había seguido con la jueza.

—Sería usted un buen policía.

—Sin embargo, no lo veo yo a usted de periodista.

Sonrió. Aquello se acercaba a su fin.

Empuña solo la daga que sepas usar.

Diario de Onofre Castro

Entré en el locutorio de la cárcel y parecía que había pulsado el reloj que mide los tiempos de las partidas de ajedrez. No quise perder ni un segundo y arranqué a hablar enseguida.

—Sé que no lo hizo usted. Sé por qué lo hizo y cómo lo hizo. —Quería hacerlo hablar, así que tenía que aparentar que lo sabía todo, cuando en realidad no era más que un manojito de suposiciones y sospechas.

—¿No crees que es un poco confuso lo que me acabas de decir? —Siempre conseguía acorralarme y tratarme como a un torpe principiante.

—He llegado a la conclusión de que usted es una víctima más de Rodion Sokolov.

Ahora ya no me miraba con ese gesto complaciente y de superioridad. Su cara expresaba sorpresa y algo de esperanza. Al menos eso me pareció. La mía, autosuficiencia y ganas de que me reconociese la capacidad para haber llegado hasta el fondo yo solo.

—Usted me enseñó aquí, en este locutorio, que el azar no existe.

—Me halaga que me escuchases.

—El catálogo. No un catálogo, sino el catálogo. Era demasiado tentador para un periodista, demasiado novelesco como para pasarlo por alto.

Su gesto era más apacible que nunca. Su mirada estaba lejos, sobrevolando el momento. Yo seguía hablando, no quería parar. Quería acabar definitivamente con ese asunto.

—El catálogo se convirtió en el gran enigma de esta historia de atrocidad, de maldad y de dolor. Le confieso que al principio me agarré a él como una tabla de salvación de mi propio ego. Hasta ese momento me había limitado a transcribir

lo que usted, prácticamente, me dictaba. Y hasta sus énfasis sugerían los titulares. Todos admiraban mi trabajo. Todos menos yo, que sabía el nivel real de mi aportación. Y, sin embargo, el catálogo era algo mío. Yo había dado con él. Un principio prosaico, pero que resultó determinante para que pudiese entender lo que había pasado.

Me seguía con sus gestos, asentía levemente y sus ojos me parecían distintos. Temía que en cualquier instante se tornasen sanguinolentos y me interrumpiese con algún comentario sádico, alguna crueldad que tirase toda mi conjetura a la basura con un «seguiré matando». Pero hasta el momento eso no había sucedido. Se respiraba paz en aquella sala.

—Desde que se lo oí mencionar por primera vez a Andrés y Soledad, los amigos de Purificación Ildefonso, captó mi atención. Y que luego volviese a ser citado por el entorno de otra de las víctimas, Ruth Williges, lo elevó a la categoría de hecho sospechoso. Dos sobre siete, un treinta por ciento. Suficiente para tomarlo en consideración. Pero era buscar una aguja en un pajar, pensé. Hasta que un amigo mío me puso sobre la pista: hoteles de lujo.

»Casualmente no era un entorno completamente desconocido para mí. Aunque no lo crea, yo frecuentaba uno de ellos. Tan solo para tomar un humilde y proletario café, pero lo suficiente para conocer a alguno de los camareros y poder entablar conversación amistosamente con ellos. Hasta permitirme una farsa que quizá en otro lugar no hubiese sido tan eficaz. No lo sé. El caso es que funcionó. Fue todo más fácil de lo esperado. Empecé a tirar del hilo y me llevó a un pianista polaco. Un buen tipo. Ahora está muerto.

—La muerte te persigue.

—Solo desde que lo conozco. El pianista era lo que ellos llaman una «mula», el portador del catálogo, el que lo movía dentro del ambiente del hotel. Parecía un buen tipo, y aguantaba el alcohol como nadie. Aunque no lo suficiente para que no tuviese la indiscreción de citar accidentalmente el nombre de Rodia entre cóctel y cóctel. Fue la primera noticia que tuve de ese hombre. Luego completé el cuadro poco a poco, hasta llegar a retratar a un verdadero monstruo. ¿Su

producto estrella? Extorsionar a profesionales, permítame la expresión, a mujeres normales, aunque sé que normales son todas, pero me refiero a gente con su vida, sin una aparente dedicación a la prostitución. Extorsionaba como nadie.

—Y piensas que también me extorsionó a mí —me dijo, saliendo de su letargo.

—Exacto. Sé que lo extorsionó a usted. —Mi seguridad no era tal. Pero tenía que hacerlo hablar aparentando no albergar ninguna duda.

—Y ¿cómo estás tan seguro?

—Su móvil.

—¿Mi móvil?

—Perdido en el lugar justo, en el momento adecuado. Era como una flecha señalándolo en una foto. Demasiado obvio. ¿Siempre con el móvil a las escenas del crimen? ¿Siempre con el mismo? ¿Sin pararse ni un solo momento? ¿De su casa al crimen y del crimen a su casa? No. Un error excesivamente burdo. Parecía mentira. La pregunta era ¿podría ser mentira? ¿Podría manipularse ese tipo de datos?

—¿Se puede? —O disfrutaba haciéndome dudar, o era realmente el asesino.

—Es posible. Muy difícil, pero posible. Nada es imposible para la matemática, me dijo el hombre encargado de la encriptación de SpainTel. Una eminencia. También ruso.

—¿También?

—El pianista, Jarek, el polaco, era conocido como Igor el Ruso. Y una de sus víctimas, Sasha, era también de la antigua Unión Soviética.

—Cierto.

—Usted era una víctima perfecta para Rodia. Nadie esperaba que fuese usted, generaría odio y crispación por su pasado político. Una cortina de humo perfecta para sus actividades. Para algo que, a juzgar por el número de muertas en tan poco tiempo, se le estaba yendo de las manos.

—¿Cuándo? ¿En qué momento empezaste a urdir toda esta peculiar historia?

—Le confieso que desde el principio no me encajaban muchas cosas. Ya no me refiero a lo contradictorio de su biografía. Al fin y al cabo, si era usted un chiflado cabrón, su vida anterior era anecdótica. Eran sensaciones. Creaba usted en mí una sensación de viejo profesor, de familiar veterano con conversación agradable y aleccionadora. Y ¡zas! Su provocación. Eran dos partes en una. Consiguió que mi cabeza le creyese, le abominase. Pero mi corazón siempre le daba otra oportunidad, una y otra vez, irracionalmente.

—Sabes que con este relato puedes ayudar a dejar libre a uno de los asesinos más odiados del mundo, según tus propias palabras.

—¡Cómo no voy a saberlo!

—¿Y lo que supone para tu recién ganada fama y reputación?

—Desgraciadamente, lo sé.

—Y que soy el mismo sobre el que, hace unas semanas, afirmabas que no merecía vivir.

—Sigo abrumado por mis palabras, de las que siempre seré rehén. Agobiado por haber caído en el apasionamiento que critiqué tantas veces, haber pretendido legislar en caliente, desde el odio. Si hubiese sido por mí, se hubiese cometido un error irreparable. Tendré que aprender a vivir con ello.

—¡Vaya! Has dicho muchas cosas. No estoy acostumbrado a oír tanto tiempo a una persona. Las buenas costumbres se pierden enseguida. Eres un hombre al que admiro, Carlos. Estás a punto de destrozar tu vida por una persona a la que conoces como un criminal y una corazonada te lleva no solo a exonerarme de culpa, sino a convertirme en víctima. Y consigues que la jueza levante mi incomunicación y venir aquí, presuroso, a contármelo. Admirable. Ya lo creo.

Y se levantó, pensativo y en silencio. Pasó el tiempo suficiente como para que diese por finalizada la visita. No hablaba. Estaba inmóvil. No quería salir de aquello. Tenía que irme. Y lo haría con una sensación agridulce: no había negado tajantemente lo que yo le había dicho, pero tampoco había cogido el salvavidas que le había lanzado. Me levanté a mi vez para marcharme.

—Siéntate, Carlos.

Desde aquel «Siéntate, Carlos» prácticamente no recordé nada hasta que ya estuve a más de cien kilómetros de la cárcel de Teixeiro. Supongo que todo aquello que me dijo a continuación necesitaba ensamblarlo en mi cabeza y que algo de reposo permitiese eliminar la turbidez de mi mente.

Tenía un billete de avión, pero lo perdí. Aquella charla duró más de dos horas, gracias a que los guardias asintieron cuando les hice una seña rogándoles unos minutos más.

En el fondo agradecí aquel retraso y perder el vuelo. Necesitaba pensar, y el hecho de conducir, y más de noche, podría ayudarme a conseguirlo.

Horas más tarde, alquilé un coche en el propio aeropuerto, al que había acudido con la esperanza de que el vuelo estuviese retrasado. Conduje envuelto por un atardecer rojizo que me brindó uno de los cielos de Onofre, como un espectacular homenaje final. Su voz era la única compañía que sentía en aquel vehículo impersonal, con un llavero que lucía el logotipo de la marca y que tenía esa atmósfera de habitación de hotel, limpio para todos, hogar para ninguno.

Onofre me acompañaba. Creo que ya no se separará de mí el resto de mi vida. En cada uno de los más de seiscientos kilómetros que tuve que recorrer, fue hablando con su voz pausada, desde aquella sala de luz fría.

—El mal... el mal es no hacer nada. El bien es algo por lo que hay que luchar. Y te doy las gracias porque has luchado, ¡y de qué forma!

Me daba las gracias. Había agradecimiento en sus palabras, lo que me llevó a sentir alivio y gratificación, como el perro al que el amo acaricia el lomo diciéndole «buen chico». Pero aquella paz duró muy poco y dejó paso a la niebla

de la confusión, oscurecida más aún por la ansiedad que me acompañaba desde hacía meses.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Carlos. Era la parte más arriesgada del plan, la única que no controlábamos, aparte, claro está, del resultado final.

Un plan. Una palabra que desató una catarata de preguntas: de quién, para qué, cuándo, qué pintaba yo en todo esto... Fue ahí cuando mi mente dijo basta. No encajé el hecho de formar parte de un plan, ni confirmar mis sospechas de que había sido elegido más por mis debilidades que por mis fortalezas.

Seguí conduciendo, esperando un momento de lucidez. Y llegó.

Empecé a escribir todo aquello. Lo que me había contado minuciosamente. Como siempre. Pero con datos que nunca hubiese imaginado. Escribía mentalmente, al volante de aquel coche anodino y perfumado, como si delante de mis manos hubiese un teclado y el parabrisas fuese una pantalla, uno de los folios en blanco en una de las viejas máquinas de escribir de mi admirado Talese.

Escribía una historia, la de un viejo político que un día ingresa en un hospital y es operado de una hernia inguinal, que no tiene demasiada importancia hasta que se estrangula, se complica y le hace pasar un calvario rozando la muerte.

La historia de un hombre acostumbrado a estar solo, con esa resignación de quien encuentra el equilibrio y crea un ecosistema para que nada lo desestabilice, lo que logró hasta que vio la enorme sonrisa de Sasha. Ella lo cuidó como a cualquier enfermo, sin demasiados privilegios, pero con su encanto y energía consiguió que la convalecencia se volviese, para Onofre, una deliciosa sensación que dio paso a un amor casi adolescente.

Cuando le oí citar a Sasha comencé a sentir una confusión que fue creciendo a medida que hablaba. La conocía, pensé, podría ser el asesino, sospeché.

Pero no. Sasha fue su último gran amor. Su epifanía. La que lo devolvió al mundo de los vivos. «Lo más cercano al bien que he conocido», me subrayó.

Onofre Castro seguía allí. Sentado a mi lado.

Notaba su compañía. Dictándome lo que tenía que decir. Como todo este tiempo. Sentía su presencia, oía su voz mezclarse con los rumores del viento al

rozar con el coche y de las ruedas sobre el asfalto. Un sonido que servía de banda sonora al romance entre un afamado político y una auxiliar de enfermería que cambió su vida después de que aquellos ojos, aquella mirada, lo recibiesen de nuevo al mundo mientras despertaba de una pesada anestesia. Aquellos ojos y aquella mirada que Onofre no dejaría de describir y recordar una y otra vez.

Yo era un Carlos Wolverine cada vez más pequeño, desconcertado al ver cómo el amor aparecía en esta historia hasta ahora impura y miserable.

Sasha. Su amor. Su ángel de Ucrania. Con un pasado que Onofre fue conociendo con revelaciones que caían en la conversación como hojas doradas en otoño, con la suavidad y la cadencia de quien quiere un aterrizaje suave. Con el mismo ritmo lento con el que yo iba conociendo el final de los hechos.

Había llegado a España hacía quince años, atraída por la oferta de un buen trabajo en un lugar cálido y bonito, hecha por una empresa que resultó ser una red rusa dedicada a todo tipo de actividades ilícitas. La realidad con la que se encontró fue un club de alterne del que solo saldría para fumar. Allí estuvo atrapada hasta que su hermano Iván la ayudó a escapar de ese infierno. A emprender una nueva vida. «Y todo eso no había dejado mella en aquella mirada luminosa», me dijo Onofre con felicidad, mirando al pasado, usando el poder que había desarrollado en todo este tiempo de evadirse a su antojo de aquel presidio atravesando con su alma las paredes.

Paré en una estación de servicio. Se había hecho de noche y era el momento de tomar un café y mantener la atención en la carretera para poder seguir construyendo mentalmente mi relato. Entré y encontré a varios camioneros apoyados en la barra. Aunque el aroma a coche nuevo me perseguía, la cafetera impregnó una y otra vez el bar de un intenso olor a buen café, servido a todos los que, antes que yo, habían echado en falta una dosis de cafeína para poder seguir conduciendo. Pensé en hablar con uno. En contarle lo que me había sucedido. Necesitaba ver qué pensaría, si me creería o no. Elegí, repasando los candidatos apoyados en la barra, a un tipo grandullón y musculoso. Me pareció que sería el

que más paciencia tendría. Afortunadamente acabó su café, pagó y se marchó, devolviéndome a la realidad, por lo que descarté aquella absurda idea.

Cuando estuve de nuevo dentro del coche, Sasha volvió conmigo. Sus esfuerzos por acabar los estudios de auxiliar de clínica, su incorporación al hospital... Pude imaginármela allí, tirada en un callejón oscuro, con su vestido más querido roto, manchado con su sangre... Pude recordar el rostro de Onofre, amargo, determinado, que parsimoniosamente describía la ira que había sentido y la serenidad que lo invadió cuando decidió vengarse.

Una venganza. Todo esto era una venganza. Una venganza que se retorció en su estómago al imaginar al asesino pasear por la calle y disfrutar del sol que les había robado, el que tanto habían soñado disfrutar, el que llenaría de luz su nuevo amor.

Una venganza que hacía que todas las cosas que había pensado, dicho, argumentado, reflexionado, filosofado, expresado en público y en privado se apareciesen ante él como simples patrañas, como una burla alejada del más elemental concepto de justicia.

Era él, desde su pasado, el que le recordaba que el asesino sería tratado como un ser humano, con la benevolencia que él mismo había contribuido a aplicar.

«La vida es un constante aprendizaje, Carlos. Y yo aprendí que solo existen el bien y el mal. Sin término medio. El bien era Sasha. El mal, Rodion Sokolov.»

Rodion Sokolov, el Big Korol, el hombre que, pensaba, había puesto precio a mi cabeza. Él era el asesino de Sasha y de todas aquellas mujeres. Reconozco que sentí una cierta satisfacción al ver cómo algo con lo que yo había especulado se había acercado a la realidad. Qué ridículo es pensar en tener razón cuando ves vidas desmoronadas, amputadas, desperdiciadas.

Empezó a llover. Curiosamente cuando ya no estaba en Galicia. Los limpiaparabrisas aumentaban aquella sensación hipnótica que me permitía conducir y escribir a la vez.

«El mal supremo necesita una ejecución suprema.» Otra de sus frases. Podría haberla escrito yo, en su contra, semanas atrás. Pero ahora era él el que me la

decía a mí: «Nos hemos vuelto un mundo débil, que no se enfrenta con determinación a la perversidad de la maldad». Cada vez que se movían las escobillas del limpiaparabrisas, me traían frases tuyas, de nuestra última conversación, una y otra vez, una y otra vez.

Me contó cómo Iván, el hermano de Sasha, lo había abordado en el entierro. Imaginé aquella situación, llena de dolor, y cómo aquella acusación habría cogido desprevenido a Onofre: «No habrá justicia. Gracias a gente como usted, ya nunca más habrá justicia». Una frase que cambiaría la vida de Onofre para siempre, multiplicando su dolor, su sentimiento de culpa, hasta hacerlo insostenible. «Iván tenía razón», concluyó, y su vida dio un giro. La semilla de la venganza creció en su interior y dejó de sentir toda aquella mierda dentro.

Ahora quería vengarse, quería infligir dolor y castigar de la forma más contundente posible a aquel delincuente. «La única opción de justicia verdadera era acabar con él», me insistía.

Atrás quedaban sus convicciones, sus antiguos postulados: «Hemos convertido las penas en una especie de terapias, de pedagogía para construir a un ciudadano modelo. Y eso no sucede con criminales tan atroces. Las garantías eran un manto de protección, una especie de cargo al que llegaban por oposición, quedando a salvo de lo que podría pasarles en la calle, expuestos a la venganza directa de algún familiar, algún amigo... ¿Puede ese malvado salir los fines de semana, tener relaciones con su pareja, mientras Sasha se pudre en su tumba? ¿Demostrar humanidad conllevaba olvidarse de las víctimas?».

La amargura de sus preguntas consiguió que mi perplejidad no me permitiera intervenir en aquel momento, como para no ofender, permaneciendo en silencio hasta que me atreví a preguntar: «¿Qué hizo?». Supuse que lo primero que pensó fue comprar un arma e ir a por él, intentar liquidarlo. Supe que lo había pensado cuando me dijo, como si me escuchase: «No pasaría de cualquiera de las barreras de matones y guardaespaldas que mantenían a buen recaudo el perímetro de Rodia. Carlos, todos creemos que si nos pasa algo así en la vida puedes enviar a unos sicarios a que se encarguen del trabajo sucio. Cada día hay gente detenida

por intentar contratar estos servicios, algunos incluso lo intentan contratar por internet. Estúpidos. Hay momentos en la vida en que cada uno tiene que lavar su ropa sucia».

Es posible que en el fondo todos anhelemos en algún momento una especie de centro comercial con oferta de matones a sueldo que, por un módico precio, se encarguen de nuestro rival. Pero olvidamos un pequeño detalle: los sicarios son chusma, y la chusma suele trabajar para ellos mismos y entre ellos mismos.

«Quería causar todo el daño posible a Rodia. Matarlo, o que se pudiese en la cárcel para toda la vida.» Siempre supe que Onofre Castro era un hombre inteligente. Pero no sabía hasta qué punto. «Solo podía lograrlo haciendo lo único que sé hacer: leyes. Intentaría provocar un cambio legislativo: esa nueva ley estaría esperando a ese hijo de puta. Una pena de muerte, o al menos una cadena perpetua, haría justicia.»

La oscuridad de la noche me había dejado solo ante mi historia. Una enorme lechuga blanca giró justo delante de mí, evitando así que la atropellase y acabase con ella. Me sobresaltó. Por un momento me salí de la historia. Me preocupó el hecho de que mi cuerpo y mi alma no fuesen juntos en ese coche y poder provocar un accidente. Aquel retorno era algo más que el regreso a casa. Era el viaje a otro lugar diferente al Madrid que había dejado. Yo sabía que nunca nada volvería a ser igual.

En el fondo me daba miedo llegar. Tendría que enfrentarme a todas las consecuencias de mi errática trayectoria en aquel asunto. La lechuga me había recordado todos los obstáculos que tendría que salvar en mi vida a partir de entonces. Vi un camión. Decidí alcanzar su estela y mantenerme detrás, buscando amparo, protección y un ritmo más lento donde mis reflejos tuviesen más tiempo para reaccionar.

Ahora sentía como si Onofre se hubiese pasado al asiento de atrás. Como si me espiara mientras yo seguía escribiendo en aquel inmenso folio imaginario que era el cristal delantero de mi coche, para incomodarme, porque supuse que sabría que eso me incomodaría.

«Tenía que conseguir ayuda —me dijo al oído—. No podía hacerlo solo, Carlos. Y no me refiero a un joven periodista o a un genio de las matemáticas y la informática, tú e Iván Ivanovic Nadzenkov.» Cuando oí el apellido Nadzenkov quise interrumpirlo, indagar si el hermano de Sasha era el mismo tipo al yo había entrevistado en SpainTel. Pero dejé que siguiese hablando. «Me refiero a ayuda para poder sacar adelante una ley. Para eso, Carlos, para provocar un cambio legislativo de esa magnitud, hacía falta la ayuda de toda una sociedad.» Empezaba a intuir mi papel en todo aquel enredo.

«¿Cómo conseguirlo? No era fácil, Carlos. ¿Te imaginas que hubiese optado por intentar persuadirlos para que se defendiesen del mal de otra forma, de una manera distinta a la que había defendido toda mi vida? No tardarían en sentir lástima por un veterano al que se le había ido la cabeza al final de su carrera. No. Pocas cosas se hacen tan bien en masa como linchar. Y tendrían que lincharme a mí. Yo sería el objeto de su ira. Solo los tendría a mi lado, qué paradoja, ¡poniéndolos en mi contra!»

A medida que avanzaba, a medida que mi viaje me acercaba a mi destino, la figura de Onofre Castro crecía, se hacía más grande. Admiraba su genialidad, pero también su paciencia, su capacidad para tejer aquella enorme telaraña y esperar en su centro a que cayese su pieza.

Era un jugador de ajedrez como ninguno. Estaba a punto de ganar, de conseguirlo. Aunque había tenido que sacrificar un peón, al que yo le tenía una estima muy especial. Porque ese peón era yo: «Necesitaba el apoyo de un joven periodista inconformista y con hambre de noticias».

Nadzenkov era Iván. Iván Ivanovic Nadzenkov, el hermano de Sasha Ivanova. Un joven hacker ucraniano que salió de su país y su talento le abrió las puertas de las mejores empresas de telecomunicaciones en España.

«Le conté mi plan. Le pedí que me incriminase en la mayor cantidad de asesinatos posible. No tuve que decir nada más. De él fue la idea de seleccionar a las víctimas, todas ellas relacionadas con el catálogo en uno u otro momento de su vida y por lo tanto con Rodia, de una u otra forma. Y la genialidad de trucar la

posición de mi móvil para ubicarme en la hora y el lugar de cada uno de los crímenes, la que aparecía en los atestados de la policía y los informes forenses.»

¿Por qué no me había engañado? ¿Por qué cuando lo visité en su despacho de SpainTel no me mintió y dejó en mí viva la idea de que era posible, que el recorrido del teléfono era hackeable? Supongo que alguien tenía que descubrir la verdad, aunque no supiese muy bien qué hacer con ella, como era mi caso, para que al final Onofre acabase teniendo justicia. Fui un peón muy eficiente. El mejor. Pero un peón, al fin y al cabo.

Yo había pensado que era quien extraía información cuando visitaba a Onofre, y en realidad no era así: el surtidor de datos era yo. Él no sabía nada de las víctimas, excepto de Sasha... Esperaba cada semana a que yo le provocase con mis datos y con esa información iba fabricando los testimonios para la jueza. Me parecía increíble, y más aún cuando recordaba comentarios suyos sobre la vida de sus víctimas. «Comentarios genéricos, Carlos. Todos tomamos decisiones poco acertadas, alguna vez no hemos elegido bien; todos hemos cometido algún error de juventud.» Me molestaba. No me gustaba no haberme dado cuenta, lo reconozco. Agarré el volante con fuerza, hasta lo golpeé un par de veces, decepcionado por mi ingenuidad. Me hubiese gustado haberlo captado. Talese lo habría hecho.

Supongo que todo aquello no habría sido fácil para Onofre, que aquel temple se habría desmoronado en alguna ocasión. No era capaz de imaginármelo llorando, ni agitado, ni siquiera nervioso. Pero estaba seguro de que había pasado por todos y cada uno de esos estados de ánimo. Necesitaba saber que era humano y que estábamos, en el fondo, a la misma altura.

Empezaba a notar el cansancio. Pensaba en mis plantas. Las plantas nunca se cansan. O al menos si lo hacen, nunca lo dicen... Qué tontería. Pensaba en Ángeles. Pensaba en cómo hubiese sido mi vida con Penélope, y cómo iba a hacer ahora para no acudir a aquella segunda entrevista.

Volví a mi tarea, con la intención de ordenarlo todo. No en vano era periodista y antes o después tendría que contar todo aquello. Tan aturdido estaba que, en un

momento de la conversación, llegué a preguntarle si el catálogo existía realmente. Era increíble que dudase de su existencia cuando sabía que Jarek había muerto por su culpa, pero solo así entenderán el estado de shock en el que todo aquello me había sumido. «Por supuesto que existe. Tú tenías que llegar a él. Solo así podría conocerse la verdad.»

Los siguientes cincuenta kilómetros los pasé con Iván y con Sasha. Onofre me contó cómo Iván había sido una de las mulas del catálogo. Fue uno de los pactos a los que llegó para sacar a Sasha del prostíbulo donde la tenían encerrada. Le pagaban bien, y le exigían que nunca mirase el contenido. Pero un día lo hizo. Descubrió que en aquel pacto había más condiciones: Sasha había aceptado ser parte del catálogo para proteger a Iván y a su joven familia. Una mujer, dos niños pequeños. Iván no sabía cómo salir de aquello. Y Sasha, un día, decidió retarlos y no acudir a una llamada. Su rebeldía acabó con ella.

A pesar del café, me costaba permanecer despierto. Mi camión, mi amparo, mi parapeto, se había desviado. Empecé a hablar, para mantenerme despejado. Hablaba solo, como durante todo el viaje, pero ahora en voz alta. Y la tomé con Rodia.

—Big Korol, menuda mierda de nombre, hijo de puta. ¿Qué pasa, te daba miedo llamarte capo? ¿Te acojonan los mafiosos italianos? ¿No te gustan los espaguetis, Rodion Sokolov? ¿Sabes qué? Creo que te va a ganar Onofre y te va a joder bien. ¡¡Si por mí fuese, te metería esa puta trufa gigante por el culo!!

Quinientos kilómetros más tarde, después de haber parado a tomar otro café, mi mente me sorprendió reproduciendo con total nitidez aquella parte de la conversación donde Onofre mostró su firme seguridad en su plan. La reproduzco tal como la recordé.

—La justicia se ha convertido en algo mecánico, rodeada de tecnicismos y obstáculos que en muchas ocasiones la impiden o la bloquean. Garantías. Los llamamos garantías. Nuestro ombliguismo llegó a tal nivel que medimos la

calidad de la justicia de un Estado por el nivel de garantías y no porque las sentencias hagan verdadera justicia. Repensemos las leyes y el mundo. No puede ser que el ejecutor de mujeres y niños en una matanza pueda quedar libre por un tecnicismo. ¿Puede un error formal obviar el compromiso sagrado con la justicia? ¿Sabes por qué he podido hablar contigo, Carlos? ¿Sabes por qué accedió la jueza a no aplicarme prisión incomunicada?

—Siempre me lo he preguntado.

—Simplemente, por un tecnicismo. La única prueba que tenían contra mí, la que conseguiría mi condena, estaba obtenida de forma irregular. Habían pirateado mi móvil sin una orden judicial previa. Tenía en mi mano la posibilidad de anular el proceso. Y lo sabía perfectamente porque, recordarás, esa prueba la habíamos fabricado nosotros.

—¿También planeó eso?

—Sin eso nada hubiese sido posible. No hubiésemos podido hablar tú y yo. La clave, como te dije, era estimular la opinión social.

—Y un pardillo que le sirviese de mensajero.

—No pienses eso, Carlos. Te elegí porque supuse en ti virtudes, curiosidad, actitud.

—¿Por qué yo?

—No eres el único que toma café en el Palace... Te había visto varias veces y un día me encontré con una foto tuya en una manifestación de periodistas solidarizándose con no recuerdo bien qué causa política. En la foto ibas de la mano de una chica. Pensé que sería tu pareja. ¿Una manifestación y al día siguiente, solo, en la cafetería del Palace? Contradictorio. Me gustó. Me gusta la gente que tiene ese tipo de pinceladas. Las tensiones sacan lo mejor de nosotros mismos.

—¿Cómo me localizó?

—Pregunté a un amigo mío, directivo del *ABC*, y me sugirió que buscara entre los juniors de *Crónica*, que había mucho neoprogre. Y solo tuve que acercarme un día para que en la recepción me diesen tu nombre. Cogí una

carpeta, enseñé tu foto y le dije que me habías ido a entrevistar y que te la habías olvidado, que me gustaría devolvértela personalmente, pero que no recordaba tu nombre. En unos segundos sabía que Carlos Wolverine era el nombre de mi hombre.

—Le ha dedicado usted mucho tiempo a todo esto.

—Estoy dispuesto a dedicarle la vida, Carlos.

— Sus treinta mil cielos.

—No todos —sonrió—. ¿Sabes? Realmente no sé si habrá un cielo. Pero de lo que estoy completamente seguro es que solo sabremos vivir si se nos concede la dicha de ver, al menos, treinta mil. Treinta mil cielos... Y esos sí que existen, Carlos. Con toda seguridad. Porque cada día es un milagro, un privilegio excesivamente importante para que nos olvidemos de él, un don que se nos ha dado vivir. Nadie que roba los cielos de otra persona puede aspirar a disfrutar los suyos. Así debe ser, Carlos. Así debe ser.

—Lo que hizo Nadzenkov es un delito.

—Que prescribe a los cinco años.

—El tiempo que tengo que estar callado...

—Sí, si todo sale bien.

—¿Y qué es salir bien?

—Que se produzca el cambio legislativo.

—¿Y si no se produce?

—Se producirá. ¿No has visto cómo han reaccionado millones de personas? Colectivos que hasta la fecha ni se habían planteado la pena de muerte la ven ahora con cierta comprensión. La cadena perpetua es ya un punto de encuentro.

—Pero puede quedarse en nada.

—En realidad, en el imaginario colectivo ya existe la pena de muerte para todos esos jóvenes que ven series, leen libros y están expuestos a la cultura global. Nuestro país pierde, paso a paso, elementos culturales en favor de planteamientos globales. En ese imaginario colectivo globalizado, la pena de muerte y la cadena perpetua existen: Estados Unidos, China, Japón, India,

Oriente Medio, la mayor parte de África, en Rusia están a punto de restablecerla, aunque mientras tanto el plutonio les permite algún que otro atajo... Acabaremos aprobándola, Carlos, antes de lo que te imaginas.

—Pero Rodion...

—Volverá a matar. Y mi legado lo estará esperando.

Estaba llegando a Madrid. Sus palabras habían atravesado las paredes del pequeño espacio en el que nos entrevistábamos, sórdido y severo. Quizá también atravesaron la barrera de este tiempo que vivimos, confuso y difícil. Conduje aquella última media hora admirando su obra. Pensando en el amor que lo había llevado a entregar su vida, su mundo, todo. Sentía la desazón de no haber podido compartir con él el único pensamiento que venía a mi cabeza: a veces las flores más hermosas nacen en el fango. Aquel final había alegrado mi corazón, pero destrozado mi confianza en mí mismo.

Me había dicho que mi instinto para distinguir el bien y el mal fallaba alarmantemente. Me habían condenado a dudar de mis juicios categóricos toda mi vida. Pero había aprendido algo, a preguntarme por las cosas. A creer en mí, a pesar de todo.

Llegué a mi casa y dormí unas horas. A la mañana siguiente caminé por el parque del Retiro con el envoltorio que solo pueden ofrecer los trinos de los pájaros al amanecer, junto a un manto de certezas y de aire fresco.

Mis silbidos, susurrados, le dijeron a la naturaleza que yo estaba allí, que había sido arrollado por el destino, involucrado en una agria historia criminal. Que había sentido el dolor de las víctimas y la imperiosa necesidad de ayudarlas a rebelarse, a luchar contra el hecho de ser mansas ovejas que van al matadero, pidiendo consentimiento a las normas para actuar y defenderse. Porque había aprendido que por mucho que las ovejas siempre pidan permiso, los lobos nunca piden perdón.

Había cometido errores y aciertos. El tiempo diría cuáles eran unos y otros.

Me gustaba haber puesto un granito de arena para que la justicia acabase cayendo sobre el repugnante Rodia.

No había encontrado el sentido a la existencia, ni al dolor, ni a las muertes, ni a la violencia, ni al desgarrar de perder a un ser amado, ni a nuestra fragilidad desconcertante. Pero sí había descubierto la existencia del sentido, la necesidad de preguntar, de preguntarme: ¿para qué? y ¿hacia dónde? Y luego, ¿qué?

Epílogo

Han pasado cinco años. Onofre fue juzgado y condenado a la pena máxima. Continúa en prisión. Fue su expreso deseo mantener el secreto durante todo este tiempo. «Solo así —insistió— podrán alcanzarse nuestros propósitos: que se consolide el estado de opinión en la sociedad, que madure el cambio legislativo, que prescriban los delitos de Nadzenkov, y que Rodia te deje vivir...»

En efecto, como ven, Rodion Sokolov me dejó vivir. Imagino su cara de desconcierto al comprobar que el juicio no solo no lo había salpicado, sino que más bien lo había favorecido, al condenar a Onofre Castro por la autoría de varios de los asesinatos que él y su banda habían cometido. En cuanto a mí, seguramente pensó que, si no dije nada para salvar a Onofre en su juicio, jamás lo diría. Que sabría mantener la boca cerrada. Lo que no sabía es que solo la cerraría cinco años, ni un minuto más. Y que a lo largo de todo ese tiempo había continuado recopilando, minuciosamente, datos, pruebas y posibles testigos que declararían contra él.

Sabíamos que Rodia seguiría cometiendo errores y que quizá, solo quizá, el rastro de su teléfono móvil sería determinante. Y que una cadena perpetua, o quién sabe si la pena de muerte, le estaría esperando. Imaginaba las palabras de Onofre mientras esperaba paciente entre las crepusculares fotos de sus paredes: «La araña caza haciendo lo único que sabe hacer: tejer y esperar».

No he vuelto a verlo. No ha aceptado ninguna visita. Ni mía ni de nadie. Quizá temía que siguiese haciendo preguntas o que lo estropease todo. Me dolía pensar en él, solo, aislado, contando cada minuto, cada segundo.

A lo largo de estos años el debate social sobre las penas se incrementó y la perspectiva de las víctimas ganó enteros. Los partidos políticos conservadores

incorporaron a su programa electoral la pena de muerte en casos de excepcional gravedad y certeza en la imputación de los hechos. La prisión permanente revisable era ya algo aceptado por la mayoría progresista, un punto de encuentro. La justicia había cambiado.

Siempre quise averiguar por qué todas las parejas de aquellas mujeres, que no las merecían, continuaban sospechosamente en paradero desconocido. Posiblemente la única persona que lo sabría era Iván Ivanovic Nadzenkov, al que nunca podría preguntárselo: dejó su puesto en SpainTel y ahora trabaja para la gran empresa de buscadores de internet en Santa Clara, California. Es una especie de gurú mundial de la encriptación.

El inspector Vega sigue con su instinto intacto y sabe que yo oculto algo. Pero, como él decía: «Siempre soy puntual en mis citas. Cuando llegue el momento, allí estaré». Posiblemente saber esperar forme parte de los talentos exigibles para ser un gran policía. Y él sin duda lo era.

La jueza Lagar recuperó su reputación. Era justo. Al fin y al cabo, gracias a su valentía es posible que el plan de Onofre Castro llegue algún día a buen puerto.

Ángeles sigue a mi lado. Mi periódico me respeta. Y yo estoy a punto de publicar este relato. Intentando ser fiel a esta historia, aunque nunca se es fiel del todo a ninguna historia.

Puede que acabe con mi reputación, pero me permitirá conciliar el sueño. Y a Onofre ver y vivir en libertad los últimos de sus treinta mil cielos.

*Cuando se haya conquistado hasta el último rincón
de la galaxia.*

*Cuando se haya explotado económicamente hasta
el último recurso del planeta.*

*Cuando tengamos la capacidad de estar en dos sitios
a la vez.*

*Entonces, sí, también entonces, se seguirán
escuchando las mismas preguntas:*

¿para qué?, ¿hacia dónde? Y luego, ¿qué?

«Escuchando a Heidegger»,
Diario de Onofre Castro

Agradecimientos

Tomo prestada la frase del gran maestro Stephen King: «tenía una enfermiza confianza en mi capacidad creativa y una mujer con una máquina de escribir», porque creo que define a la perfección mi situación al comenzar este viaje de contar historias. Por eso el primer agradecimiento es para Isabel, mi mujer, la mejor lectora del mundo, sin la que esta novela no habría sido posible. Agradecer a mi madre que me haya orientado a valorar y saborear el arte y la cultura. A mi padre por hacerme adicto a los *thriller* y al misterio. A mis hermanos por crecer juntos contándonos historias y aventuras. A mis hijas por ser imaginativas y grandes lectoras. Agradecer a todos mis compañeros de trabajo su apoyo y sobre todo a Quintana, Varela, Suni, Ana, y Rubén por haber sido los primeros, y sufridos, lectores. Pero también a Loli, a Martínez, a Eduardo y a Oriente, por conducir mientras yo escribía, a Roberto y Cesáreo por su ayuda, a Manolo y a Cris por su asesoramiento.

Un agradecimiento enorme al maestro Juan Gómez Jurado por su apoyo determinante.

Gracias a mi editora Carmen Romero, por «soler tener razón» en sus valiosas aportaciones, al equipo técnico por esa fantástica tarea que han hecho, especialmente a Cova y a Raffaella.

Pero sobre todo quiero daros las gracias a todos y cada uno de los lectores de esta historia. Es como si la hubiese escrito para cada uno de vosotros, como si estuvieseis sentados frente a mi mesa de trabajo.

Gracias por leerla, y, si os gusta, por compartir vuestra opinión sin hacer *spoilers*.



Cuando el periodista recibe la propuesta, llega inmediatamente a un acuerdo con el diario más influyente del país, que le ofrece publicar en portada las crónicas de sus encuentros en la prisión. Sabe que está ante la oportunidad de su vida, pero también que está siendo utilizado. ¿Por qué ha decidido el acusado confesar sus crímenes? Y, sobre todo, ¿por qué ha decidido contárselo todo precisamente a él?

Así arranca esta historia llena de giros inesperados que lleva al lector hasta un desenlace imposible de olvidar. Una gran novela que supone el debut de Miguel Conde-Lobato y, al mismo tiempo, su inmediata consagración como uno de los mejores y más originales escritores de thriller de nuestro país.

«Este es uno de esos thrillers, tan difíciles de encontrar, que lo tienen todo para enganchar al lector. A mí me tuvo un par de noches prácticamente en vela. Estamos ante una novela de la que se va a hablar durante mucho, mucho tiempo.»

Juan Gómez-Jurado

Miguel Conde-Lobato es un conocido publicista, fundador y director creativo de la agencia BAP&CONDE, con 30 años de experiencia y más de 90 premios nacionales e internacionales. También ha sido profesor en escuelas de negocios y áreas de posgrado de las universidades de Santiago de Compostela, La Coruña y Valencia. Ha publicado dos libros de no ficción, *Knowcosters, cuando el low cost es el mal* y *Target, manual de instrucciones*. *Los lobos no piden perdón* es su primera novela.

Primera edición: junio de 2019

© 2019, Miguel Conde-Lobato

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez

Imagen de portada: Mario Arturo / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6602-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Los lobos no piden perdón

Primera parte. La llamada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Segunda parte. La entrevista

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Tercera parte. El premio

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Cuarta parte. La verdad

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Miguel Conde-Lobato

Créditos